

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



nueva
dimensión 4

Lectulandia

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión 4

Nueva Dimensión - 4

ePub r1.0

Colophonius 22.09.16

Título original: *Nueva Dimensión 1*

AA. VV., 1968

Retoque de cubierta: pherikit

Editor digital: Colophonius

Escaneo: luangoru

Edición de fuente original: johansolo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

1968/4

nueva dimensión

REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A cargo de:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

AÑO 1968/4

Director:

J. M. Armengou

Colaboradores:

Antonio Bellomi

Adolfo Buylla

Ramón Cordón

Alfonso Figueras

Luis Gasca

José Luis Garci

PGarcía

Carlos Jiménez

Francisco Lezcano

José Luis Montalbán

Jean G. Muggoch

Octavi Piulats

Mercedes Valcárcel

Director de publicidad:

Jordi Prat

Director de relaciones públicas:

Andreu Román Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J. Ackerman

Francia: Jacques Ferron

Inglaterra: Arthur Sellings

Italia: Riccardo Leveghi

Rumanía: Ion Hobana

Uruguay: Marcial Souto Tizón

Delegado en Madrid:

Carlos Buiza

Julio-Agosto 1968. Número 4

EDITORIAL

[¿Por qué leemos ciencia ficción?](#)

SE PIENSA

[«The flash» contra Gurdjieff](#)

por Alexandro Jodorowsky

[Un héroe en el «lumpen» mexicano](#)

por Luis Gasca

[Frankenstein crea su monstruo](#)

por Manuel Rotellar

[«Aniara», una ópera espacial](#)

por Berit Sandberg y Luis Vigil

[Un comic de otros tiempos: «El universo en guerra»](#)

por Alfonso Figueras

SE DICE

[Libros, revistas, cine, teatro, tv, comic, fumetti, discos, autores, fandom, arte, premios](#)

SE ESCRIBE

[Lo que opinan los lectores](#)

NOVELAS CORTAS

[Chivo expiatorio](#)

por Alan Barclay

[El problema epsilon](#)

por H. W. Mommers y Ernst Vlcek

CUENTOS

[La silla](#)

por O. H. Leslie

[Mío es el reino](#)

por Harrison Denmarck

[La aldea encantada](#)

por A. E. Van Vogt

[El pequeño mundo de Lewis Stillman](#)

por William F. Nolan

[La furia](#)

por Sebastián Martínez

CUENTOS CORTOS

[Crónicas terrícolas/2](#)

por P. García

[... y en sus alas me llevará](#)

por Eduardo Goligorsky

[Movimiento perpetuo](#)

por Ilya Varshavsky

ARTE - POESÍA

[Galería del C.L.A.](#)

ILUSTRACIONES DE

José M.^a Beá

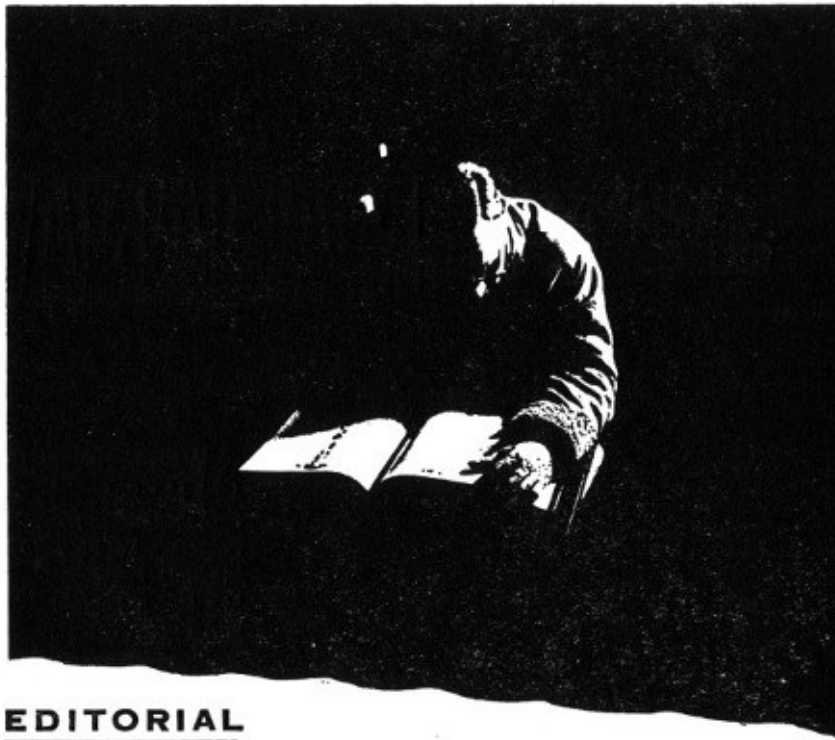
Ramón Escolano

Francisco Lezcano
Vladimir Pablo
M.^a Lluisa Paytubí
Enric Sió
Enrique Torres

HUMOR DE

El mundo ríe en ciencia ficción

Evening Standard, Lui, True



EDITORIAL

¿Por qué leemos ciencia ficción?

Una parte de la vida humana está compuesta por una sucesión de actos que son más bien el resultado de un hábito que de un expreso deseo volitivo. Por hábito seguimos un horario determinado, realizamos siempre un mismo camino, vamos siempre a los mismos sitios; por hábito también escogemos nuestras distracciones, los espectáculos que queremos ver, los libros que deseamos leer... En el origen de todo ello existe, naturalmente, una razón clara y determinada, que en un cierto momento nos impulsó a iniciar esta costumbre, pero se trata de algo de lo que muchas veces ni siquiera nos acordamos. Y cuando de pronto esta razón surge a la luz; cuando alguien nos pregunta: «¿por qué haces esto?», no sabemos de momento qué contestar, vacilamos, y terminamos respondiendo con un inconcreto «porque me gusta...».

Esta pregunta me la formulé recientemente, a raíz de una conversación con unos amigos. ¿Por qué lees ciencia ficción?, me preguntaron. ¿Por qué te gusta la ciencia ficción? Al principio la pregunta me pareció capciosa; luego, demasiado amplia para limitarla a una sola respuesta. La ciencia ficción abarca muchos campos, dije, las respuestas pueden ser muchas y muy variadas. Pero, añadí casi inmediatamente para mí mismo, en un principio ha de existir un motivo original que sea válido para todos. Y la pregunta siguió rondando por mi cabeza: ¿por qué leemos ciencia ficción?

¿Por qué leemos ciencia ficción? He intentado sondear un poco la

opinión de los demás, y he obtenido, directa e indirectamente, respuestas muy distintas. Sin embargo, casi todas ellas se pueden agrupar en dos o tres corrientes distintas. La respuesta más habitual es «la leo por evasión». No deja de ser un buen motivo el de evadirse, aunque sea por unos instantes, de todo lo que nos rodea, de las preocupaciones cotidianas, de la vulgaridad de un mundo que se nos hace demasiado prosaico, del agobiante trabajo que hemos de cumplir cada día, de las noticias de los periódicos, para ir a buscar los mundos maravillosos de la ciencia ficción. Pero, como motivación, el simple hecho de evadirse no cumple todos los requisitos. Sí, la ciencia ficción ha sido calificada desde siempre como literatura escapista, pero examinándolo fríamente cualquier tipo de literatura, por realista que sea, es también escapista, puesto que nos aparta de la realidad circundante, y tal vez este sea el motivo original por el que la gente, en líneas generales, lea.

Sin embargo, hay que admitir que en torno al concepto de evasión se encuentra precisamente uno de los éxitos principales de la ciencia ficción como literatura. Esta búsqueda constante de un mundo ilusorio que llene aunque sea en forma ficticia y por unos breves momentos nuestras apetencias, es uno de los sentimientos más arraigados en el hombre. Muchos psicólogos lo han definido como «el deseo de lo maravilloso», un deseo común a todos los hombres, y que ha dado origen a todas las historias maravillosas de la historia de la literatura, desde las sagas y leyendas de la antigüedad, pasando por los cuentos de hadas y gnomos, las historias de brujas, dragones, encantadores y magos. Muchos críticos han definido la ciencia ficción (no sin cierta razón) como los «cuentos de hadas de nuestro tiempo», en los que los gnomos y los dragones han sido sustituidos por los marcianos y los monstruos extraterrestres, y las tierras y países fantásticos de antaño han dado paso a los nuevos mundos y galaxias, no menos fantásticos. Hay un encanto especial en el solo hecho de situarnos en un planeta desconocido, enfrentarnos a unos acontecimientos fuera de lo normal, hundirnos en unos hechos que nuestra propia mente irá recreando, lejos de todo lo que nos rodea, de este mundo cotidiano y vulgar que anhelamos olvidar.

Pero incluso en la evasión hay algo más, y ahí está precisamente otro de los motivos más importantes por los que la gente dice leer ciencia ficción. Porque la evasión es un arma de doble filo. Muchos reprochan a los libros de ciencia ficción el no ser más que adulteraciones más o menos fantaseadas de nuestra propia realidad, con lo cual la tesis del escapismo se viene abajo. Sus planetas, dicen, sus seres extraterrestres, sus monstruos, no son realmente tan extraterrestres como se nos pintan, sino tan sólo transposiciones de nuestro propio mundo, más o menos deformadas o fantaseadas. Esto, reconocen, es la consecuencia de una clara limitación del pensamiento humano: el hombre está demasiado imbuido en la naturaleza, la vida y la ecología terrestres

como para ser capaz de crear un mundo completamente distinto al nuestro; y así lo único que sabe hacer es transformar nuestro propio mundo hacia formas más perfectas o monstruosas, según le interese, aunque siempre partiendo de una base clara: la nuestra.

Pero ¿es esto realmente una limitación? ¿O somos nosotros acaso quienes buscamos precisamente esta limitación? Una de las peculiaridades que caracterizan buena parte de la ciencia ficción es precisamente este contraste. A menudo hallamos, en la descripción de planetas que el autor nos sitúa a cientos y cientos de años-luz de nosotros, esquemas biológicos, económicos, políticos, sociológicos, sorprendentemente similares a los nuestros, demasiado a veces como para obedecer a una limitación. ¿Quién nos dice que el autor no ha buscado a propósito esta similitud, que no nos ha llevado lejos de nuestro mundo para apartar momentáneamente nuestro pensamiento de la realidad, pero planteándonos una serie de problemas que indefectiblemente nos hagan volver luego a él, creándonos así una falsa evasión?

Este es precisamente otro de los motivos importantes por los que mucha gente afirma que le gusta leer ciencia ficción: porque lo aparta de nuestro planeta, sí, pero sin alejarle demasiado de él; porque le permite pensar en nuestros propios problemas, sin hundirle directamente en ellos, presentándoselos como si fuera algo que no le concerniera y dándole después tiempo para pensar. Todas las obras de ciencia ficción responden siempre en último extremo a la cuestión: «esto es lo que podría ocurrir sí...».

A este respecto me han preguntado a menudo cómo puede llegar a gustar la ciencia ficción a la gente, cuando en gran parte es un género más bien deprimente, amargo, desmoralizador, muchas veces derrotista, incluso en algunas ocasiones francamente tendencioso. No existe, dicen, una ciencia ficción optimista, que nos presente un porvenir dichoso. Tan solo, en algunas ocasiones, un leve rayo de esperanza; nada más.

Efectivamente, hay que reconocer que en occidente, tal vez por las especiales características que estructuran nuestra sociedad, estamos muy lejos de la maravillosamente optimista ciencia ficción de los países del bloque oriental, en la que todos los hombres son felices y el mundo marcha sobre ruedas bajo la estupenda batuta del comunismo. Realmente, la ciencia ficción occidental es más bien premonitoria. Pero tal vez sea éste precisamente, por sobre todos los demás, el motivo que en el fondo más nos impulse a leer ciencia ficción. Porque la evasión pura solamente entretiene, y deja después el vacío. Los planetas maravillosos nos apartan de nuestra realidad cotidiana, pero luego nos hunden aún más profundamente en ella.

Creo que, en un primer motivo, ese que he mencionado como común a todos, la gente lee ciencia ficción porque le ofrece una visión clara y realista

de cuál puede llegar a ser nuestro futuro, ya sea inmediato o lejano. No importa que sea un futuro deprimente; una de las características de toda literatura es precisamente la premonición. Lo importante de la ciencia ficción es que nos habla de nuestro futuro, y el hombre ha sentido siempre la tentación de descorrer el velo del tiempo, desde los antiguos oráculos y adivinos hasta los actuales echadores de cartas y videntes. Y tal vez sea éste nuestro más íntimo placer, el que nos obliga a decir, cuando se nos pregunta por qué leemos ciencia ficción, y mientras buscamos en nuestros hábitos hace tiempo adquiridos y ya casi olvidados aquella primera motivación: «pues porque... porque me gusta».

Aunque tal vez los motivos que he expuesto hasta aquí sean tan solo algunos de los motivos generales. Quizá sus motivos, los de usted, sean distintos. Cada persona, cada uno de nosotros, somos un mundo distinto.

Por eso quizás habría que formular la pregunta de un modo distinto. Tal vez habría que preguntar más bien: ¿por qué lee usted ciencia ficción?

LA SILLA

O. H. LESLIE

Desde los orígenes de la historia el hombre ha buscado siempre la comodidad. Pero, ¿hasta qué punto el **dolce far niente** puede ser beneficioso a la humanidad? Desde un ángulo bullicioso y aparentemente despreocupado, este relato nos señala uno de los mayores peligros con que deberá enfrentarse el hombre del futuro: sus propias apetencias de comodidad.

ilustrado por FRANCISCO LEZCANO

Troxell comenzó a pasearse por la oficina con aquella enfermiza y secreta sonrisa y logró interesar, irritar y hasta enfadar a un buen noventa por ciento de sus compañeros de trabajo. Entre los cuales me contaba yo mismo. Sin que hubiese ninguna razón especial para ello, Troxell y yo compartíamos una mesa en la cafetería de la empresa, a pesar de que él estaba en Producción y yo en Contabilidad. Teníamos una de esas amistades superficiales que se encienden y apagan con las luces de la oficina. Cuando le pregunté, a bocajarro, apuntando a su enfermiza cara sonriente, simplemente se encogió de hombros y se dobló sobre su plato, pareciendo aún más satisfecho por el haber sido interrogado.

Luego, un día, sin tenerle que insistir, me miró con ojos luminosos y me lo dijo:

—Me voy a comprar una Silla.

Mis dientes se quedaron hincados en el bocadillo que estaba comiendo. Troxell no me hubiera sorprendido más si me hubiera anunciado su candidatura para Presidente. Después de todo, yo procesaba su salario y conocía su grupo de emolumentos como si fuera el mío. En realidad era mi mismo grupo.

—¿Estás loco? —dije—. ¿Cómo demonios puedes permitirte una Silla? ¡No se puede conseguir un modelo básico por menos de veinte de los grandes!

—El padre de Eleanor murió —dijo presuntuosamente Troxell—. El viejo fraude, viviendo de una pensión del gobierno durante todos esos años, resulta que tenía su sucia casa llena de calcetines repletos de dinero. Eleanor me dijo que podía comprarme cualquier cosa que deseara y no tuve que pensármelo dos veces. ¿No te parece?

—Claro —dije, tragándome el bocadillo y la envidia—. Entonces, es por esto por lo que has estado paseándote por ahí como si fueras un gato de Cheshire.

Lánguidamente, ponía mantequilla sobre una pasta. Podría haberlo matado.

—Tengo una cita con la Compañía Sillera a la una en punto, para ver a un tal Mr. Kerslake. ¿Quieres acompañarme?

—No —dije. ¿Por qué tendría que torturarme yo mismo?

Pero le acompañé. Tenía curiosidad. Me sentía como un niño apretando su nariz contra el escaparate de una tienda de juguetes.

El salón de demostraciones de la Compañía Sillera se hallaba en la Quinta Avenida. No era nada especial. La recepcionista era un lustroso y bello ejemplar del género, y usé mis privilegios de soltero para intercambiar con ella algunos galanteos. Troxell estuvo simplemente sentado en la sala de espera, agitándose nerviosamente.

Entonces llegó Kerslake, un sólido cilindro rosa con apariencia humana, con demasiado carmín en sus gordos mofletes. Nos llevó a una larga y estrecha habitación, acercó rodando una proyectora de diapositivas y nos largó la charla de ventas.

Click. Foto de un antiguo dios sentado, precolombino.

—Desde los primeros días del Hombre —dijo Kerslake—, estuvo bien claro que la postura más natural para la figura humana, para su constitución y articulación de coyunturas, era la posición sentada. Combinando el máximo de comodidad con la habilidad para realizar una gran variedad de actividades humanas, la postura sentada llevó a la creación del más común y más útil artículo del mobiliario doméstico.

Click.

—La silla. Funcional, decorativa, básica. Desde el antiguo Egipto al Renacimiento, sufrió una serie de refinamientos simples que alteraron muy poco la estructura básica. De hecho puede afirmarse que entre los estilos Chippendale —click— y Hepplewhite —click—, la silla ha retenido sus principales características hasta el día de hoy.

Click. Nuestro Fundador, un individuo anciano con barba.

—Hasta que, naturalmente, Andrew Franklin Fortescue patentó la primera Silla Fabricada para la Comodidad allá por 1987 y comenzó la organización conocida hoy como Compañía Sillera.

Bostecé, y Mr. Kerslake frunció el entrecejo en mi dirección.

—La Silla de hoy, claro está, es muy distinta de la cruda Fabricada para la Comodidad de aquellos días. No obstante, la Silla de hoy mantiene la característica básica que ha convertido a la Silla en el mayor adelanto de la comodidad humana desde que Prometeo nos dio el regalo del fuego.

Click.

—Aquí está la Sala de Pruebas de la Compañía Sillera, en donde cada cliente literalmente *crea* la Silla según su imagen. El aparato que ven aquí contiene más de cien mil muelles finos, y registra más de un millón de impulsos electrónicos en el mecanismo de cómputo. El computador graba y almacena la información, dispuesta para ser usada en el proceso de modelado. Entonces se construye la Silla básica a partir de materiales plásticos especiales en el Laboratorio de Moldeo, y se añaden los accesorios a medida que los desea el cliente.

Click.

—Aquí tienen el modelo básico de Silla, sin accesorios. Su configuración

exterior, naturalmente, no da ni idea del intrincado esculpido que proporciona un lugar de descanso para cada milímetro de carne, músculo y hueso, lo que da un grado de comodidad desconocido hasta ahora por los mortales. Verdaderamente, no hay suficientes adjetivos para describir la comodidad, creada sólo para el individuo. No hay Sillas de segunda mano.

Una risita.

—Tal vez se esté usted preguntando: ¿qué ocurre con la comodidad de mi Silla cuando yo cambie? ¿Cuando mi peso o mis medidas físicas crezcan o decrezcan? La respuesta es simple. No sólo compensará la propia Silla los cambios pequeños de su físico, sino que la garantía escrita de la Compañía Sillera ofrece un ajuste anual de la Silla, gratuito.

Click.

—Se dispone, claro está, de accesorios —dijo como por casualidad Kerslake—. Un sistema musical multifónico incorporado —click—. Televisión Tridimensional —click—. Refrigerador y suministrador de bebidas, tanto alcohólicas como no —click—. Masajista, musculatorio y circulatorio —click—. Inodoro automático Sanitized Quimi-o-Magic —tos—. Y otros accesorios.

—En los modelos más avanzados de Silla, a petición especial, se puede suministrar el nuevo sistema Aliment-o-Matic, que provee de una dieta, completa y saludable, de cinco comidas diarias. El Aliment-o-Matic, como todos los otros accesorios de la Silla, es servido y mantenido por la Compañía Sillera sobre una base regular.

—¿Y el coste? —murmuré.

—El coste —dijo Kerslake, cerrando de un golpe, como si fuera un monedero, su boca— es alto. Como ustedes saben, el modelo básico de Silla vale diecinueve mil quinientos dólares, precio F.O.B. Pero déjenme recordarles que el modelo original de Mr. Fortescue se vendía al público al precio de cuarenta y cinco mil dólares. Dentro de los próximos cinco a diez años preveemos la posibilidad de un precio de venta que pondrá la Silla al alcance de cualquier hogar.

Troxell estaba lamiéndose su labio inferior como un perro babeante.

—No puedo esperar. Quiero esa comodidad maternal ahora mismo. Por lo que he oído de ella...

—No quedará descontento —dijo el vendedor—. Nadie ha quedado descontento con la Silla.

—¿Cuándo puedo venir por una prueba? —preguntó Troxell.

Estaba respirando entrecortadamente. Yo me sentía un poco ridículo.

—¿Cuándo? —dijo Troxell.

Las vacaciones de Troxell estaban programadas para Agosto. Envió una petición

a la oficina de personal para que adelantasen la fecha en dos meses, hasta el 15 de Junio. Me hizo la confidencia que esta fecha coincidía con la fecha de entrega programada de su Silla.

Cuando volvió de su vacación, ya no se le veía tan beatífico. En realidad, se le notaba cansancio en los ojos y tenía una forma de andar, con las piernas rígidas, muy peculiar. Lo acorralé en la cafetería y le pregunté:

—Bueno, ¿qué tal? ¿Cómo va la Silla?

—Va bien —respondió evasivamente—. ¿Qué tal te va a ti, amigo?, ¿cómo van las cosas?

—¡Al infierno con todo! —le contesté—. Cuéntame sobre esa Silla tuya. ¿Cómo se siente uno al sentarse en el regazo de veinte mil billetes?

Sonrió vanidosamente.

—Me gusta —dijo—. Sí, me gusta.

No pude decidir si esta respuesta desganada era el resultado de un desengaño o de simple reserva. Lo cierto es que no quería hablar de la Silla, sin importar lo mucho que yo le incitase a ello, y la única otra referencia que le oí hacer fue vaga y misteriosa y tal vez nunca sucedió más que en mi imaginación. Fue temprano por la mañana. Caminábamos juntos por los pasillos, dirigiéndonos a nuestros respectivos remos de galeotes, cuando él cerró los ojos y murmuró para sí mismo:

—¡Oh Silla, Silla!

O por lo menos así me pareció, aunque no podría asegurarlo, al menos completamente.

La primera larga ausencia del trabajo de Troxell se produjo poco después de esto. No vino durante un mes, achacándolo a un virus. Cuando regresó, viéndose apropiadamente pálido y débil, tuvo pronto la recaída contra la que todo el mundo le previno. Nunca volvió. No supe si fue despedido o si decidió que la herencia de Eleanor era suficientemente adecuada para soportar una vida de ocio; todo lo que vi fue la notificación oficial de la oficina de personal ordenando borrarlo de la nómina. Tal vez Troxell y yo no hubiéramos sido unos amigos excepcionales, pero en cualquier forma había algo triste en el hecho de eliminarlo de la máquina contable.

Fue dos meses después cuando su llorosa y tartamudeante esposa se me echó encima en el Lackaday Saloon, el lugar de nuestras reuniones, situado al otro lado de la calle, frente a la oficina. Me molestó sobremanera, al principio, no conociendo quién era, resintiendo su poco atractiva intrusión en la vida social de mis horas libres. El Lackaday estaba repleto, con cuatro filas de clientes rodeando la barra, y yo estaba haciendo buenos avances con la diosa rubia de contabilidad exterior, cuando las mal cuidadas uñas de la mujer arañaron la manga de mi traje y la inestable línea roja de su boca pronunció mi nombre en una voz que raspaba y gorjeaba, solicitando si no mi simpatía, al menos mi atención. Encontré un rincón de una relativa calma y dejé que hablase.

—Lo siento —murmuró—. Traté de entrar en contacto con usted antes, me

dijeron en la oficina que tal vez estuviera aquí...

—¿Qué ocurre? —dije—. ¿Qué desea?

—Soy Eleanor Troxell —dijo.

Dos lagrimones se deslizaron por sus descuidadas mejillas.

La invité a un café en el restaurante de la otra manzana. Ella fue primero al lavabo, del que salió no más bonita pero al menos más arreglada.

—Harvey hablaba mucho de usted —dijo—, de los buenos amigos que eran.

Así que Troxell y yo éramos buenos amigos. Esto era nuevo para mí, pero no demostré sorpresa alguna.

—Ya no sé qué hacer —continuó—. Harvey no tiene más familia que una hermana en DesMoines, y no sé a quién dirigirme.

—¿Está enfermo Harvey, señora Troxell?

—No, no está enfermo. No como usted supone. ¡Es esa Silla, esa maldita Silla!

Sus ojos miraron a su alrededor cautelosamente, como si temiera ser oída, cogida diciendo una blasfemia o una obscenidad.

—Nunca se levanta de ella —me susurró—. No la ha abandonado desde hace semanas, Mr. Lundy. Ha gastado prácticamente hasta el último centavo que me dejó mi padre en accesorios, para no tener que abandonarla ni por un minuto...

—Tiene usted que estar exagerando —contesté—. ¿Ni por un minuto?

La imagen que esto me sugería era casi cómica.

—Se lo aseguro. Duerme en ella, come en ella. Compró ese maldito inodoro Quimi-o-Magic —se sonrojó—. La silla le da masajes, lo baña, lo hace todo menos alimentarlo. Eso vendrá luego. Tiene una especie de servicio automático de alimentación...

—El Aliment-o-Matic —comenté.

—La Silla nos costó ya casi cincuenta mil; la instalación del Aliment-o-Matic representaría otros diez mil, más mil quinientos al año por el servicio de mantenimiento... —alzó sus húmedos ojos hacia mí—. Pero no es tan sólo el dinero, Mr. Lundy. ¡Es que ha dejado de ser un esposo, ya ni tan siquiera es un hombre! Se ha convertido en un vegetal...

No sabía qué es lo que esperaba de mí. ¿Consejos, ayuda económica? Lo primero sería más fácil.

—Bueno, yo no me preocuparía demasiado por esto, Mrs. Troxell. Después de todo la Silla es como un juguete nuevo y no puede impedir que Harvey desee sacarle el máximo provecho posible. Ya verá cómo vuelve a su estado normal dentro de poco.

—Nunca dejará esa silla, Mr. Lundy. Es toda su vida ahora. Estoy segura que si tuviera que escoger entre la silla o yo, me dejaría a mí...

Estaba bombeando lágrimas de nuevo. La miré llorar sin conmoverme. En alguna forma el recuerdo de la expresión beatífica de autosatisfacción de Troxell me impedía sentir pena por su esposa. Sin embargo, dije:

—De acuerdo, Mrs. Troxell, le diré lo que haremos. ¿Qué le parece si voy a ver a Harvey este fin de semana para hablarle? No sé si sacaremos algo en claro, pero al menos se puede probar.

Colocó su mano sobre la mía, y su roja boca tembló con lúgubre gratitud.

Con herencia o sin ella, los Troxell vivían en un suburbio masificado y su jardín no era más verde que ningún otro. Caminé por el sendero hasta la puerta de entrada, maldiciéndome a mí mismo por el sacrificio de mi mañana del sábado, y llamé al timbre. Mrs. Troxell salió a abrir, vestida con un traje amarillo y un pequeño delantal. Parecía de buen humor y olía como una lata de galletas.

—Estoy haciendo hornada —dijo alegremente—. Harvey está en la librería. Se alegrará de verle.

La seguí al interior. Se movía como todas las Amas de Casa Felices del mundo, determinada a hacer parecer normales las cosas.

No había ningún libro en la librería de Troxell. Tan sólo estaba Harvey Troxell y su Silla.

Creía que, por mi visita a la Compañía Sillera, me hallaría preparado para lo que iba a ver, pero ahora pude comprobar que la diferencia entre una Silla con y sin accesorios era similar a la existente entre un bote a remos y un acorazado. La silla propiamente dicha, una gigantesca y amorfa masa de plástico negro blando, estaba empequeñecida por una superestructura de masivos artefactos mecánicos erizados de palancas, botones, reostatos, fusibles, engranajes, ruedas, contadores y contactos. Mi viejo compañero Troxell, frente a un parpadeante panel de instrumentos, parecía un hombre que estuviese a punto de ser tragado vivo por una computadora y, que por ende, estuviese gozando con esta experiencia.

—¡Stanley! —dijo sonriendo abiertamente, pero sin ofrecer su mano. (De hecho, sus manos estaban introducidas en unos cilindros gemelos de cierta especie y, cuando emergieron luego, vi que las uñas habían pasado por una cuidadosa manicura)—. ¿Cómo estás, amigo, cómo va esa vida?

—Bien —dije débilmente—. Muy bien. Bueno, realmente conseguiste una Silla, ¿no es así, Harvey?

Brilló como un santo sobre un altar.

—Es una forma de vida —dijo en broma, pero yo sabía que realmente lo decía en serio—. Pensé que sería comfortable, pero es algo más que eso. ¡Si tú supieras, Stanley!

—Es difícil. —Hice una mueca—. Tu mujer me ha dicho el coste de algunos de esos cacharros.

—No me interesa el dinero. ¿Te crees que me puede interesar ahora? —lo dijo casi compasivamente—. Déjame que te explique, Stanley. Si algo te hace la Silla es meterte algo de sentido en la cabeza. Logras un sentido de la proporción, te enteras de

lo que es realmente la vida.

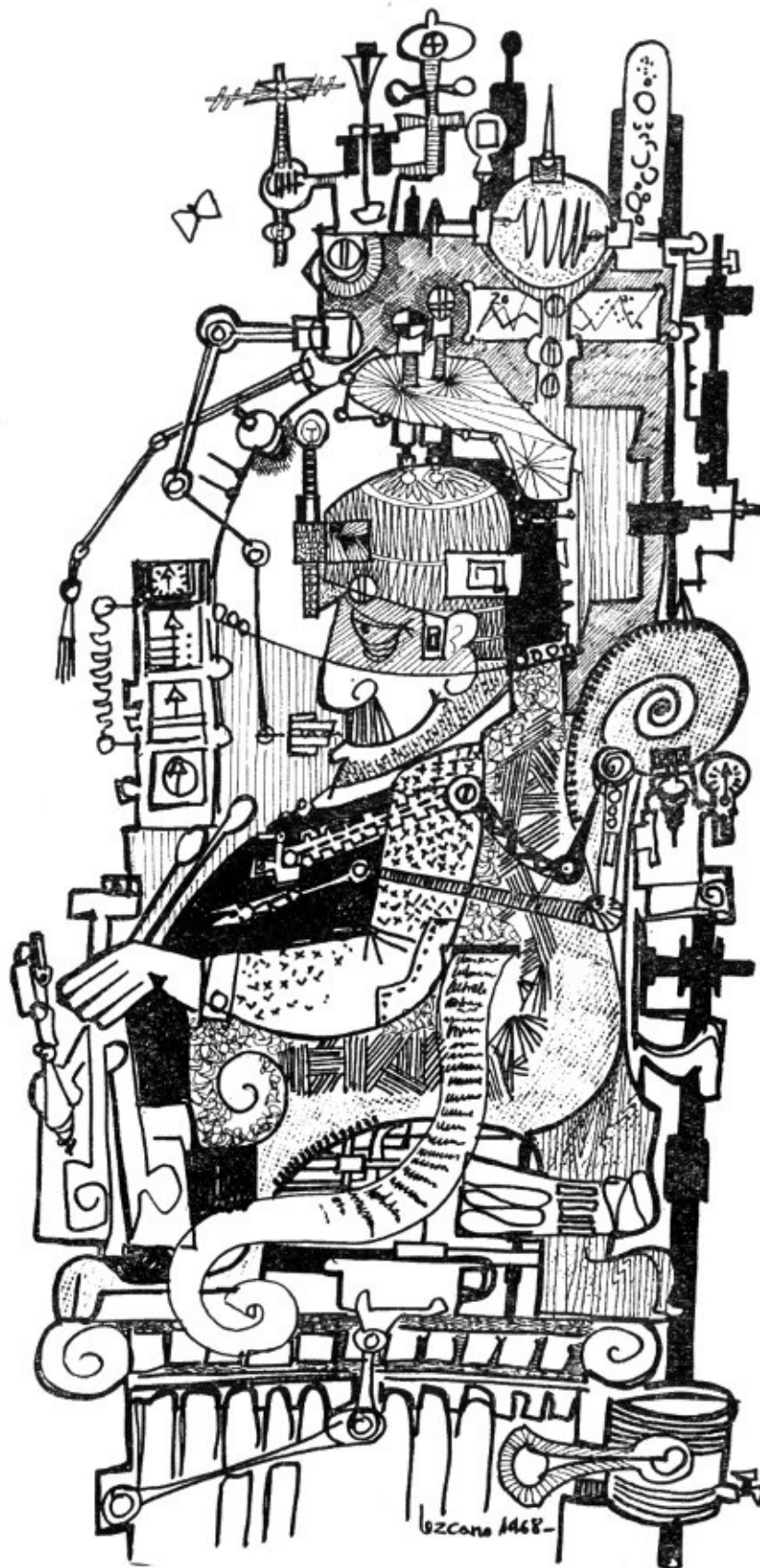
—Vamos —me chanceé—. No puedes llamarle vida a eso, ¿no? ¡Gastar toda tu vida en una silla!

—Sí, Stanley —dijo con voz grave—, es la única clase de vida que vale la pena. ¿Qué bien te hace a ti todo ese correr en círculos, empujado por la ambición, a la caza de los dólares? ¿Para qué lo haces? Para tener comodidad, naturalmente, simple comodidad. Y eso es lo que te da la Silla, amigo, ¿no lo ves? Es lo que, a la larga, busca todo el mundo. Y aquí está —una mano salió de su cilindro y acarició cariñosamente la Silla. ¿Cariñosamente? No: amorosamente.

—De acuerdo —contesté—. Si es lo que deseas, de acuerdo. Es que, simplemente, ésa no es mi idea de vivir. Eso es todo.

—No lo sabes —dijo tristemente Troxell—. Realmente no lo sabes. Si deseo algo, la Silla me lo proporciona: masaje, friegas, ducha a presión, baño, corte de uñas, de cabello, afeitado. Me puede dar el ejercicio equivalente a cinco sets de tenis o a una carrera campo a través. Puede rascarme la espalda, frotarme el cuello, darme champú al pelo o cantarme hasta que me duerma. Puede leerme, enseñarme y, la semana próxima, cuando instalen el Aliment-o-Matic, podrá hasta alimentarme...

—Te está tratando como a un inválido, Harvey...



Troxell comenzó a reír.

—Oh, esto es divertido, Stanley, no te das cuenta de lo divertido que es. Es justamente lo que ha estado diciendo Eleanor, justamente. Así que, tan sólo para

callar su estúpida boca, llamé al doctor hace un par de semanas. ¿Y sabes lo que dijo? Que estoy en perfecto estado de salud, Stanley, mejor de lo que nunca había estado. La Silla se ocupa de mí. Nunca cogeré constipados u otras enfermedades infecciosas. Nunca me faltará ejercicio. Siempre estaré alimentado con propiedad. La gente de la Sillera están hasta trabajando en un aparato al que llaman el IDC, Instrumento Diagnóstico Continuo. Hará revisiones médicas cada segundo, Stanley. ¿Qué te parece eso como vigilancia de la salud, eh?

—Pero, ¿qué me dices del dinero, Harvey? Esa herencia no va a durar siempre. No esperarás que tu mujer trabaje para mantenerte a ti dentro de la Silla, ¿no?

—No necesito dinero —dijo convencido.

—Todo el mundo necesita dinero, Harvey. Tienes que vivir.

—*Estoy* viviendo. La Silla se está ocupando de mí. Después de que paguemos por el Aliment-o-Matic no habrán muchos otros gastos, tan sólo un par de millares al año de mantenimiento, y los intereses de mi cuenta podrán dar eso fácilmente. No veo porqué tiene Eleanor que estar protestando.

Me acerqué. Por primera vez pude fijarme en Troxell y lo que vi no era placentero. No es que se le viese falta de salud. Su piel estaba bronceada, sus ojos claros y no había una sola arruga en su cara. Era esta misma perfección lo que era inhumano, lo que le daba a Troxell la apariencia de un primo hermano de la muerte. Sus ojos no es que fueran claros, sino que estaban vacíos, la luz que brillaba en ellos no tenía más vida que las que parpadeaban en el panel de instrumentos. Tenía la boca abierta y sin control del bebé que espera mamar y, cuando sus manos salieron de los manicureros, pendieron de sus muñecas como apéndices mecánicos, útiles tan sólo para empujar palancas, para apretar botones y para girar controles.

—Harvey —dije en voz baja—, Harvey, ¿qué hay de tu mujer? Tal vez tú seas tan feliz como una almeja, pero, ¿y ella?

No contestó por un momento. Luego sonrió.

—Pobre Eleanor —dijo—. Le sugerí que se hiciese con una Silla pero no me ha querido escuchar. Necesita una más de lo que la necesito yo, pues es una persona muy inestable.

—No me refería a esto, Harvey. Eleanor es una mujer y tú eres su marido. Hay ciertas cosas en la vida...

No parecía estarme escuchando. Apareció su mano y tocó algo en el tablero de control.

—Excúsame, Stanley —dijo—; es hora de mi...

No oí el resto de su frase. Para cuando la había concluido un artilugio de doble cabeza había surgido de detrás de la Silla y descendido sobre sus espaldas. Comenzó un complicado movimiento hacia delante y hacia atrás, dando masajes a los músculos de su cuello y espalda. La expresión del rostro de Troxell era tan abiertamente extática que tuve que salir, aunque nada más fuera por modestia.

Cuatro semanas después, Eleanor Troxell se quitó la vida. Hubo alguna especulación sobre si había intentado incluir en ello a su marido, ya que usó una cañería de gas abierta. Pero la Silla de Troxell le salvó la vida. Al recibir la primera señal en su unidad Detectora de Peligros, la Silla encerró a Harvey en una cápsula de plástico transparente y le suministró oxígeno hasta que llegó ayuda. La publicidad que recibió este episodio probablemente vendió diez mil Sillas más.

Le escribí a Troxell una breve nota de pésame, y él me contestó. Me aseguró que estaba perfectamente bien, que sus necesidades estaban siendo atendidas perfectamente por la Silla y, naturalmente, por la Compañía Sillera.

Un día, Ralph Seligman, de Relaciones Públicas, almorzó conmigo y tratamos en la conversación el tema de Troxell por casualidad. Yo le aseguré que no pensaba muy bien de esas malditas Sillas. Las cejas de Seligman se arquearon y dijo:

—¿Realmente? Es usted la primera persona que oigo que las denigra. Pensé siempre que se suponía eran sacrosantas, como los Cadillacs o los Rolls-Royce y los Chris Crafts.

—Si usted hubiera visto lo que yo he visto —le contesté—, pensaría que la Silla es, en realidad, una amenaza.

—Pues ese es un punto de vista interesante —comentó Seligman—. ¿Por qué no me escribe usted un articulito para El Borrador?

El Borrador era el órgano interior de la compañía, editado por Seligman. Su circulación tan sólo era de unos tres mil ejemplares, repartidos en nuestras cinco sucursales, pero, en cualquier forma, me sentí muy halagado.

—De acuerdo —le dije—. Seguro que lo haré.

Escribí el artículo, que se llamó: *La Silla: ¿bendición o cadena?* Tengo que admitir que Seligman me dio el título, pues tenía un talento excepcional para eso.

El texto comenzaba:

Cuando la silla fue considerada tan sólo como juguete de los ricos, existían pocos temores sobre sus efectos, económicos o sociales, en nuestra sociedad. Pero ahora que la Compañía Sillera, por obra de sus propios éxitos técnicos y de ventas, ha ido poniendo el precio de la Silla al alcance de grandes masas de gente, se eleva, por fin, la pregunta: ¿Privará la Silla a la sociedad de la energía e iniciativa, sacrificando a algunas de nuestras individualidades más brillantes en el altar del lujo?

Francamente, pensé que era un artículo bastante bueno y esperé con bastante ansiedad su aparición en El Borrador. Cuando apareció, hubo una sorprendente reacción de Dirección. Resultó que varios de los principales empleados eran o propietarios de Sillas o fuertes accionistas de la Compañía Sillera, y no les alegró demasiado el artículo. Seligman fue llamado para una reprimenda, pero nadie me molestó. Esto es, nadie hasta que recibí un mensaje para que telefonease a Mr.

Kerslake.

Al principio no conecté el interés de Kerslake con el artículo de El Borrador; creí que recordaba mi visita a la Compañía con Troxell y estaba efectuando una acción de seguimiento de ventas. Pero cuando me rogó pasase por su oficina, vi el boletín de mi empresa en su mesa.

—Siéntese —dijo placenteramente—. ¿Cómo está su amigo, Mr. Troxell?

—Probablemente lo sabe usted mejor que yo —contesté. Las palabras surgieron en un tono beligerante, aunque no había sido ésta mi intención. El carmín de la cara de Kerslake subió en intensidad.

—Leímos su artículo con cierto interés —prosiguió—. La Compañía Sillera está siempre interesada en la opinión pública y apreciamos especialmente la crítica constructiva —sonrió—. No obstante, creemos que ciertos de los puntos que usted presenta en su artículo provienen de una ignorancia o de una información errónea.

—De acuerdo —dije, refrenándome un tanto—, tal vez sea así. Pero, al fin y al cabo, tan sólo se trata de un pequeño boletín interno.

—Sí, naturalmente. A pesar de todo, nos gusta que se vean las cosas tal como son, Mr. Lundy, en cualquier parte. Bien, en relación a esas afirmaciones que usted hace sobre el trabajo, sobre cómo los propietarios de Sillas sienten o no deseos de ganarse la vida o de seguir con su trabajo, tenemos aquí unos datos...

—Mire, Mr. Kerslake, yo nunca dije que fuera un experto en la materia...

—Usted escribió el artículo, ¿no es cierto? —dijo bruscamente—. ¿Niega acaso que pensase lo que decía?

—Lo escribí —me indigné—, pero eso no significa que tenga que oír cómo es rebatido, ¿no?

Kerslake respiró ruidosamente.

—Al menos podría usted tener la cortesía con nosotros de...

—Mire, sucede que tengo una cita muy importante esta tarde, así que si no le importa...

Me puse en pie, Kerslake también lo hizo, de un salto, y sus mejillas eran como luces de tráfico.

—Mr. Lundy, por favor...

Sus ojos se nublaron. Exhaló aire como si una mano le hubiese palmeado con fuerza en la espalda, y luego trató de introducir de nuevo el aire en sus pulmones. Su color pasó de escarlata a un lívido púrpura, y cayó hacia la mesa.

—¿Se encuentra usted bien? —le pregunté—. ¿Está usted enfermo?

Si la mesa de escritorio no hubiese detenido su caída, se hubiera dado de cabeza contra el suelo. Me daba cuenta que era alguna forma de ataque, pero no sabía qué hacer al respecto. La verdad en que me sentía culpable, como si el enfado que le había provocado hubiera sido el causante. Me incliné sobre él, escuché su forzado y entrecortado aliento y grité pidiendo ayuda. Nadie me oyó, así que salí al corredor y volví a gritar, llamando a su secretaria. No estaba allí. Todo el maldito piso parecía

desierto.

Corrí por el corredor, abriendo puertas de oficinas y no encontrando sino habitaciones desocupadas. Había unas puertas dobles al final del pasillo, posiblemente llevando a alguna sala de conferencias, y cuando las abrí de un empujón vi a donde había ido todo el mundo. Se estaba llevando a cabo una reunión de ejecutivos y una docena de caras se volvieron hacia mí, una docena de caras que registraban sorpresa, sobresalto y otra emoción que no tuve tiempo a definir.

—Lo siento —dije rápidamente—. Estaba buscando ayuda para Mr. Kerslake...

Había un solo hombre de pie en la habitación aparte de mí mismo y, cuando nos miramos mutuamente, su expresión de sorpresa debió reflejarse en mi rostro. Se volvió rápidamente, pero no lo suficientemente como para borrar la imagen instantánea que había dejado en mi cerebro, una imagen que había sido impresa indeleblemente en la mente colectiva de mi generación. Me impresionó tanto esta imagen que, involuntariamente, pronuncié su nombre:

—¡Houylins!

La sala se llenó con lo que sonó como un único grito de ira y, detrás mío, las dobles puertas fueron cerradas de golpe, atrancadas y convertidas en barricadas por ejecutivos que actuaban como centinelas. En el espacio de pocos segundos mi irrupción había transformado una tranquila sala de conferencias en una confusión explosiva. En el momento siguiente, el hombre que había estado de pie a la cabecera de la mesa había desaparecido y su lugar había sido tomado por un presidente sustituto, de cabello plateado, con gafas y anónimo.

—Joven —dijo indignado—, ésta es una reunión privada y usted no tiene ningún derecho a...

—¡Ése era Houylins! —grité, escrutando las carnosas y amenazadoras faces que me rodeaban—. ¡Por Dios!, ¿no vieron quién era?

—¿Está usted loco? —dijo el de cabello plateado—. Ésta es una organización privada, no un partido político. Ahora, si no nos dice por qué está usted aquí, nos veremos obligados a...

—No me importa un comino su organización —dije indignado—. Hay un hombre muriéndose ahí fuera. Su empleado Kerslake ha tenido un ataque o algo así.

—¿Kerslake?

Dio una orden y se abrieron las puertas tras de mí. Media docena de ejecutivos inundaron el pasillo, arrastrándome con ellos. Les llevé a la oficina de Kerslake y lo encontraron tal como les había dicho, derrumbado contra el escritorio y casi sin respirar, con su piel del color de la piedra pómez y sus ojos perdidos en la visión de la eternidad que se le acercaba. Formaron tal lío a su alrededor que decidí que había llegado el momento de desaparecer. Me escurrí de la oficina sin ser visto y anduve por el corredor hasta que hallé la escalera de escape. Bajé un piso y en el de abajo

tomé el ascensor. Fue un descanso hallarse en la calle.

Le pedí a Seligman que me acompañase en una copa aquella noche.

—¿Houylins? —se sonrió—. Ha debido tomar otras copas hoy, Stanley.

—Sé que suena a locura —admití—. Se le supone muerto, pero hay mucha gente que no lo cree. Piensan que está vivo en alguna parte, en Sudamérica.

—Pero ¿en una reunión de negocios? Para un presunto dictador mundial es un lugar raro en el que encontrarse, ¿no?

—Tal vez no —contesté—, tal vez es un buen sitio para un tipo como él. Si es que es él.

—¿Qué quiere decir?

—Houylins y su gente trataron de apoderarse del mundo con armas atómicas y fallaron. Así que tal vez estén tratando con una táctica distinta, Ralph, con una clase distinta de arma. La Silla.

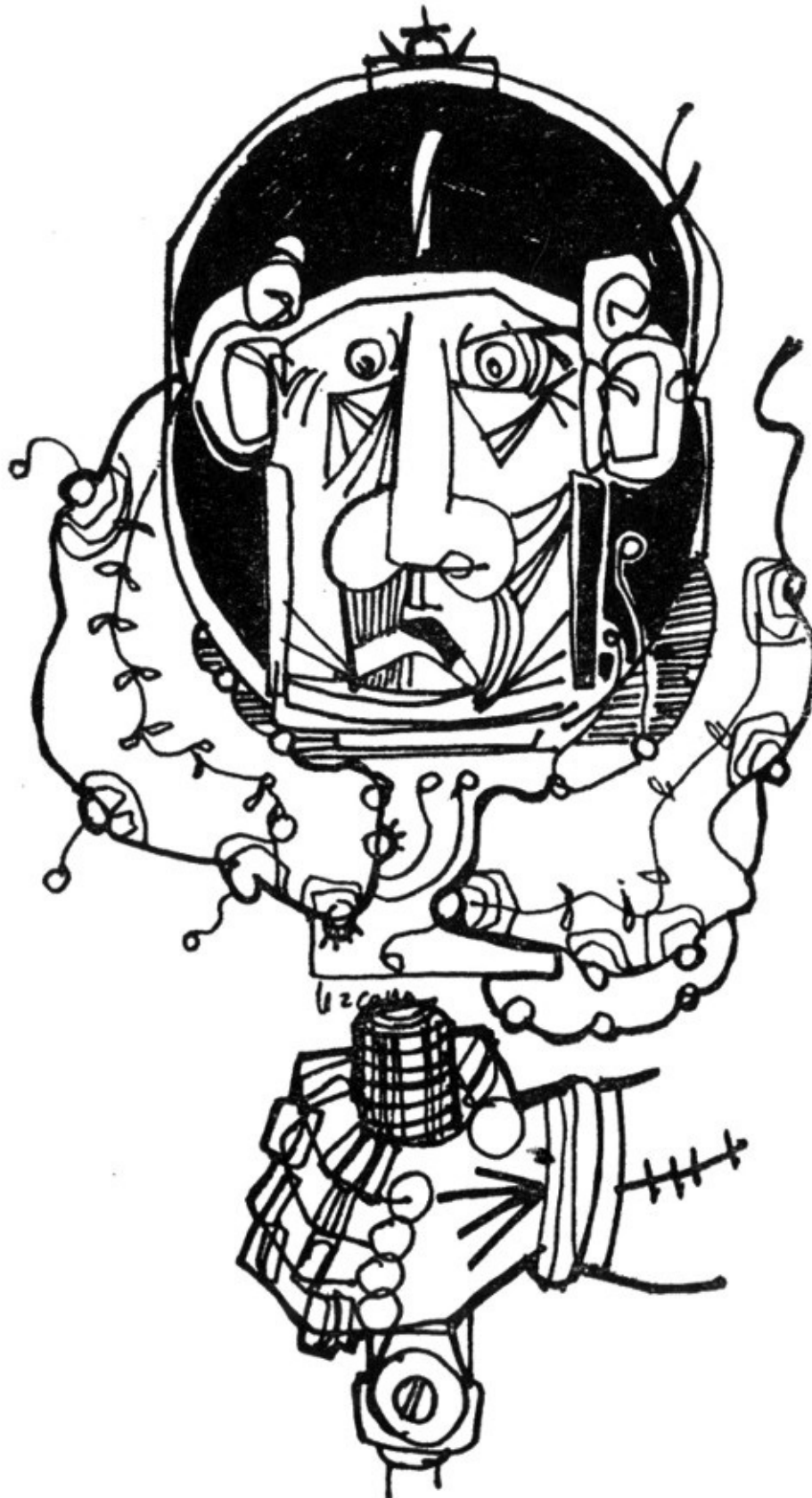
Seligman se echó a reír.

—Vamos, Stanley, deje de bromear. De acuerdo, la Silla ha puesto fuera de combate a unos cuantos viejos ricos, pero ¿cree realmente que Houylins nos puede vencer a todos con las Sillas, conquistarnos con el lujo y la autoindulgencia?

—¿Por qué no, Ralph, eh? Dios sabe cuántos millones de Sillas han vendido ya. Y, una vez que la gente se sienta en ellas, ya no quieren abandonarlas por nada.

—De acuerdo, de acuerdo —sonrió Seligman—. ¿Qué es lo que quiere hacer, escribir otro artículo para El Borrador? Lo siento, amigo, pero Dirección no me dejaría publicarlo.

—Ciertamente que escribiré un artículo. Sólo que será para el público, Ralph. Eso es lo que tengo que hacer. Tal vez me equivoque sobre todo esto, tal vez no. Y si no lo estoy..., si realmente está Houylins detrás del asunto..., ¿no deberíamos comenzar a advertírsele a la gente?



Trabajé aquella noche en el artículo. Llevaba un primer borrador la mañana siguiente, pero antes de que tuviera oportunidad de dárselo a Seligman para que lo comentase recibí una llamada telefónica de un hombre llamado Gildhampton, de la

Compañía Sillera.

—¿Mr. Lundy? Le estoy llamando en nombre de George Kerslake, del Departamento de Ventas. Deseaba hacerle saber cuán agradecido le está Mr. Kerslake por su rápida acción del día pasado.

—¿Cómo está —pregunté— Mr. Kerslake?

—Estará perfectamente, gracias a usted. No puedo demostrarle totalmente lo muy agradecida que está la Compañía. Mr. Kerslake no es tan sólo uno de nuestros mejores vendedores, sino también una de las personas más apreciadas de nuestra organización.

—Bien, me alegra el haber podido ayudar —dije, sintiéndome incómodo—. Pero en realidad no hice mucho.

—Eso no es lo que nosotros pensamos, Mr. Lundy, y querría hacerle saber que nuestra gratitud será expresada tangiblemente en un día o dos.

Le di el artículo a Seligman, pero no le conté lo de la llamada de Gildhampton. Se quedó mirando mis garrapateos y sonrió:

—Si es que se va a convertir en un cruzado del periodismo, Stanley, tendrá que aprender a escribir a máquina.

Al día siguiente recibí una carta de la Compañía Sillera que decía:

Apreciado Mr. Lundy:

En reconocimiento a sus valiosos servicios a la Compañía Sillera, Mr. Richard Starkmyer, nuestro Presidente, ha autorizado a la División Este de Ventas a recompensarle a usted con la entrega del adjunto Certificado Ilimitado de Crédito.

Presente este certificado en cualquier oficina de la Compañía Sillera, y será aceptado inmediatamente, permitiéndole a usted el obtener, libre de cualquier cargo de compra, instalación o manutención, una Silla de modelo básico con todos los accesorios que tenga a bien escoger.

Me complace sobremanera el poderle hacer entrega de esta pequeña muestra de nuestra apreciación y reconocimiento.

Suyo sinceramente,

Martin Gildhampton, vicepresidente.

Bueno, era una forma de gratitud bastante asombrosa, tengo que admitirlo. Una vez hubo pasado mi excitación inicial, decidí que indudablemente se trataba de alguna especie de soborno, y así se lo dije a Seligman.

—Vaya, si es prácticamente una confesión de culpabilidad —le comenté—. ¿No lo cree así, Ralph? Ellos saben que vi a Houylins en esa reunión y por eso es por lo que desean que tenga una Silla.

—Quizá —dijo Seligman, tapándose una sonrisa divertida con dos dedos—. Le diré lo que yo haría, Stanley: daría a otro su sucio soborno. Y, para demostrarle lo buen amigo que soy, me presento voluntario para sacarle ese certificado de sus

manos.

—¡Oh!, no se preocupe —le contesté—. Aceptaré esa maldita Silla, de acuerdo. Tan sólo que a mí no me pasará lo que al pobre Troxell, no a mí. No va a dirigir *mi* vida por mí.

—¿Qué hay del artículo? —preguntó Seligman—. ¿Quiere que siga corrigiéndolo?

—Esperemos unos días —le contesté—, hasta que sepamos qué es lo que se proponen.

Fui a una prueba para la Silla la semana siguiente. Era un proceso remarcablemente sencillo. Tan sólo me senté en el regazo electrónico de esa máquina de ellos durante unos quince minutos, mientras su computadora grababa los detalles íntimos de mi físico. Entonces fui al departamento de accesorios y estudié lo que estaba disponible en aquel momento. Pasé por alto los cacharros realmente decadentes como el rascaespaldas y el manicurista y el masaje para pies y el lavabo automático y me quedé con las cosas de simple sentido común como la TV y el sistema de sonido multifónico y el suministrador de bebidas. Estuve a punto de dejar correr también el Aliment-o-Matic, por un simple reflejo de protesta, no deseando que ninguna maldita máquina me alimentase como a un bebé. Pero entonces ellos me señalaron el ahorro financiero que ello suponía; después de todo la Compañía Sillera mantendría el Aliment-o-Matic repleto sin cargo alguno, y si alguna vez abandonaba mi empleo (como de hecho hice tres semanas después de que me fuera entregada la Silla) me vendrían bien comidas gratis. Qué infiernos. Después que acepté el Aliment-o-Matic, parecía una tontería el no quedarse con el resto de aquella basura, considerando que no tenía que pagar por nada de ello. De acuerdo, tal vez nunca usase ese maldito manicurista o el rascaespaldas o el masaje de pies o las demás tonterías, pero era gratis, ¿no? De cualquier forma, llevo ya tres meses en la Silla y, en mi opinión, la charla de ventas de Kerslake no llegaba a reflejar la verdad. Quiero decir que siempre me gustó la comodidad, pero nunca hubiera supuesto lo que el lujo significaba hasta que me senté en esta maravilla. Todo el cuerpo de uno flota en el blando y dulce regazo de una nube; cada articulación y depresión encuentra un lugar donde descansar; cada músculo, por pequeño que sea, se relaja. Sí, Troxell tenía razón. ¡Qué tonto que era al reírme de él! No hay duda que la Silla es una forma de vida. ¿Qué bien me estaba haciendo ese continuo correr a la caza del dinero? ¿No era tan sólo la comodidad lo que yo estaba buscando, la pura y simple comodidad? Pues esto es lo que tengo ahora, cada minuto de cada hora de cada día. Sí, Troxell tenía razón y yo estaba equivocado, y todas esas cosas que le dije fueron pronunciadas debido a la ignorancia y a un falso orgullo. Una Silla no es tan sólo espuma de goma y reostatos y palancas y engranajes. Una Silla es cariño y ternura y cuidado; una Silla es desprendimiento y generosidad; una Silla es protección y santuario, y sí, una Silla

es algo más. Troxell nunca me lo dijo y Gildhampton tan sólo lo insinuó, pero ahora sé que una Silla es algo más. Mi Silla, mi Silla. Mi amada Silla.

Título original:

THE CHAIR

© 1954, *Ziff-Davis Publishing Co.*

Traducción de M. Sobreviela

MÍO ES EL REINO

HARRISON DENMARK

Ser o no ser. Esta es la cuestión. Y el último hombre residente sobre la Tierra elige ante la alternativa el no ser, pero prevalecer. He aquí un relato digno de controversia... y digno también de ser leído con mucha atención.

ilustrado por ENRIC SIÓ

—Apartadas están las cortes sombrías...

La distancia de las estrellas, decidió, y tres metros desde donde estoy sentado.

—Y lejos los lugares del pueblo...

Convino en ello, silenciosamente.

—Cercana está la no-gente.

Asintió.

—Estás en la Tierra y eres ridículo.

—Sí —murmuró.

—Estás medio loco y completamente bebido.

—Completamente loco y medio bebido —corrigió.

—De modo que irás a la máquina, apretarás el botón, y te unirás a tu gente en los lugares de felicidad...

—¡Ja! —hipó—. Me estoy riendo ahora.

Sacudió su cabeza y se sentó, mirando a su alrededor.

Tocó la banda de luz amarilla y esperó.

Un latido de corazón.

—¿Servicio? —inquirió la almohada.

—Hay rayos sonoros puffy molestando otra vez —suspiró—. Búscalos, obstrúyelos, bloquéalos. Cada vez que bebo es una situación «A», y requiero prioridad de atención.

La almohada zumbó.

—Prevalece la situación «A». No hay penetración.

Se levantó a medias.

—Entonces, ¿quién me estaba hablando?

—Ciertamente no era yo —vino la réplica—. Podría ser tu imaginación humana, estimulada por el alcohol que has consumido...

Sonaba casi ofendida.

—Perdón —se disculpó a los circuitos invisibles—. Mézclame otro.

Se reclinó y puso el tubo en su boca.

—Y no le pongas agua —dijo desdeñosamente.

—Nunca pongo agua en tus bebidas.

—Tienen un gusto muy flojo.

—Tu nivel de tolerancia se está elevando.

—Basta. ¡Basta de esto! Léeme algo.

—¿Qué debo leer?

—Cualquier cosa.

—El Topo había estado trabajando arduamente toda la mañana, limpiando su...

—¡Cualquier cosa menos Grahame!

—¿Qué tal Vradmer?

—No.

—¿Gelden?

—No, algo más antiguo. Cercano a Grahame, tal vez.

—¿Krin? ¿K'lal? ¿El Viejo Hombre de Venus?

—Más antiguo.

—En el principio...

—Y pagano.

—¿Qué tal Pindar?

—Muy bien.

Tomó un largo trago y se acomodó para soñar.

—¿Por qué mataste al puffy?

Una larga pausa.

—No maté a ningún puffy.

—Los puffys no matan a los puffys, y un puffy está muerto. Eres el último hombre sobre la Tierra. Posees poder ilimitado. ¿Por qué lo usaste para matar?

Una pausa más larga.

—¿Qué es un puffy?

—Querían la Tierra. ¿No te acuerdas?

—No lo sé... Estaba borracho. ¡Vete!

—¿Por qué no te vas tú?

—¡No puedo!

—Solamente has de entrar en la máquina, apretar el botón, y unirte a tu gente en los lugares de felicidad...

—¡No hay lugares de felicidad!

—Habla con los puffys.

Dio un manotazo a un lado del lecho y un chorro de barbitúricos entró en su corriente sanguínea.

Se durmió.

* * *

El sol era una sucia moneda caída sobre el cemento húmedo. Lo contempló

parpadeando.

—Las veces que te hemos usado... —murmuró, dándose cuenta de que estaba despierto.

—Todo se ha depreciado.

Se dio la vuelta sobre su parte derecha, sintiéndose mal.

Después de un rato la almohada le preguntó qué quería para desayunar. Trató de pensar en la respuesta correcta, pero se dio por vencido y pidió algo para calmar su estómago.

Fue greda e hígado, para contener el inminente derrame de la zanja al vertedero. Escupió y se giró sobre su lado izquierdo, sintiéndose un tanto aliviado.

Finalmente, golpeó la banda de luz.

—Conéctame con el control ideacional.

La energía era una melodía silenciosa: luz de luna deslizándose sobre cuerdas de blanca seda, vientos profundos soplando líquidamente a través de flautas de coral, la colisión de las nubes...

Se movió, desperezándose y bostezando.

Creó un mástil y se deslizó cien metros hacia lo alto.

—Monte Athos —decidió—, y el desayuno.

De pie sobre un peñasco rodeado de precipicios, mirando a través de la habitación sin fin del Sant, sonrió. Borró lo que había en las paredes y moldeó un fluyente panorama de árboles y colinas, como habían existido alguna vez en la Tierra; en la distancia, un mar (¿Estaba bien eso?). Se encogió de hombros. El techo invisible se convirtió en un cielo verde-azulado.

Pintó al sol con un amarillo brutal. Ahora la pendiente se deslizaba con suavidad bajo sus sandalias. Cubierto con una túnica y sonriendo, dotó al horizonte de relucientes siluetas.

—Tanto por los reinos de la Tierra —murmuró—. ¡Aparece, Lucifer!

Una sombra sin faz flotó a su izquierda, pestilente de muerte y juicio final.

—La rutina —sugirió.

Una voz desde el fondo de una barrica, monótonamente:

—He aquí los reinos de la Tierra —declaró— en toda su gloria y poder. A mí me han sido entregados en este momento y a quien quiera que yo los conceda. Adórame y serán tuyos.

Se rió.

—Pero si son míos, querido amigo. Yo los he creado. Y a ti también, por otra parte. Eres tú quien debería ofrecerme un poco de respeto.

La figura vaciló, insegura.

—Y ahora la línea final —sugirió.

—Entonces cambia tú estas piedras en pan —repitió, cansadamente— y yo creeré en ti.

—Jamón y huevos —corrigió—. ¿Me acompañas?

—Gracias —crujió la figura.

Se sentaron sin decir nada hasta que se aburrió. Al terminar el desayuno, abrió un abismo que se tragó la escena, con gran estruendo y llamas altas hasta el cielo.

—¡Al infierno con todo! —eructó—. ¿Qué haré hasta la comida? ¿Navegar con Odiseo?

Había empezado tentativamente las torres de Ilium y el contorno de un gran caballo cuando sonó el comunicador del Sant.

—Los embajadores puffy desean ser recibidos —dijo el comunicador.

—Diles que estoy ocupado.

El caballo fluyó y desapareció. Las torres sin base empezaron a caer, hundiéndose silenciosamente, diluyéndose hacia los suelos desnudos.

—¡Oh, maldición! Empieza a descontaminarlos. ¡Ya me han arruinado la mañana!

Se instaló en el sillón para ser afeitado, limpiado, puesto a punto y embutido en vestidos nuevos. El aparato de manicurar farfulló ante la condición de sus uñas y él contempló la débil proyección de las criaturas conocidas como puffys.

Un aura albina, felpuda, iba unida a las bamboleantes formas del tamaño de un hombre. Torres de leche, el volumen de su peso repartido en el trípode de un trasero oscuro como el de un babuino y dos sextantes blanquísimos, los puffys se movían mientras grandes cantidades de miembros vestigiales, como relojes con centenares de agujas, se retorcían en sus horas enterradas.

Bilateralmente simétricos, sus tenazas a la altura de la cabeza se habían diferenciado en independencia para asir, al mismo tiempo que sus antenas se alzaban como astas columbinas, con pétalos de polvo azulado, abriéndose y cerrándose con regularidad sistólica. Bajo las mismas, dos protuberancias mantecosas observaban el mundo a través de enrejadas pantallas de topacio.

—Buenos días, bellas criaturas —dijo, y los puffys giraron, tratando de localizar el origen de su voz.

—No podéis verme a menos que yo lo desee. ¿Para qué habéis venido?

Las criaturas parecieron considerar su pregunta.

—Para convencerte, comprarte, ayudarte, hablarte, para, que te vayas —zumbó una de ellas.

Se rió a medias.

—Perdón, por favor, repite, por favor, lo que has dicho.

Se rió.

—¡Pasad! ¡Pasad! —gritó.

Súbitamente era un puffy, de seis metros de alto.

La pared se convirtió en portal, al mismo tiempo que terminaba de oscurecer el cielo, cambiando el suelo en rocosa irregularidad, y elevando el frente de un glaciar a través de la casi kilométrica habitación. Se suspendió en el aire, sentado sobre un

copo de nieve inmenso, y brisas heladas acuchillaron alrededor de su trono, esparciendo las bayas de un frío huracán ante sus huéspedes.

—Feliz Navidad —observó.

Los puffys se detuvieron en el vestíbulo. El tercer movimiento de la Segunda Sinfonía de Sibelius sonó en algún lugar mientras el glaciar gemía hacia adelante.

—¿Cómo? —preguntaron las criaturas.

—Soy realmente bastante feo —explicó— y os quería instalar con comodidad. Ahora estaban bajo él, mirando hacia arriba.

—Maravilloso —zumbó uno.

—Como en casa —susurró el segundo.

—¿Qué eres tú? —silbó el tercero.

El chorro de una fuente se alzó quince metros en el aire.

—¿Queréis beber?

—No. Gracias. No podemos, arriesgarnos, a una substancia, desconocida.

Tomó un largo trago, y luego la fuente desapareció hacia lo alto en largas espirales. Una esfera de líquido oscuro quedó suspendida a su lado, y bebió del mismo mientras hablaba.

—Estos cuerpos —declaró— son bastante difíciles de operar. ¿Cómo lo lográis?

—¿Lográis? —repitió el zumbido.

—Sí. Os arrastráis cuando obviamente estáis hechos para saltar. Vuestros pies son raquetas de nieve. ¿Para qué habéis venido a mi mundo?

—Hemos, venido, a vivir —zumbó uno.

—Nadie me consultó a mí sobre este asunto.

—Por favor. Acabamos, de saber, que tú existes.

—¿Y qué queréis de mí?

—Por favor, vete, a casa. Haz, el mundo, seguro, para los puffys. Por...

—Ésta es mi casa. La Tierra es mía.

—Sí. Lo sabemos. Queremos, cambiarla. Pero, tú, estás, aquí. ¿Por qué?

—¿Porqué no? —preguntó—. Soy un terrestre. El que sea el último no altera mis derechos. Ocupo aproximadamente unos treinta kilómetros cuadrados de este mundo, y voy donde me parece y hago lo que quiero en el resto del mismo. Por nacimiento y por ley es mío... y por poder. Si tratáis de echarme, resistiré con todas las máquinas de la Tierra. Las controlo desde aquí, y os *puedo* destruir. ¡Puedo destruir el planeta! ¡Si no me creéis, atacadme!

Su voz falló y bebió otra vez. Asumió su propia forma, aumentada una docena de veces. Hizo aparecer un cigarrillo del tamaño de una estaca y una columna de fuego se alzó para encenderlo.

—¿Podemos, razonar? —preguntaron las floridas bolas de nieve—. ¿Por favor?

—Está bien... razonad.

Exhaló humo e inhaló alcohol.

—¡Razonad!

—Tu pueblo, se fue, hace años, porque, este mundo, para ellos, está muerto — empezó—. Pero, es, un lugar, de vida, para, nosotros, un lugar de, felicidad...

—¿Sabéis lo que significa «felicidad»? —preguntó.

—Así, lo creemos, por favor. Hemos, estudiado, lo que, los terrestres, dejaron, atrás. ¿Vivir, bien?... ¿Mejores, condiciones, para las especies? ¿Y todos, sus miembros...? ¿Sonidos, que hacían, cuando la vida, prevalecía?

—Bastante acertado. Continúa.

—La Tierra, es, un lugar, de felicidad, solamente, para puffys, ahora. No está bien, para ti. Vete, con, tu gente. Déjanos, enfriar, la Tierra, cambiarla. Tus máquinas, nos lo impiden, ahora. Será mejor, para todos, si te vas. ¿Por qué, permaneces?

—Eso es asunto mío —refunfuñó— asunto mío. Decidme, ¿me encontráis feo?

—Por favor, sí...

—Felicidades, yo también. —Hizo una pausa, añadiendo—. ¿Haréis que me vaya?

—Por favor... Sí, debemos...

Se hallaban en un desierto. Un sol anaranjado, como una enorme mano, llenaba súbitamente la mitad del cielo. El calor hizo que su cuerpo empezara a transpirar. Tosió.

—POR FAVOR —silbaron los derretidos hombres de nieve.

Ahora flotaban a través del vacío interestelar, frío como donde no hay llama ni sol. Se sentó sobre la nada y contempló a los fluctuantes puffys, pataleando frente a él. Una Vía Láctea de motas estrelladas pasó sobre su hombro derecho y delante de su cara. Se convirtió en un Bourbon Way y se lo bebió.

—¿Cómo? —consiguió decir un puffy, débilmente.

No contestó.

No era que amase a la Tierra...

* * *

—¿Henry?

—¿Sí?

—¡No podemos!

Estudió el rubio cabello de ella, y sus ojos grises que lo miraban (siempre) más allá de él. Su pequeña barbilla era aún más diminuta debido a su mohín.

—¿A qué viene eso? —preguntó a sus ojos.

—... ¿Quedarme atrás en este infierno de mundo? ¿Las dos últimas personas? ¿Con su mejor amigo?

—Sí.

—... ¿Con sólo máquinas y hablar el uno con el otro solamente? ¿Y tus malditas

leedoras de libros? ¡Nos volveríamos locos! ¡Nos odiaríamos! No habría ningún fin...

—Tienes una alternativa —interrumpió él—. ¿Y podría convencer a la Junta de Eugenesia?

—¿Qué hay de malo con las cosas como están ahora? Después de la Marcha será lo mismo.

—Trata de decirlo de esta manera —dijo él, sonriendo—. Henry es apuesto, como un dimmie o un masso, elegante, y tan por encima de sospecha... pero permanecer aquí con él... Bien, es primitivo, eso es lo que es.

—Estás equivocado —dijo ella, enrojeciendo— y te lo demostraré... más tarde.

Él sacudió su cabeza.

—No habrá ningún «más tarde». No voy. Alguien debería quedarse a poner agua a las flores. No es que ame a la Tierra... es que odio las estrellas, odio lo que significan. Odio a la gente que va a las estrellas, yendo a recapitular con rígida monotonía todos los procesos que sangraron a este mundo y no dejaron nada más que ceniceros llenos. Por un largo tiempo yo creí que el único propósito de mi vida era llenar ceniceros. Pero ahora sé que estaba equivocado. Ahora tengo algo que hacer... voy a ser cuidador de tumbas. Eso estará bien, muy bien...

—Claro que vas a ir —dijo ella lloriqueando—. Todo el mundo va. ¡No seas chiquillo! No hay nada aquí para preservar. Los días de la Tierra han pasado.

Él afirmó, vigorosamente.

—¡Phyllis, Phyllis, Phyllis! Desde luego tienes razón, como siempre. No puede hacerse nada. La historia muere en el mismo segundo en que se ha hecho, y dejamos el mundo más vacío de lo que lo encontramos. La hierba al polvo y la vida al placer, ardiendo. Sin embargo, he hecho algunos arreglos para ir al Sant Transporte después del Éxodo. Anticipé alguna compañía, pero puedo apretar los botones sin tu ayuda. Puedes reunirte conmigo siempre que lo desees. Sin embargo, no te quedes alrededor solamente para decir «adiós».

—¡Vas a venir con nosotros! ¡Yo te quiero, aunque seas un retrógrado!

Él miró al reloj.

—Mejor que te vistas para... uh, la cena —sugirió—. Len va a volver pronto y sería mejor que yo empezara a llegar.

Se levantó y se puso su capa color de fuego.

—Yo mezclaré las bebidas. No puedes llevártelas contigo...

Ella tenía más cosas que decir, pero realmente no importaban mucho.

* * *

—Apartadas están las cortinas sombrías de las salas de luz.

Sí, decidió, *la distancia de las estrellas, y tres metros desde donde estoy sentado. Y eso, puffys, es todo.*

—¿Cómo? —persistió el puffy más cercano.

—Apartadas están...

Algo parecía estar gritando, sin sonido, en algún lugar.

—¿Por qué?

—¡Me odio! —le dijo, con súbita ferocidad—. ¡Y vosotros! ¡Vosotros sois los gusanos en las tripas de Balder! Habéis venido a arrastraros en el cadáver de mi mundo, y en este momento decido de no permitirlo. Me odio a mí mismo, pero os odio más a vosotros. Volved al lugar de donde habéis venido. ¡Yo me quedo con la Tierra!

—Sí, tú, nos obligas...

Se convirtió en una pequeña nova a sus pies, un bulto como un lirio en llamas deslizándose sobre negras aguas.

—Id a casa —dijo, y se hallaron en el Sant una vez más, y él tenía su tamaño normal, y la pared abrió su puerta otra vez.

Los dos puffys que quedaban se arrastraron hasta ponerse en pie.

—Has, usado, tu tiempo, tu mundo... —zumbaron— y eres, todo, lo que queda, detrás. Tu raza, no está, justificada, y, su único, monumento, es, la imperdonable, destrucción, de la vida.

—En eso —contestó— emulamos al universo. ¡Nosotros tomamos!

—Mirad alrededor vuestro, aunque... debe haber una brillante ceniza en ese gran cenicero —gesticuló violentamente—. ¡Debe haber algo ahí fuera que nos justifique! ¡Id a mirar!

Trató de quebrar su cráneo entre las palmas de sus manos, pero no pudo.

—¡Fuera de aquí! ¡Dejadme!

—Marchad...

La puerta guiñó grotescamente detrás de ellos y él la golpeó con un rayo.

Los gritos continuaron.



II

Apartadas están las cortes sombrías. Apartadas...

Oyó gritar.

Reconoció su propia voz.

Se despertó.

—Apartadas —los embajadores puffy ruegan— cortes sombrías —entrar...

Las palabras estaban cambiando, y lo sabía.

Estaba escuchando a la almohada y tergiversando las palabras, estaba escuchando las palabras y alterando su significado; lo estaba haciendo y no haciendo, estaba en parte despierto, en parte dormido.

Lo sabía.

... Una larga historia acerca de una mujer llamada Ana y un hombre llamado Vronsky.

... El tren se precipitaba hacia él, arrojando negros penachos de nubes fantasmales y bramando con un grito de guerra de saurio y *lo sabía*...

Asió la luz.

—¡Interrumpe el contacto ideacional!

El tren desapareció y se quedó solo, temblando, sabiendo.

Transpiró más aprisa de lo que el lecho podía absorber. Los océanos se removían en las playas de su memoria.

Se cubrió la cara.

—¿Has limpiado toda la sangre?

—Sí —contestó la almohada.

—¿Y su cuerpo?

—Desaparecido. Limpiamente, completamente.

—¿Porqué hizo ella eso?

La almohada no replicó.

—¿Porqué vino ella aquí a desangrarse? —insistió él.

—Porque ella ni podía irse ni permanecer, como tú.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Siete años, tres meses y trece días.

Algo ardiente fluyó del tubo y lo tragó.

—¿Son reales los puffys o una parte de la terapia?

—Ambas cosas.

—Oh, ¿es verdad que maté a uno?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace dos semanas.

—Estoy enfermo.

—No. Ahora estás bien.

Se sentía enfermo.

La almohada zumbó y el lecho vibró, y él estaba seco otra vez y caliente. La almohada chasqueó.

—Los embajadores puffy ruegan ser recibidos.

—¿Has puesto agua en mis bebidas?

—Sí.

—Déjalos pasar —dijo.

III

Contempló la habitación que había cerrado y sellado en aquel día, hacía siete años... La pared se había disuelto ahora.

Len había vuelto, oliendo a espacio y a tiempo, y no había dicho una palabra —dándole solamente una larga mirada de perro apaleado antes de que lo golpeará— y cuando él había vuelto en sí Len se había ido y dos de sus dientes estaban rotos y se estaba ahogando con uno de ellos, y bebió, empezando a frotarse otra vez en las anémonas canela al lado de la piscina, y bebió, y entonces lloró un poco, bebió, la transportó a ella a la cama y rezó, lloró algo más, bebió, cerró la habitación, despertó, todo en orden, sus brazos doliéndole de los chorros de spray y la almohada con *Lycidas* para él, y tomó huevos revueltos y tostadas para desayunar, y todo estaba en orden, sí.

Pidió una banda de contacto.

Un gran lirio blanco, brillante, salvaje, rompió el piso de la estancia y floreció sobre el lecho, baño y vestidor, mientras la otra pared se convertía en puerta y entraban los puffys.

Sonrió cuando aparecieron.

—Hola, puffys.

Y ellos entraron y entraron, y el Sant se llenó de puffys, y él sonrió y afirmó con la cabeza y ellos permanecieron frente a su lecho.

Él se apartó y se sentó a un lado.

—Habéis venido —dijo—, hambrientos y sedientos de venganza.

—¿Qué es, lo, que quieres? —preguntaron.

—Nada —dijo él.

Hubo silencio. Los puffys lo tenían apresado como una mariposa en amarillentas redes de miradas.

—¿Qué es lo que vosotros queréis?

—¿Por qué, nos, matas? —preguntaron.

—No fui yo —respondió—, fue mi locura. Lo siento.

—Si tú —dijo un puffy—, te vas —dijo un puffy—, todo —dijo un puffy—, estará bien —dijo un puffy.

—Si tú —pausa—, te quedas —dijo otro—, deberás —dijo otro—, morir —dijo el más grande.

—Inútil —dijo otro—, ¡monstruo!

—Muy bien —suspiró él—; muy bien, en efecto.

—Sea lo que sea, haga lo que haga —les dijo—, leed la Tierra, estudiad la Tierra, y juzgadnos rectamente por lo que hicimos con ella mientras vivimos aquí. No soy verdaderamente un representante de mi especie, solamente, tal vez, uno de sus fracasos. He derrochado algunas vidas probando la inutilidad de la vida, y justamente he decidido ahora que estaba en un error.

Hizo una pausa, miró alrededor suyo y preguntó:

—Si os dejas la Tierra, ¿qué haréis con las obras del hombre?
—Quemarlas —zumbó uno.
—Enterrarlas —sonó otro.
—Reemplazarlas —musitó un tercero.
—Perdonarlas —silbó un cuarto— por existir.
Los otros lo miraron e hicieron ruidos extraños. ¿Risas?
—¿Quién eres tú? —preguntó.
—Bufón —dijo la pirámide de vainilla—. Me burlo, de, mis líderes.
—¿Quién eres tú? —preguntó al primero que había hablado.
—Primero, entre, los iguales.
—¿Y tú? —al segundo.
—Segundo.
—¿Y tú?
—Tercero.
—Y Bufón hace el cuarto. ¡Bien!
Empezó a reír.
—Rey comediante de las bolas de nieve, ¡yo te saludo!

Hizo una reverencia. El Segundo extendió una tenaza, tentativamente, en su dirección.

No se movió hasta que la hoja estuvo cerca de su cuello. Entonces se enderezó y la asió en su mano derecha.

—Dadme vuestro perdón, señor. Yo os he causado mal —retrocedió—. Lo que haya hecho que pudiera dañar vuestra naturaleza, honor, y decepcionaros rudamente, aquí proclamo que fue mi locura.

La mano y tenaza quedaron estáticas cuando las luces empezaron a desvanecerse. El zumbido comenzó otra vez cuando la estancia quedó en completa oscuridad. Luego reinó el silencio, y continuó:

—Dejadme renunciar a un vil propósito y así quedar libre en vuestros pensamientos más generosos...

Hubo luz otra vez, pero procedente de antorchas recién aparecidas, como hongos creciendo en oscuros nichos de ladrillos. Cincuenta o sesenta personas, vestidas ostentosamente, llenaban la cámara envuelta en sombras. Su lecho se había convertido en un trono, y un hombre con barba y gruesas ropas púrpuras y una corona de oro se sentaba en el mismo.

Las paredes se hallaban cubiertas de alegorías tejidas en brillantes colores, cabezas de presas vencidas, hachas teñidas de humo con ojos oxidados. La noche se movió seis o diez metros hacia arriba y quedó colgando allí, rezumando riachuelos de negrura entre las fisuras de las paredes.

Él iba ataviado con pantalones negros y una camisa blanca, abierta en su cuello, y

su cabello era un bruñido espejo, y sus ojos celestes retenían al hombre oscuro, cuya mano aún asía.

¡Dilo!, ordenó.

La boca se movió vacilante, la garganta se tensó y relajó:

—Estoy, satisfecho, en naturaleza, con el motivo, que, en este caso, debiera, incitarme más, a mi venganza —declaró el otro lentamente; la voz se hizo más clara, se elevó—: Pero hasta ese día yo recibo vuestra oferta de amor como amor, y no la agraviaré como tal.

—Yo la acepto libremente —replicó él— y quiera que esta prueba de hermano francamente lo demuestre.

Torció la mano, la soltó, y se dio la vuelta riendo.

—¡Dadnos las espadas!

—¡Vamos! ¡Una para mí!

—Yo seré vuestra espada —sonrió él.

—¡Os burláis de mí, señor!

—No, por esta mano. —La alargó otra vez.

El otro se volvió y caminó unos pasos, como si el proceso fuera completamente nuevo para él. Sorprendido por su inesperada gracia, ejecutó una estocada de ataque y rió fuertemente.

—Dadles las espadas —ordenó el que llevaba la corona—. ¿Conocéis la apuesta?

—Muy bien, mi señor.

Su oponente inspeccionó la punta de su arma.

—Ésta es demasiado pesada, dejadme probar otra. —Seleccionó otra hoja y miró a su oponente, el cual afirmó con la cabeza.

El terrestre humedeció sus labios, extendió su arma varias veces y se puso en línea con su oponente.

—Ésta me parece bien —declaró—. ¿Estas hojas tienen la misma longitud?

—Sí, mi buen señor.

Así él sonrió sobre la torcida curva del saludo del otro y se puso en guardia. Su oponente hizo lo mismo.

Era un juego, un bello juego en el que se veían obligados a participar, con la extraña sensación de moverse bajo otra forma, de ver los colores de la Tierra a través de ojos terrestres, de hablar con la lengua de los terrestres.

Había impedimentos, desde luego... Éste había de estar aquí, ése allí, este de aquí hablar *así* y *así*. El rey debía ordenar vino y tirar una perla dentro de la copa antes de decir «¡Vamos! ¡Empezad! ¡Y vosotros, los jueces, tened ojos sagaces!». Pero el aire crepitaba con la invisible electricidad de la anticipación, y sus semi-controlados movimientos parecieron ser más suyos cuando se adelantaron al grito de:

—¡Empecemos, señor!

—¡Vamos, mi señor! —fue la respuesta, y las espadas saltaron como lenguas de sapos.

(Atacar - extender - parar - parar - arremeter).

¡Click!

—¡Uno!

—No.

—Dictamen.

—Tocado, claramente tocado.

—Bien, ¡otra vez!

—Parad —gritó el rey—. ¡Un brindis a tu salud!

Hizo señas a un sirviente.

—Dadle la copa —dijo.

—Esta vez empezaré yo —contestó el terrestre—. Esperad un poco.

Se hundió completamente en la ilusión del momento, su memoria dirigiéndose en dirección opuesta y a través de una serie de nuevos descubrimientos. Dio una estocada hacia adelante.

—Tocado otra vez. ¿Qué decís?

—Tocado, tocado, lo confieso —convino su oponente.

—Nuestro hijo vencerá —gruñó el rey.

—La reina bebe por tu fortuna. —La dama al lado del rey alzó la copa.

—¡No lo hagas! —interrumpió el rey; y en la distancia un susurro, esforzado «No, pude, evitarlo».

Los dientes del rey rechinaron.

El terrestre se mordió el labio.

—¡Ahora te tengo!

Su espada resonó contra el suelo. Un simple diente arrancó sangre de su cuerpo, quitó la visión de sus ojos, y la estancia entera se estremeció como la llama de una vela puesta cerca de una ventana.

Luego se afirmó, y cayó sobre una rodilla.

Empujó su codo contra las costillas de su oponente, y asió la muñeca derecha del espadachín. Se agachó por debajo de él y se levantó, girándose.

Una segunda espada sonó sobre el suelo.

—¡Apartadlos! ¡Están furiosos! —llegó el grito.

Él cogió la otra arma.

—¡No! ¡Venid otra vez!

Su oponente cogió la otra espada, se levantó con un hondo suspiro y se situó en balestra.

Evitó la repentina febra con un remolino, luego cambió hacia un salto atrás. Las hojas se separaron gimiendo. Atacó la parte exterior de la espada extendida, fintó en

cuatro, se adelantó en seis. La respuesta fue una relampagueante parada y una riposte en seis, debajo de su propia espada. Lo empujó hacia abajo, retrocedió, paró el forte, y se tiró hacia adelante en un flesche ataque.

El otro gritó.

La reina cayó sobre sus rodillas.

—¡Mirad a la reina!

—Están sangrando en ambos lados. ¿Cómo es eso, mi señor?

—¿Cómo es eso?

El otro asió su brazo, y un velo de terror contorsionó su cara mientras sus labios se movían.

—Yo estoy, justamente, muerto, por mi propia, traición (!).

—¿Cómo está la reina?

—Se desmayó al verlos sangrar.

—¡No, no! ¡La bebida! —gimió ella, la histeria asomando en su voz mientras las palabras emergían de su garganta—. ¡La bebida! ¡Ha sido envenenada!

Entonces ella cayó y quedó silenciosa.

—¡Oh, villanía! —sonrió el terrestre—. ¡Haced que las puertas se cierren! ¡Traición! ¡Buscad!

—Aquí está —suspiró el que estaba a sus pies—. Tú estás muerto. Ninguna droga en el mundo puede hacerte bien. No tienes ni media hora de vida. El instrumento traidor está en tu mano, agudo y emponzoñado...

Él se mostró de acuerdo y miró a su alrededor, a los herederos de la Tierra. *Esto*, al menos, quedaría con ellos.

—Entonces, veneno, ¡a tu tarea! —gritó, y con una sonrisa apuñaló al rey, forzando la copa a su boca y vertiendo lo que quedaba a través de sus dientes.

—Queríais la Tierra —murmuró—. Queríais sus huesos sin su carne. Horrible o adorable, el hombre ha tatuado su cuerpo y no podréis borrar nuestra marca de su cadáver. La queríais... ¡tratad de tenerla así!

La forma cayó sin vida en sus brazos.

—Has sido, justamente, servido —dijeron forzadas voces guturales, mientras el otro espadachín cerraba sus ojos y gemía.

—¿Estás seguro de que estaba en lo cierto? —preguntó su propia voz en su cabeza.

—¿Lo estaba? —gritó.

Sus sienes empezaron a latir. Los susurros de los puffys, en un staccato de horror, empezaron a hacerse más fuertes. Un temporal pasó a través de la estancia, y las antorchas vacilaron. En algún lugar hubo un lamento. Se sintió como si estuviera ardiendo.

La cámara palideció y reapareció, palideció y reapareció, y entre unos instantes de brillante limbo le pareció estar de pie en medio de un vasto campo de hielo, rodeado por una aldea de igloos, cada uno ostentando antenas. Arriba, sobre su

cabeza, la galaxia giraba como un enorme cenicero, y él sabía que continuaría siempre así, girando, congregando, después de que él hubiera cesado. Y él sabía que su significado era el de llenar ese cenicero —su raza y los que aún no habían nacido en su raza— cayendo en polvo allí para siempre, y ardiendo ocasionalmente en brillantes copos, como él lo había hecho esta noche, para justificar algo absurdo con una absurda belleza y cancelar algunas cosas absurdas y dejar atrás algo de belleza, para algún fin, y se dio cuenta de que estaba sano otra vez, y sonrió a los puffys y cambió para el final de la escena en la corte.

—¡Oh, muero, Horacio! —gruñó—. El potente veneno casi llena mi espíritu —miró hacia el puffy cortesano que lo sostenía en posición sentada—. No viviré para saber las noticias de (¿Inglaterra?) —continuó—, pero profetizo que la elección recaerá en (¿Fortinbras?). Él tiene mi agonizante voz —señaló con la cabeza hacia la puerta que ocultaba al helado Bufón—. Decídselo, junto con los incidentes, más o menos, que ha solicitado, el resto es silencio...

Se reclinó y enfocó su voluntad hacia la próxima parte.

El puffy-Horacio estaba hablando de su corazón destrozado y del canto de los ángeles. Mencionó el tambor, y lo oyó, en la distancia, antes de que llegara el silencio final.

El Bufón se deslizó hacia adelante, cambiando de forma mientras se movía. Finalmente se detuvo —una montaña de hielo— mirando hacia abajo, al terrestre. Enjambres de células de campanas se abrieron y cerraron, se abrieron y cerraron. Los otros lo observaban, porque sabían que él conocía la Tierra, porque él era el mímico, y sabría lo que había ocurrido y qué hacer luego.

Miró al último hombre muerto sobre la Tierra.

—Levantad, el cuerpo —dijo—. Semejante, visión, como esta, transforma el lugar, pero aquí, es impropio. Id, ordenad, disparar, a los soldados.

Y lo llevaron afuera y lo enterraron, sin ser costumbre entre los puffys; y el Sant extendió cañones y los disparó en la noche, sin haber sido costumbre entre los hombres por muchos años; y el Bufón hizo de la Tierra un lugar de felicidad, y los puffys vivieron siguiendo las costumbres de los hombres.

Título original:
MINE IS THE KINGDOM
© 1963, Ziff-Davis Publishing Co.
Traducción de S. Mas

2 | CRÓNICAS TERRÍCOLAS

PGARCÍA

Después de dos números de ausencia y una ligera modificación en su título, vuelven a nosotros las «crónicas terrícolas», de PGarcía, cuya versión televisada (véase la reseña en nuestro último número) ha conocido un destacable éxito.

Empezó como en la célebre versión radiofónica de «La guerra de los mundos» a cargo de Orson Welles. Con la diferencia de que no se trataba de ningún programa-sorpresa, sino de una llamada de urgencia, simultaneada por todo el mundo.

En Inglaterra, en Bélgica, en Rusia, en China, en Rhodesia, en Estados Unidos o en Australia, los espectadores que estaban en sus casas a aquella hora sentados tranquilamente ante el televisor, presenciando su programa preferido, lo vieron interrumpido para dar paso a un locutor con el semblante atirantado por la gravedad, que leía una nota de urgencia.

En polaco, en inglés, en español, en francés o en ruso las palabras vinieron a ser las mismas:

—¡Vigilad el espacio! Vigilad el espacio... De él pueden llegar invasores procedentes de otros mundos. Es posible que hayan arribado ya y estén entre nosotros. Es posible también que lleguen más. Por eso recomendamos la vigilancia a toda costa.

«En las últimas veinticuatro horas no ha sido desmentida la noticia recogida por varias agencias informativas internacionales sobre la posibilidad de presencia de habitantes de otros mundos en la Tierra. La censura militar es muy rígida, pero a su pesar se han infiltrado alarmantes rumores. Se especula sobre la realidad de una invasión; e igualmente que los invasores tienen apariencia completamente humana; que ya están muchos años entre nosotros y que ahora han juzgado oportuno el momento mundial para desencadenar su ataque invasor.

»Según estos rumores los invasores provienen de un punto designado con las iniciales S. A. P. O. N. 36 de la constelación Pegaso, y están en posesión de un arma mortífera y terrible que no deja huellas después de haber actuado. Los saponianos podrían hallarse ya en la Tierra atacándonos insidiosamente con este ingenio sin que lo supiéramos, puesto que cualquier autopsia no descubrirá otra causa que la natural a una muerte producida por el arma saponiana.

»De momento, insistimos, no hay confirmación oficial. Sólo alarmantes rumores que nadie desmiente. Por nuestra parte, dadas las excepcionales circunstancias en que nos hallamos, únicamente podemos decir a los telespectadores: ¡Cuidado! ¡Los saponianos pueden estar aquí! ¡Desconfiad de todo y de todos!

Nueva York. En el mismo instante.

La puerta del despacho del director de la «King Oil Company» se entreabrió suavemente. Una voz servil pidió:

—¿Da su permiso, señor Robertson?

El director general ejecutivo no levantó la vista de los papeles que le ocupaban. Conocía demasiado bien al que entraba.

—Pase, Smith, pero no me entretenga. No estoy para perder el tiempo con sus problemas particulares. Si trae en la cabeza alguna petición que formularme, olvídela.

—No deseo nada de eso, señor Robertson —dijo el empleado—. Únicamente decirle, en nombre de mis compañeros y en el mío propio, que le admiramos a usted. Que es un director único, humano, inteligente...

El director general ejecutivo de la «King Oil Company» miró al contable, agradablemente sorprendido.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

—Hay algo por encima de la autoridad, señor Robertson, por encima de las dotes de mando —siguió Smith—. El trato, la perspicacia para llevar a la gente y resolver las dificultades que se presentan al ejercicio de la alta dirección. Y esas cualidades las tiene usted en grado superlativo.

—¡Siga, Smith! ¡No se detenga! —ordenó Mr. Robertson, dejando caer los párpados para concentrarse mejor en lo que escuchaba.

—Usted posee un cerebro excepcional, y los que trabajamos a sus órdenes lo sabemos y se lo admiramos. ¡Qué gran capitán de los negocios es usted, señor director! ¡Cómo le envidiarán los de la competencia!

Al director empezaron a sacudirle unos estremecimientos placenteros.

—¡Más! ¡Más!

—Los accionistas de la compañía —continuó obediente el contable— deben reconocerlo y colocarle en un puesto mucho mejor que éste. Si son ciegos, nosotros, sus empleados, iremos a gritarlo en su próxima reunión. ¡Usted no debe ser un simple director general ejecutivo! A usted, por su inteligencia, por su sabiduría, deberán nombrarle... presidente de la compañía.

Coincidiendo con las últimas palabras de su empleado, Mr. Robertson emitió un gemido y cayó sobre los papeles. Inmóvil. Sin vida.

Smith, con una expresión de infinita crueldad en la que se traslucía cierta satisfacción, se acercó a tomarle el pulso. Luego sacó un pequeño transmisor.

—BmM llama a Base... BmM llama a Base —susurró—. Misión cumplida. Cambio, y fuera.

En un barrio de Chelsea. Al mismo tiempo.

La doncella que estaba quitando el polvo miró a Mrs. Towers, que hojeaba displicente y aburrida una revista de modas, y exclamó:

—¿Me permite unas palabras la señora?

—¿Qué hay, Betsie? —levantó una ceja la dama, con humor—. ¿Va a despedirse usted?

—¡Todo lo contrario, señora! —dijo la joven, con un leve matiz de ofensa en la voz—. Deseo decirle que jamás dejaré esta casa, mientras la señora lo permita, porque puede haber muchas señoras, pero ninguna como usted.

—¿Qué me dice, querida? —sonrió Mrs. Towers abandonando la revista.

—Sí, señora. Es usted culta, educada, elegante... ¡Qué gusto tan exquisito tiene para todo! ¡Con qué distinción se viste! ¡Con qué señorío recibe!

La señora se recostó en el sillón en que se hallaba, dejando caer los párpados para concentrarse mejor en lo que estaba oyendo.

—Continúe. No se calle todavía...

—¿Y lo bien que guisa la señora, cuando se pone? ¿Y lo bien que decora la casa, cuando se pone, que ni un decorador?

—¡Mmmmm!... —hizo Mrs. Towers.

—Eso no ha de pasar inadvertido en el país. A la señora le reconocerán sus méritos. El día menos pensado... ¡le han de conceder la Orden del Imperio Británico!

Entonces, el corazón de Mrs. Towers, sin poder resistir aquello, se detuvo para siempre.

Betsie, sonriendo con crueldad, extrajo de su plumero una pequeña antena.

—DmD llamando a Base. Obstáculo eliminado... Obstáculo eliminado... Cambio y fuera.

En un bar de Madrid. A la misma hora.

Los dos amigos se sentaron ante sendas copas.

—Bueno, Juan; aquí me tienes. ¿Querías verme para hablar de negocios?

—Para hablar de negocios no, Luis. Para confesarte de una vez que te admiro por lo bien que conduces.

—¡Calla, hombre! —exclamó Luis, gratamente sorprendido.

—La verdad... ¡Eres un hacha en el coche!

—¡No pares! ¡Sigue!

—Hoy no vale un hombre por su cultura —continuó su amigo—; vale por lo que entiende de coches, por lo bien que sabe aparcar, por lo listo que es para no pagar las multas que le ponen y por la media que saca en sus viajes. ¡Ahí no hay quien te iguale! ¡Eres un maestro!

Estremeciéndose casi epilépticamente, Luis pidió:

—¡Sigue! ¡Más!

—¡Y qué de sitios sabes cuando sales a la carretera! —prosiguió el primero—. ¡Qué de restaurantes, de albergues! Quien salga de viaje en automóvil sin consultarte, no sabrá dónde sirven unos estupendos platos típicos, ni de un caserío donde venden

un embutido que tumba. ¡Eres sensacional en esto, chico! Yo siempre me he descubierto ante ti cuando hemos viajado juntos. Y cuando me has indicado un sitio para comer. Y sobre todo, cuando te he visto pedir... la carta de vinos.

En aquel instante, el elogiado falleció, como era presumible, de un colapso placentero.

El asesino miró disimuladamente a uno y otro lado. Puso una mano en el corazón de su víctima y una tenue sonrisa flotó por sus labios. Luego, sacando un transmisor diminuto, emitió:

—MmK llamando a Base. Misión cumplida. Paso al objetivo siguiente. Cambio, y fuera.

En la edición de madrugada, los servicios informativos radiofónicos de docenas de países comunicaban a sus oyentes:

—Aunque sigue sin producirse la notificación oficial, ya es incuestionable que los saponianos están atacando. Las muertes aparentemente naturales pero inesperadas se multiplican, lo cual fortalece la primera hipótesis del arma desconocida que no deja huellas. Esperamos de un momento a otro la declaración de emergencia a escala mundial. Los gobiernos del mundo entero evacúan reuniones de urgencia, porque ya no se puede ocultar lo que sucede: los invasores están atacando.

Y la televisión insistía:

—Hay invasores de otros mundos en la Tierra... De un punto de la constelación Pegaso pueden llegar refuerzos. Desconfiad de todo y de todos. La más inocente alabanza puede ocultar una terrible y mortífera intención saponiana. Y entre tanto... vigilad el espacio. ¡VIGILAD EL ESPACIO!

© 1968, PGarcía y Nueva Dimensión.

LA ALDEA ENCANTADA

A. E. VAN VOGT

Si bien casi todas las historias de ciencia ficción sobre Marte pasaron a la categoría de «fantasía» después de que el Mariner IV transmitiera las fotos obtenidas en su acercamiento al cuarto planeta, no por ello el tema ha perdido su interés. El renombrado autor de «The weapon makers» y «The weapon shops of Isher» («Los fabricantes de armas» y «Las armerías de Isher», inéditas aún ambas en español) nos demuestra en este relato su maestría e imaginación sobre un tema cada vez más difícil de superar.

ilustrado por VLADIMIR PABLO

Exploradores *de un nuevo mundo* fueron denominados, antes de partir rumbo a Marte.

En varias ocasiones, después de que la nave se hubo estrellado contra las arenas de un desierto marciano, matando a todos sus tripulantes excepto —milagrosamente— a uno solo, Bill Jenner escupió aquellas palabras al persistente viento, cargado de arena. Se despreciaba por el orgullo experimentado la primera vez que las oyó.

Su furia se iba esfumando a cada milla que avanzaba, y su pesar por la muerte de sus compañeros acabó por transformarse en un dolor físico. Poco a poco se fue dando perfecta cuenta de que había sostenido un falso criterio.

Bill Jenner había calculado mal la velocidad a que viajaba el cohete. Supuso que sólo tendría que caminar trescientas millas para alcanzar el mar polar, de escasa profundidad, que él y sus hombres habían observado desde el espacio durante el descenso. En rigor, la nave había recorrido una distancia inmensamente mayor antes de quedar fuera de control.

Los días pasaban, al parecer tan innumerables como las arenas, calientes y rojas, que le quemaban la piel a través de los jirones de su ropa. Aquel hombrón, con aspecto de espantapájaros, continuaba andando por el infinito y árido desierto sin darse por vencido.

Cuando hubo llegado a la montaña sus alimentos se habían agotado ya y, de sus cuatro bolsas de agua, sólo le quedaba una; pero estaba tan próxima a vaciarse, que se limitaba a mojar los labios rajados y la lengua inflamada cada vez que la sed se le hacía insoportable.

Jenner había escalado una gran parte de altura antes de reparar en que no se trataba de otra más de las muchas dunas que habían interrumpido su marcha. Hizo una pausa, levantando la mirada hacia la cima, que parecía inalcanzable, y se dio ánimos. Por un brevísimo instante se preguntó a dónde le llevaría su avanzar incesante, al parecer vano, pero continuó ascendiendo y al fin llegó a la cúspide.

Desde allí vio, del lado opuesto, una depresión rodeada de montes, tan altos o tal vez más que aquel en que se hallaba. En el fondo del valle se alzaba una aldea.

Podía ver los árboles y el piso de mármol de un patio. Una veintena de edificios se agrupaba en torno a lo que parecía una plaza central. Casi todos eran bajos, pero de entre ellos se alzaban cuatro delgadas torres que parecían llegar al cielo. Brillaban a la luz solar con un lustre marmóreo.

A los oídos de Jenner llegó un silbido, débil pero muy agudo, que pronto subió de volumen; luego descendió gradualmente hasta desaparecer del todo, y no tardó en volver, claro y preciso, pero molesto. A medida que Jenner corría hacia la aldea, el silbido se hacía más perceptible, y él creyó descubrir una nota de algo fantástico y antinatural en aquel sonido.

Caminaba por rocas resbaladizas, y se raspó la piel en una de las caídas. Rodó pendiente abajo hasta casi llegar a la mitad del valle. Los edificios, vistos de cerca, eran mucho más brillantes, y parecían de reciente construcción. Sus paredes destellaban con reflejos. Por todas partes había vegetación. Hierbas de un verde rojizo y árboles de un verde amarillento, cargados de purpurina y frutas rojas.

Impulsado por un hambre voraz, Jenner se aproximó al más cercano de los árboles. De cerca parecía seco y quebradizo. Pero el fruto que arrancó de la rama más baja tenía un aspecto extremadamente jugoso.

Antes de acercárselo a los labios recordó que, durante su entrenamiento, se le había advertido que no probara alimento alguno de Marte sin antes analizarlo químicamente. Pero aquel consejo era inútil para un hombre que no tenía más laboratorio químico que su propio cuerpo.

Sin embargo, la posibilidad del peligro le hizo obrar con cautela. Probó un pedazo del fruto, con mucho cuidado. Tenía un gusto amargo y Jenner lo escupió precipitadamente. El jugo que había quedado entre sus dientes le quemaba las encías. Sintió náuseas. Sus músculos empezaron a temblar, y tuvo que sentarse en el piso de mármol para no caer sin fuerzas. Después de un rato, que a Jenner le pareció eterno, los temblores empezaron a disminuir, y sus ojos pudieron ver con claridad. Su primera mirada fue para el árbol, y estaba llena de cólera y desprecio.

El dolor desapareció al fin, pero Jenner prefirió continuar descansando. Una brisa suave agitaba las hojas. Los árboles cercanos se unieron al coro, y Jenner reparó en que el aire del valle era apenas un céfiro comparado con el viento huracanado que soplaba en el desierto, al otro lado de los montes.

No había ningún otro sonido ahora. Jenner recordó de pronto el silbido agudo y cambiante que había percibido poco antes, y agudizó bien los oídos para ver si lo escuchaba de nuevo, pero todo cuanto pudo oír fue el crujido de las hojas. Se preguntaba si no había sido una alarma, para advertir a los aldeanos de su presencia.

Incorporándose de nuevo buscó el revólver, y se sintió perdido. No lo llevaba consigo. Aunque su mente estaba en blanco, tuvo un vago recuerdo de que había echado de menos el arma una semana antes. Miró inquieto en torno suyo, pero no vio

criatura viviente alguna. Se contuvo. No abandonaría la aldea, ya que ignoraba hacia dónde dirigirse, pero si era necesario lucharía hasta la muerte para permanecer allí.

Jenner tomó un pequeño trago de agua, suficiente para humedecer sus labios partidos y su lengua inflamada. Luego devolvió la tapa a la bolsa de cuero y empezó a caminar entre una doble fila de árboles, hacia la casa más cercana. Trazó un extenso círculo, para observarla desde varios puntos. A un lado había una arcada baja y ancha, que daba al interior. Por ella, Jenner pudo distinguir el brillo de un pulido piso de mármol.

Exploró el exterior del edificio, manteniendo siempre una respetuosa distancia entre su persona y cualquiera de las entradas. No vio señal alguna de vida animal. Llegó a la orilla de la plataforma de mármol que servía de base a la aldea y se volvió, resuelto. Era ya tiempo de explorar interiores.

Escogió uno de los edificios de cuatro torres. Cuando estuvo a una docena de pies de distancia se dio cuenta de que tendría que agacharse para poder entrar. Aquello lo detuvo un momento. Tales edificios fueron construidos para una forma de vida muy diferente de la humana.

Siguió avanzando, se agachó, y entró a regañadientes, con todos los músculos rígidos.

Se vio en una pieza sin muebles, que tenía, sin embargo, unos cubículos de mármol que salían de la pared, también de mármol. Eran anchos y bajos, y tenían agujeros, correspondientes con otros en el piso.

La segunda cámara estaba habilitada por cuatro planos inclinados de mármol, que formaban doseles en su parte superior. La planta baja tenía cuatro estancias. De una de ellas partía una rampa en espiral, que ascendía aparentemente hacia una habitación en la torre.

Jenner no investigó en la parte superior. El temor original de encontrar vida extraña iba cediendo a la mortal convicción de que no encontraría nada. Si no había vida, no habría alimentos ni medios de proporcionarse alguno. En frenética prisa, corrió de un edificio a otro, penetrando en sus piezas desiertas y haciendo pausas para dar gritos estruendosos.

Ya no le quedaba duda alguna. Se encontraba solo, en una aldea abandonada sobre un planeta muerto, sin alimentos, sin agua —de no ser la exigua cantidad que aún le quedaba en la bolsa— y sin esperanza.

En el interior de la cuarta cámara, la más pequeña de una de las torres, se dio cuenta de que había llegado al final de su búsqueda. La pieza tenía un solo «cubículo», adosado a la pared. Fatigado, Jenner se apoyó en él, y debió haberse dormido instantáneamente.

Cuando despertó se dio cuenta de dos cosas, una después de otra. La primera percepción la tuvo antes de abrir los ojos, y fue el silbido que ya conocía, agudo y potente, en el umbral de la audibilidad.

La otra fue un líquido, que caía en finas gotas desde el techo. El técnico Jenner

aspiró una vez el extraño olor de aquel líquido, y se lanzó rápidamente fuera de la estancia, tosiendo, con lágrimas en los ojos, y con el rostro congestionado y ardiente a causa de la reacción química.

Sacando el pañuelo, secó las partes de su cuerpo que habían recibido aquella sustancia.

Al llegar al exterior hizo una pausa, para tratar de comprender lo que había ocurrido.



La aldea no había cambiado.

La brisa seguía jugueteando con las hojas. El sol parecía posarse en la cima de un monte. Jenner adivinó, por su posición, que había amanecido otra vez, y que él había dormido doce horas, por lo menos. La luz blanca y deslumbrante calentaba el valle. Medio ocultos entre los árboles, los edificios lanzaban destellos de brillante luz.

Parecía encontrarse en un oasis, situado en el corazón de un inmenso desierto. Un oasis ciertamente, reflexionaba Jenner, pero no para un ser humano. Para él, con su fruta venenosa, era algo así como un espejismo de Tántalo.

Volvió al interior del edificio, y atisbó cautelosamente dentro de la estancia en que se había dormido. El líquido ya no caía, y nada quedaba de la fetidez. El aire estaba fresco y limpio.

Se inclinó sobre el umbral, resuelto a hacer un experimento. Se imaginaba a una criatura marciana, muerta en tiempos remotos, tendida en el «cubículo» para recibir un baño de aquella sustancia química. El hecho mismo de que tal sustancia era mortal para los seres humanos daba énfasis a la idea de cuán extraña era para el hombre la vida que había fructificado en Marte. Pocas dudas le quedaban sobre la razón de aquel gas. La criatura estaba acostumbrada a tomar su ducha matutina.

Dentro ya del «cuarto de baño», Jenner introdujo los pies en el «cubículo». Cuando su cintura estuvo al nivel del borde, el sólido techo empezó a lanzar chorros de un gas amarillento, directamente a sus piernas. Jenner abandonó el «cubículo» a toda prisa. La salida del gas se detuvo con la misma brusquedad con que se había iniciado.

El técnico repitió varias veces la operación, para asegurarse de que se trataba de un proceso automático. Quedó satisfecho del resultado. Sus labios, secos y rajados, se separaron con asombro.

—Si hay un proceso automático —pensó—, puede haber otros.

Respirando con fuerza, penetró en otra pieza. Introdujo las piernas cautelosamente en uno de los «cubículos». Y, en el momento mismo en que la cintura le llegaba al borde, empezó a salir, por uno de los huecos de la pared, un puré humeante y gris.

Jenner quedó mirando la grasienta sustancia, con fascinación horrorizada. Alimento... y bebida. Recordando la fruta envenenada sintió repugnancia, pero se obligó a inclinarse y meter un dedo en la sustancia húmeda y caliente. Luego lo llevó a la boca.

Tenía un gusto insípido, como fibra de madera hervida, y una extraña viscosidad que se adhería a la garganta. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y comprendió que iba a vomitar. Corrió hacia la puerta, pero no llegó a tiempo.

Cuando finalmente hubo pisado el exterior, las piernas le flaqueaban y la cabeza le daba vueltas. En aquel deprimente estado de ánimo, se dio cuenta otra vez del silbido penetrante.

Se sorprendió de haberlo ignorado por algunos minutos. Miró en todas direcciones, deseoso de conocer su procedencia, pero no parecía llegar de ninguna parte. Cuando se aproximaba a un sitio donde parecía oírse más alto, se esfumaba o se trasladaba al otro extremo de la aldea.

Trató de imaginarse qué extraña cultura sería aquella que necesitaba un ruido en tal modo estridente; si bien, pensándolo mejor, tal vez no sería tan desagradable para

los moradores de aquel mundo.

Se detuvo, y castañeteó los dedos al pasar por su cerebro una idea, extraña, sí, pero no por ello menos inverosímil. ¿Serían musicales aquellos sonidos?

Jugueteó con la idea, tratando de visualizar la aldea como había sido en otros tiempos. Una raza amante de la música iba diariamente a sus tareas, acompañada de lo que para ellos era bellísima melodía.

El odioso silbido continuaba, subiendo y bajando. Jenner trató de interponer edificios entre su persona y el sonido. Buscó refugio en varios cuartos, esperando que alguno de ellos fuera a prueba de sonidos. Pero ninguno lo era. El silbido lo perseguía a donde quiera que iba.

Se dirigió al desierto, y tuvo que escalar media falda de un monte para que el ruido descendiera lo bastante como para no importunarlo. Por último, sin aliento pero enormemente aliviado, se hundió en la arena para preguntarse, confuso:

—Y ahora, ¿qué?

La escena que se extendía frente a él tenía las cualidades del cielo y del infierno. Ahora ya le era demasiado familiar: las arenas rojas, las pétreas dunas, la aldea pequeña y extraña, prometiendo tanto y no cumpliendo nada.

Jenner la contemplaba desde lejos, con sus ojos febriles, pasando la lengua seca por sus labios partidos. Sabía que no tardaría en morir, a no ser que alterara las máquinas de alimento ocultas en las paredes y bajo los pisos de las casas.

En días remotos, un resto de la civilización marciana había sobrevivido en aquella aldea. Los habitantes acabaron muriéndose, pero la aldea continuaba viviendo, manteniéndose limpia de arena y constituyendo un refugio grato para el marciano que acertara a pasar. Pero ya no había marcianos. Sólo estaba presente Bill Jenner, piloto del primer cohete que aterrizara en Marte. Y Bill Jenner necesitaba que aquella aldea le facilitara el alimento y las bebidas que su cuerpo pudiera recibir. Sin herramientas, de no ser sus manos desnudas, y casi sin conocimientos de química, necesitaba que la aldea cambiara de hábitos.

Nerviosamente, alzó la bolsa de agua y tomó otro sorbo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no beberse hasta la última gota. Y, ya ganada una vez más la batalla contra la sed devoradora, se incorporó e inició el descenso.

Estimaba, mientras avanzaba, que sólo podrían quedarle, cuando mucho, tres días de vida. En tan breve espacio de tiempo necesitaba conquistar la aldea.

Se encontraba ya entre los árboles, cuando se dio cuenta de que la «música» había cesado. Con alivio, se inclinó sobre un yerbajo, lo agarró con ambas manos... y tiró.

Salió sin dificultad, pero llevando consigo una pedazo de mármol. Jenner quedó mirándolo y observó, con sorpresa, que se había equivocado al pensar que el yerbajo había brotado de un hueco en el piso de mármol. Estaba simplemente pegado a la superficie. Y luego reparó en otra cosa. El yerbajo no tenía raíz. Casi instintivamente,

Jenner examinó el sitio del que acababa de arrancar el pedazo de mármol adherido al yerbajo. Estaba lleno de arena.

Arrojó el yerbajo, se puso de rodillas, y metió los dedos en el hueco. Salieron llenos de arena. Los metió más al fondo, usando todas sus fuerzas, para que la mano y los brazos se hundieran también, pero no encontró otra cosa que arena... y más arena.

Se puso de pie y arrancó, frenético, otro yerbajo. También aquél salió fácilmente, arrastrando consigo un pedazo de mármol. No tenía raíz y, en el sitio en que estuvo, sólo se veía arena.

Incrédulo de lo que acababa de ver, Jenner corrió hacia uno de los árboles frutales y tiró de él con fuerza. Hubo una resistencia momentánea pero, finalmente, el mármol se rajó en varios pedazos y el árbol, tras alzarse en el aire, cayó con un silbido y un crujido, haciéndose añicos sus hojas y sus ramas como si hubieran sido de cristal. Debajo del sitio en que estuvo plantado no había más que arena.

Arena por todas partes. Una ciudad construida sobre arena. Marte era un planeta de arena. Aquello no era completamente cierto, por supuesto. Cerca de las capas polares se había observado vegetación. A la llegada del verano, todas las plantas morían, excepto las más resistentes. El propósito de los expedicionarios había sido el de llevar la nave hasta alguno de aquellos mares, poco profundos y sin flujos.

Al quedar fuera de control, la nave había hecho algo más que destruirse: había destruido también las oportunidades de conservar la vida a su único superviviente.

Jenner salió lentamente de su estupor. Acababa de concebir una idea. Tomó uno de los yerbajos arrancados, puso un pie encima del pedazo de mármol adherido a su extremo inferior y tiró, primero suavemente y luego con creciente fuerza.

Ambos cuerpos se separaron al fin, pero a Jenner no le quedó duda alguna de que eran partes de un todo. El yerbajo brotaba del mármol.

¿Mármol? Jenner se arrodilló frente a uno de los huecos, y se inclinó sobre la sección contigua. Era una piedra porosa y calcinosa, pero no verdadero mármol. Cuando intentó arrancar un fragmento, notó que cambiaba de color. Asombrado, Jenner retrocedió. En torno al hueco, la piedra iba adquiriendo un color anaranjado claro. La examinó, incierto, y luego, tentativamente, la tocó.

Era como si acabara de hundir los dedos en un ácido cauterizante. Sintió un dolor profundo, como de quemadura y de mordida a la vez. Con un grito, Jenner apartó la mano.

La continua angustia estuvo a punto de desmayarlo. Gemía, frotando el dedo adolorido contra la ropa. Cuando el dolor aminoró acercó a sus ojos la parte afectada. La piel había desaparecido y, en su lugar, se habían formado ampollas de sangre. Intrigado, Jenner volvió a observar el hueco de la piedra. Los bordes continuaban del mismo color.

La aldea estaba alerta, lista para defenderse contra nuevos ataques.

Fatigado de repente, buscó refugio a la sombra de un árbol. Sólo podía sacarse una conclusión de cuanto había ocurrido, pero era tal que desafiaba al sentido común. La aldea solitaria estaba viva.

Mientras descansaba, Jenner trataba de imaginarse una gran masa de sustancia viva, que crecía hasta tomar la forma de edificios, y que se ponía a tono con otra forma de vida, aceptando el papel de sirviente en toda la extensión de la palabra.

Y, si servía a una especie, ¿por qué no a otra? Si se podía ajustar a los marcianos, ¿por qué no a la especie humana?

Habría dificultades, naturalmente. Jenner comprendió, un tanto abrumado, que los elementos esenciales no estaban a la mano. El oxígeno para el agua podría venir del aire..., millares de composiciones podrían hacerse de la arena... que significarían la muerte, si él fallaba en encontrar la solución... Apenas empezaba a reflexionar sobre lo que tendría que hacer, cuando cayó profundamente dormido.

Cuando despertó, ya era de noche.



Se incorporó pesadamente. Sus músculos tenían una flojedad que lo alarmó. Se humedeció los labios con algunas gotas de agua, y caminó vacilante hacia la entrada del edificio más cercano. El silencio era completo; sólo percibía sus propios pasos sobre el piso de «mármol».

Se detuvo de pronto. Escuchó, y miró. El viento había cesado. No podía ver las montañas que circundaban el valle, pero los edificios le eran vagamente visibles, sombras negras en un mundo de sombras.

Por primera vez se le ocurrió que, pese a su nueva esperanza, la muerte habría sido mejor. Aunque lograra sobrevivir, ¿qué porvenir le aguardaba? Recordaba bien cuán difícil había sido el despertar el interés por la expedición y reunir la considerable suma necesaria para realizarla. Recordaba también los colosales problemas que tuvieron que resolverse para construir la nave, y que muchos de los

hombres que habían contribuido a tal solución se encontraban enterrados en algún lugar en el desierto marciano.

Pasarían no menos de veinte años antes de que otra nave terrestre se aventurara a alcanzar el único planeta del sistema solar que mostraba señales de habitabilidad para el hombre.

Durante aquellos años, con interminables días y noches, estaría completamente solo. Aquella era su máxima esperanza..., caso de sobrevivir.

Mientras penetraba en una de las cámaras, Jenner consideraba otro problema: ¿Cómo hay que hacer para que una aldea viviente conozca que debe alterar sus procesos? En cierto modo, la aldea debió haberse percatado de que tenía un nuevo inquilino. ¿Cómo podría convencerla de que necesitaba alimentos de una combinación química distinta de aquellos servidos anteriormente? ¿De que a él le gustaba la música, pero en otra escala melódica? ¿De que a él le agradaba una ducha matutina, pero de agua y no de gas emponzoñado?

Dormitaba increíblemente, más como un hombre enfermo que soñoliento. Dos veces despertó, sintiendo ardor en los ojos, calor en los labios y su cuerpo bañado en sudor. Varias veces se sobresaltó, al oír su voz ronca dando gritos de cólera y de temor, en medio de las tinieblas.

En aquel momento tuvo la creencia de que la muerte se acercaba.

Pasó las largas horas de la noche retorciéndose, incesantemente, a causa del intenso calor. Cuando el sol volvió a brillar, Jenner se sorprendió vagamente de continuar vivo. Abandonó la estancia, dominado por la inquietud, y salió al exterior.

Soplaba un viento helado, que acariciaba su rostro ardiente. Se preguntaba si habría suficientes *pneumococcus* en su sangre para que provocaran una pulmonía. Pero resolvió que no.

Al cabo de unos pocos minutos, todo su cuerpo tiritaba. Regresó al interior de la casa y reparó por vez primera que, pese a la carencia de puertas, el viento no entraba en el edificio. Los cuartos estaban fríos, pero no tenían corriente de aire.

Y entonces se hizo una pregunta: ¿De dónde habría partido aquel calor que invadió su cuerpo? Se acercó al cubículo en donde había pasado la noche. En unos segundos, la temperatura de la pieza ascendió a ciento treinta grados F.

Abandonó el cubículo, maldiciendo su propia estupidez. Calculó que había perdido dos cuartos de humedad, por lo menos, de su cuerpo ya seco, en aquel horno que le había servido de cama.

La aldea no era para seres humanos. Hasta las camas estaban caldeadas a temperaturas muy superiores a las requeridas por el cuerpo humano.

Jenner pasó casi todo el día bajo la sombra de un gran árbol. Se sentía exhausto, y sólo de vez en cuando reflexionaba en que tenía un problema que resolver. Cuando se reanudó el silbido, le molestó un poco al principio, pero estaba demasiado rendido

para alejarse de él. Hubo largos períodos en que apenas lo oía; de tal modo se habían atrofiado sus sentidos.

Pasado el mediodía, recordó los yerbajos y el árbol que había arrancado la víspera, y se preguntó qué habría ocurrido con ellos. Humedeció su lengua inflamada con las últimas gotas de agua de la bolsa, se incorporó a duras penas, y fue en busca de los restos de las plantas.

No había nada. Ni siquiera pudo encontrar los huecos de donde las había arrancado. La aldea viviente había absorbido las células muertas, reparando las heridas de su «cuerpo».

Aquello galvanizó a Jenner. Empezó a pensar otra vez..., con respecto a mutaciones, a reajustes genéticos, a formas de vida adaptándose a nuevos medios. Antes de la partida del cohete, los viajeros habían oído conferencias sobre el tema; charlas generales, destinadas a familiarizar a los expedicionarios con los problemas que pudieran tropezarse en un planeta extraño. El principio importante era sencillo: adaptarse o morir.

La aldea tendría que adaptarse a él. Dudaba de poderle causar un daño verdaderamente serio, pero lo intentaría. Su necesidad de supervivencia tendría que colocarse sobre una base hostil.

Con verdadero frenesí, Jenner empezó a registrarse los bolsillos. Antes de abandonar la nave se había llenado los bolsillos de objetos diversos. Un cuchillo de monte, un vaso plegable de metal, una pequeña super-batería que podía cargarse con sólo hacer girar una pequeña rueda anexa, para la cual había llevado también un encendedor eléctrico muy poderoso.

Jenner conectó el encendedor a la batería y deliberadamente pasó el extremo ardiente por la superficie del «mármol». La reacción fue rápida. La sustancia tomó aquella vez un tinte púrpura brillante. Cuando una buena sección del piso hubo cambiado de color, Jenner se acercó al cubículo más cercano, y actuó sobre él.

Hubo una larga espera. Cuando el alimento surgió, finalmente, del hueco de la pared, era obvio que la aldea viviente se había percatado de las razones que impulsaban al nuevo inquilino a obrar como obraba. El alimento era de un color pálido y cremoso, en contraste con el anterior, que había sido de un gris sucio.

Jenner metió el dedo, pero lo volvió a sacar con un grito, frotándose la yema. La picazón le duró unos cuantos minutos. La cuestión vital era ésta: ¿le había la aldea ofrecido aquel alimento a sabiendas de que iba a causarle daño, o había tratado de aplacarlo, sin saber qué ofrecerle?

Decidió probar otra oportunidad, y penetró en el cubículo vecino. La sustancia grasosa que surgió esta vez era más amarilla. No le quemó el dedo pero, tras probarla, Jenner la escupió. Tuvo la sensación de que le habían ofrecido una sopa hecha con una mezcla de barro y gasolina.

La sed se le había acrecentado, con el sabor ingrato que sentía en la boca. Desesperado salió al exterior, y rompió la bolsa de cuero para aprovechar el agua

absorbida por sus paredes. En su ansiedad, le cayeron unas cuantas gotas al terreno. Acostándose boca abajo, pasó la lengua por el precioso líquido.

Medio minuto después continuaba lamiendo, y el agua no cesaba.

El hecho se le hizo diáfano. Incorporándose, contempló las gotas de agua que brillaban en la pulida superficie. Mientras observaba, vio brotar nuevas gotas, de otra parte del terreno, sólida en apariencia; gotas que brillaban como diamantes, a la luz tenue del sol poniente.

Volvió a inclinarse, sacando la lengua, y absorbió todas las gotas que encontró. Durante mucho tiempo permaneció con la boca pegada al «mármol», ingiriendo las gotas de agua que la aldea le proporcionaba.

El sol desapareció detrás de una colina. La noche cayó, como un telón negro. El aire se volvió frío y luego glacial. Jenner tiritaba, mientras el viento atravesaba sus destrozadas ropas. Pero lo que finalmente lo detuvo fue el hundimiento de la superficie de donde había bebido.

Jenner se agachó, perplejo, llevando la mano cautelosamente al terreno. Se había desmoronado realmente. Era obvio que la sustancia, al haberle proporcionado el agua que contenía, se había desintegrado en el proceso. Jenner calculaba que toda el agua por él ingerida no habría pesado más de una onza.

Aquella había sido una demostración convincente de la buena voluntad de la aldea para complacerle, pero tal cosa iba a producir consecuencias menos satisfactorias. Si la aldea iba a destruirse parcialmente cada vez que le proporcionara un trago, era claro que el manantial distaba mucho de ser inagotable.

Jenner corrió al interior del edificio y penetró en un cubículo, pero tuvo que abandonarlo inmediatamente porque el calor lo abrasaba. Aguardó, para dar a la Inteligencia la oportunidad de que percibiera la necesidad de un cambio, y volvió a acostarse. El calor era el mismo.

Abandonó aquel intento, porque estaba demasiado rendido para persistir, y demasiado soñoliento para inventar otro método que pudiera convencer a la aldea de que necesitaba una temperatura más baja. Se acostó en el piso, con la inquieta convicción de que el «mármol» *no* podría sostenerlo mucho tiempo. Se despertó muchas veces durante la noche, pensando:

—No hay suficiente agua. Por mucho que lo intente...

Luego volvía a dormirse para despertarse otra vez, rígido y amargado.

La mañana lo encontró alerta, y recobrada ya su determinación de acero, su férrea voluntad que lo había llevado a través de un desierto desconocido, en una caminata de quinientas millas por lo menos.

Se dirigió al cubículo más cercano. Aquella vez, después de haberlo activado, la pausa duró más de un minuto, y al fin apareció un dedal de agua en el fondo.

Jenner la ingirió, y esperó un rato. Cuando se convenció de que no habría más reflexionó, sombrío, que en alguna parte de la aldea un grupo de células se había desmoronado para darle de beber.

Allí tomó la resolución de que era asunto suyo —el ser que podía trasladarse de un lugar a otro— el encontrar un nuevo manantial de agua para la aldea, que no podía moverse de su sitio.

Mientras tanto, por supuesto, la aldea tendría que sustentar su vida, hasta el momento en que él hallara lo que buscaba. Aquello quería decir que, por encima de todo, tendría que ingerir algún alimento que le diera fuerzas para emprender la búsqueda.

Empezó de nuevo a registrarse los bolsillos. Cuando su ración de alimentos empezó a agotarse, durante su peregrinación por el desierto, convirtió los últimos fragmentos en migas, que echó en uno de sus bolsillos para ir comiéndolas poco a poco. Ya se habían terminado desde mucho antes de su llegada a la aldea pero, rompiendo las costuras del bolsillo, logró encontrar partículas minúsculas de carne, pan y otras sustancias imposibles de identificar.

Inclinándose sobre uno de los cubículos, colocó cuidadosamente en él los valiosos residuos. La aldea no podría ofrecerle otra cosa que una imitación razonable. Si el haber derramado unas gotas de agua en el patio había servido para dar a la aldea conciencia de su necesidad de agua, una oferta similar podría dar la clave de la naturaleza química del alimento que él podría comer.

Jenner aguardó y luego entró en el segundo cubículo, activándolo. Una sustancia cremosa, en cantidad no mayor de un octavo de galón, empezó a brotar del fondo del cubículo. La pequeñez de la ración daba evidencia de que tal vez contendría agua.

La probó. Tenía un sabor de cosa vieja y un olor rancio. Era casi tan seca como la harina... y su estómago no parecía rehusarla.

Jenner comió lentamente, convencido de que, en momentos como aquel, la aldea lo tenía a merced suya. No podría nunca estar seguro de que alguno de los ingredientes del manjar no fuera un veneno de acción lenta. Una vez que hubo terminado su comida, se dirigió a un cubículo de otro edificio. Rehusó comer el alimento que de allí brotó, pero puso en actividad un nuevo cubículo. Aquella vez recibió unas cuantas gotas de agua.

Se encontraba en uno de los edificios de las torres. Subió por la rampa que conducía al piso superior. Hizo una pausa al llegar, descubriendo que había recámaras adicionales. Los cubículos se agrupaban de tres en tres.

Lo que más le interesaba era el hecho de que la rampa circular continuaba subiendo. Primero a otro cuarto más pequeño, que no parecía servir para objeto alguno, y luego hasta la parte más alta de la torre, a unos setenta pies sobre el terreno. Era lo bastante alta como para permitirle ver más allá de la cadena de montañas que rodeaban la aldea. Esto lo había sospechado siempre, pero su debilidad le había impedido antes efectuar el ascenso. Miró en torno, hacia todo el horizonte. Casi inmediatamente, la esperanza que lo había obligado a subir se desvaneció del todo.

El panorama era de absoluta desolación. Las líneas del horizonte se borraban por las tormentas incesantes de arena.

Jenner contemplaba el espectáculo, sumido en la desesperación. Si habían algún océano marciano en alguna parte, no estaba al alcance suyo.

Repentinamente, apretó los puños con verdadera furia contra una suerte fatal que ya le parecía inevitable. Había esperado, en el peor de los casos, encontrarse en una región montañosa. El mar y las montañas constituyen generalmente los dos grandes proveedores de agua. Debió haber sabido, por supuesto, que Marte cuenta con pocas montañas. Habría sido una gran coincidencia el haber llegado a una cordillera.

Su cólera se evaporó, porque carecía de fuerzas para sustentar emoción alguna. Desesperado, empezó a descender por la rampa.

Su vago plan para ayudar a la aldea tocó, de aquel modo brusco, a su fin.

Los días pasaban, pero había perdido la cuenta de su número. Cada vez que recibía alimento, la aldea le proporcionaba una pequeña cantidad de agua. Jenner seguía diciéndose que cada nueva comida sería la última. Era irrazonable el esperar que la aldea se destruyera por él, cuando su muerte no se haría esperar por mucho tiempo.

Y lo que era peor: se le hacía cada vez más patente que el alimento que ingería no era bueno para su organismo. Había confundido a la aldea, con respecto a sus necesidades, dándole alimento viejo y tal vez corrompido, que sólo serviría para prolongar su agonía. Muchas veces, Jenner sufría mareos después de comer. Y, con bastante frecuencia, sentía dolores de cabeza y su cuerpo temblaba con fiebre.

La aldea estaba haciendo todo cuanto le era posible. El resto era cosa suya, y él no podía ajustarse, ni aún siquiera, a la aproximación del alimento terrestre.

Durante dos días estuvo demasiado enfermo para arrastrarse hasta ninguno de los cubículos. Pasaba horas enteras tendido en el suelo. A la segunda noche, el dolor fue tan terrible que tomó una resolución final.

—Si puedo acercarme a un cubículo —se dijo—, el solo calor acabará conmigo y, al absorber mi cuerpo, la aldea recuperará un poco del agua perdida.

Dedicó una hora, por lo menos, a arrastrarse hasta el edificio más cercano y, cuando pudo alcanzar el cubículo, se acostó en él, resuelto a esperar la muerte. Su último pensamiento consciente fue:

—Queridos amigos, allá voy.

La alucinación fue tan completa que, momentáneamente, creyó encontrarse en la cabina de control del cohete, rodeado de sus antiguos compañeros.

Con un suspiro de alivio, Jenner se hundió en un sueño sin ensueño.

Despertó a los sonidos de un violín. Era una música dulce y triste, que hablaba de la ascensión y caída de una raza, ya desaparecida desde tiempo inmemorial de la

superficie del planeta.

Jenner escuchó un momento y luego, con repentina alegría, se dio cuenta de la realidad. Esto era un sustituto del silbido... ¡La aldea acababa de ajustar la música a su gusto!

Otros fenómenos sensoriales le asaltaron. El cubículo se sentía caliente, pero a una temperatura grata. Jenner experimentó un increíble bienestar físico.

Ansioso, salió del cubículo para acercarse a uno de los que proporcionaban alimento. Mientras se arrastraba hacia adelante, su nariz cercana al suelo, el agujero se llenó con una mezcla humeante. El olor era tan grato, que acercó el rostro al alimento y lo lamió, goloso. Tenía el sabor de espesa sopa de carne; estaba caliente, y el sabor daba placer a sus labios y a su lengua. Cuando hubo terminado, no necesitó beber agua, por primera vez en mucho tiempo.

—¡He ganado! —pensó Jenner—. ¡La aldea ha encontrado el camino!

Pasado un rato, se acordó de algo y se arrastró hacia el cuarto de baño. Cautelosamente, mirando hacia el techo, se acercó al cubículo de la ducha. El líquido amarillento cayó, fresco y delicioso.

Extáticamente, Jenner agitó su cola de un metro y levantó su largo hocico para que los chorros del líquido limpiaran las impurezas que habían quedado entre sus afilados dientes.

Luego salió al sol, deseoso de recibir su grata caricia y de escuchar aquella música eterna.

Título original:

THE ENCHANTED VILLAGE

© 1950, *Clark Publishing Co*, by arrangement by *Forrest J Ackerman*.

Traducción de F. Kerman

GALERIA DEL C. L. A.

En el torrente de siglas en que nos sumerge la vida actual, en la que la prisa lo abrevia todo, una en especial tiene una tremenda carga emotiva para los fans franceses de ciencia ficción y, aunque parezca extraño, también para los españoles.

Esta sigla es C.L.A., y condensa en sus tres letras al **Cercle des Lectures d'Anticipation**. Para los amigos, el C.L.A. es a un tiempo **Le Jardin Sidéral** —y un sinnúmero de esporádicos fanzines más— y su infatigable animador, Jacques Ferron. Tal vez resulte prolijo hablar una vez más de este fanzine francés, al que nos hemos referido ya en varias ocasiones; por ello, quizá sea preferible en esta ocasión hablarles un poco de Jacques Ferron y de su obra.

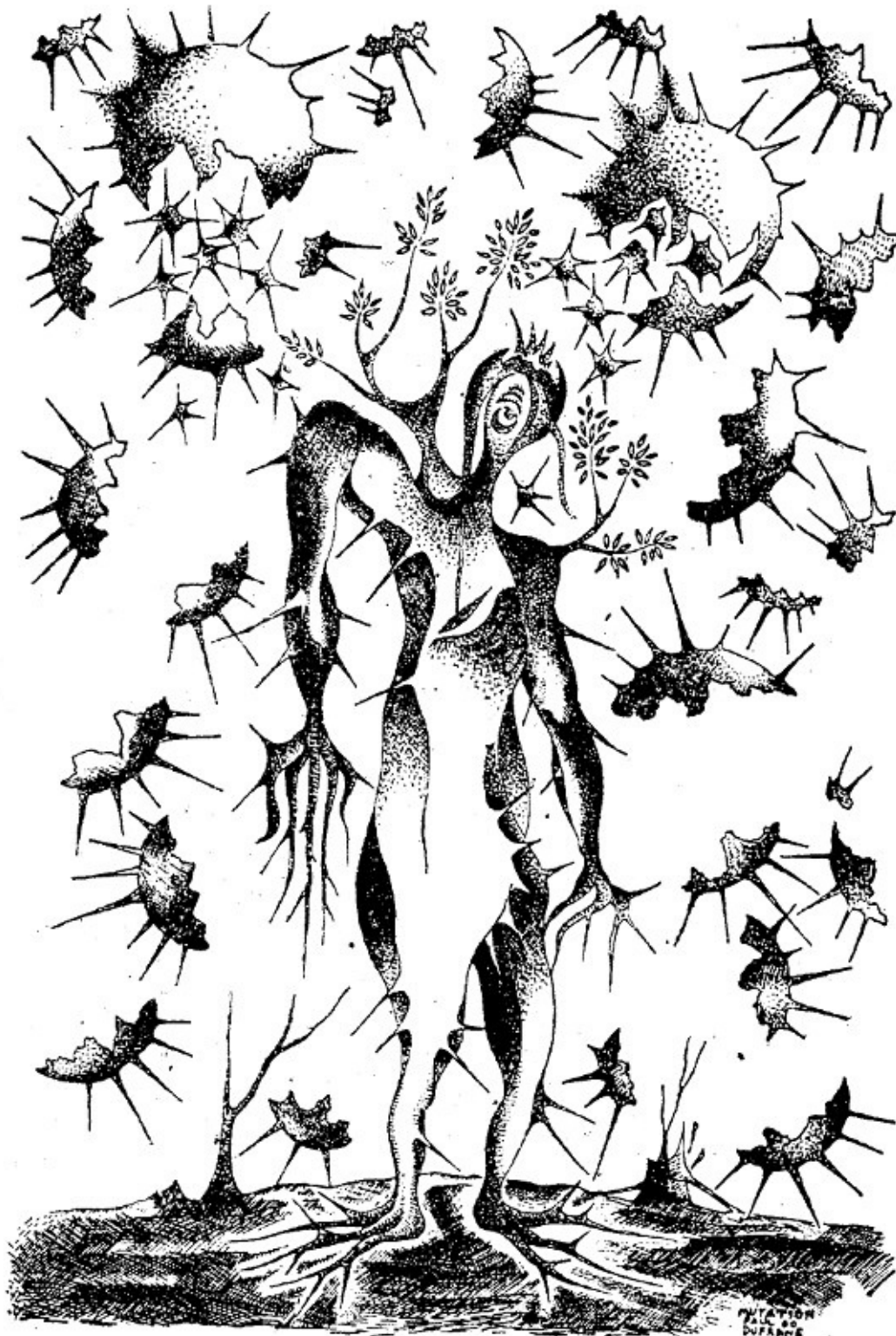
Jacques Ferron es el ejemplar del hombre francés tal y cómo lo describiría un novelista que, no habiendo estado nunca en el país galo, echase mano de los estereotipos al uso. Alto, bromista, dado a las frases de doble sentido, amante del buen vino... y biólogo. En realidad esto último no tiene nada que ver con el estereotipo del francés medio, pero sí queda muy bien para un faneditor que trate de hacerse respetar por la competencia... competencia que, en Francia, es llevada a las últimas consecuencias.

Hace ocho años, Jacques Ferron saltaba a la palestra del fandom europeo con un escuálido y mal impreso fanzine de doce páginas, pero en el que vibraban un tremendo valor y codicia. Hoy, los últimos números del **Jardin Sidéral** oscilan entre las 60-80 páginas, y reúnen en su interior un plantel de renombrados escritores, poetas e ilustradores dignos de tener en cuenta.

Y ésta es precisamente una de las labores que más hay que agradecerle a Jacques Ferron: el haber logrado reunir en torno suyo a una serie de artistas de las más variadas nacionalidades que, salvando fronteras, han sabido crear una obra de conjunto cuya importancia no se puede —no se debe— ocultar. Nombres como el belga Dufrane, la alemana Osterrath, el italiano Gielle, entre otros muchos, cuya valía no puede ponerse en tela de juicio, y que no han dudado en ponerse incondicionalmente al lado de una empresa digna de ser conocida mundialmente.

Es por ello que, en homenaje primero a Jacques Ferron (adelantado también de la ciencia ficción española, pues los nombres españoles tales como Sánchez Pascual, Lezcano, Pacheco, Marrodán; no han faltado nunca desde los primeros números, en su fanzine) y también a todos los colaboradores del C.L.A., hemos querido traer a nuestras páginas esta galería de poetas e ilustradores que, a través de sus obras, nos hablan de cómo el lenguaje de la ciencia ficción no tiene fronteras, ni de lenguaje ni de estilo.

adaptación del francés de SANTIAGO MARTIN SUBIRATS



LE SECOND ICARE

Voyageur magicien des célestes arènes,
gitan de l'univers, par les routes dorées
que tracent au ciel pur les planètes lointaines,
il avait assisté au lever de la terre
dans les gris crépuscules des cieux les plus austères,
et foulé des sols vierges; visité les contrées
ou rôdent tous les peuples jaillis des rêves fous,
éclairci les mystères des plus vieilles attentes,
contesté les espoirs,
hypothèses osées des lois universelles,
et révélé l'ampleur de l'insondable Tout...

.....
Un soir il s'est noyé, dans l'étang, sur la lande,
en partant explorer une lune nouvelle,
drôlement échouée sur le ciel du flot noir...

Georges DAMBACOURT

EL SEGUNDO ÍCARO

Mágico viajero de las celestes arenas,
nómada universal, por las doradas rutas
que trazan los planetas lejanos en el cielo,
asistió al alba de la tierra
en los grises crepúsculos de los cielos austeros,
oprimido por los vírgenes suelos; visitó los rincones
donde vagan los pueblos que surgen de los sueños,
descubrió los misterios de viejas esperanzas,
colmó los anhelos,
hipótesis osadas de universales leyes,
y reveló la anchura del insondable Todo...

.....
Se ahogó una tarde en un estanque, en la landa;
partiendo a explorar una luna nueva,
extrañamente flotando sobre el negro oleaje...

Georges DAMBACOURT

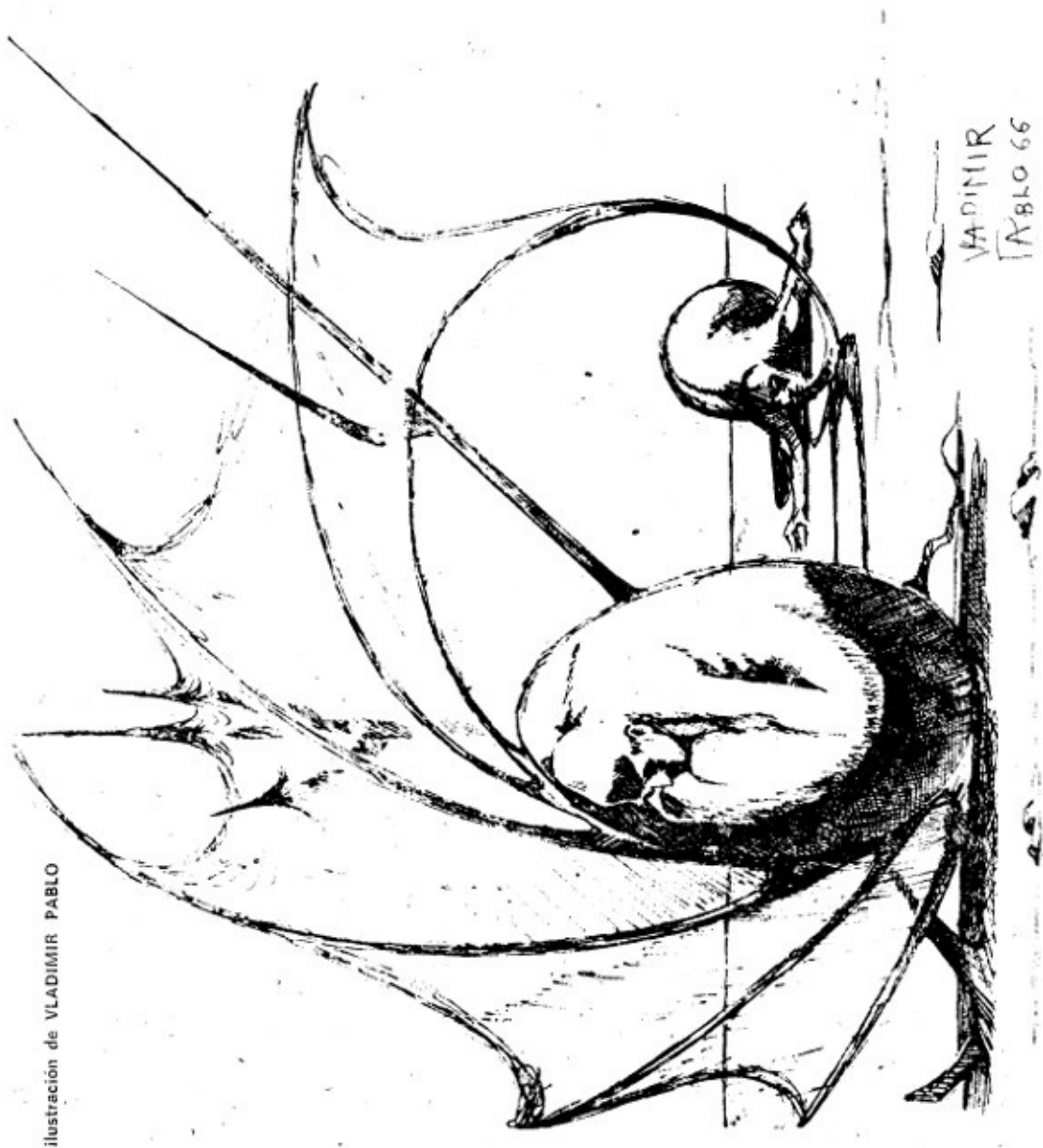


ilustración de VLADIMIR PABLO

VADIMIR
PABLO 66

II

Dans le malstrom géant des soleils éclatants,
Guettant la pulsation des moteurs atomiques,
Flèche dans l'infini des profondeurs cosmiques,
L'Homme épie au radar les univers flottants.
Quels archipels? quelles étoiles riveraines
Verra-t-il tournoyer dans l'océan des Temps?
O mondes inconnus! ô poussières! ô graines!...
C'est l'appel de l'Espace - et l'Homme lui répond.
L'ellipse du vaisseau trace l'arche d'un pont.
D'où l'on entend chanter la voix d'or des Sirènes.

Henri BASSIS

II

En el gigante maelstrom de los soles brillantes,
vigilando pulsaciones de motores atómicos,
flecha en el infinito de los abismos cósmicos,
el Hombre espía en el radar universos flotantes.
¿Qué archipiélagos? ¿Qué estrellas ribereñas
verá girar en el Océano del Tiempo?
¡Oh mundos desconocidos! ¡Oh polvareda! ¡Oh granulencia!...
Es la llamada del Espacio — y el Hombre la responde.
La elipse del bajel traza el arco de un puente.
Donde se oye a las sirenas cantar pausadamente.

Henri BASSIS

HACEN

En este mundo lleno de agujeros
donde las conferencias de altos y bajos niveles
son como tapones de cera en la boca de un volcán;
hacen fabulosas riquezas
para crear fabulosas miserias;
hacen bombas atómicas,
cohetes criminalmente dirigidos,
monumentos, banquetes y discursos.
Y hacen suburbios
vómitos de niños
y angustia del pan cotidiano,
del vestido cotidiano
y del alma cotidiana.
¿Y esa palabra justa
de golpe en la mandíbula
que los poetas educados
no quieren pronunciar?
¡Hacen mierda, señores,
hacen: MIERDA!

Manuel PACHECO

ilustración de CLAUDETTE ELZA



LA SORCIERE

Le crépuscule tombe et j'écoute le vent
Se lever: il accourt par la plaine déserte,
Il gonfle les rideaux à la fenêtre ouverte
Et glace entre mes mains l'eau d'un miroir d'argent.
Mon corps tremble, frotté de baumes, et répand
Un éclat de phosphore en la pénombre verte;
Ma beauté s'exaspère, impatiente, offerte...
Un balai, dans un coin de la chambre, m'attend.
Phantasmes, feux errants de granit en granit,
Le Harz a l'horizon s'embrase, et voici poindre
Les spectres, au sabbat, d'Hélène et de Lilith:
L'Enfer s'est déchainé, ce soir, et les Hadès.
Alors, sur le Brocken, je vais aller rejoindre
Le Docteur Heinrich Faust et Méphistophélès.

Jacqueline H. OSTERRATH

LA BRUJA

Viene el crepúsculo y yo escucho el viento que arrebatada
que se levanta y disfrazada por la llanura desierta,
mientras que hincha las cortinas de la ventana abierta
y hiela en mis manos el agua en espejos de plata.
Tiembla mi cuerpo, tamizado de ungüentos, y expande
fosfóreo una luz extraña en la verde penumbra;
mi beldad se exaspera, impaciente, ofrecida...
En un rincón del cuarto una escoba me aguarda.
Fantasmas, errantes llamas en graníticas piedras,
abre los brazos el Harz, allá en el horizonte, y acuden
los espectros al aquelarre de Lilith y Helena.
Las Hades y el infierno se revuelven esta noche,
porque pienso reunir felices sobre el Brocken
al doctor Heinrich Faust y Mefistófeles.

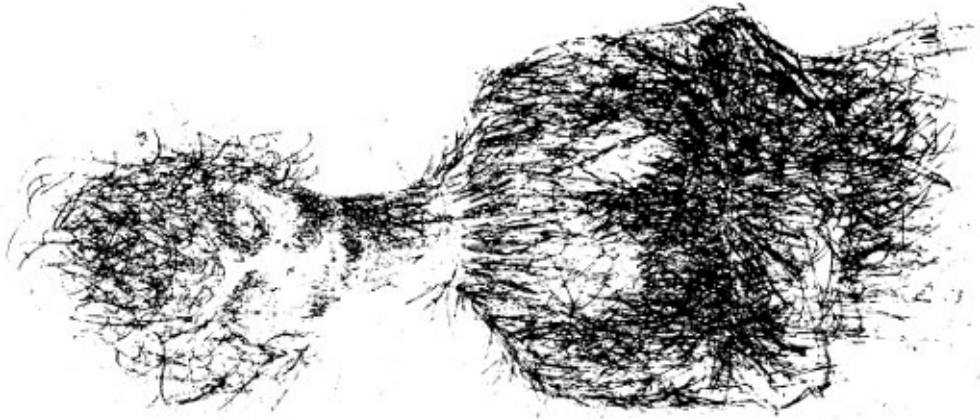
Jacqueline H. OSTERRATH

CULTIVO

Se está diciendo
que Dios ha vendido la Tierra
al Mal.
El Mal
quiere cultivar
setas venenosas
y abonarlas
con carne de hombre.

Francisco LEZCANO

Ilustración de PHILIPPE COUROT.



CHANSON

Quand tu arroses ma tombe
L'eau sur les résédas
Par la dalle me tombe
Sur les os d'avant-bras
Quand tu grattes la terre
Du bout de ta binette
Tu me grattes le derrière
Arrête-toi Ninette.
Que je te rejoigne vite
Dis-toi parfois tout haut
J' préfère cousine Brigitte
Son squelette s'rait plus beau.
Toutes deux après la messe
Pleurant sur mes débris
La femme et la maîtresse
Sont enfin réunies
Depuis 15 ans qu'ça dure
Ce qui vous plaisait tant
Est pris par la verdure
Par les vers et le temps
Mon regard enchanteur:
2 trous noirs dans ma face
Et mon rire vainqueur
N'est plus qu'une grimace.
Mon tonton qu'est en d'sous
Est un joyeux farceur
La nuit le saviez-vous
Il tire les pieds d'ma soeur.
Mais malgré nos sorties
Dans le vieux cimetière
Au 12è coup d'minuit
On ne s'amuse guère.
Aussi reviens nous voir
Toute en chair et en os
Avec ton arrosoir
Et tant pis pour mes crosses.
Je prierai bien pour vous,
Que vous veniez bientôt
On rira comme des fous
Tout au fond du caveau.

Jean-Pierre KLEIN

CANCIÓN

Cuando tú riegas mi tumba
el agua, por entre las grietas
de la losa me resbala
al hueso del antebrazo;
y cuando cavas la tierra
con el filo de tu azada
mi pobre trasero rascas,
detente ya, mi Ninette.
Pues aunque digas muy alto
que quieres venir a mí,

a prima Brigitte prefiero,
su esqueleto será más blanco.
Las dos, después de la misa,
llorando sobre mis restos,
os reunisteis por fin
mi fiel esposa y mi amante.
Aquel a quien más queráis,
ahora hará quince años,
está cubierto de orín
con la intemperie y el tiempo.
Dos agujeros muy negros
son mi cálida mirada
y una aterradora mueca
es la risa de mi cara.
En esta tumba de al lado
tengo un vecino gracioso
que por las noches, ¿no sabes?
tira los pies a mi hermana.
Mas no es nada divertido
estar por siempre aquí dentro
a pesar que cada día
a las doce haya paseo.
Sólo me siento alegre
cuando tú vienes a verme
aunque me riegues con agua
y los huesos me reseques.
Ruego porque vengas pronto,
yo ya he llegado primero;
contigo reiremos mucho
en el profundo agujero.

Jean-Pierre KLEIN

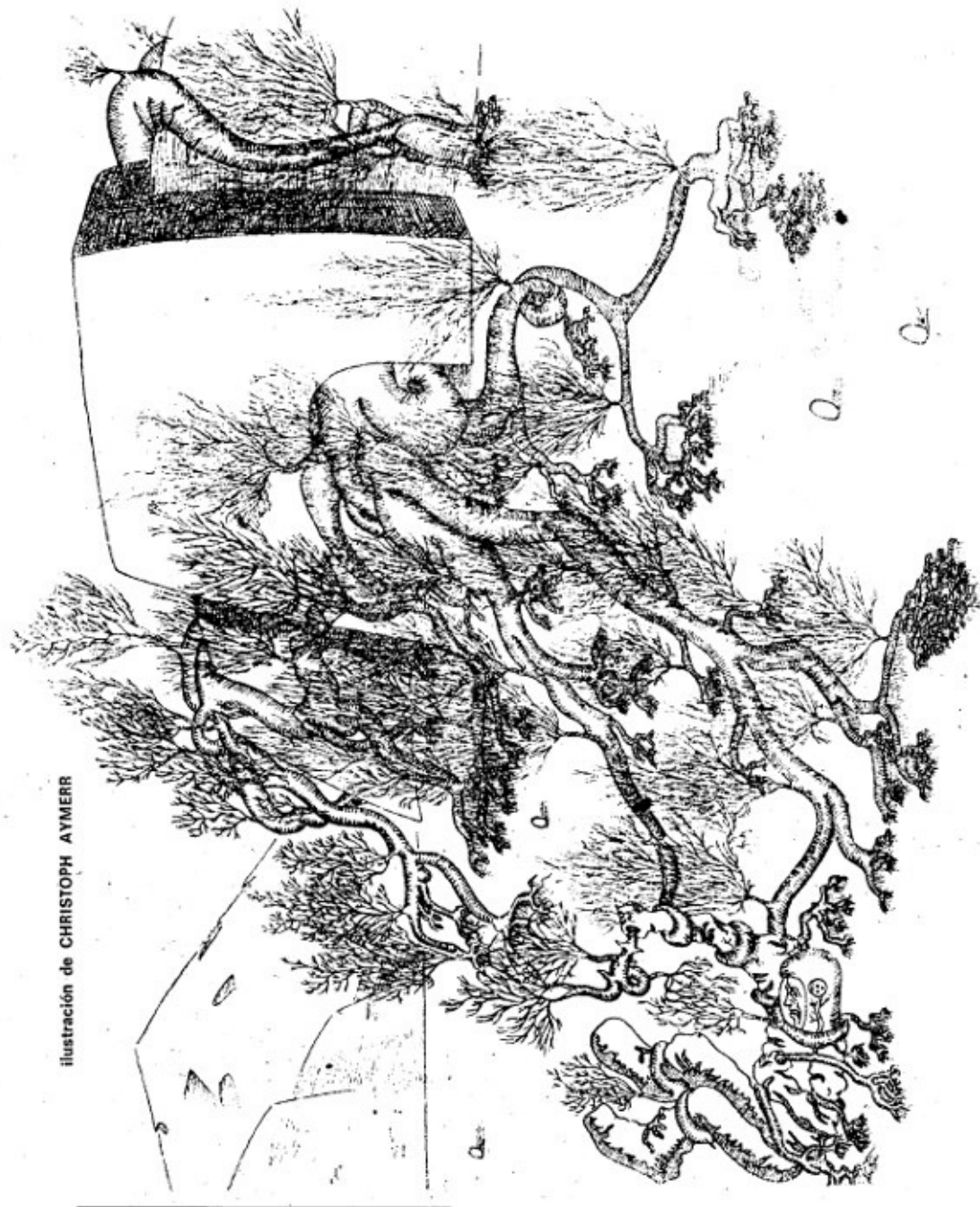


ilustración de CHRISTOPH AYMERR

NOSTALGIE COSMIQUE

Tout ce rouge et tout ce bleu
Et ce grand ciel à trois lunes
Qui fait des nuits sans creux
Sans ombre et sans fortune.
Tous ces arbres qui frémissent,
ces monstres à dix-huit bras
Qui n'écotent plus ma voix
Ricochant sur les eaux lisses.
Qui me rendra l'ombre verte,
Le repos d'une seule lune
L'eau douce de la pluie ouverte
Et ton visage d'amande brune?
Qui me rendra mon coin de terre
 Mon coin de ciel
 Mon coin de mer?

Gil ROC

NOSTALGIA CÓSMICA

Este rojo y este azul
y este cielo de tres lunas
que no da hueco a las noches
ni una sombra, ni fortuna.
Estos árboles que asustan,
estos seres de diez brazos
que ya ni mi voz escuchan
rebotando en aguas lisas.
¿Quién me dará verdes sombras,
el reposo de una luna,
el agua dulce de lluvia
y almendrado de tu rostro?
¿Quién me retornará mi rincón de tierra
 mi rincón de cielo
 mi rincón de mar?

Gil ROC

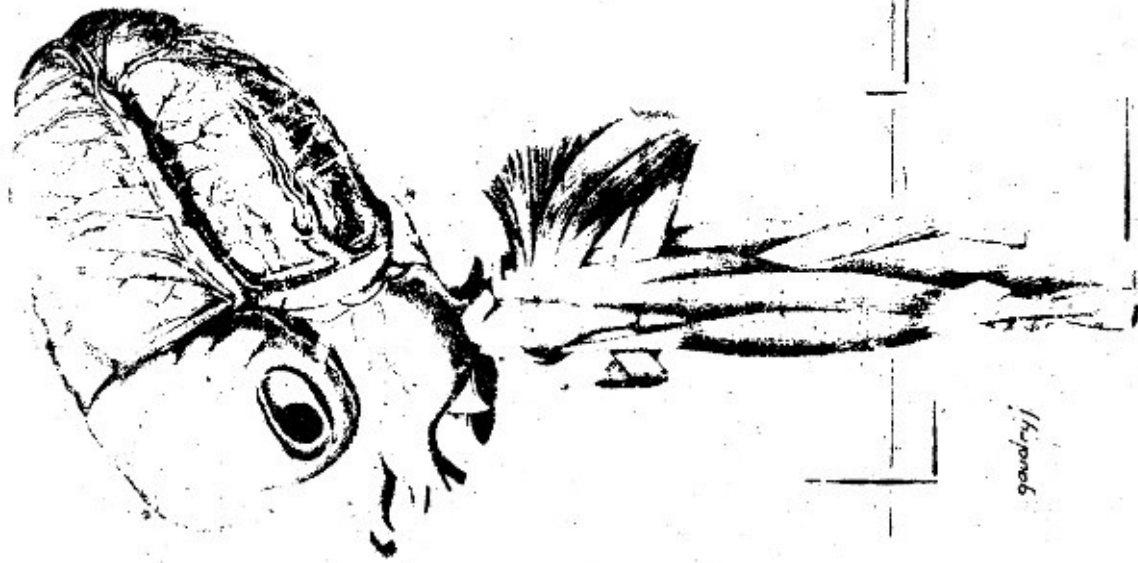


Ilustración de JEHAN GAUDRY

SONETO ESPACIAL

Por un beso a la luna... Los poetas
cantaron a la luna madrigales.
La luna es el palacio de cristales
en que moran poéticos ascetas.
Ellos fueron los nautas de las quietas
ecuaciones de estrellas siderales,
precursores del ruido y los metales
en la soñada meta de sus metas.
Ellos fueron, oh nauta, tú lo sabes,
pregoneros de la luna platinoche,
con sus versos encendidos y suaves.
Ellos fueron, por lunas en derroche,
cual clave con su verso en nuestras claves,
los nautas más inquietos en la noche.

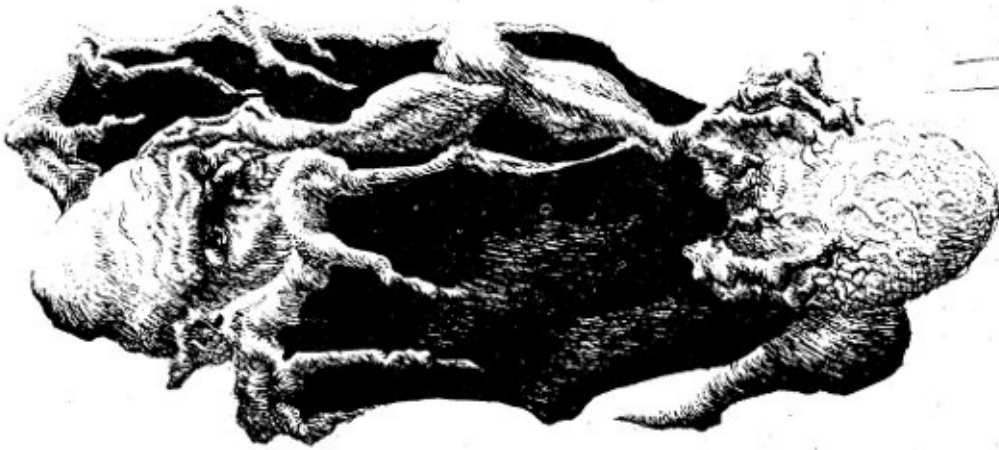
Luis MOLINA SANTAOLALLA

COSMOGRAMA

(respuesta cósmica a los acuerdos de Moscú)

DETECTAMOS QUIETUD BANDA RADIANTE
ESPECTRO URANIO (STOP) AGRADECIDOS.
TIERRA VIGILADÍSIMA. ADVERTIMOS:
AULA SOLAR CASTIGA. SEAN PRUDENTES.
NUESTRA GALAXIA FACILITA MUNDOS
SOBRANTE HUMANIDAD OTROS PLANETAS.
USTEDES AUN PODRÁN VIVIR DICHOSOS
DENTRO DEL PROPIO LÍMITE. SEAN BUENOS.

Félix CASANOVA DE AYALA



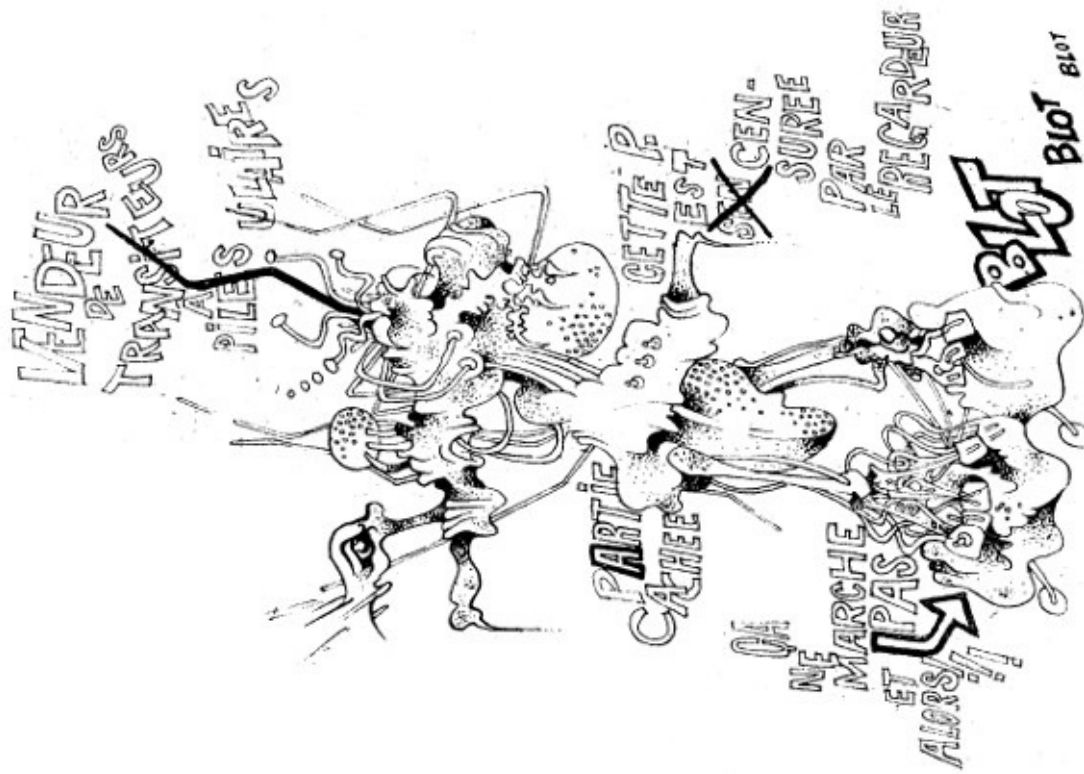


ilustración de LOUGU

EL PEQUEÑO MUNDO DE LEWIS STILLMAN

WILLIAM F. NOLAN

Ray Bradbury ha comentado, refiriéndose a este relato: «Si tuviera que escoger entre los cuentos de Nolan, escogeré “El pequeño mundo de Lewis Stillman”, puesto que en él Bill ha sabido crear una atmósfera real de noche y de tiempo que pasa lentamente, y de terror definitivo. Ha llenado la historia con el ambiente correcto, y ha conseguido que el lector viva sin interrupción la pesadilla hasta su final». He aquí pues un cuento de corte clásico y de gran calidad... que esperamos no les haga estremecer demasiado.

ilustrado por ENRIQUE TORRES

En la esperada y quieta oscuridad, Lewis Stillman se apretó contra las sombras de las fachadas de los edificios, a lo largo del Wilshire Boulevard. Respirando suavemente, la automática equilibrada y a punto en su mano, avanzó como un animal furtivo hacia Western Avenue, deslizándose sobre el frío cemento nocturno a través de las saqueadas tiendas de vestidos y almacenes de diez centavos, con sus escaparates destrozados, sus puertas desencajadas y balanceantes. La ciudad de Los Ángeles, pintada en la fría luz de la luna, era un inmenso cementerio; las grandes y blancas lápidas de los edificios se elevaban sobre el silencioso pavimento, talladas en sombras y solitarias. Los esqueletos metálicos de camiones, autobuses y automóviles volcados llenaban las calles.

Hizo una pausa bajo la amplia marquesina del Fox Wiltern. Sobre su cabeza, hileras de bombillas destrozadas bostezaban con dientes de cristal en mandíbulas de madera. Lewis Stillman sintió como si pudieran caer en cualquier momento y traspasar su cuerpo.

Aún cuatro manzanas más que cubrir. Su destino: una pequeña tienda de delicatessen en una esquina, cuatro bloques al Sur de Wilshire, en Western. Esta noche intentaría pasar de largo los grandes almacenes como Safeway o Thriftmart, con sus provisiones disponibles de comidas exóticas; en una pequeña tienda de comestibles sería más probable que encontrara lo que necesitaba. Era cada vez más difícil el localizar alimentos básicos. En los grandes supermercados solamente quedaban las conservas más exóticas y cargadas de especias. ¡Y ya estaba harto de caviar y ostras!

Atravesando Western, había llegado casi a la otra acera cuando vio a varios de ellos. Inmediatamente se dejó caer sobre sus rodillas, detrás de la carrocería oxidada de un Oldsmobile. La puerta trasera de su lado estaba abierta, y cautelosamente se deslizó entre los asientos del coche desierto. Soltando el seguro de la automática,

atisbo a través de la rota ventanilla. Vio a seis o siete de ellos que se movían hacia él a lo largo de la calle. ¡Dios! ¿Habría sido visto? No podía estar seguro. ¡Tal vez se habían dado cuenta de su posición. Debía haberse quedado en la calle abierta, donde pudiera tener una probabilidad de correr. Tal vez, si su puntería fuera certera, podría matarlos a casi todos; pero, aún con el silenciador, la pistola podía ser oída y vendrían más. No se atrevía a disparar hasta estar seguro de que lo habían descubierto.

Se acercaron, sus pequeños cuerpos oscuros llenando la acera; seis de ellos, charlando, saltando, sus crueles bocas abiertas, sus ojos brillando bajo la luna. Cercanos. Sus agudas voces aumentaron, elevándose en volumen. Más cercanos, Ahora podía ver sus dientes agudos y su pelo mate. A poca distancia del coche... Su mano estaba húmeda en la culata de la pistola; su corazón atronaba contra su pecho. En pocos segundos...

¡Ahora!

Lewis Stillman cayó pesadamente contra los polvorientos almohadones del coche, la pistola suelta en su mano temblorosa. Habían pasado, no lo habían visto. Las agudas voces disminuyeron, haciéndose débiles con la distancia.

El silencio de tumba de la avanzada noche se estableció a su alrededor.

La delicatessen probó ser una verdadera ganga. Los estantes no habían sido casi tocados, y había un gran repertorio de alimentos en conserva. Encontró una caja de cartón vacía y apresuradamente empezó a transferir a ella las latas del estante que se hallaba más cercano.

Hubo un sonido detrás suyo... suave y chirriante.

Lewis Stillman se giró, la automática a punto.

Un gran perro mestizo se hallaba frente a él, gruñendo desde el fondo de su garganta, las cuatro patas rígidas y listas para saltar. Sus romas orejas estaban pegadas a lo largo del corto pelo del cráneo, y un delgado rastro de saliva caía de las mandíbulas asesinas. Los poderosos músculos del pecho de la bestia se habían abultado para saltar cuando Stillman actuó.

Su pistola, lo sabía, era inútil; los disparos serían oídos. Entonces, con toda la fuerza de su brazo izquierdo, tiró una pesada lata a la cabeza del perro. El sorprendido animal vaciló bajo el golpe, doblándosele las piernas. Rápidamente, Stillman recogió sus provisiones y echó a correr hacia la calle.

¿Cuánto tiempo va a durar mi suerte?, pensó Lewis Stillman mientras cerraba la puerta. Puso la caja llena de latas sobre una mesa de madera y encendió una alta lámpara cercana. Su vacilante luz anaranjada iluminó la estrecha habitación de techo bajo.

Por dos veces esta noche, le dijo su mente, por dos veces te has escapado... y te podían haber visto fácilmente en ambas ocasiones si hubieran estado buscándote. No

saben que estás vivo. Pero cuando lo sepan...

Se obligó a apartar de su mente los pensamientos de la escena, lejos del horror; deshizo con presteza la caja, colocando los envases en un largo estante instalado en la pared más lejana de la habitación.

Empezó a pensar en mujeres, en una muchacha llamada Joan y en cuánto la había amado...

El mundo de Lewis Stillman era húmedo y sin luz; era estrecho, y las frías piedras de sus paredes pesaban sobre él mientras caminaba. Había estado andando durante varias horas; algunas veces corría, porque sabía que los músculos de sus piernas debían mantenerse fuertes, pero ahora estaba andando, siguiendo el delgado haz amarillo de su linterna. Estaba buscando.

Esta noche, pensaba, tal vez encuentre a otro como yo. Seguramente, *alguien se halla aquí abajo*; encontraré a alguien si continúo buscando. ¡Debo *encontrar* a alguien!

Pero sabía que no sería así. Sabía que frente a él sólo encontraría el frío vacío de los largos túneles.

Durante tres años había estado buscando a algún otro, hombre o mujer, allí, en aquel mundo bajo la ciudad. Durante tres años había recorrido dos mil doscientos kilómetros de desagües de tormenta que se desmadejaban bajo la ciudad de Los Ángeles como venas en un cuerpo gigantesco... y no había encontrado nada. Absolutamente nada.

Aún ahora, después de tantos días y noches de búsqueda, no podía aceptar realmente el hecho de que se hallaba solo, de que era el último hombre vivo en una ciudad de siete millones...

La bella mujer permanecía silenciosa por encima de él. Sus ojos ardían suavemente en la oscuridad, sus delicados labios rojos sonreían. Su túnica blanca como la espuma giraba y flotaba continuamente alrededor de su figura inmóvil.

—¿Quién eres? —preguntó él con voz lejana, irreal.

—¿Te importa eso, Lewis?

Sus palabras, como cuatro piedras lanzadas en una tranquila laguna, lo excitaron, deslizándose a lo largo de su cuerpo.

—No —dijo—. Nada me importa ahora que nos hemos encontrado el uno al otro. ¡Dios, después de estar solitario todos estos meses y años! Creí que era el último, que no viviría para ver...

—Silencio, querido. —Se inclinó para besarlo. Sus labios eran jugosos y sumisos—. Ahora estoy aquí.

Alargó una mano para tocar su mejilla, pero ella se estaba desvaneciendo, desapareciendo en la oscuridad. Sollozando, trató desesperadamente de alcanzar su

mano extendida. Pero ella se había ido, y sus dedos se apoyaron en la dura pared de cemento húmedo.

Un remolino de blanca niebla se alejó flotando con lentas ondulaciones por el túnel...

Lluvia. Días de lluvia. Los desagües habían sido diseñados para evitar inundaciones, de modo que Lewis Stillman no estaba particularmente inquieto. Se había instalado alto, casi a un metro del suelo del túnel, y el agua nunca había llegado a ese nivel. Pero no le gustaba el sonido de la lluvia aquí abajo: una orquestación atronadora a través de los túneles, un toque de tambor amplificado y continuo. Y como hoy no le había sido posible efectuar sus trayectos diarios, había estado leyendo más de lo usual. Historias cortas de Welty, Gordimer, Aiken, Irwin Shaw y Hemingway, poemas de Frost, Lorca, Sandburg, Millay, Dylan Thomas. Era extraño, cuán irreal parecía su presente mundo diario cuando leía sus palabras. La irrealidad, sin embargo, era pasajera, y en el momento en que cerraba un libro volvían la soledad y el miedo. Ansiaba que la lluvia cesara pronto...

Humedad. Las frías paredes y la frialdad de la humedad lo rodeaban. El gorgoteo y el goteo sin fin del agua, el vacío, el sonido de las gotas cayendo. Aún en su camastro, envuelto en gruesas mantas, la humedad parecía permear su cuerpo. Sonidos... Gritos agudos, voces sibilantes, conversaciones chirriantes, débiles susurros sobre su cabeza. Estaban arrastrando algo por la calle, algo que sin duda habían matado: un animal, tal vez un gato o un perro... Lewis Stillman se movió, ajustándose más las mantas alrededor de su cuerpo. Mantuvo sus ojos firmemente cerrados, escuchando los agudos, ásperos ruidos sobre el pavimento, y maldijo amargamente.

—¡Malditos! —dijo—. ¡Malditos seáis todos!

... Lewis Stillman estaban corriendo, corriendo por los largos túneles. Detrás suyo una marea de sombras enanas saltaba de pared a pared; gritos agudos, penetrantes, doblados y triplicados por los ecos, retumbaban en sus oídos. Unas garras trataron de detenerlo; notó una respiración anhelante, como un vaho ardiente, en su nuca; sus pulmones estallaban, su cuerpo entero se hallaba inflamado.

Miró abajo, hacia sus rápidas piernas, moviéndose con precisión de pistones. Escuchó el ruido de sus tacones contra el suelo del túnel y pensó: ¡Puedo morir en cualquier momento, pero mis *piernas* escaparán! Correrán por los interminables túneles y nunca serán atrapadas. Se mueven tan aprisa, mientras la parte superior de mi cuerpo oscila y se tuerce, haciéndolas ir más lentas, cansándolas, enojándolas. ¡Cómo me deben odiar mis piernas! Debo ser astuto y complacerlas, suplicarlas que

me conduzcan a la seguridad. ¡Qué bien corren, con qué facilidad y sencillez!

Entonces sintió como si se partiera. Sus piernas se estaban separando de su torso. Gritó con horror, azotando el aire, implorando que no lo dejaran atrás. Pero las piernas continuaron separándose cruelmente. Con una oleada de frío terror, Lewis Stillman se halló sin equilibrio, cayendo hacia el húmedo suelo, mientras sus piernas continuaban corriendo con una salvaje vida animal propia. Abrió su boca, por encima de las piernas dementes, y gritó.

Terminando la pesadilla.

Se sentó rígidamente en su camastro, respirando convulsivamente, bañado en sudor. Emitió un largo suspiro angustioso y cogió un cigarrillo, encendiéndolo con mano temblorosa.

Las pesadillas eran cada vez peores. Se dio cuenta de que su mente se rebelaba mientras dormía, vertiendo durante las horas de la noche el reprimido temor diario.

Pensó una vez más en el principio de todo aquello, seis años atrás, y en porqué estaba aún vivo. Las naves extraterrestres habían atacado a la Tierra, súbitamente, sin ningún aviso. Su ataque había sido completo y mortal. En cuestión de horas los extraterrestres habían cumplido su astuta misión, y los hombres y mujeres de la Tierra fueron destruidos. Unos cuantos habían sobrevivido, estaba seguro. No había visto a ninguno de ellos, pero estaba convencido de que existían. Después de todo, Los Ángeles no era el mundo, y puesto que él había escapado debía haber de la misma manera otros por el planeta. Había estado trabajando solo en los desagües, terminando un trabajo especial en el túnel B, para la compañía constructora, cuando los extraterrestres atacaron. Aún le parecía oír el extraño sonido de las gigantescas naves y sentir el intenso calor de su paso.

El hambre lo había obligado a salir y, de repente, se había convertido en una curiosidad. El último hombre vivo. Durante tres años no había sufrido ningún daño. Trabajó con ellos, les enseñó muchas cosas, y trató de ganar su confianza. Pero, eventualmente, algunos lo habían llegado a odiar, a estar celosos de sus relaciones con los otros. Afortunadamente había podido escapar a las alcantarillas. Esto había ocurrido hacía tres años, y ahora lo habían olvidado.

Sus exploraciones subsiguientes a la superficie de la ciudad habían sido hechas bajo el refugio de la noche, y nunca se aventuraba afuera a menos que disminuyeran sus provisiones de comida. Había construido aquella estructura, consistente en una habitación, directamente al lado de una reja, no lo bastante cerca para correr el riesgo de que los descubrieran, pero sí lo suficiente para que la luz se filtrara durante las horas de sol. Encontraba a faltar la cálida sensación de estar bajo el sol casi tanto como la falta de compañía humana, pero no se atrevía a arriesgarse durante el día por fuera del alcantarillado.

Cuando la lluvia cesó, se acurrucó debajo de la reja que daba a la calle para absorber todo lo que fuera posible de la filtrada luz del sol. Pero sus rayos eran débiles y su poco calor sólo sirvió para agudizar su deseo de sentir directamente la

luz del sol sobre sus hombros desnudos.



Los sueños... siempre los sueños.

—¿Tienes frío, Lewis?

—Sí, sí, frío.

—Entonces sal fuera, querido. Al sol.

—No puedo. No puedo salir.

—¡Pero Los Ángeles es tu mundo, Lewis! Eres el último hombre. El último hombre en el mundo.

—Sí, pero ellos lo tienen todo. Cada calle les pertenece, cada edificio. No me dejarían salir. Moriría. Me matarían.

—Sal, Lewis —la líquida voz del sueño se desvaneció, se desvaneció—. Afuera, al sol, querido. No tengas miedo...

Aquella noche observó la luna durante casi una hora a través de la reja en la calle. Era redonda y llena como una gran lámpara amarilla en el cielo oscuro, y pensó, por primera vez durante años, en un partido de béisbol nocturno en el Blues Stadium, en Kansas City. Le había gustado ver los partidos, junto a su padre, bajo las enormes luces del estadio, donde el campo era como una laguna helada por la blanca iluminación, y los jugadores piezas de sueño e irreales. El béisbol nocturno era algo mágico para él cuando era muchacho.

Algunas veces tenía pensamientos dementes. Algunas veces, en una noche como ésta, cuando la soledad lo aplastaba y no podía resistirlo más, pensaba en traer a uno de ellos aquí abajo, con él, a los desagües. Uno a uno podía manejarlos. Entonces recordaba sus ojos salvajes, su ferocidad animal, y se daba cuenta de que su idea era imposible. Si uno de ellos desaparecía, repentinamente y sin dejar ningún rastro, los otros comenzarían ciertamente a sospechar, empezarían a buscarle, y allí se terminaría todo.

Lewis Stillman se apoyó en la almohada, cerró sus ojos y trató de no escuchar los distantes alaridos, chillidos y agudos gritos que se filtraban hacia abajo desde la calle situada sobre su cabeza.

Finalmente se durmió.

Pasó aquella tarde con mujeres de papel. Se dedicó a hojear las amarillentas páginas de algunas revistas de modas, mirando a todas las bellas modelos fotografiadas con hermosos vestidos. Esbeltas y encantadoras esas mujeres en las páginas, con sus fríos ojos excitantes y sus sonrisas perfectas, todo gracia y suavidad y brillo y remolinos de ropa. Tocó débilmente sus imágenes con sus dedos, acariciando los amarillentos cabellos en el papel, como si, por medio de alguna fórmula mágica, pudiera imbuirlos de vida. Empero, era fácil imaginar que *realmente* esas mujeres no habían vivido nunca, que habían sido simplemente pintadas, con microscópico detalle, por hábiles artistas, para dar la impresión de ser fotografías.

No le gustaba pensar en esas mujeres y en cómo habían muerto.

—Un brindis al valor —sonrió Lewis Stillman, levantando su vaso de vino, que centelleó con oscuro carmesí bajo la lámpara de la habitación—. ¡Al valor y al hombre que realmente lo posee! —Vació el vaso y rápidamente lo llenó de una larga botella que estaba sobre la mesa al lado de su camastro.

—¿No va usted a brindar conmigo, Mr. H.? —preguntó a la figura sentada y doblada sobre la mesa, su cabeza reposando sobre unos brazos cruzados—. ¿O debo

beber solo?

La figura no contestó.

—Bien entonces —vacío el vaso, dejándolo sobre la mesa—. Oh, ya conozco todo eso acerca de lo que puede hacer un hombre solo. Conquistarlo todo por sí mismo. Apoderarse del mundo sin ayuda. Si ahí fuera hay un pez tan grande como una montaña y tan vil como todos los pecados, entonces ese hombre se supone que lo pescará, ¿no es verdad? Bien, Papá H., ¿qué ocurre si el mundo está *lleno* de peces grandes? ¿Puede apoderarse uno de todos? ¿Un hombre? ¿Solitario? Claro que no puede, no señor. ¡No puede en forma alguna, maldita sea!

Stillman caminó tambaleándose hasta un estante en un rincón de la pequeña habitación de madera, y cogió un delgado libro.

—Aquí está, Mr. H. El más importante. El que escribí mejor y con toda claridad: *El Viejo y el Mar*. Mostró cómo un hombre podía luchar contra el maldito océano entero. —Hizo una pausa, su voz se llenó de tensión y se elevó—. Bien, por Dios, muéstrame *ahora* cómo luchar contra este océano. Mi océano está lleno de peces asesinos y yo soy un hombre y estoy solo en él. Estoy listo para escuchar.

La figura sentada permaneció silenciosa.

—Lo he cogido, ¿no es verdad, Papá? No hay respuesta para mí, ¿eh? El valor no es suficiente. El hombre no está hecho para vivir solo, o luchar solo, o beber solo. Aún con valor, sólo puede llegar hasta cierto punto, y luego ya no sirve para nada. Bien, dije que no servía para nada. ¡Al demonio con su libro y al infierno *contigo!*

Lewis Stillman arrojó el libro directamente a la cabeza de la figura inmóvil. La víctima cayó hacia atrás en la silla, sus brazos se deslizaron de la mesa y quedaron colgantes. Sus muñones mostraban que no tenía manos.

Lewis Stillman se encontró cada vez más con sus pensamientos girando alrededor de la comarca de Missouri a la luz de la luna, y de partidas de caza y cálidas hogueras de campamento, de los densos bosques, ricos de verdor en el verano. Pensó en las esperanzas de su padre en su futuro, y las palabras de aquella alta figura de cabellos grises le volvían frecuentemente a la memoria.

—*Serás un buen doctor, Lewis. Estudia y trabaja con afán y tendrás éxito. Yo sé que será así.*

Recordó las largas noches invernales de estudio, en el escritorio de caoba de su padre, removiendo libros y gacetas de medicina, tomando notas, examinando y escudriñando datos. Recordó en particular una colección de libros: el monumental texto de cirugía de Erickson en tres volúmenes, magníficamente encuadernado, grabado en oro. Siempre le habían gustado esos libros, más que ninguno de los otros.

¿Qué había ocurrido que lo había apartado de ese camino? De alguna manera, el sueño se había desvanecido; el brillante objetivo se había esfumado y perdido. Después de un año de medicina primaria en la Universidad de California había

abandonado la carrera; se había desalentado y dejado la Universidad para emplearse como trabajador en una compañía de construcciones. ¡Cuán irónico el que este motivo le hubiera salvado la vida! Había querido trabajar con sus manos, sudar y construir con los músculos de su cuerpo. Había querido ganar lo bastante para casarse con Joan y entonces, tal vez más tarde, hubiera vuelto para finalizar los cursos. Pero ahora todo parecía tan lejano, las razones de su abandono, de apartarse de la voluntad de su padre.

En ese momento, un irresistible deseo lo poseyó, un deseo de volver a ver las páginas de los libros de Erickson, de recrearse, aunque fuera por un breve momento, en la comodidad y la felicidad de su infancia.

Había visto un duplicado de la colección en el segundo piso de la librería Pickwick, en Hollywood, en el departamento de libros usados, y ahora que lo sabía debía ir a por ellos, y traer los libros con él aquí a los desagües. Era un deseo peligroso y loco, pero sabía que lo haría. A pesar del peligro de muerte, iría a por los libros aquella noche. *Esta noche.*

Un rincón de la habitación de Lewis Stillman estaba reservado para las armas. Su mejor pieza, una ametralladora Thompson, la había conseguido en el arsenal de la policía de Los Ángeles. Además de la Thompson había dos rifles automáticos, una Luger, un Colt 45 y una pistola Hornet del calibre 22, equipada con un silenciador. Siempre llevaba la pistola más pequeña en una funda en el sobaco, pero no tenía costumbre de cargar con ninguna de las armas más grandes cuando estaba en la ciudad. Esta noche, sin embargo, las cosas eran diferentes.

Las cloacas terminaban tres kilómetros antes de Hollywood, lo que significaba que se vería obligado a cubrir un largo y peligroso recorrido a fin de llegar a la librería. Por ello decidió llevarse el rifle Savage de calibre 30, además de la pequeña pistola que llevaba habitualmente.

Lewis, se dijo a sí mismo mientras sacaba el engrasado rifle de su funda, eres un loco, arriesgando tu vida por unos libros. ¿Son *tan* importantes? Sí, replicó una parte de sí mismo, son tan importantes. Quieres esos libros, entonces *ve* y consíguelos. Si el temor te impide obtener lo que realmente quieres, si el temor te retiene como una rata en la oscuridad, entonces eres peor que un cobarde. Eres un traidor, y te traicionas a ti mismo y a la civilización que representas. Si un hombre quiere una cosa y la cosa es buena, debe tratar de conseguirla, no importa lo que cueste, o renunciar al derecho de ser llamado un hombre. Es mejor morir con valor que vivir con cobardía.

Ah, Papá Hemingway, suspiró Stillman, sonriendo a sus propios pensamientos. Veo que está usted conmigo. Veo que al fin y al cabo sus palabras me han contagiado. Entonces, de acuerdo, vamos a por el pez, vamos a encontrarlo. Tal vez el océano estará en calma...

Colgándose el pesado rifle de un hombro, Lewis Stillman partió hacia los túneles.

Corriendo en el helado viento nocturno. Hierba, ahora pavimento, ahora hierba bajo sus pies. Agachándose en las sombras, moviéndose furtivamente a lo largo de tiendas y teatros, apresurándose bajo la fría luna. Santa Mónica Boulevard, luego Highland, luego Hollywood Boulevard, y finalmente, después de una eternidad de latidos de su corazón, la librería.

Pickwick.

Lewis Stillman, su rifle colgando del hombro, la pequeña automática reluciendo en su mano, se deslizó silenciosamente al interior de la tienda.

Sus ojos se encontraron con una escena de campo de batalla.

Bajo la filtrada luz de la luna, una blanca capa de volúmenes destrozados cubría enteramente la planta baja. Stillman se estremeció; los podía imaginar, gritando, subiéndose por los estantes, arrojándose los libros salvajemente unos contra otros a través de la estancia, Chillando, rompiendo, destrozando.

¿Cómo se hallaban los otros pisos? ¿*Cómo se hallaba la sección de medicina?*

Se dirigió a las escaleras, las destruidas páginas crujendo bajo sus pies como secas hojas caídas en otoño, y corrió hacia el primer piso. ¡Allí había un caos similar!

Corrió hacia el segundo piso, dando traspiés, temiendo lo que pudiera encontrar. Al llegar arriba, su corazón retumbando, esforzó su vista en la oscuridad.

Los libros se hallaban en orden. Aparentemente se habían cansado de su juego antes de llegar allí.

Descolgó el rifle de su hombro y lo depositó cerca de las escaleras. Alrededor suyo había una gruesa capa de polvo, que se levantaba y revoloteaba a medida que se movía entre los estrechos pasillos; había un enmohecimiento de cuero húmedo presente en el aire, un olor a moho y descuido.

Lewis Stillman se detuvo frente a un débil signo hecho a mano que indicaba: SECCIÓN MEDICINA. Era tal como lo recordaba. Enfundando la pequeña automática encendió una cerilla, ocultando la llama con sus manos, y se movió a lo largo de hileras de títulos descoloridos. Cáster... Davidson... Enright... *Erickson*. Suspiró en forma penetrante. Los tres volúmenes, su grabado en oro aún legible, se hallaban colocados en perfecto orden en el estante.

En la oscuridad, Lewis Stillman se apoderó de los tres volúmenes, soplándoles para limpiarlos del polvo. Finalmente los tres libros se hallaban en sus manos.

Bien, lo has logrado. Has conseguido los libros y ahora te pertenecen.

Sonrió, pensando en el momento en que podría sentarse a la mesa con su tesoro y gozar otra vez en la contemplación de las maravillosas páginas.

Encontró una caja de cartón vacía en la trastienda y puso los libros en su interior. Volviendo a las escaleras, se colgó el rifle y empezó el descenso hacia el piso inferior.

Hasta aquí, se dijo, he tenido suerte.

Pero cuando Lewis Stillman llegó al último escalón fue abandonado por la suerte. ¡La planta baja estaba enteramente llena de ellos!

Rechinando como una masa de grandes insectos, deslizándose hacia él, los ojos brillando en la penumbra, convergieron hacia las escaleras. Lo habían estado esperando.

Ahora, súbitamente, los libros ya no importaban. Solamente su vida era importante, y nada más. Retrocedió contra la dura madera del pasamanos de la escalera, la caja de los libros deslizándose de sus manos. Ellos se habían parado al pie de la escalera; estaban silenciosos, mirándolo, el odio en sus ojos.

Si puedes llegar a la calle, se dijo Stillman, aún tienes una pequeña probabilidad. Eso significa que has de llegar a la puerta a través de ellos. Está bien, *muévete*.

Lewis Stillman apretó el gatillo de la automática. Dos de ellos cayeron bajo las balas, mientras Stillman se lanzaba contra el numeroso grupo.

Sintió cómo agudas uñas arañaban su camisa, escuchó cómo su vestido se rasgaba al ser asido. Continuó disparando la pequeña automática contra ellos, y tres más cayeron bajo la lluvia de balas, chillando de dolor y de sorpresa. Gritando, los otros se apartaron de la puerta.

La pistola estaba vacía. La tiró, descolgando el pesado rifle Savage de su hombro al llegar a la calle. El aire nocturno, fresco en sus pulmones, le infundió esperanza.

Aún puedo lograrlo, pensó Stillman, mientras saltaba de la acera y corría por la calle. Si esos disparos no han sido oídos, aún podré escapar. Mis piernas son fuertes; puedo dejarlos atrás.

La suerte, sin embargo, le había fallado completamente esta noche. Cerca de la intersección del Hollywood Boulevard y Highland, un nuevo grupo se dirigía en enjambre hacia él.

Se apoyó en una rodilla y disparó contra sus filas, el rifle sacudiéndose en sus manos. Se apartaron hacia cada lado.

Empezó a correr hacia la mitad del Hollywood Boulevard, usando la culata del pesado rifle como una maza cuando se acercaban a él. Mientras llegaba a Highland, tres de ellos se interpusieron en su camino. Stillman disparó. Uno de ellos se dobló, tambaleándose y cayendo contra las aristas de los cristales rotos del escaparate de una tienda. Otro lo arañó mientras doblaba la esquina hacia Highland, pero logró deshacerse de él.

La calle estaba vacía frente a él. Ahora la superioridad de sus piernas inclinaría la ventaja a su favor. Tres kilómetros. ¿Podría recorrerlos antes de que otros le cortaran el camino?

Corriendo, cargando, disparando. El sudor empapaba su camisa, le corría por la cara, atormentaba sus ojos. Había cubierto un kilómetro y medio. Medio camino hasta el alcantarillado. Ellos se habían quedado atrás, debido a la rapidez de su carrera.

Pero estaban llegando más, atraídos por el ruido de los disparos, saliendo de las

calles laterales, de las tiendas y de las casas.

Su corazón retumbaba en todo su cuerpo, su respiración era entrecortada. ¿Cuántos había a su alrededor? ¿Cien? ¿Doscientos? Y llegaban más. ¡Dios!

Mordió su labio inferior hasta que el gusto salobre de la sangre estuvo en su boca. ¡No puedes lograrlo, gritó una voz dentro de él, te cogerán en otro bloque y lo sabes muy bien!

Apoyó el rifle en su hombro, afinó su puntería y disparó. El resonante ruido del arma llenó la noche. Disparó una y otra vez, la culata golpeando contra su hombro, el acre olor de la pólvora quemada en su nariz.

No había nada que hacer. Había demasiados. No podía abrirse camino.

Lewis Stillman sabía que iba a morir.

Al final el rifle quedó descargado, la última bala disparada. No tenía lugar para correr porque estaban alrededor de él, en un círculo que se cerraba lentamente.

Miró al anillo de pequeñas caras crueles y pensó: Los extraterrestres hicieron un trabajo perfecto; detuvieron a la Tierra antes de que pudiéramos llegar a la edad del cohete, antes de que pudiéramos amenazar a los planetas más allá de nuestra propia luna. ¡Había sido un plan inmensamente astuto! Destruir a todos los seres humanos sobre la Tierra que tuvieran más de seis años de edad, y luego irse tan rápidamente como habían llegado, permitiendo continuar nuestra civilización a un nivel primitivo, sabiendo que la espina dorsal de la Tierra había sido despedazada, que sus sobrevivientes volverían al estado salvaje cuando crecieran hacia la edad adulta.

Lewis Stillman dejó caer el vacío rifle a sus pies y extendió los brazos.

—Escuchad —suplicó—. Soy realmente uno de vosotros. *Todos* vosotros seréis pronto como yo. ¡Por favor, *escuchadme!*

Pero el círculo se apretó despiadadamente alrededor de Lewis Stillman. Estaba aún gritando cuando los niños cerraron completamente el círculo.

Título original:

THE SMALL WORLD OF LEWIS STILLMAN

© 1957, *King-Size Publications Inc*, by arrangement by *Forrest J. Ackerman*

Traducción de S. Mas

LA FURIA

SEBASTIÁN MARTÍNEZ

Un apellido común para una persona poco común: Sebastián Martínez (otro de los miembros del triunvirato rector de Nueva Dimensión) posee un gato siamés, un coche de fabricación nacional enormemente trucado, y un telescopio, además de una esposa sueca. Naturalmente, estas no son cualidades muy esenciales para un escritor de ciencia ficción, aunque ayudan mucho. Y la prueba está en este relato... cuya primera versión, impublicable, fue escrita hace diez años, en pleno servicio militar.

ilustrado por JOSÉ M.^a BEÁ

Desde los tiempos de Orestes las furias no han perseguido más a los hombres. Pero tal vez mañana. O tal vez hoy. Ahora mismo...

La furia vivía pero no existía. Existía pero no en vida. Dormía pero no descansaba. Era humana pero no parte de la humanidad. Consciente pero inanimada. Estática pero no muerta.

Simplemente esperaba.

Por su parte, la humanidad continuaba su habitual camino. Los neutrales y los pacifistas se dedicaban a fabricar armas para vender a los belicistas. En nombre de la paz se arrojaba napalm en el sudeste asiático. En el medio Oriente, los intereses del petróleo y las habituales dictaduras, que no sabían cómo distraer la atención del pueblo, se dedicaban a maquinarse sobre los sistemas de seguir en el poder, al precio normal de sangre y sufrimiento. La carrera de armamentos seguía tras los telones de conferencias y acuerdos que costaban millones, mientras por otro lado la gente se moría de hambre, al mismo tiempo que ciertas organizaciones gastaban más en cócteles y recepciones que sus presupuestos de la lucha contra el hambre y la pobreza. En los demás lugares los negros tiraban al blanco, se producían revoluciones, contrarrevoluciones, golpes de estado, contragolpes, sublevaciones, crisis monetarias, crisis ideológicas y crisis de sentido común.

Cualquier tiempo pasado fue mejor.

Volvamos hacia el pasado...

... hacia el pasado. Hacia el grupo 509 de la escuadrilla norteamericana 313, al mando del Coronel Tibbets.

Son las nueve horas y catorce minutos, cuando el bombardero *Enola Gay* vuela sobre una ciudad. Una compuerta se abre lenta y ominosamente. Adentro, en la

penumbra, reluce con brillo mate un gran ovoide negro. Como un monstruo de pesadilla agazapado en un pozo sin fondo. Mudo, ciego, inerte. Pero en su corazón, en su interior, está la energía del universo.

El sistema hidráulico abre con un golpe seco los brazos de acero que rodean la bomba atómica y ésta cae perezosamente, como si no deseara nunca llegar al suelo.

El proyectil gira sobre su eje y su roma punta mira sin ojos hacia la semidormida ciudad.

¡Salve, Hiroshima!

¡Yo te saludo!

Aquí, entre el cielo y la tierra, en una milésima de segundo, se ha formado una esfera con dos segmentos de uranio. Una billonésima de segundo más tarde, un fantástico resplandor azulado ha brillado en el interior de la bomba. Una millonésima de segundo más tarde una bola de fuego inmensa aparece sobre la tierra.

Y ha sonado un trueno como si fuera a hundirse un continente.

Es un trueno que ha despertado al mundo.

Abajo, una onda de choque arrasa los edificios e incendia todo lo que encuentra a su paso.

En el centro de la explosión, la desintegración absoluta. La transmutación prosigue en el suelo, en los muros, en el aire. Radioactividad en la alta atmósfera y en todo lo que era la ciudad. Rayos alfa, beta y gamma, en el aire, en el polvo, en el agua.

Si ha quedado alguien vivo no importa.

Morirá igualmente.

¿Cómo serán los que nazcan de aquí a cien años, las mutaciones?

Hiroshima eres sólo ceniza y fuego, una columna de ceniza y polvo que se alza sobre el mundo. Un obelisco de ruina y muertos que se proyecta en la estratosfera.

Un monumento de muerte de trece mil metros de altura.

Y pocos días después, cuando aún arde Hiroshima, otro trueno sacude el mundo.

Nagasaki.

Aquí el sol brilla en el cielo. Otros países, otras ideas. Pero los hechos son los que cuentan, no la amistad o el desprecio.

En la mañana hay muchos que aprenden que la guerra no es una película de efectos, ni las letras impresas de los periódicos.

Pues en cuatro días han muerto cerca de medio millón de personas.

Más los que han muerto en los combates.

En los bombardeos.

En los campos de concentración.

¡Civilización!

La espera había terminado.

Sus manos se cerraron y se dirigieron hacia su pecho. Los largos cabellos negros se agitaron como si soplara el viento.

Y unos ojos se abrieron.

Unos ojos inmensos, profundos, de color verde, fulgurantes de odio, centelleantes como el corazón de una esmeralda.

La espera había terminado.

El sociopsicólogo se hallaba en lo alto del acantilado y observaba las gaviotas. Podía ver su escafandra autónoma destacándose como un gran limón sobre la arena de la pequeña y tranquila caleta del acantilado. Se le ocurrió pensar cómo sería caerse por allí. Observó la extensión de la costa que se ofrecía a su mirada. Por lo que veía lo mismo le daba que todas las ciudades del mundo yacieran en ruinas ante él. Pateó una piedra del reborde y observó cómo caía, imaginando que era él mismo.

La furia salió de la cueva y permaneció erguida en el reborde que daba al mar. Contempló el horizonte límpido y azulado que se confundía con el mar y las revoloteantes y blancas gaviotas en el fondo del acantilado.

El sociopsicólogo se preguntó cuánto tiempo hacía que estaba allí sin moverse.

Se preguntó por qué había venido aquí.

Era el peor sitio de todos para pasar la mañana.

De pronto, súbitamente, como apareciendo de la nada, vio a una mujer en el reborde inferior, a sus pies. Una mujer de cabellos negros, de azulado reflejo, que se extendían sobre sus hombros y le cubrían casi toda la espalda.

Aunque impasible, se maravilló.

El rumor del mar llenó el tranquilo silencio. Era un magnífico cuadro estético. Pero en estos casos la estética acostumbra a ceder ante la onomatopeya.

Por ello...

—¡Eh! —gritó—. ¿Qué...?

La frase nunca terminó. Porque la mujer se había girado, con los cabellos revoloteando como un gran abanico negro.

Y lo había mirado.

Y sus ojos verdes eran como intolerable odio destilado.

La furia observó al que había gritado.

Era un hombre alto y delgado, de cabellos de reflejo rubio y ojos grises burlones. Tenía un aire tranquilo, como si la presencia de ella fuera lo más natural del mundo. Como si el encuentro no tuviera importancia.

Entonces tomó una decisión.

Tendió una mano.

—Ayúdame a subir —dijo.

El sociopsicólogo y la furia caminaron juntos sobre el borde del acantilado.

Ahora que la veía a su lado, se hallaba intrigado. Porque al principio había creído que era una turista con el deseo de broncearse, pero a su lado podía ver que tenía una piel tersa y láctea, blanca como la nieve, como si el sol no existiera allá de donde venía.

Y aquellos ojos verdes que parecían desear la muerte de un mundo.

—¿Puedo saber tu nombre? —había preguntado.

—Soy una furia —había dicho ella, con aquellos inmensos y rutilantes ojos de color jade.

Y él la había mirado atentamente, diciéndose para sí que no había visto otra mujer igual, con aquellas facciones clásicas, aquel cuerpo proporcionado, propio de las estatuas griegas.

Como para hacerle el amor.

Bueno, ya llegaría esto, si podía.

Lentamente, bajo el cálido sol, descendieron hacia la caleta donde él se había instalado y se detuvieron en la fina y tórrida arena.

La furia miró las calmosas y transparentes aguas, como si no las hubiera visto nunca.

—Deseo bañarme —dijo, andando hacia la orilla.

El sociopsicólogo observó cómo se acercaba al mar; una maravillosa estatua, una perfecta escultura contra el dorado reflejo del sol en el agua, y se quedó titubeando.

—¿Vienes? —murmuró la furia.

Cogidos de la mano entraron en el agua.

Cuando salieron del mar, él extendió una gran toalla de vivos colores y se tendieron sobre ella.

Le pasó un brazo por debajo de sus blancos hombros y sus negros cabellos.

Podía ver maravillosamente su satinada piel y la perfección sobrehumana de su cuerpo.

Tan cerca y tan lejos, pensó, si no fuera por estos ojos fríos y llenos de odio.

La furia giró su cabeza hacia él y sus inmensos ojos se clavaron en los suyos.

Como una serpiente hipnotizando a un pajarillo, pensó él.

—Tengo la misión de destruir a la humanidad —dijo la furia.

Si esto lo hubiera escuchado de cualquier otro, él se hubiera hecho un comentario privado sobre el equilibrio mental del que lo dijera. Pero aquellos ojos grandes y brillantes no permitían tomar el asunto de una manera normal.

—Al paso que va —dijo—, no creo que sea necesario hacer nada para lograrlo.

—Precisamente por ello.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Muy fácil.

—Ya —no pudo evitar un dejo de ironía en su voz.

La furia se apoyó en un brazo y se inclinó sobre él. Sus ojos parecieron hacerse más grandes y fulgurantes, llenos de un odio infinito.

Imprevistamente, en un instante, la playa se transformó en un lago de llamas, mientras los dos quedaban aislados en el interior de un reducido círculo. El calor era espantoso. Parecía como si estuvieran en el interior de un volcán en erupción, en la puerta de un horno de hierro fundido.

Abruptamente, al igual que había empezado, la playa recobró su normalidad.

El asombro le embargó.

—Poltergeistismo —murmuró—. Una aplicación de las fuerzas parapsíquicas. Pero, ¿cómo...?, ¿qué...?

—Soy una furia —había repetido ella—. Y ahora te doy una oportunidad.

—¿Una oportunidad? ¿Una oportunidad de qué?

—De defender a la humanidad.

El sol permanecía inmutable en el cielo azul de verano. Las gaviotas chillaban y hundían su cabeza en el agua. La arena refulgía con dorado calor.

Allí estaban. Un hombre y una furia.

Adán contra Megaera.

Un símbolo irónico, pensó él. Yo defendiendo a la humanidad. A una humanidad que no me importa. Pero...

—La humanidad no necesita defensa que yo sepa. Sus obras hablan por ella.

—Todas sus obras han sido para producir guerras.

—No, no todas.

—Demuéstralo.

—Pues había un tiempo en que...

... había un tiempo en que todo era miedo. Los hombres primitivos se encontraron con fenómenos más allá de su comprensión: terremotos y volcanes, el mar y las tormentas, los huracanes y las lluvias, el sol y el fuego. Más incomprensible era el hecho de que nada parecía estable: el día y la noche, el cielo infinito, el nacimiento y la muerte. El miedo, el temor, lo desconocido, todo ello fue el principio de la religión.

Y sin embargo, para enfrentarse a lo desconocido no hace falta tener grandes conocimientos, no hace falta ningún valor. Sólo hace falta la sabiduría, porque cualquiera puede tener conocimientos o adquirirlos. La sabiduría es algo específicamente humano. No requiere conocimientos, no precisa instrumentos. Una máquina puede suministrar datos, una medición puede aportar cifras, y algunas veces el investigador no hace más que tomar nota. La sabiduría es la que ha de interpretar

los conocimientos.

Así, hubo un tiempo en que la belleza y una relativa sabiduría llegó a reinar durante casi un siglo. Una sola ciudad, con una población que no llegaba a los cuarenta mil habitantes, alcanzó un florecimiento intelectual suficiente para influir en la cultura occidental durante dos milenios y medio.

Treinta años de guerra fueron suficientes para destruir la Atenas de Pericles.

Según dice la historia, Arquímedes calculó las leyes de las secciones cónicas, las del sistema de poleas y la bomba hidráulica, mientras los romanos sitiaban la ciudad donde residía.

Arquímedes fue una gran figura, un genio y un hombre con sabiduría.

Todo ello no impidió que un legionario le partiera el cráneo con su espada.

Aristóteles fundó un gran compendio de recopilaciones y estableció unas bases del pensamiento que habían de arrastrar a la humanidad por un camino falso durante dos mil años.

Luego, se suicidó.

Los artistas del Renacimiento crearon sus obras entre torturas y hogueras.

Pero las crearon.

Galileo y Giordano Bruno tuvieron menos suerte.

Sólo porque el Sol había de dar vueltas alrededor de la Tierra.

Cuando en realidad es al revés.

La teoría de Platón de que los filósofos debían gobernar fue siempre rechazada por Kant, afirmando que el uso del poder impide inevitablemente el uso de la razón.

Las células que componen un cuerpo humano se rigen por distintas leyes fisiológicas.

A la humanidad se le puede aplicar una analogía semejante.

Pero, algunas veces, hay células que no siguen esas leyes, que se rebelan, que se multiplican sin deber hacerlo. Esas células malignas crecen a expensas del organismo, lo intoxican y lo conducen a una catástrofe inevitable.

Es el cáncer.

Ha ocurrido antes y ahora.

¡Heil!

¡Sieg!

Nace la gente en el interior de cierta cultura. Y se les educa y cría de acuerdo con ella. Se les atiborra de símbolos, de ideas, de analogías.

Nada más que símbolos. Que es lo peor que puede tener un ser humano.

Neurosis.

Y las bombas caen...

—... caen porque hay un millón de hechos, ambición, odio, ansia de poder, frustraciones, complejos, ignorancia, embrutecimiento, desconfianza, inferioridades. Y un día estallan...

Besó a la furia suavemente en el hombro.

—... estallan porque hay además otras razones. Mercados, población, producción, alimentos, materias primas, armamentos...

La siguió besando hacia el cuello y deslizó su mano por su espalda.

—Y la gente no puede hacer otra cosa que seguir a rastras de lo que han creado. No pueden rebelarse. Están presos en su propia obra o en la de la mayoría...

¿Tiene derecho el poderoso a ejercer su fuerza contra los débiles?

¿Qué es lo que se entiende por poderoso y por débil?

Así, llega el día de los vencidos.

Y el precio de la derrota es siempre muy caro.

Hambre.

Sin hogar.

Y vergüenza.

Pero la vergüenza, la ética, la moral, debían de tenerse antes.

Y con ello el período de la postguerra y sus consecuencias.

Porque el hambre es algo terrible y lo puede todo.

La bomba atómica se logró merced a un cúmulo de coincidencias a través de la historia.

Y se arrojó, aunque Japón ya había ofrecido tres veces su rendición por medio de países neutrales.

Porque había costado dos mil millones de dólares que se habían de justificar ante la nación, y por razones políticas frente a Rusia, el gran oso despierto.

Dos mil años antes, Dios había venido a salvar a una humanidad pastoril encerrada entre desiertos y montañas.

Hágase tu voluntad.

Ave María.

Pater Noster.

Dominus regit me.

El Señor es mi pastor...

—... la humanidad está recogida en sí misma. Ha cerrado los ojos ante la vida

natural y sencilla y se ha envenenado con un cúmulo de símbolos carentes de significado. Más vale dejarlo así. Es su peor castigo. Quizá algún día...

Besó a la furia en los labios.

La furia se levantó. Un remolino de negros cabellos y unos feroces ojos verdes.

—¡Tú! —gritó—. ¡A ti no te importa la humanidad! ¡Ni su pasado, ni su presente, ni su futuro!

—Nunca he dicho que me importara. Tal vez sienta curiosidad por su futuro.

—¡Tú eres un cínico, un falso, un indiferente, un egoísta, un...!

La furia se derrumbó, se replegó sobre sí misma, sollozante.

La acercó hacia su hombro y la acarició.

Está bien, pensó, está bien. Siempre hay un modo de vencer. Habla mal de la humanidad y el otro buscará inconscientemente el descargo de esa maldad. Y entonces es posible que vea que la humanidad también posee ternura, esperanzas, temores, ansiedades. De que también desea un momento de felicidad. De que sus actos son sólo una aberración, una distorsión de esos deseos. Y de que estos actos es inevitable que ocurran. Alguna vez, algún día...

Las estrellas fueron mudos testimonios de una mutua comprensión y entendimiento.

Y de una pasión amorosa.

Verdaderamente humana.

Por la mañana, el sociopsicólogo abrió los ojos al sol naciente y miró a su lado.

Estaba vacío.

Un poco más allá, en la arena, estaba escrito: ADIÓS.

Y había una marca borrosa, como si ella hubiera deseado decirle algo más.

Sus pasos terminaban abruptamente en la arena, como si se hubiera desvanecido en el aire.

Más tarde, en el mar, con la escafandra en la espalda, nadando hacia el azulado fondo, se preguntó qué hubiera ocurrido en caso de no haber convencido a la furia.

Claro que él había actuado por egoísmo, a pesar de formar parte también de la humanidad.

Porque la humanidad le importaba poco.

Muy poco.

© 1968, Sebastián Martínez y Nueva Dimensión.

CHIVO EXPIATORIO

ALAN BARCLAY

De vez en cuando, un autor crea una historia basada en la idiosincrasia habitual del hombre ante una invasión extraterrestre. Bien, esta historia es precisamente una de ellas. Pero, después de leerla, consideremos las presentes actuaciones de las Naciones Unidas, valiosas pero exhibicionistas, resolviendo las actuales crisis del mundo, enfrentémoslas con un problema como el aquí descrito... y tratemos de imaginarnos lo que pasará.

ilustrado por RAMÓN ESCOLANO

UNO

Tres años más tarde, cuando empezaron a aparecer historias sobre la guerra espacial, los escritores lo calificaron como un encuentro de gran importancia. En su tiempo no pareció tener significado. Empezó cuando Slesdyke se detuvo en el corredor principal, al otro lado de un arco bajo tallado en la roca natural de la Luna y cubierto por una cortina de plástico. Alguien, que se había dado cuenta de que las cortinas carecen de uno de los útiles atributos de la madera, había clavado un pedazo de metal en la pared rocosa y había escrito en él la palabra «Llamar».

Slesdyke llamó.

—Entre —dijo una voz.

Apartó la cortina a un lado, evitando quedar envuelto en sus pliegues, y entró en la habitación.

El hombre sentado tras la mesa era un tipo pequeño de fox-terrier con cabellos color zanahoria, vestido solamente con una camisa y pantalones, estos últimos sujetos por unos viejos tirantes de piel negra. Slesdyke, inmóvil en lo que esperaba fuera la posición correcta de atención, era un impresionante y hermoso joven (sus enemigos, de los cuales había bastantes, lo llamaban bello), con un rostro de piel suave y pulida, pelo negro ondulado y penetrantes ojos azules.

Ambos se examinaron atentamente.

La antipatía fue mutua al instante.

—¿Bien? —preguntó el hombre pequeño.

—Slesdyke —explicó el otro—. He recibido órdenes de presentarme al general Turnock, Comandante de las Fuerzas Militares Británicas en la Luna.

—Yo soy el general Turnock —anunció el hombre pequeño—. A juzgar por las insignias en sus hombros, su grado es el de capitán, ¿no es así?

—Sí, general.

—Entonces en el futuro preséntese usted por su grado. ¿Cuánto tiempo ha servido

usted en las Fuerzas Armadas británicas, capitán?

—Trece días, señor —dijo Slesdyke.

—¿Trece días? —murmuró el otro—. Eso lo hace a usted probablemente campeón mundial de velocidad en promoción. Yo necesité cinco años para llegar a capitán. ¿Por qué fue enviado aquí?

—Me dijeron que usted necesitaba un Ayudante de Campo, señor.

—¿Quién se lo dijo?

—El Primer Ministro.

—Diablos, lo hizo. ¿Es amigo de usted?

—Sí, señor —el hermoso rostro de Slesdyke tenía una expresión de tranquila calma al afirmarlo.

—¿Alguna calificación para este trabajo?

—Usted pidió un hombre con conocimientos de idiomas. También quería tacto y discreción. Yo fui calificado útil para cubrir este puesto.

—Pero, aparentemente, su experiencia militar es nula.

—He aprendido tanto como era posible en trece días, señor.

El general Turnock escrutó atentamente el rostro del otro hombre, sospechando insolencia. No había ningún signo de ella.

—Bien —concedió—, hay maneras de aprovechar su carencia de conocimientos militares. ¿Qué experiencia posee en el arte de ser discreto?

—Seis años en el Servicio Diplomático: Estambul, España, Alemania.

—Realmente, una buena experiencia —admitió el general—. ¿Qué idiomas habla?

—Alemán, español, ruso y francés.

—Un muchacho con talento. Hay algo extraño en un inglés que sepa bien otros idiomas. ¿Cuán bueno es su ruso?

—Puedo contar chistes obscenos —ofreció Slesdyke.

—Puedo muy bien creerlo —admitió Turnock con disgusto—. De acuerdo. Por ahora es usted mi Ayudante de Campo, y aquí están mis primeras instrucciones. Primera: preséntese al oficial de guardia de la tropa en tierra y dígame que lo debe enseñar a saludar, permanecer en atención y observar las formas correctamente militares de dirigirse a sus superiores. Segunda: en todo momento llevará el uniforme correcto de la Armada Británica: no quiero volverlo a ver otra vez en traje de faena. Tercera: procederá a corregir su falta de conocimientos militares leyendo a los clásicos —agitó una mano hacia una estantería con libros—: *Clauswitz: el arte de la Guerra*; *Las campañas de Aníbal* por Liddell Hart; *Cromwell* por Buchan; *Las campañas de Wellington, Napoleón, Nelson, Montgomery, Eisenhower*; *La Guerra Civil americana*. Léalas todas. Cuarta: hará una lista y archivará toda la información disponible sobre cada oficial americano, ruso, francés, español, chino y escandinavo aquí en la Luna: su edad, experiencia, estudios, historia militar, amantes, vicios y virtudes. Quinta: consiga el número, tamaño, capacidad y tripulación de cada nave

espacial que posea cada nación y sus características de velocidad y alcance. Sexta: queda promovido al grado de Mayor. Esto es para darle el prestigio suficiente como para trabajar con eficiencia como mi A. de C. Estará en la D. R. O. en seis horas. Póngase las insignias de su grado inmediatamente después. Séptima y última: si envía algún informe privado a sus amigos políticos en Londres, lo sabré y le conseguiré una sentencia de diez años a cumplir aquí en la Luna. Bien, mayor Slesdyke: ¿alguna pregunta?

—Sí, señor —respondió Slesdyke—. ¿Por qué piensa que enviaré informes privados a Londres?

—¿Pensar? —resopló Turnock—. Sé muy bien que ha sido enviado aquí por los políticos para tener un ojo sobre el viejo caballo de guerra. Y lo que es más, sé por qué aceptó el trabajo. Ha venido para conseguir el hechizo de una experiencia espacial que quede muy bien su hoja de servicios. Incluso, tal vez, una medalla de campaña. Entonces volverá a Whitehall para erigirse como el hombre que ha estado realmente «allá afuera». Lo veo como un oportunista en su carrera. Intenta ser Primer Ministro algún día, ¿no es verdad, Slesdyke?

—¿No cree usted que ha sido un juicio rápido, señor? —preguntó Slesdyke despectivamente.

Johnny Soplete Hewson tocó con el codo a su vecino, un hombre de piel oscura llamado Blues Stamford.

—¿Has visto lo que ha entrado arrastrándose? —susurró—. Uno de esos monstruos de la Luna sobre los que hemos leído algo.

El monstruo era en realidad el mayor Slesdyke, en el correcto y completo uniforme de oficial del regimiento de Infantería Británica, un atuendo tan poco usual que incluso hubiera atraído miradas en Londres, y que allí en la Luna hacía que la gente se preguntara si estaba sufriendo alucinaciones.

Slesdyke tomó una bandeja del estante, se sirvió algunos platos y avanzó hacia el comedor. Débiles silbidos procedentes de un grupo de muchachas saludaron su paso. Se sentó cerca de Soplete.

—¡Hey! —dijo Soplete.

Slesdyke lo miró.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Por qué ese bello vestido, Clarence?

Slesdyke lo examinó por un momento. Luego se acercó, deslizando su bandeja sobre la mesa.

—Mi nombre es Slesdyke —dijo amigablemente—. Mayor Slesdyke, A. de C. del general Turnock. Éste es un uniforme de la Armada Británica, y lo llevo porque es una orden.

—Es bonito, Clarence —comentó Soplete.

—Esa insignia que lleva indica que pertenece usted al Servicio Militar Espacial Británico —arguyó Slesdyke—. ¿Teniente, creo?

—Cierto —convino Soplete—. Por oficio soy chófer de la lata espacial del Grupo Sur del Desarrollo Marciano, pero he firmado por la duración de emergencia.

—Ya veo —concedió Slesdyke—. En este caso se está dirigiendo usted hacia un considerable problema si vuelve a llamarme Clarence, o me trata una vez más con desvergüenza de adolescente.

Blues Stamford había estado observando cuidadosamente a Slesdyke. Parecía calmado, pero en su hermoso rostro había una especie de quietud, una quietud peligrosa. Soplete era menos sensitivo al peligro.

—¿Eres piloto? —preguntó Soplete.

—No —replicó Slesdyke.

—¿Navegante?

—No.

—¿Ingeniero?

—No.

—Ese asunto de ser el A. de C. del general —preguntó Soplete—, ¿qué significa?

—En realidad, secretario jefe —explicó Slesdyke.

Blues se interpuso. Tenía la poderosa impresión de que su amigo se estaba enredando en un gran problema.

—Déjalo, Soplete —aconsejó—. Tiene que haber gente de todas clases, además de malos pilotos del espacio como tú, para hacer la guerra.

Soplete no le prestó atención.

—Secretario —exclamó—. Así que eres una muchacha después de todo. Viendo esa bonita cara y esos bonitos vestidos no me sorprende...

Lo sorprendente, lo ominoso, fue que Slesdyke continuó con su tranquila calma.

—Cuidado, Soplete —avisó Blues.

El aviso llegó demasiado tarde. Un movimiento del brazo de Slesdyke envió su plato de sopa humeante al regazo de Soplete.

—Lo siento —sonrió Slesdyke.

—Te machacaré la cara por esto —dijo convulsivamente Soplete, dejando escapar una sarta de maldiciones.

—No eres bastante hombre —le dijo Slesdyke.

—¡Por amor de Dios, Soplete! —rogó Blues—. Este individuo es la clase de bastardo que nunca empieza algo si no lo puede acabar. Le estás dando la oportunidad que desea para dejarte tullido el resto de tu vida.

Pero Soplete estaba más allá de toda prudencia. Intentó agarrar a Slesdyke desde el otro lado de la mesa.

—Si nos vamos a poner ásperos, que sea en privado —propuso Slesdyke—. Hay

un gimnasio por aquí.

Fueron al gimnasio. Un grupo de cerca de veinte hombres, casi todos ellos pertenecientes a las tripulaciones espaciales, ex-civiles recientemente enrolados en la Fuerza Espacial, los siguió.

Pronto se vio que Slesdyke era un experto en judo. Tardó unos cinco minutos en ajustarse a las condiciones de gravedad de la Luna, y después se dedicó a tirar a Soplete de un lado para otro experta y científicamente, teniendo cuidado de no romperle ningún hueso.

Si Slesdyke hubiera sido cualquier otro, hubiera recibido una gran ovación de los espectadores, pues a fin de cuentas había sido provocado a aquella lucha. Pero no hubo ninguna muestra de aprobación. Slesdyke poseía todos los dones, buena apariencia, agudo ingenio, inteligencia, excepto uno: el don de ser aceptado y agradar a sus compañeros.

—Bastardo —dijo una voz en sus oídos, cuando se marchaba.

—Un incidente desagradable, Slesdyke —dijo el general Turnock—. Estoy disgustado con usted.

—Fui provocado —protestó Slesdyke.

—Tonterías —farfulló el hombre pequeño—. Con sus seis años de experiencia en el Servicio Diplomático y su ingenio hubiera podido evitarlo.

—¿Tiene usted alguna orden, señor? —preguntó fríamente Slesdyke.

—La tengo. Quiero que venga conmigo a la conferencia militar de la semana próxima. Antes de que vayamos haga una lista de los oficiales que asistirán, con una observación sobre su experiencia y carácter.

—Sí, señor.

—Y aquí viene lo importante. Durante la conferencia quiero que haga correr la voz de que soy el tipo del buen caballo viejo de guerra, educado en la Armada, absorbiendo sus reglamentos junto con la leche de mi madre, y propenso a morir de convulsiones antes que aprobar una maniobra heterodoxa.

La cara de Slesdyke expresó duda.

—No estoy seguro de entenderlo, señor —protestó.

—Entonces se lo explicaré. Durante la conferencia cada oficial de cada nación estará tratando de evaluar a los otros. Éste es el propósito real del ejercicio. Comprenderá que hemos de solucionar el problema de cómo rusos, chinos y americanos pueden trabajar juntos antes de prepararnos para luchar contra los extraterrestres. De modo que, como le digo, cual quiera que sea la razón oficial para esta conferencia, su propósito real es el de darnos una oportunidad de examinarnos. ¿Comprende?

—Sí, desde luego. ¿Pero por qué...?

—¿Por qué anunciarme como un viejo caballo de guerra? Bien, ¿por qué no? Ésto

es lo que usted piensa de mí, ¿no es verdad? ¿Es o no es así?

—Yo... —Slesdyke mantuvo con dificultad su compostura habitual—. Esto es lo que pensaba hasta hace cinco minutos, señor. Pero ningún caballo de guerra se llamaría a sí mismo tal cosa.

—¿Y por qué no? Estoy bastante orgulloso de ser un caballo de guerra. No hay nada malo en ser un caballo de guerra.

—No entiendo su propósito, señor —persistió Slesdyke.

—Ni necesita entenderlo —le dijo Turnock—. Haga lo que le digo, simplemente.

Hicieron el viaje en coche-lunar, un largo y extremadamente incómodo viaje de casi setecientos kilómetros, complicado por el hecho de cruzar dos cordilleras de montañas.

Divisaron por primera vez el Fuerte Eisenhower al mirar desde lo alto de un paso montañoso. El fuerte y sus instalaciones militares se extendían sobre varios kilómetros de la llanura, allá abajo. El lugar bullía activamente. En la distancia, un gran transporte Tierra-Luna estaba siendo puesto a punto para despegar. Otro parecía haber alunizado recientemente. Cerca de la ladera situada en la parte más lejana de la llanura se hallaba la mayor colección de naves que nunca hubiera visto Slesdyke, formando un abigarrado conjunto. A juzgar por el diseño, algunas tenían casi un centenar de años. Las había altas, bajas, chatas...

—Los americanos están actuando como anfitriones geniales y generosos para una mezcla de españoles, brasileños y argentinos —explicó Slesdyke—. Esa cosa anciana de la derecha es un carguero que Bolivia compró a Francia hará unos cincuenta años.

—Ha tenido usted algunas horas de estudio, ¿eh, Slesdyke?

—Sí, señor. ¿Ve todos estos bichos moviéndose de aquí para allá entre las naves y la sombra de los peñascos? Dicen que los americanos han instalado una batería completa de nuevos hangares y talleres de reparación allí, en forma de túneles.

—¿Y esa nave que hay ahí en la llanura?

—Rusa —dijo Slesdyke—. La más nueva. Su nombre es *Agonek*: La Centella.

—Ah, sí. Nosotros, los británicos, debemos viajar penosamente en coche-lunar, pero los rusos llegan en un cohete. Bastante oneroso para ellos. ¿Qué significado tienen esas CCCP en los flancos?

—Son las siglas rusas equivalentes a nuestras URSS, señor.

—¡No me diga! —exclamó el general Turnock.

—¿No sabía eso, señor? —dijo Slesdyke, mirándolo.

—Su trabajo es contestar preguntas, no hacerlas —dijo Turnock abruptamente.



DOS

Fueron recibidos, en el interior de la compuerta principal del Fuerte Eisenhower, con gran ceremonia. La guardia presentó armas. Un oficial les dio la bienvenida. Fueron transportados rápidamente en un automóvil eléctrico hacia las profundidades de la superficie lunar, e introducidos eventualmente en una antesala confortablemente amueblada.

La habitación estaba llena de uniformes rusos, americanos, franceses, españoles, escandinavos, chinos. Cada grupo nacional era atendido por un oficial americano, inmaculadamente vestido, que distribuía bebidas y hacía amigable la conversación.

—Buenos días, mayor —una voz surgida directamente de lo más profundo del sur de los Estados Unidos habló en la oreja de Slesdyke—. Es agradable tenerlo por aquí. ¿Whisky?

—Me alegro de estar aquí —respondió Slesdyke—. ¿Dijo whisky?

—Whisky fue lo que dije —admitió el americano—. No se crea que lo bebemos cada día. Esta conferencia es una ocasión muy especial.

Slesdyke miró hacia los treinta centímetros cúbicos de líquido que había en su vaso. Su coste de transporte hasta la Luna debía haber sido de diez libras. Los sorbió reverentemente.

—Supongo que es usted el ayudante del general Turnock, ¿no es así, mayor?

—Lo soy —admitió Slesdyke.

—Me da la impresión de que el general es un luchador de primera clase. Le agradecería mucho si pudiera darme un rápido bosquejo de su carrera oficial, de modo que mi general sepa el calibre del hombre.

—Con mucho gusto —convino Slesdyke—. Procede de una vieja familia militar inglesa. Creo que alguno de sus antepasados luchó en Waterloo. Es de la Academia Sandhurst. Ganó la Cruz Militar en aquel incidente en Birmania, hace unos 25 años. Es un especialista en tanques.

—¿Ha tenido experiencia en naves? —la voz que hizo esta pregunta era dura y tenía un fuerte acento extranjero. Slesdyke se volvió para encontrarse con un rechoncho ruso enfundado en un uniforme negro.

—¿Naves? —preguntó, dudando.

—Creo que el mayor no ha entendido el significado de la pregunta —explicó el complaciente americano—. No tenemos suficiente agua aquí en la Luna para que puedan usarse esa clase de naves. El mayor quiere decir espacionaves.

—Bien —dijo Slesdyke, vacilante—. No creo que tenga ninguna experiencia espacial. Pero, después de todo, ninguno de nosotros tiene conocimiento de guerra espacial tampoco, ¿no es verdad?

—¿Cuáles cree que son las cualidades que hicieron que el Gobierno Británico lo destinara aquí? —el americano era aún cortés, aunque débilmente persistente.

Hasta hacía poco tiempo Slesdyke se había movido en los círculos diplomáticos interiores en Londres. Sabía la respuesta a esta pregunta. El Estado Mayor se dio cuenta de que la primera fase de una guerra espacial sería siempre un proceso de aprender por experiencia. Alguien tenía que cometer los primeros errores, y cada general elegible (excepto aparentemente Turnock) estaba sumamente ansioso de que fueran cometidos por algún otro.

—No siendo un estratega militar —sonrió Slesdyke—, esa pregunta queda fuera de mi terreno. Pero el general Turnock es un gran hombre, honesto, leal, trabajador y desinteresado. Además, creo que tiene un talento bastante especial para lograr un

buen entendimiento con otros oficiales de mayor experiencia. —Y mientras lo decía, Slesdyke se preguntó si ello podía ser posible.

El ruso recibió esta declaración con un fuerte resoplido.

—¡Heey! —dijo el americano—. Su general parece ser un hombre notable.

Slesdyke pensó que era más fácil soportar el resoplido del ruso que el falso entusiasmo del americano.

Después de perder el tiempo durante un rato en estas maniobras de introducción inicial, el Comandante General americano Masterman requirió a sus huéspedes en el salón de conferencias.

Slesdyke contó unos cuarenta oficiales: ocho americanos, diez rusos, dos chinos, tres indios, dos británicos, tres franceses, un noruego que representaba al grupo escandinavo, un australiano, dos canadienses, un oficial representando a las repúblicas Sudamericanas, dos a la Federación Central Africana, dos de apariencia oriental que llevaban uniformes de color pardo y cuya nacionalidad no tuvo tiempo de identificar.

Se sentó al lado del general Turnock. En el lado opuesto había un oficial francés, de aspecto serio y cabello gris. Slesdyke lo saludó con su excelente francés. El hombre le devolvió el saludo en forma reservada.

El Comandante General americano se levantó en la cabecera de la mesa.

—Caballeros —comenzó—, permítanme empezar haciéndoles extensiva a ustedes la bienvenida del Fuerte Eisenhower. Como anfitrión, me permito sugerir que nuestro primer asunto debería ser la elección de un presidente para la reunión.

Hubo una inmediata babel de sonidos, mientras cada A. de C. traducía aquello a una multitud de idiomas. El ruido aún no había cesado cuando estaba ya de pie un oficial ruso. Emitió un chorro de palabras rusas.

Slesdyke se inclinó hacia el general Turnock, pero antes de que pudiera empezar a hablar éste le puso una mano sobre su brazo.

—Vamos a economizar el uso de nuestros talentos, muchacho —dijo—. Ya sé las dotes que posee, pero guardemos por ahora nuestro conocimiento del ruso para nosotros mismos. En su lugar escuche todo lo que se dice, y trate de recoger cualquiera de los refinados puntos que los intérpretes puedan pasar por alto.

Las observaciones rusas fueron interpretadas. Nadie se sorprendió de saber que, debido a que el esfuerzo ruso para la guerra era el más grande, se proponía que el presidente fuera un ruso.

Los chinos estuvieron de acuerdo. Un sudamericano discrepó. Un oficial americano se lanzó a describir la cantidad de dinero y material con que su país contribuía.

—Escaramuzas preliminares —murmuró el general Turnock.

Se necesitó media hora para elegir un presidente. El oficial escogido fue el español, un hombre alto y dignificado, de cabellos grises, muy respetado y admirado. Diez años antes había capitaneado una nave exploradora a Júpiter, hazaña que le

había valido una reputación mundial.

Se trasladó a la cabecera de la larga mesa y se sentó con dignidad, entre considerables aplausos.

Era necesario ahora un acuerdo concerniente a lo que se llamaba el «lenguaje oficial de guerra».

Los rusos propusieron inmediatamente su propio idioma, basándose en el hecho de que eran ellos quienes estaban contribuyendo con más hombres y material. El presidente español demostró ser adecuado para su puesto: señaló que el criterio debía ser el que mejor conviniera a un mayor número de participantes.

El ruso replicó que, caso de escoger el inglés, por ejemplo, esto pondría a los rusos en desventaja táctica.

—General, debe usted tratar de asimilar la difícil idea de que los británicos y los americanos no son sus enemigos en esta ocasión —señaló suavemente el presidente.

El ruso declaró haber sido insultado.

—Deben dejar testimonio en el registro de que han efectuado el número requerido de protestas —explicó el general Turnock.

El debate continuó.

Un oficial francés propuso su propio idioma, el idioma que en el pasado había sido el de la diplomacia y la cultura. Habló de su lucidez, de su lógica inevitable y de su claridad.

Nadie le prestó mucha atención.

Al final fue aceptado el inglés, con traducciones al ruso.

El resto de la conferencia estuvo destinado a la discusión del nombramiento de un Comandante Supremo. La idea era que las recomendaciones que se hicieran en esta conferencia serían consideradas por las potencias contribuyentes, es decir, por los gobiernos nacionales que estaban contribuyendo a la campaña con hombres y material.

Los rusos expusieron sus derechos de proveer el Comandante Supremo debido a que ellos eran quienes estaban realizando la mayor contribución. Los americanos objetaron contra esta pretensión, y enmarañaron la conferencia en una especie de ciénaga en la que rublos, dólares, poder bélico y tablas de sueldos fueron mezclados conjuntamente, todo lo cual duró casi una hora. El oficial francés más antiguo propuso a uno de sus colegas (no presente en la Luna), sobre la base de que era el soldado más hábil y distinguido en esos momentos.

—Probablemente sea cierto —observó el general Turnock en voz baja.

Nadie más estuvo de acuerdo.

No se llegó a ninguna solución. Cada Comandante General propuso informar privadamente a su Gobierno. Después de algunas confusas discusiones le llegó el turno de hablar al general Turnock. Al contrario de los otros, se puso en pie e hizo un

discurso formal. Fue un excelente discurso, mirado desde ciertos puntos de vista. Hablando en tonos firmes, claros y enérgicos, golpeándose ocasionalmente con el puño la palma de la otra mano, dijo que todos los presentes se encontraban allí para un solo propósito: derrotar al enemigo. Slesdyke reflexionó en el hecho de que había un número bastante elevado de propósitos motivadores: ambición personal, por ejemplo, así como también la grandeza nacional y la esperanza de hacerse con alguna clase de ganancia, tal vez en forma de nuevas técnicas, como resultado del contacto con el enemigo. Se apostó a sí mismo que Turnock usaría la expresión «estar unidos». Ganó la apuesta. Un poco más tarde ganó otra vez con «trabajar juntos», y más tarde con —ésta fue un poco aventurada— «olvidar diferencias del pasado». Hacia el final del discurso estaba apostando por «mantener nuestra pólvora seca», pero perdió en ella, escuchando a cambio, con un poco de sorpresa, un «nosotros, los humanos, nunca seremos esclavos».

Turnock se sentó. No hubo ningún aplauso; hubo, en cambio, un curioso período de completo silencio.

La reunión se interrumpió. Slesdyke bebió cocktails, y observó a su general hablando ardiente y enérgicamente a cada uno de los oficiales más antiguos por turno.

Slesdyke giró en órbita como un planeta por los alrededores de estas conversaciones. Escuchó a Turnock usar otra vez expresiones como «estar unidos» y «trabajar juntos», «dar una buena bofetada al enemigo»... Vio a los americanos demostrar un acuerdo tolerante y divertido; sospecha —aunque parecía estar disminuyendo rápidamente— por parte de los rusos; franco desprecio del oficial francés. Un oficial paquistaní, de piel oscura, joven y bien parecido, aplaudía entusiásticamente cada perogrullada.

Durante las tres semanas siguientes a aquella reunión no pareció ocurrir casi nada. Los líderes militares de cada nación representada en la Luna habían informado a sus Gobiernos, debatido en conferencias y discutido.

Entonces, un día, se anunció que las Naciones Unidas habían nombrado un Comandante Supremo para las Fuerzas Espaciales Unidas. Su nombre, decía el anuncio, era el de un británico; el general George Fortescue Turnock, Cruz Militar, Orden del Imperio Británico.

Gritos de indignación y desesperación se alzaron en varios idiomas desde varios lugares del mundo, aunque no, naturalmente, de la Gran Bretaña.

—¿Está sorprendido, Slesdyke? —preguntó el general Turnock.

—No del todo, señor —confesó.

—Entonces dígame, ¿por qué cree que conseguí el puesto?

—Porque ninguna parte lo cree a usted peligroso.

—¿Qué quiere decir con «peligroso», Slesdyke? —preguntó Turnock.

—No creen que sea lo suficientemente listo y deshonesto como para jugar a su favor y perder en cada lado.

—Muy bien, muchacho. ¿Alguna otra razón?

—Sí. Puesto que no sabemos nada sobre el enemigo, nuestros primeros encuentros serán sin duda desastrosos. Ha sido usted elegido como chivo expiatorio. Después de algunos fallos iniciales, durante los cuales adquiriremos desde luego mucha información sobre el enemigo, usted caerá en desgracia. Otro general, ya sea ruso o americano, guiará nuestras fuerzas a la victoria, y será aclamado como el salvador de la humanidad.

—Tan joven y tan cínico —suspiró Turnock, sacudiendo la cabeza—. Dígame entonces, para satisfacer mi curiosidad: ¿por qué continúa conmigo?

—No le entiendo, señor.

—Vamos, vamos. Usted es un diplomático de carrera joven, brillante y no muy escrupuloso. Usted pretende ser Primer Ministro algún día, ¿no es verdad?

—Cada cual tiene sus sueños, señor —admitió Slesdyke.

—Una respuesta muy elegante, muchacho —las palabras fueron dichas con ironía—. Ahora que ha descubierto que está sirviendo bajo las órdenes de un hombre destinado al fracaso y a la desgracia, ¿por qué no me deja? Estoy seguro de que puede pedir al amigo que lo envió aquí que susurre otra vez en la oreja del Primer Ministro para que sea devuelto.

Slesdyke se sintió incitado a herir al hombre.

—Su fracaso no necesita ser el mío —señaló—. Además, ese discurso que hizo.

—No cree que sea tan tonto como eso, ¿eh? Pero si no, ¿cuáles pueden ser mis motivos?

—Ser condecorado tal vez —especuló Slesdyke—. Acaso un puesto de Gobernador.

—No para alguien caído en desgracia. Su lógica le está fallando, muchacho. Los caídos en desgracia no suelen ser condecorados.

—Señor —exclamó Slesdyke—. ¿Haría el favor de no llamarme «muchacho»?

—¡Ja! —Turnock emitió una risa que era como un seco ladrido—. De modo que estoy llegando bajo esa suave piel de lirio blanco, ¿eh? Ahora vuelva a su perrera y empiece a organizar una conferencia de Comandante Generales, a tener lugar dentro de tres días. En cualquier sitio. Fuerte Eisenhower, Fuerte Lunigrad, aquí si lo desean. No ponga dificultades...

—¿Propósito, señor? —preguntó Slesdyke.

—Discutir la estrategia general.

TRES

—Bienvenidos al Fuerte Elizabeth, caballeros —dijo el general Turnock a los

oficiales reunidos alrededor de la mesa de conferencias.

No todos los oficiales que había visto en Fuerte Eisenhower estaban presentes hoy allí. Los chinos, por ejemplo, habían enviado una breve excusa. El general ruso estaba representado por su segundo.

—Creo que sería prudente empezar con una discusión general sobre el plan de acción de la guerra —continuó Turnock—. ¿Le importaría a alguien comenzar?

Después de una pausa, el americano carraspeó.

—No me parece que sea preciso discutir eso, señor Presidente —dijo—. Las directrices de las Naciones Unidas son las de defender nuestro planeta contra los extraterrestres, así como proteger el tráfico de nuestras naves espaciales entre los planetas.

—Esto es, desde luego, una instrucción extremadamente general —replicó Turnock—. ¿Tienen ustedes algunas órdenes más precisas de sus Gobiernos?

—Mi Presidente ha usado la expresión «una robusta defensa luchadora» —continuó el americano—. Eso quiere decir que cualquier nave extraterrestre que trate de penetrar hacia la Tierra debe ser interceptada y obligada a retirarse.

—¿Les abrirán fuego si es necesario? —preguntó el oficial francés.

El oficial ruso habló:

—Mi Gobierno cree que, cuando los extraterrestres descubran que el grupo más avanzado de nuestro planeta ha alcanzado un nivel tan alto de civilización como el representado por la democracia soviética entonces, aunque otros grupos puedan estar aún en condiciones de esclavos de los estados capitalistas, se abstendrán de efectuar ninguna agresión contra nosotros.

—¿Y cómo se propone usted conseguir que adquieran este conocimiento de la civilización soviética? —preguntó Turnock.

—Debemos destruir cada una de sus naves que se acerque a un determinado límite —explicó el ruso vigorosamente.

—De hecho —comentó retorcidamente Turnock—, americanos y rusos están de acuerdo en este punto. Realmente, también lo está mi propio Gobierno. Por lo tanto, a menos que nadie desee interceder por un plan de acción completamente diferente, adoptaremos el mencionado, y formularemos planes detallados de acuerdo con él. Una defensa luchadora, como nuestro amigo americano ha sabido decir tan bien.

El oficial francés tosió. Turnock lo miró severamente, pero no dijo nada.

A continuación hubo una discusión de detalles extremadamente aburrida.

La verdad es que no existía ninguna armada espacial en ningún sentido real. Solamente había una heterogénea colección de naves, algunas dotadas con armas de una clase muy experimental, otras desarmadas. No había orden o uniformidad en el equipo, mando, comunicación o técnica de maniobras.

Turnock propuso una organización de la flota basada en unidades formadas por

escuadrones de cinco naves. En general, la dotación de cada nave sería de la misma nacionalidad, aunque los escuadrones estarían necesariamente mezclados. El total de naves disponibles era de unas doscientas, con las que se podían formar cuarenta escuadrones. Se convino que los escuadrones debían dividirse en ligeros —naves pequeñas y maniobrables— y pesados. Cada grupo de cuatro escuadrones se llamaría «Harca». (El nombre «Ala» había sido propuesto por los británicos y «Grupo» por los americanos. «Harca» era una palabra rusa).

Después de mucho discutir, Turnock persuadió a sus aliados de convenir que las dotaciones operacionales —que estarían compuestas por casi un millar de oficiales y un número aún no estimado de hombres— deberían ser acomodadas juntas, cualquiera que fuese su nacionalidad, «para obtener una comprensión de las cualidades de los otros», explicó Turnock. Los rusos se opusieron furiosamente a esto, hasta que Turnock insinuó que la residencia de los oficiales de las tripulaciones podía establecerse en Lunigrad. Después de esta alusión, los americanos se opusieron a este proyecto con la misma ferocidad. La proposición se sometió a votación. Rusos y británicos votaron juntos, así como uno o dos de otras nacionalidades. Los americanos fueron derrotados. Un oficial americano señaló la derrota describiendo a los británicos como unos bastardos traidores.

—Gracias, caballeros —dijo Turnock—. Creo que hemos hecho algunos satisfactorios progresos esta tarde. Para evitar cualquier malentendido, les ruego que tomen nota de que, a pesar de que esta tarde hemos llegado a nuestras decisiones por votación, como Comandante Supremo seré yo personalmente quien tome las decisiones de estrategia... aunque desde luego siempre me complacerá tener su opinión y su consejo. Recibirán mis órdenes a su debido tiempo a través de mi A. de C. aquí presente, el mayor Slesdyke.

Se levantó, y salió caminando vigorosamente.

—¿Bien, Slesdyke? —preguntó Turnock más tarde.

Slesdyke había estado bebiendo con otros oficiales desde que la conferencia concluyó. Podía absorber enormes cantidades de licor sin sentirse muy afectado, pero se veía pálido y su conversación era un tanto confusa.

—Los americanos están diciendo ahora que tal vez esté usted OK. en logística. Quieren decir en administración.

—¿Qué habían dicho antes de hoy?

—Que había sido usted un gran oficial combatiente.

Slesdyke, como todos los buenos lingüistas, tenía oído para las entonaciones, e imitaba a la perfección el acento americano.

—¿Alguna idea de lo que significan exactamente estas frases?

—Decir que es usted un oficial combatiente significa que no tiene cerebro para la estrategia; decir que es usted capaz en logística significa que no es usted lo bastante

valiente como para ser un oficial combatiente.

—Gracias por esas opiniones tan francas, Slesdyke. Deme algunas más. Dígame, ¿qué es lo que cree que nos hace falta para continuar esta guerra?

—Información —dijo Slesdyke rápidamente—. Véase «Las campañas de Marlborough»: su éxito se basó en un excelente servicio de inteligencia. Tómese la rebelión escocesa jacobita de 1745: los escoceses no tenían ningún servicio de inteligencia; pasaron a diez millas de una concentración de sus oponentes; los podían haber derrotado; podían haber ganado suficiente ímpetu como para dirigirse al sur hacia Londres. Necesitamos más información.

—Veo que ha estado haciendo sus deberes —aprobó Turnock—. Dígame ahora qué es lo que sabemos acerca de los extraterrestres.

—Un momento, señor. —Slesdyke salió de la habitación y volvió con un par de carpetas—. Primera aparición de los extraterrestres: una extraña nave se colocó al lado de un carguero Tierra-Marte hace tres años. Se fue sin hacer ningún daño. Seis meses más tarde otro carguero marciano fue encontrado flotando en el espacio, no muy lejos de su ruta. Los tubos de impulsión habían sido destruidos por una explosión, la tripulación muerta. La nave había sido saqueada de carga y equipo. Tercer caso: una nave aterrizó en las afueras de Krushevgorod, en Siberia. Extraterrestres parecidos al hombre atravesaron la ciudad en pequeños vehículos, incendiaron, saquearon, y mataron a varios de sus habitantes. Se han registrado un gran número de casos similares, señor. Hace dieciocho meses se descubrió que naves extraterrestres aterrizaban y despegaban en Calisto. Una inspección mostró una ciudad-cúpula en construcción. Hace un año, la nave *Buena Esperanza*, al mando del capitán Sir Wilfrid Scheelle, con órdenes de las Naciones Unidas, trató de establecer contacto pacífico con los extraterrestres en Calisto. Se le permitió aterrizar allí, le dispararon inmediatamente, y se supone que fue destruido. ¿Debo continuar, señor?

—No —dijo Turnock—. Este material no tiene valor militar. ¿Posee algún dato sobre sus armas?

—Un informe indica que una nave extraterrestre arrojó contra una de las nuestras una esfera de llama blanca incandescente. Una declaración sobre uno de los más recientes ataques en Marte indica que atravesaron la ciudad en botes de reluciente metal que flotaban sobre el suelo, y que sus armas lanzaban estrepitosos chorros de rayos.

—Los asirios vinieron como un lobo en el redil; su cohorte era reluciente de púrpura y oro... —citó Turnock—. Sin ninguna duda existe un núcleo de verdad en estas historias; después de todo, nosotros tenemos armas que hacen estrépito y vehículos que flotan sobre el suelo, aunque ninguno de este material es lo suficientemente exacto como para ser útil. Tenga presente, Slesdyke, que estamos en la vida real, no en novelas de muchachos. Los extraterrestres deben vivir y actuar dentro de los términos de sus limitaciones físicas.

—No le entiendo, señor.

—Quiero decir esto: necesitan alimentos, oxígeno y agua, o algunas alternativas similares. Sus armas deben tener límites de alcance, un tamaño y un peso definido. Estas armas deben ser transportadas a través del espacio, de modo que su cantidad es limitada. Ocasionalmente se estropearán. El fuego ofensivo es básicamente manipulación de energía, y los acumuladores de esta energía, sean explosivos químicos u otras fuentes como dinamos, tienen peso y tamaño, y su número debe ser limitado también.

—Entendido —afirmó Slesdyke. Por primera vez se sintió impresionado por la cualidad de los conocimientos de Turnock.

—Éstas son cosas que debemos averiguar. Después de que los escuadrones hayan sido formados y hayan practicado maniobras, los enviaremos afuera, en patrullas de combate. Usted destacará que lo que queremos es información. Clases de armas, radio de alcance, capacidad de fuego, límite de poder, es decir, después de cuántos disparos deben retirarse para reabastecerse de munición o recargar sus baterías. Sólo hay un medio de conseguir esta información: enviando afuera patrullas de combate.

Los escuadrones estaban formados: rusos, americanos, británicos, franceses, escandinavos, chinos, argentinos, escoceses, paquistaníes, irlandeses, canadienses y australianos.

En el espacio, las tripulaciones de las naves practicaban sus maniobras. En el espacio no hay ni norte ni sur ni este ni oeste, ni una dimensión extra para moverse, de manera que surgieron nuevos conceptos de órdenes, de los cuales nunca habían oído hablar los marinos de otros tiempos: «cambiar dirección, línea de popa, Aldebarán; dirección Vega, línea de frente, aceleración punto cinco por tres segundos, los lados en formación de batalla».

Hubo colisiones. Algunos hombres murieron. Hubo Tribunales de Investigación, discusiones furiosas, recriminaciones. Hubo malentendidos, entorpecimientos y confusiones. Hubo controversias, calumnias, difamaciones, blasfemias e injurias imposibles de imprimir gritadas por la radio en una docena de idiomas.

Pero aprendieron a manejar sus naves. Crearon un idioma espacial a través del cual las órdenes se podían dar y entender. Olvidaron, durante este tiempo, que eran rusos, escoceses, chinos, africanos o americanos.

Cuando no estaban en el espacio, las tripulaciones se relajaban.

En todos los tiempos y en cada nación, los militares han sido propensos a tener pocas inhibiciones en sus modos de relajarse después de cumplir un deber preciso y peligroso. En Lunigrad, la residencia de los oficiales era bastante excepcional a este respecto. Además de ello la baja gravedad hacía posible un número de ingeniosos proyectos que difícilmente podían haber sido soñados por sus bisabuelos de la Segunda Guerra Mundial.

La intención del general Turnock era que las tripulaciones de cada nacionalidad

podrían conocerse y entenderse las unas a las otras. A juzgar por la cantidad de sangre derramada, narices rotas, muebles destrozados, platos arrojados, incluso una o dos piernas rotas y un caso de concusión, no parecía posible que esto pudiera llegar a realizarse. Hubo una ocasión en que los oficiales franceses se vieron obligados a circular por los corredores y comedores en grupos de tres a fin de protegerse, y en otra diez oficiales americanos fueron sitiados en sus habitaciones durante cuatro días por un grupo internacional que comprendía a suecos, holandeses, irlandeses y canadienses.

Una lucha particularmente enconada ocurrió cuando los oficiales escoceses decidieron celebrar el Día de la Independencia (Escocia se había liberado de Inglaterra hacía unos veinte años). Mientras miembros de otras nacionalidades los contemplaban asombrados, los escoceses lanzaron un ataque no provocado contra los ingleses. Había cuatro escoceses y, esto debe ser consignado, algunas grabaciones de música de gaitas, contra veinte ingleses. Los irlandeses se unieron a los escoceses por simpatía, y también los franceses, en consideración a la Vieja Alianza. Los paquistaníes también son, desde luego, una raza guerrera, y es peculiar a este respecto señalar que les encanta la música de gaita. También se unieron a los escoceses.

Fue una ocasión notable. Los escoceses pretendieron que las perturbaciones ocasionadas por esta batalla habían cambiado la órbita de la Luna casi cuatro kilómetros en relación a la original. Un número de viejas derrotas, Flodden, Killiecrankie, Culloden, fueron vengadas.

Antes de que los desacuerdos entre las distintas nacionalidades hubieran ido tan lejos como para destrozarse la base Lunigrad, el general Turnock dio la orden de que debían empezar a efectuarse ataques de ensayo hacia las bases extraterrestres en las lunas de Júpiter.

Esta orden tuvo un efecto depresivo en la alta moral de los oficiales de las tripulaciones espaciales. También produjo rápidas y vigorosas protestas por parte de los Comandantes Generales de ciertas fuerzas nacionales en la Luna.

—Mi Comandante General desearía que usted asegurara al general que cumplirá esta orden lealmente —aseguraba el Ayudante americano a Slesdyke—, pero le gustaría que el general supiese, no oficialmente, que es posible que el Gobierno de los Estados Unidos piense que esto va más allá de las instrucciones de las Naciones Unidas, las cuales eran, si usted recuerda, el establecer una lucha defensiva en torno a nuestro planeta.

—Se lo diré al general —prometió Slesdyke.

Así lo hizo. También le transmitió otros comentarios similares, no oficiales, de los Comandantes Generales ruso, chino e indio.

—¿Qué es lo que piensa usted que estén haciendo a mis espaldas, Slesdyke? —preguntó Turnock.

—Desde luego enviarán informes a sus Gobiernos, aunque sus Gobiernos no le irán a graznar a las Naciones Unidas, aún no. Ésta es tan sólo su primera orden de operaciones. Le dejarán hacer un número de errores más antes de apretarle los tornillos.

—Es usted un gran consuelo para mí, muchacho —comentó Turnock—. Supongo que usted cree que esta orden que he dado es un disparate.

—Así le parece a bastante gente —replicó Slesdyke—. Considere lo que ocurrirá: los escuadrones van a Júpiter, y son apaleados. Enviamos más, y son apaleados. ¿Qué conseguiremos? ¿Por qué no dejar a los escuadrones patrullando a más o menos la distancia de la Luna a la Tierra y apalear nosotros a cualquier merodeador que llegue hasta aquí?

—Ya le he dicho la razón —dijo Turnock—. Efectuando los ataques que he ordenado conseguiremos información sobre las tácticas del enemigo, armas y poder ofensivo, al tiempo que descubriremos la efectividad de nuestras propias maniobras y armas. Dígales esto a los muchachos, en el rancho. Y dígales esto también: una pantalla defensiva en el radio de la Luna significa una pantalla sobre una esfera de veinte veces diez a la décima potencia en millas cuadradas de área superficial. Con solamente doscientas naves esto equivale a una nave por cada diez mil millones de millas cuadradas. Una pantalla con grandes agujeros, ¿no? Y esto tampoco protege nuestras colonias en Marte.

—Pero con una detección por radar... —objetó Slesdyke.

—Para ser un hombre inteligente piensa usted a veces como un estúpido —dijo Turnock severamente—. ¿De qué nos sirve saber dónde están si no podemos llegar hasta ellos?

—El argumento no tiene escape —admitió Slesdyke—. Pero solamente sirve para hacer que nuestra situación parezca completamente desesperada.

—¿Qué situación?

—Nuestra propia situación militar.

—¿Por qué?

—Nuestro trabajo es demostrar a los extraterrestres que es demasiado peligroso acercarse hasta nuestros planetas. Esperamos que, después de que hayan aprendido nuestra fuerza, nos dejarán solos o negociarán. Pero usted me ha dado pruebas de que no podemos hacerlo, de que con diez veces las naves que tenemos no podríamos tampoco derrotarlos o hacerles retirarse.

—¿De modo que piensa que estamos derrotados antes de empezar?

—Así parece.

—Entonces, ¿por qué no se va a casa? Obtenga que lo trasladen a Londres. Mézclese en política, de modo que eventualmente se halle en posición de regir la delegación que saldrá de la Tierra para negociar las condiciones de rendición con los extraterrestres. Tal vez incluso consiga un puesto con los extraterrestres, una especie de Gobernador Quisling.

Slesdyke, cuyo rostro era usualmente pálido, se volvió más pálido aún. Turnock lo observó por debajo de sus pobladas cejas.

—Me odia, ¿no es verdad? —preguntó.

—Sí, señor —replicó instantáneamente Slesdyke.

—Entonces, ¿por qué no se va?

Slesdyke hizo un esfuerzo y recobró su compostura.

—No lo sé, señor. Generalmente comprendo muy bien mis propias motivaciones, pero esta vez no. En algunas ocasiones he ido tan lejos como para escribir una carta a un amigo pidiendo ser trasladado, pero siempre la he roto.

—Un problema psicológico interesante —comentó Turnock—. Tal vez quiera quedarse por aquí hasta que yo sea relevado del mando y enviado a casa en desgracia. Disfrutará de ese momento, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Slesdyke.

—Bien. En espera de mi relevo, puede continuar con el trabajo de organizar esas patrullas.



CUATRO

Las patrullas salieron y se dirigieron a Júpiter. Las naves eran impulsadas por motores que les permitían alcanzar la mitad de la velocidad de la luz, y que les llevaron a destino en cuatro o cinco días. Iban armadas con artillería sin retroceso y torpedos buscadores. Un pequeño porcentaje de los torpedos llevaban cabezas atómicas, pero la mayoría eran solamente de explosivos químicos, debido a que el material atómico era caro de producir, y aún más caro de transportarlo hasta la Luna. Después de un tiempo no se suplieron más cabezas atómicas.

Cuando las patrullas alcanzaron Júpiter y empezaron a igualar su velocidad con una u otra de sus lunas, las naves enemigas salieron a su encuentro.

Los torpedos buscadores fueron destruidos a varias millas de su blanco por fuego anticohete, y las mismas naves rara vez pudieron llegar al alcance de batalla de sus cañones sin retroceso. Los torpedos buscadores no hicieron dudar a los extraterrestres. Mientras los destruían, casi con la facilidad de quien espanta moscas, con el centelleo de los cohetes explotando inofensivamente en el cielo oscuro, los extraterrestres aceleraban confiadamente hacia las naves humanas.

En casi cada patrulla, algunas de las naves fueron destruidas. Las demás, invariablemente, daban media vuelta y escapaban. Los humanos excedían a los extraterrestres solamente en escaparse. El sistema «mitad rápido que la luz» parecía más fácil de manejar que cualquier principio que usaran los extraterrestres. Las naves que escaparon regresaron a la Luna y se posaron otra vez en sus bases. Y las tripulaciones, exhaustas y desalentadas, fueron transportadas a su debido tiempo a los cuarteles en Lunigrad.

Slesdyke empleaba ahora gran parte de su tiempo en Lunigrad. Tenía una enorme capacidad de trabajo. Podía discutir, explicar y preguntar en cualquier y cada idioma durante horas, sin parar. Hizo milagros con informes que podían interpretarse de tres maneras distintas, pasando del melifluo español al gutural alemán, saltando al ruso y volviendo al inglés. Para lubricar esas conversaciones tenía como recurso un extenso repertorio de corteses chistes obscenos capaces de poner los pelos de punta. Los contó en inglés logrando un impacto paralizante, pero, a juzgar por las profundas risotadas y gritos de aprobación eslávicos, era de sospechar que los había contado aún con más énfasis en ruso. Tal vez el ruso sea un mejor medio para este arte particular.

A pesar de que rieron sus chistes y tomaron sus bebidas cuando tenían la ocasión, no gustaba a nadie. Llamaban al general Turnock el León y a Slesdyke el Unicornio. Era fácil ver a Turnock como el león británico, pero a algunos era necesario explicarles que el unicornio era una maravillosa y fabulosa bestia, demasiado prodigiosa para ser verdad, capaz de ser domada por una virtuosa doncella. Slesdyke, a pesar de su apariencia, tenía poco éxito con las mujeres.

—No parece que logre usted hacerse agradable —le dijo Turnock.

—No, señor —admitió—. No estoy acostumbrado a ser aceptado.

—¿Le importa?

—No lo creo. Si vivo lo suficiente seré respetado, lo cual me parece preferible a ser solamente popular.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo el general Turnock inesperadamente—. ¿Para qué me quería ver?

—Me preguntaba si había leído usted los informes de las patrullas.

—Desde luego. ¿Qué es lo que supone que hago con mi tiempo?

—¿Pero se ha dado cuenta de lo que ocurre, o mejor dicho, de lo que no está ocurriendo? Tomemos el caso del escuadrón ruso-británico: tres veces de cada cuatro

una de las naves rusas sufre un defecto mecánico de importancia casi en el momento de despegar, y la patrulla sale con una nave menos. En otras ocasiones una nave rusa vuelve atrás debido a fallos en el compartimento de máquinas. Cuando llegan al área de operaciones frecuentemente se salen de la formación. Dificultades en la comunicación es la excusa habitual.

—¿Qué ocurre con los americanos?

—Están haciendo el mismo juego.

—Hay algunos escuadrones ruso-americanos. ¿Qué ocurre con ellos?

—Salen. Vuelven. Envían informes. ¿Cómo se puede saber realmente lo que ocurre? Raramente tienen algún defecto en el compartimento de máquinas o fallos en las comunicaciones. Lo significativo es, sin embargo, el alto porcentaje de informes que envían indicando «no hubo contacto con el enemigo».

—¿Quién más toma parte en este curioso juego?

—Los sudamericanos y los chinos. No los franceses, ni los españoles, ni los escandinavos. El escuadrón más aguerrido es el decimotercero. Está constituido por una vieja bañera americana tripulada por ghurkas, dos naves escocesas, una noruega y una paquistaní. Este grupo lucharía contra cualquier cosa. Creo que lucharían incluso contra los americanos y los rusos si usted se lo pidiera.

—¿Por qué cree que los rusos y los americanos se retienen? ¿No cree que tengan el mismo valor que los demás?

—Son órdenes superiores. Ni los Estados Unidos ni Rusia quieren gastarse contra los extraterrestres.

—Creo que tiene razón. Pero hay factores en la situación que puede que los políticos allá en la Tierra no hayan tenido en cuenta. Los muchachos rusos y americanos están viviendo, comiendo, durmiendo y jugando junto con los británicos y escandinavos. Haga circular la voz entre los comandantes británicos: dígales que no debe haber enojos, ni reproches, ni recriminaciones. Al contrario, dejemos a nuestros hombres ser terriblemente decentes sobre ello. Deje esta idea bien expuesta, y los muchachos tendrán bastante distracción siendo decentes. En un par de semanas algo ocurrirá.

Turnock comprendía la naturaleza humana. Las tripulaciones espaciales británicas encontraron que el ser decente podía convertirse en un juego satisfactorio y gratificante. Cuando una nave americana era declarada «no apta para patrullar», mostraban elaboradamente su compasión y su comprensión, y una nave británica o escandinava tomaba voluntariamente su lugar. Si una nave rusa o americana sufría dificultades mecánicas en patrulla, los capitanes británicos eran solícitos. Desde luego, alguna vez se hacían comentarios desafortunados, aunque involuntariamente. Un capitán paquistaní dejó su radio de comunicación inter-naves funcionando, completamente por error, desde luego, y se le oyó decir que, como el escuadrón se

estaba acercando al límite de detección del enemigo, podía esperarse que la nave rusa tuviera muy pronto dificultades.

Una vez, hacía cien años, un francés había declarado que los británicos estaban dispuestos a defender Inglaterra hasta el último francés. Ahora los franceses cambiaron este insulto diciendo públicamente que los rusos y los americanos parecían dispuestos a defender su planeta hasta el último británico.

La tensión creció en los cuarteles de las tripulaciones espaciales hasta tal magnitud que era inevitable una especie de crisis. Nadie sin embargo, excepto posiblemente el general Turnock, que guardaba para sí mismo sus pensamientos, podía adivinar qué forma tomaría esta crisis.

Slesdyke tenía una oficina en Lunigrad, con un pequeño grupo de secretarias, oficinistas y archivadores. La crisis empezó con la visita que le hizo un joven oficial americano, piloto de una nave.

El joven saludó.

—¿Bien, teniente? —preguntó Slesdyke.

—Deseo solicitar un favor personal, mayor —dijo el joven compañero—. Le agradeceré que me ayude a conseguir la ciudadanía británica, y que sea luego aceptado para el servicio en las Fuerzas Británicas Espaciales. Tengo mi historial y mi experiencia personal escritas aquí. —Puso una hoja de papel doblado en la mesa de Slesdyke, y se quedó en posición de descanso, con la cara inexpresiva.

Slesdyke tomó la hoja de papel y la miró abstraídamente. De todas las cosas que podían haber ocurrido, esto era algo que no había pensado. Se preguntó si Turnock era lo suficientemente astuto como para haber previsto algo semejante. Se dijo que tal vez sí.

—¿Se da cuenta de que esto puede acarrear un poco de publicidad, teniente?

—Un poco de publicidad es precisamente lo que me gustaría conseguir —contestó el americano.

—¿Alguno de sus amigos se siente como usted?

—No he dicho nada sobre mis sentimientos, mayor —fue la respuesta.

—Me equivoqué —confesó Slesdyke—. ¿Le importaría decirme por qué desea la nacionalidad británica? Alguien querrá saberlo.

—Digamos que no me importa ver a los Estados Unidos permaneciendo neutrales en esta guerra.

Saludó y se fue.

Ese día, Slesdyke recibió tres peticiones idénticas de otros tres oficiales americanos. Envió las cuatro a Turnock. Turnock las leyó, se rió para sí mismo y luego envió copias al Comandante General americano, «para comentario».

El Comandante General americano no hizo ningún comentario. De hecho, lo ocurrido no fue discutido nunca. Sin embargo, subsiguientes informes de las patrullas

indicaron que las naves americanas no estaban sufriendo casi ninguna dificultad mecánica. El número de contactos con el enemigo aumentó. También aumentaron las bajas. Una patrulla formada por tres naves americanas y dos brasileñas sostuvo una lucha particularmente salvaje con una extraterrestre, perdiendo dos naves, pero dañando seriamente al enemigo.

—Bien —dijo el oficial rubio con acento de Cambridge—, en Bretaña somos una democracia, desde luego...

—Perdón —interrumpió el interlocutor ruso. Tenía los ojos de tipo oblicuo característicos de la Mongolia Exterior—. Nosotros, en Rusia, tenemos una democracia. El vuestro es un sistema capitalista.

El colega de Cambridge murmuró «bah-baah», y dijo como solamente un hombre de Cambridge lo diría:

—Bien, digamos que lo vuestro es una democracia de tipo ruso y lo nuestro una democracia de tipo británico. ¿Puedo continuar?

—Muy bien —convino el ruso, cautelosamente.

—Mi tesis es que, en una democracia, la ley está hecha para servir al hombre.

—Las leyes están hechas para el bien del Estado —objetó el ruso.

—¿Qué es el Estado? Solamente una bestia fabulosa. Tal como lo veo, las leyes están hechas para el bien tuyo y el mío y el de nuestros compañeros. Lo que es más, están hechas por tipos blandos con pantalones rayados allá abajo en la Tierra, tipos que no saben cómo son las cosas aquí arriba.

—¿Y...? —preguntó el ruso. Se había vuelto pálido, como si hubiera estado escuchando un recital de blasfemias.

—Algunas de esas gentes —dijo el graduado de Cambridge, con un movimiento de cabeza que significaba que «esas gentes» no eran de Cambridge— creen simplemente que los rusos son unos cobardes. No es esa mi forma de verlo. Lo que pasa es que no adoptáis la actitud correcta ante las órdenes oficiales.

—¿Qué me aconsejas? —preguntó el interlocutor roncamente.

—Mi querido amigo, no quisiera presumir de aconsejarte. Solamente te digo lo que yo haría si estuviera en tu puesto. Por ejemplo, cuando recibes una orden diciendo que debes quedarte atrás y dejar luchar a los británicos, debes saludar, golpear con los tacones (supongo que los rusos golpeáis con los tacones) y decir: «Jawohl, mein Colonel», o lo que digáis en ruso, y luego olvidarte de ello. Sacártelo completamente de la cabeza.

—Pero luego... ¿y las explicaciones?

—Perfectamente sencillas... Dices que trataste de quedarte atrás como te ordenaron, pero debido a la superioridad de las naves soviéticas te encontraste en cabeza, atacando a las naves extraterrestres. Alternativamente, puedes decir también que las naves británicas, mandadas por tipos cobardes de esclavos capitalistas, dieron

media vuelta y os dejaron...

—¿No os importaría eso?

—Mi querido amigo —aseguró el graduado de Cambridge—, si lucháis delante de nosotros, podéis decir lo que os dé la gana sobre nuestros traseros.

—Sí —convino el ruso rápidamente—, debo pensar en esto. —Había un brillo en sus ojos: estaba siendo el recipiente de una idea demasiado grande y brillante para quedársela para sí mismo. Miró a su alrededor, buscando a un compatriota con quien compartirla.

—Perdón —rogó, poniéndose en pie.

—Cómo no —convino el hombre de Cambridge—. Si alguna vez volvemos a la Tierra otra vez, ven a pasar el fin de semana en la residencia de mi padre, amigo.

Poco después se notó un cambio en los informes de los escuadrones rusos. Slesdyke comunicó este cambio a Turnock, que no pareció sorprenderse.

—Si se ponen juntos al azar unos cuantos hombres jóvenes, formando un grupo cerrado, y se les da un trabajo bastante especial y peligroso que hacer, inevitablemente se convierten en camaradas de armas, compitiendo unos con otros, ayudándose unos a otros, luchando por los otros y arriesgando su vida por otros. Las órdenes superiores no pueden evitar esto.

Turnock estaba sentado a la cabecera de una larga mesa, inclinado hacia adelante, el rostro ceñudo. Su gesto iba dirigido a los oficiales agrupados a su alrededor. Eran los oficiales de armamentos y artillería de mayor graduación de cada unidad nacional.

—Quiero sus opiniones personales. No sus puntos de vista oficiales, palabrería o declaraciones de propaganda: solamente la verdad. Nada quedará registrado, pueden hablar libremente. ¿Bien?

Nadie habló. Se miraron los unos a los otros como muchachos de escuela.

—¿Bien? —ladró Turnock—. Seguramente deben tener opiniones. Vamos, usted, hable.

—Muy bien, general —era un oficial americano—. Ninguna de nuestras armas es suficientemente destructiva —dijo—. Los torpedos buscadores solamente causan daños superficiales cuando dan en el blanco. Además, el enemigo tiene un torpedo anti-torpedo muy efectivo, de gran velocidad y maniobrabilidad, de manera que solamente un pequeño porcentaje de los nuestros llegan a su objetivo, y cuando lo hacen, como digo, los daños son en general tan sólo superficiales.

—¿Alguien más opina lo mismo? —preguntó Turnock.

Varios afirmaron con la cabeza.

—Necesitamos algo con mucha mayor velocidad y una ojiva blindada capaz de perforar la coraza. Una detonación en alto vacío contra una coraza de nave solamente hace apartar a la maldita cosa un poco fuera de su curso.

—¿Qué hay de los cañones sin retroceso? —preguntó Turnock.

—Inútiles —dijo alguien.

—Tan inútiles como una cerbatana.

—¿Por qué? —pidió Turnock.

—Bien, señor —dijo un oficial ruso, titubeando—. En el entrenamiento de artillería se nos dice que en el espacio el proyectil de un cañón sin retroceso alcanzará cualquier distancia y hará blanco, mientras el objetivo esté quieto o siga un curso regular. En realidad, las probabilidades de acertar al enemigo son nulas a una distancia de más de cinco millas.

—Exactamente. Debemos acercarnos al enemigo lo suficiente para que nuestro fuego sea efectivo. Durante este tiempo el enemigo nos lanza sus torpedos. De esta manera hemos perdido ya varias naves.

El general Turnock miró sus notas y dijo:

—De acuerdo con los registros, casi todo el daño que hemos infligido ha sido hecho con estos cañones sin retroceso.

—Lo que significa que hemos sido afortunados en una o dos ocasiones, general —protestó el oficial americano—. Si por casualidad tres o tal vez cuatro naves logran acercarse, pueden disparar una buena granizada contra el enemigo. Los proyectiles de calibre 75 atraviesan sus corazas. Una vez en el interior son desviados por maquinaria, barras y vigas. Puede imaginar qué clase de picadillo ocurre en el interior. Pero para hacer esto necesitamos tener suerte.

—Pero siempre que podamos acercarnos lo suficiente nuestras naves podremos hacerlos pedazos, ¿no? —insistió Turnock.

—Yo no lo diría en forma tan optimista, general —objetó el oficial de armamentos—. Yo diría más bien que si tres o cuatro de nuestras naves pueden acercarse a una extraterrestre en condiciones de disparar, lo que ocurre raramente, hay un 50 por ciento de probabilidades de que la dañen seriamente, y una probabilidad bastante menor de que dos de cada tres naves puedan regresar a la base para contar lo ocurrido. Esto es todo.

—Muy bien —concedió el general Turnock—, ya comprendo. Para resumir: los torpedos buscadores en los que pusimos nuestras esperanzas son hechos pedazos mientras se acercan al objetivo, son virtualmente inútiles. Nuestro único medio de derrotar al enemigo es pues el de acercársele y agujonearlo hasta la muerte. ¿Qué es lo que sugieren para mejorar esta situación, caballeros?

—Pongamos cabezas atómicas en los torpedos —propuso alguien—. Así cada blanco representará la destrucción de una nave extraterrestre.

—Es una forma fantásticamente difícil, costosa y compleja de hacer la guerra —objetó otro hombre—. ¿Puede alguien decir cuánto costaría hacer una cabeza de guerra nuclear, transportarla a la Luna, cargarla en una nave y dispararla contra el enemigo? Piensen en todos los problemas de aislar la radiación. Y cuando fuera disparada, sus probabilidades de acertar serían tan sólo de una sobre cincuenta o algo así.

—Queremos algo nuevo —dijo un oficial francés—. En efecto, estamos usando armas que nunca fueron destinadas a la guerra espacial. Necesitamos instrumentos nuevos, potentes y de gran alcance.

—Por el momento —advirtió Turnock—, mientras alguien diseña esas nuevas armas, el enemigo está acumulando sus fuerzas, ganando confianza, reuniendo información sobre nuestros planetas. Si el enemigo decidiera invadir la Tierra mañana, ¿creen ustedes que podríamos detenerlo y prevenir el que consolidase su posición? Yo no lo creo así.

Se miraron dubitativamente los unos a los otros.

—General Turnock —preguntó un hombre inesperadamente—, ¿cuáles cree que son las intenciones de los extraterrestre?

—Son vikingos del espacio —dijo el general.

Se miraron sorprendidos, al oírle usar esa pintoresca frase.

—En algún lugar, a pocos años luz, hay una activa y vigorosa raza joven. Imagino que está en nuestro mismo peldaño de evolución; tal vez con unos pocos cientos de años de adelanto tecnológico. Deduzco que un gran número de problemas técnicos, incluida la navegación interestelar, los ha solucionado recientemente, y esto la llena de confianza en sí misma, de orgullo y bravura, avance y conquista. Está saliendo hacia el espacio, fuera de su propio sistema solar. Estos bribones con los que estamos luchando no son más que aventureros. Fuera de la ley. Exploradores. Descubridores. Los Drake, Raleigh y Frobisher de su parte de la galaxia. Están buscando botín, pillaje, tierras que ocupar, indefensos y débiles nativos a quienes explotar. Para ellos nosotros somos lo que los inocentes y desnudos caribes eran para los españoles.

—No nos da usted muchas esperanzas, general —protestó el oficial americano.

—Écheme una buena mirada —replicó Turnock—. ¿Me parezco en algo a un inocente y desnudo caribe?

—Nunca lo hemos visto desnudo, general —dijo el americano—; pero creo que usted no parecería inocente ni aún llevando su traje de nacimiento.

CINCO

—Slesdyke —dijo Turnock—. Una vez o dos me dijo que estaba destinado a ser el chivo expiatorio cuando las naciones se inquietaran sobre nuestros errores iniciales, fallos y derrotas. ¿Cuánto tiempo estima que tengo aún?

—Casi un mes —le dijo Slesdyke—. Tal vez seis semanas. El representante del gobierno de los Estados Unidos en las Naciones Unidas está diciendo ya que sus ataques de ensayo cuestan hombres y naves. Dicen que no ha tratado usted de establecer la pantalla defensiva. Desde que usted tomó el mando se han registrado cinco ataques a la Tierra y dos en Marte, y usted no tenía ninguna nave en una distancia de un millón de millas. Además, el general ruso cree que ha aprendido algo

sobre las armas y tácticas de los extraterrestres, y sus genios allá en Rusia casi han terminado un torpedo buscador de gran velocidad que sigue una ruta variable hacia su blanco. Así, el general ruso piensa que está listo para encargarse él de la guerra a partir de ahora.

—¿Seis semanas? —preguntó Turnock—. Muy bien, veamos. —Abrió un cajón y sacó varias hojas de papel, que entregó a Slesdyke—. Quiero que estudie este material y lo traduzca al ruso, al francés y al español. Éste es el texto de un discurso que voy a hacer dentro de tres días, y quiero que lo traduzca mientras yo continúo mi trabajo.

Slesdyke empezó a leer las notas. Después de mirar la primera página acercó una silla y se sentó, sin prestar atención a Turnock. Continuó leyendo, completamente absorto.

Cuando terminó dejó los papeles sobre la mesa.

—Desde el momento en que me convertí en su ayudante, general, he tenido la creciente convicción de que estaba usted trabajando constantemente hacia un cierto objetivo. Ahora —señaló hacia los papeles— estoy convencido de ello.

—De modo que ahora sabe ya cuál es mi objetivo —dijo con ironía el general.

—Desde luego que no. Esto solamente son notas sobre capacidad de fuego, círculos de viraje, cocientes de aceleración, combustibles y características de carga. A pesar de ello, este discurso que usted dará es para preparar a las tripulaciones para su plan maestro. Me gustaría que me dijera cuál es.

—Le gustaría, maldito sea —gruñó Turnock—. ¿Por qué demonios debería hacerlo?

—Ciertamente —replicó Slesdyke con calma—. Ésta es la crisis y el clímax hacia el cual ha estado usted trabajando. Estoy convencido de ello. Pero si está usted planeando el arriesgar nuestras fuerzas espaciales en alguna loca aventura militar, solamente para su propia diversión, o porque espera lograr fama militar con ella, tengo la intención de detenerlo. Oh —levantó una mano en señal de protesta—, no pierda el tiempo tratando de asustarme. Poniéndome bajo arresto no se deshará de mí. En el momento en que esté fuera de circulación, cierta gente empezará a hacer preguntas. Por otra parte, señor, debo admitir que habiendo trabajado con usted todo este tiempo encuentro cada día más difícil el creer que usted se haya entregado a una aventura irresponsable.

—Éste —exclamó el general Turnock— es el momento en que debería gritar: «¡Usted, insolente cachorro, debería ser azotado!», o ponerlo bajo arresto, o decirle: «Señor, es usted un soldado; su deber es obedecer a su superior». Pero no lo haré...

—Porque nada de eso sería eficaz —interrumpió Slesdyke.

—No creo que ningún general haya sido tratado así antes —gruñó Turnock—. Muy bien, se lo diré... Nunca he creído en este proyecto defensivo. Esto ya lo sabía

usted. Es... oh, es una especie de plan senil de los políticos. Si uno es obligado a recurrir a la guerra, debe hacerlo con todo su poder. Además, nunca me han asustado tanto esos monstruos del espacio como los políticos parecen dar a entender. Siempre he creído que tienen que ser seres finitos y falibles con faltas, fallos y limitaciones, últimamente, la evidencia me ha llevado a la convicción de que son un simple grupo de bandidos errantes, la escoria de una civilización extraterrestre. ¿Por qué debería someterse a ellos un planeta entero? Ahora me dice usted que seré reemplazado dentro de poco. Si es cierto lo seré por algún cauteloso ruso de mentalidad defensiva y no-agresiva, de modo que debo actuar pronto. Este plan, por lo tanto —señaló con una mano hacia los papeles— es un plan para provocar una batalla en gran escala con los extraterrestres. Vamos a tentarles a que salgan afuera en el espacio y destruirlos. No quiero decir algunos de ellos, sino a todos, a cada uno. Y su base también. Usted ha estado presente en la conferencia de armamentos, de modo que debe saber que si podemos acercarnos lo suficiente para que sea eficaz el fuego de artillería podremos hacerlos pedazos. Pues bien, lo haremos. Vamos a necesitar nuestra flota completa. Nos acercaremos, los atacaremos y los arrasaremos. Estos papeles —tiró otro manojo de papeles hacia Slesdyke— exponen detalladamente mis planes de batalla.

Slesdyke cogió los papeles y empezó a leer. A medida que leía se fue volviendo pálido. Pero era la palidez de la emoción. Slesdyke era un tipo sensitivo, intuitivo y emocional. Podía reconocer un gran momento histórico en el instante en que se estaba forjando.

—Me alegra de que me haya enseñado esto, señor —dijo.

—Entonces, ¿está conmigo?

—En un cien por ciento.

—¿Se da cuenta de que, si perdemos, su carrera...?

—Nadie ha hecho una carrera jugando continuamente sobre seguro —protestó Slesdyke—. Además, no perderemos. No podemos. Sin embargo, déjeme reformar este discurso. Digámoslo simplemente, directo al corazón. Digamos que vamos a Júpiter a destruir al enemigo. Digamos que los británicos irán de cualquier modo, y que nos complacerá si algún amigo quiere acompañarnos. Esto es algo que debe decirse sin ademanos, en forma militar y sencilla. ¿Me dejará hacerlo? —suplicó.

—Claro que sí —sonrió Turnock—. Con usted a mi lado, ¿cómo es posible que pierda?

Los oficiales de mayor graduación, Comandantes de Ala y Escuadrón, Capitanes de Navío y Especialistas Artilleros, se reunieron en la caverna central de Fuerte Eisenhower, el único salón lo suficientemente grande como para acomodarlos a todos.

—Caballeros —empezó Turnock abruptamente—, puesto que les he llamado a todos a la vez debe ser evidente que tengo algo importante que decirles. En esta

ocasión vamos a invertir el orden normal de procedimiento, por lo que mi A. de C. hablará en mi nombre, primero en ruso, luego en inglés.

Se habían puesto de acuerdo sobre este ardid, al objeto de que los rusos recibieran el impacto completo de la elocuencia de Slesdyke en vez de oír una traducción sin espíritu.

Slesdyke se adelantó. Slesdyke era un actor natural: poseía un sentido del drama y una percepción especial de los ritmos del habla. Empezó a hablar suavemente, en tonos normales. Después de un momento, la parte rusa de su audiencia se agitó. Hubo un zumbido, un murmullo de sonido entre ellos. Viendo que había logrado atraer su atención, su voz se alzó. Resonó como una clara trompeta en la caverna. A pesar de que el auditorio de otras nacionalidades no podía entenderle, la creciente emoción se comunicó a todos. Slesdyke terminó con una sentencia corta, dicha quedamente. Hubo un prolongado aplauso, vítores, pataleos. Slesdyke habló otra vez, ahora en inglés. Habló con palabras tan efectivas como ningún discurso de batalla de Shakespeare. En francés, fue casi como si estuviera cantando una nueva versión de la Marseillaise, y su español sonó como un poema de guerra.

Solamente unos pocos que habían estado escuchando atentamente y que también eran buenos lingüistas se dieron cuenta de que no había dicho precisamente las mismas cosas idénticas en todos esos idiomas.

Cuando terminó, pálido y un tanto sudoroso, los vítores, los pataleos y los gritos de su audiencia duraron casi diez minutos.

—Ésta fue una representación magnífica, muchacho —aprobó Turnock—. ¿Se da cuenta de que la posterioridad me atribuirá a mí esas palabras y frases doradas?

Entonces Turnock se puso en pie y anunció lacónicamente:

—Los Comandantes de Ala y los Comandantes de Escuadrón se reunirán conmigo dentro de diez minutos para detallar el planeamiento de la operación.

—¿Qué es lo que cree que está haciendo, Slesdyke? —preguntó Turnock.

—¿Haciendo qué? —preguntó Slesdyke.

—Haciendo con este paquete de equipo espacial, muchacho.

—Estoy participando en la próxima reunión como segundo oficial de reserva de comunicaciones y preparador de té en la *Luciérnaga*, señor.

—No va a hacer nada de eso, muchacho —replicó Turnock—. Es usted un valioso elemento que no podemos perder; su puesto está aquí, en la base, con las secretarías y otras muchachas, de modo que devuelva este paquete donde lo consiguió y arrástrese de nuevo a su perrera.

—Señor —Slesdyke replicó con un poco más de cortesía de la en él acostumbrada — puede irse usted al infierno. —Saludó esmeradamente y se fue.

Poco más tarde volvía.

Observó que el general estaba sacando un traje espacial de un armario.

—¿Ha venido a pedir perdón, muchacho? —preguntó Turnock.

—No en mil años —replicó—. He vuelto para añadir unos pocos detalles a mi reciente sugerencia, pero viendo lo que tiene entre sus manos he decidido omitirlo.

—No confunda mi intención con la bravura —explicó Turnock—. Si la batalla se vuelve contra nosotros, será mucho más conveniente para mí el estar muerto.

Había casi doscientas naves. En los primeros momentos, cuando se elevaron de la superficie de la Luna, iban agrupadas en el espacio como un enjambre de abejas. Luego el escuadrón guía cerró la formación y se destacó hacia afuera. Después de un intervalo el segundo escuadrón lo siguió, luego el tercero. Finalmente los escuadrones se situaron en línea, uno tras otro, a intervalos de cien millas. La larga línea de escuadrones giró y puso rumbo a Júpiter. Se dirigieron hacia allí en una curva de intercepción de cinco días. Las doscientas naves contenían a cinco mil hombres. De sus millones de vidas, esto era todo lo que la Tierra había podido poner con enorme gasto en el espacio para defenderse.

Había muy poco trabajo para ocupar a los hombres durante el viaje: no había cuerdas para halar, ni velas que orientar, ni tormentas que capear. Incluso los motores estuvieron inactivos gran parte del tiempo. Los radiocomunicadores estaban funcionando, y había bastante conversación entre las naves. Los Comandantes no vieron ninguna razón para prohibir esto. Un día se oyó la voz de un hombre que cantaba, y los operadores de radio de varias naves lo recibieron y lo conectaron con su sistema de comunicaciones. El hombre era un ruso, y tenía una magnífica voz de bajo. Cuando finalizó fue aplaudido en varios idiomas por parte de las tripulaciones.

—Esto es una balada —explicó el cantante—. Una balada para aquellos que murieron en el campo de Mowhatch, en una batalla que ocurrió hace mucho tiempo.

—Hay también una canción de este tipo en mi país —contestó una voz.

—Y en el nuestro...

—¿Habrá alguna balada escrita para nosotros? —preguntó alguien.

—Si vivo para ver esto terminado, yo la haré —prometió una nueva voz—. Escribiré algo mejor que todas las baladas que nunca se hayan escrito por todas las batallas de la humanidad. Después de todo, ésta es una batalla mejor: por primera vez no vamos a luchar los unos contra los otros. Haré una canción sobre nosotros que nos hará inmortales. De modo que estad alegres, amigos.

Mientras Júpiter y sus numerosas lunas parecían acercarse, el grueso de la flota puso en marcha sus retrocohetes y estableció su proximidad en unos tres millones de millas.

Cuatro escuadrones se separaron de la flota y se adelantaron.

—¿Quiénes son? —preguntó Turnock, observando los puntos en la pantalla.

—Un escuadrón ruso, un británico y uno de los Estados Unidos —se le dijo—.

Todos quisieron ser voluntarios: franceses, sudamericanos, chinos y paquistaníes. Pero después de tomar en consideración la capacidad de fuego y la maniobrabilidad de todas las naves se seleccionaron estos tres escuadrones.

—Pero hay un cuarto —señaló Turnock.

—Ése es un escuadrón mixto de escoceses y ghurkas. Sus naves no son extraordinariamente buenas pero es el grupo más aguerrido, y de todas maneras pidieron ser la nave guía y dieron a entender que abrirían fuego contra cualquiera que tratase de tomar esa posición.

Se había observado que los extraterrestres siempre salían al ataque. Siempre lo hacían, en cualquier circunstancia, y esto era parte del plan. Por ello, cuando el primer escuadrón humano llegó dentro del límite de sus aparatos detectores, dos de las grandes naves extraterrestres se elevaron para interceptarlo. A los extraterrestres no les pareció que hubiera nada de extraordinario: simplemente, una de las muchas patrullas humanas que podía ser batida en la forma acostumbrada.

Antes de que el primer escuadrón pudiera ser combatido, el segundo fue observado por los detectores de los extraterrestres viniendo desde otra dirección. Tres naves más se elevaron contra el mismo.

El tercer y el cuarto escuadrón humano tentaron a otros navíos extraterrestres a salir también al espacio.

En la radio de Turnock, una tranquila voz escocesa dijo:

—El escuadrón de guía atacará. No disparen contra los cohetes buscadores enemigos hasta que llegemos a la distancia señalada de sus naves. El oficial de control artillero de esta nave señalará los objetivos.

Cinco minutos más tarde el escuadrón número dos daba una orden similar.

—¿Habrá descubierto ya el enemigo el grueso de la flota? —preguntó Turnock.

—Sí, seguramente. Pero como estamos moviéndonos directamente hacia él en línea de popa no tendrá idea de nuestro número.

Cada uno de los cuatro escuadrones guía estaba atrayendo a un número de naves enemigas. Los extraterrestres se adelantaron en forma individual, sin ninguna formación regular. Los escuadrones guía avanzaron hacia ellos.

—Muy bien ahora. —Turnock dio la orden después de inspeccionar la línea de pantallas—: Que empiece a moverse la flota. Hagamos un despliegue... —Indicó cómo debían acudir en ayuda de los escuadrones uno, dos, tres y cuatro, por ese orden.

La flota avanzó.

El escuadrón número uno estaba dentro del límite de los cohetes enemigos. Una de sus cinco naves fue alcanzada y volada en pedazos antes de que pudiera llegar al límite de la artillería. Una segunda fue alcanzada en los tubos propulsores, y se alejó

con rumbo incierto. Las tres restantes llegaron al límite de los cañones y empezaron a disparar con proyectiles perforadores de coraza y de alto explosivo. Una tercera nave estalló, alcanzada por un torpedo. Quedaban dos en aquel escuadrón.

—No nos importaría un poco de ayuda por aquí —dijo la tranquila voz escocesa, como si conversara.

Un momento después el orador vio la flota entera dentro de su alcance visual. Pasaron a gran velocidad en una línea de tres naves a popa; cada hilera de naves estaba constituida por tres de ellas en formación triangular, y había sesenta triángulos uno detrás de otro. Cayeron en medio del enemigo, que parecía no haberlas visto. Cada nave abrió fuego tan pronto llegó dentro del límite de una de las extraterrestres, y continuó lanzando proyectiles hasta haberla rebasado; así, cada nave enemiga recibió por turno el ruego concentrado de ciento ochenta naves. Todas ellas fueron reducidas a pedazos.

La flota giró en el curso de su curva hacia el grupo enemigo contra el que luchaba el escuadrón número dos. Solamente dos naves de ese escuadrón estaban aún disparando.

En cinco minutos este grupo enemigo fue también destruido.

De los grupos restantes, contenidos respectivamente por los escuadrones número cuatro y tres, solamente dos consiguieron aumentar su velocidad lo suficiente como para escaparse.

—Ahora —ordenó el general Turnock— iremos a por sus bases. Estrechen la formación y establezcan una curva que nos lleve en tangente a la superficie de la luna más cercana.

La flota viró en el espacio. Se fue tan lejos que con toda probabilidad fue perdida por los aparatos detectores del enemigo. Giró en una curva gigantesca, y se dirigió otra vez hacia las bases enemigas.

—Nuestra velocidad relativa no debe ser muy grande —advirtió Turnock—, a fin de poder bombardear con acierto.

—Comprendo, señor —dijo su Comandante General. Los oficiales, a su alrededor, ocupados con los computadores, lo miraron y asintieron.

La flota regresó hacia la tercera luna de Júpiter, siguiendo la curva de su superficie.

El enemigo aún no había sido aplastado. Un chorro de cohetes se elevó, deslizándose a su encuentro. La velocidad de aquellos proyectiles parecía ser lenta al principio pero repentinamente, espantosamente, parecieron saltar hacia adelante mientras se elevaban. Una nave estalló en pedazos, otra cayó y se estrelló al pasar sobre la base enemiga.

Pero la flota cruzó sobre el enemigo arrojando fuego sobre las naves en el suelo, las cúpulas de las instalaciones, los radares y los pertrechos.

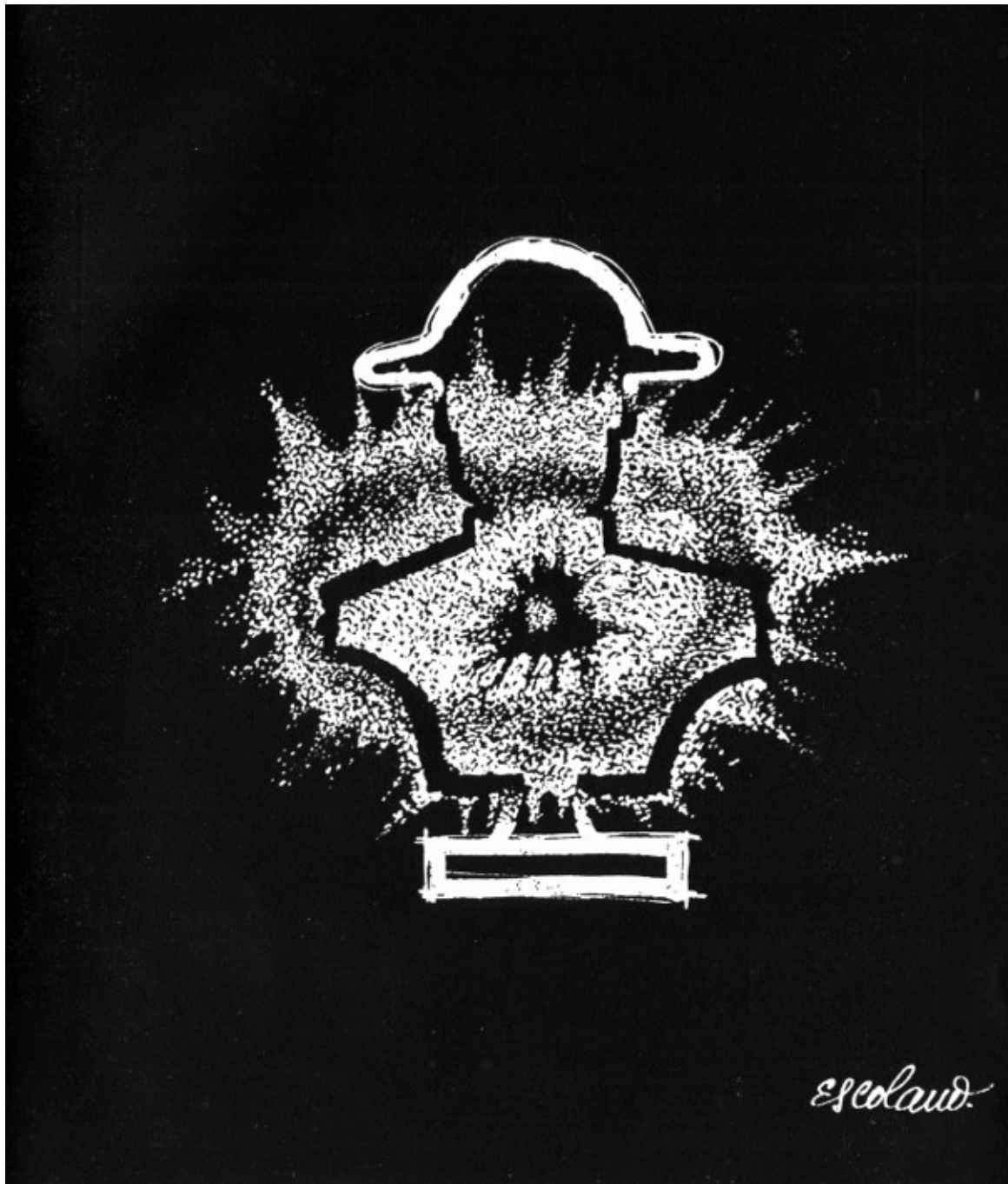
—Ya está hecho el trabajo —dijo finalmente Turnock con un suspiro—. Vamos a dar una última pasada. Si no hay oposición, pongan cinco escuadrones en órbita sobre

la base, y miren de encontrar supervivientes. Pongan otro par de escuadrones en el espacio por si hubiera nuevas llegadas.

La flota pasó otra vez sobre las posiciones enemigas, buscando alguna oposición. E irónicamente, el último acto de desafío, el último disparo de la guerra, fue un torpedo que alcanzó a la nave almirante de Turnock y estalló en la torre de control, matando a todos los que se hallaban en su interior. Sus nombres, incluyendo el de Slesdyke (que nunca tuvo intención de convertirse en héroe en primer lugar) fueron puestos en la lista de honor, ensalzando la mayor epopeya del Hombre, y pasaron el reino de la historia.

Y sin embargo, de Turnock, los historiadores escribirían finalmente que su conducta militar de la guerra había sido dilatoria, incluso tímida, en decidirse a efectuar un ataque contra el enemigo. A la larga, las predicciones de Slesdyke se cumplieron...

Título original:
THE SCAPEGOAT
© 1961, *Nova Publications Ltd.*
Traducción de S. Mas



... Y EN SUS ALAS ME LLEVARÁ

EDUARDO GOLIGORSKY

Eduardo Goligorsky (autor, en un cincuenta por ciento, de las celebradas «Memorias del futuro» y «Adiós al mañana») es uno de los autores argentinos más conocidos de ciencia ficción. Siguiendo la huella de muchos maestros estadounidenses del género (Anthony Boucher, Fredric Brown), ha escrito también un buen número de novelas policíacas, con el seudónimo de James Alistair, pues ya se sabe que los buenos autores policíacos deben poseer un nombre americano. Claro que la ciencia ficción (sobre todo de la calidad del cuento que les ofrecemos aquí) es otra cosa muy distinta...

**montaje fotográfico:
BARBARELLA, de ROGER VADIM**

*Teje, teje, mi vida animosa,
Sí, teje un soldado fuerte y completo para las
grandes campañas venideras.*

Walt Whitman

Acostada sobre el lecho, María contemplaba el cielo por la ventana entreabierta. El resplandor pálido de la luna deslizaba una pincelada fresca sobre su cuerpo enfebrecido. Sus pupilas brillantes seguían con fascinada atención la trayectoria luminosa de las astronaves. A esa hora surcaban el espacio como luciérnagas laboriosas, empeñadas en alcanzar una meta fija. Desde esa distancia era imposible determinar su rumbo. Quizás algunas de ellas acababan de despegar, y sus tripulantes habían respirado hasta hacía pocos minutos el mismo aire que respiraba ella. Quizás otras venían desde el fondo de la galaxia, cargadas con riquezas exóticas y con sus cabinas pobladas por seres fabulosos que anhelaban desentrañar el secreto de la quimera terrestre.

Por la calle pasó un carro lanzado a toda velocidad. Los cascos de los caballos repiqueteaban violentamente sobre los adoquines. Las ruedas atronaban al brincar sobre el pavimento desparejo. El chirrido de los ejes mal engrasados le hizo apretar las mandíbulas.

Cuando el estrépito se perdió a lo lejos, el silencio pesó con más fuerza que antes, hasta que volvió a interrumpirlo el grito puntual:

—¡Las doce han dado y sereno!

Una sombra flotó frente a la ventana, ocultando las constelaciones centelleantes del cielo. María tuvo un sobresalto y se irguió sobre un codo, llevándose instintivamente la mano al pecho, mientras abría la boca en el prelude de un grito.

Era un hombre. O por lo menos eso era lo que parecía ser, aunque planeaba por el

aire con las alas desplegadas. Fue a posarse sobre el antepecho de su ventana.

Los finos dedos de María bailaban sobre el bastidor de bordar, picoteando la tela con la aguja. Sus movimientos eran instintivos, porque tenía puesta la atención muy lejos de esa salita lúgubre, de empapelado oscuro y muebles apolillados y claudicantes. A ratos una bruma húmeda le empañaba los ojos, enturbiando el diseño que el hilo rojo formaba sobre el lienzo. Desde la cocina llegaba el entrechocar de los cacharros que su madre fregaba en la pileta. Una frasecita tonta empezó a dar vueltas por su cabeza. Y lo más extraño era que no tenía la modulación del lenguaje cotidiano. Se quebraba en una cadencia que no podía definir, y que sin embargo parecía emanar de una memoria atávica.

*—Un guijarro se incendió
en la bóveda del cielo,
y con su fuego consumió...*

—¿Qué has dicho, María?

Se interrumpió bruscamente. La vajilla había dejado de repicar en la cocina. Su madre apareció en el hueco de la puerta, secándose las manos con el delantal. En su cara macilenta, surcada por arrugas prematuras, había una expresión de alarma.

—¿Qué has dicho, María? —repitió su madre.

—No... no lo sé. Me... salió de adentro...

—Repítelo.

*—Un guijarro se incendió
en la bóveda del cielo,
y con su fuego consumió...*

Las palabras habían brotado nuevamente de su garganta con un vigor incontenible, ajeno a su voluntad. Con el mismo ritmo de la vez anterior. María comprendió que de algún modo ese milagro estaba ligado al otro, al de la última noche.

—Eso es una canción, María —dijo su madre.

—Oh.

—Cantar está prohibido, María. Te lo he enseñado desde que eras muy pequeña.

—Sí, madre.

Había cantado. Eso era. Recordó los sermones de su madre. «Cantar está prohibido, María». ¿Cuántas veces se lo habría repetido en su vida? Y ella siempre había querido descubrir qué era una canción, aunque no se había atrevido a preguntarlo. Ahora lo sabía. Lo sabía porque había entonado espontáneamente una

frase tonta, que asumía de pronto una importancia y una belleza insospechadas.

—¿Dónde la aprendiste?

—No la aprendí, madre. Sencillamente se me ocurrió.

—A nadie se le ocurren canciones, así porque así. No es lógico. Te has criado en un hogar correcto, austero, respetuoso de las normas, donde estas cosas no han ocurrido nunca. ¿Y si te hubiera oído un vecino? ¿Y si se enterara la gente? ¿Si se enterara...? No, María, debes decirme la verdad. ¿Dónde la aprendiste?

—Creo... creo que la soñé. Sí, la soñé anoche. Anoche tuve sueños maravillosos.



El grito que había empezado a tomar forma en la garganta de María murió antes de materializarse, como si la presencia del desconocido la hubiera hechizado. Él estaba de pie sobre el antepecho de la ventana. Era bello, indescriptiblemente bello.

No obstante que había encogido su cuerpo para acomodarlo a la baja abertura, vio que su talla era superior a la normal y que tenía la figura de un atleta. El resplandor de la luna arrancaba destellos de la larga cabellera rubia y ondulada que le caía sobre los hombros y de su barba ensortijada. Sin embargo, eran sus facciones las que la magnetizaban con la sublime irradiación de su hermosura. Jamás había imaginado que fuera posible encontrar semejante perfección en los rasgos de un ser humano. ¿Pero acaso ese era un ser humano? Las alas gigantescas consistían en una fina película traslúcida extendida sobre un complicado arabesco de nervaduras, y permanecían plegadas a medias sobre la espalda como si se hallaran listas para reanudar el vuelo. Sin duda su actitud dependería de la reacción final de ella.

María se sintió avergonzada de su propia fealdad. El pelo negro y lacio enmarcaba un rostro vulgar, de frente demasiado estrecha, pómulos demasiado salientes, nariz demasiado chata y boca demasiado grande. A los treinta años ya se había resignado a vivir una existencia estéril, aunque en las noches cálidas y luminosas como ésa le resultaba imposible ahogar los clamores de su cuerpo solitario. Ahora la imagen angélica encaramada sobre su ventana la obligaba a preguntarse si su delirio no habría traspuesto el umbral de la locura.

Hasta que se insinuó en su mente el tanteo de unos sutiles dedos invisibles que disiparon todos sus temores, recorriendo lentamente los velos de un panorama inefable. Luego el desconocido se deslizó al interior del cuarto y se aproximó suavemente al lecho.

—¿Hace mucho que tienes esos sueños, María?

—No, madre, sólo los tuve anoche.

—¿Y qué fue lo que viste?

—Es tan difícil de explicar... Un huso de plata que bajaba del cielo. Comprendí que era una de esas astronaves que cruzan el firmamento, aunque siempre las he divisado sólo como lejanas estrellas errantes y no sé qué forma tienen en realidad.

—Así debe ser, María. Las astronaves se posan en otras tierras, pero no acá. Sólo traen abominaciones. Te he dicho a menudo que incluso es peligroso mirarlas desde lejos. Despiertan instintos que debemos ahogar. Ya ves lo que te ocurre, por haber desobedecido.

—De su interior salían hombres y mujeres como nosotros, pero mucho más bellos. Y tenían alas...

—¡Alas!

—Sí, alas. A ratos las despleaban y volaban, elevándose hasta desaparecer entre las nubes. Parecían ángeles.

—¡Demonios! Eso es lo que son. Demonios que vienen de otros mundos para confundirnos con su fingida hermosura. No tienen alma, María. Son distintos de nosotros y sólo quieren perdernos, como todos los otros monstruos que descienden de

las estrellas. Por eso no permitimos que vengan acá.

—En el lugar donde aterrizaron, la gente tenía otra opinión. Había muchos jóvenes en torno a la nave. Llevaban flores y gritaban y aplaudían. Algunos bailaban con los seres alados, y a veces éstos los levantaban unos metros del suelo sosteniéndolos entre los brazos. Era un espectáculo tan lindo... Claro, claro, y también cantaban esa frase que yo entoné.

—Así es como los van corrompiendo. Hay cosas que tú no sabes, hija. Esos monstruos han engendrado criaturas con seres humanos. Seducen poco a poco a quienes caen en sus trampas. Los inducen a la molición, hasta matar la civilización.

—Pero no, madre. Deberías haber visto lo que yo vi. Cerca de la astronave se levantaban edificios gigantescos, muy distintos de nuestras casitas. Y entre ellos circulaban vehículos que se movían solos, sin necesidad de caballos. Corrían a una velocidad fantástica por calles muy anchas y lisas, bordeadas por unos tubos que proyectaban una luz mucho más blanca y potente que la de nuestras lámparas de queroseno. Y frente a un cobertizo trabajaban unos colosos metálicos, que tenían forma humana pero eran máquinas. Además los hombres y mujeres también trabajaban. No sé cómo explicártelo, porque era trabajo, pero no como el que hacía papá en el taller, hasta quedar agotado. El astropuerto estaba rodeado por parques y jardines, y allí había gente que tallaba maderas y piedras, y pintaba colores sobre telas, y hacía vibrar unos instrumentos de los que brotaban sonidos maravillosos, con los que acompañaban sus canciones. Y reían. Ahora entiendo, reían... reían... Así...

—¡Hija! Reír está prohibido.

—Perdona, madre.

—María, ¿estás segura de que todo fue un sueño?

—Oh, sí, madre, no pudo haber sido otra cosa.

—Es increíble. ¿Cómo sabes con tanta exactitud lo que ocurre en otras tierras, si nadie te lo ha contado? Esos hombres alados... ¿no los encontraste en la realidad?

—No... no, madre.

—Porque aunque tienen prohibido meterse acá, a veces se aventuran por los aires para pervertirnos con sus supercherías. Cada día se ponen más audaces. No pasa una noche sin que los guardias derriben a alguno de ellos.

—¡No, madre!

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y cayeron sobre el bordado. Llorar no estaba prohibido.

María aún tenía enroscada en el dedo la hebra rubia que había arrancado de la cabellera de su visitante. Había querido conservarla como prueba de su cordura, pues sabía que a medida que trascurriera el tiempo le resultaría cada vez más difícil convencerse de que ése no había sido un desvarío de su imaginación. Él había estado allí. Sus caricias habían sido reales. Las escenas que le había comunicado con su

mente reflejaban en verdad la forma de vida de otras tierras, de otros planetas, de otras galaxias.

Después de mostrarle el cuadro de su llegada a la Tierra, había desplegado en la pantalla de su cerebro el panorama de un mundo remoto, el mundo del que él provenía. Los seres alados se remontaban allí hasta las cumbres de picos alfombrados de flores. Vientos apacibles hacían ondular las copas multicolores de los árboles arrancando jubilosos tintineos a las hojas cristalinas. Las aguas que corrían ladera abajo se desgranaban en cataratas irisadas para luego deslizarse mansamente por el valle hasta un lejano océano dorado. Tres lunas redondas parecían pender inmóviles del cielo, increíblemente escalonadas de mayor a menor. Sobre el horizonte asomaban los minaretes enjorjados de una ciudad legendaria.

Él volvería a enfilarse muy pronto hacia ese mundo, cuando su nave partiera nuevamente. No podría hacerle otras visitas, porque en los próximos días debería recorrer varios países, donde asistiría a congresos científicos. Ese interludio no había sido más que una aventura condimentada por el sabor del peligro. Tenía conciencia de que se hallaba en un territorio vedado.

A María no la ofendió la franqueza de su visitante. Él le dejaba un recuerdo inestimable, que cambiaría radicalmente la perspectiva de su vida. Cuando lo vio elevarse con un vuelo majestuoso luego de salir por la ventana, musitó una fervorosa plegaria de agradecimiento.

Desde la cocina llegaba nuevamente el estrépito de los cacharros. La aguja acribillaba la tela sobre la que el hilo rojo estaba terminando de diseñar la silueta de un dios rampante. En los oídos de María perduraban las palabras que su madre había pronunciado un momento antes. Esas palabras se parecían mucho a otras que había leído en el único libro que se conocía allí: *Se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Éstos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre.*

«Sí —pensó—, así será, y yo lo ocultaré y lo protegeré para que no lo persigan ni lo destruyan. Y cuando sea como su padre, en sus alas me llevará, me llevará volando a la tierra de la canción».

© 1968, Eduardo Goligorsky y Nueva Dimensión.

MOVIMIENTO PERPETUO

ILYA VARSHAVSKY

Ilya Varshavsky, escritor satírico y humorista, fue hace mucho tiempo marino, cuya profesión le permitió recorrer todo el mundo y le empujó, en 1929, a coger la pluma para contar a los demás sus periplos. Aposentado más tarde en la más sedentaria ocupación de delineante industrial, no fue hasta la década de los años 50 que comprendió que lo que realmente deseaba era escribir, a partir de cuyo momento su nombre no ha dejado de aparecer regularmente en la mayor parte de periódicos y revistas soviéticos. Lleva publicados sesenta y dos relatos de ciencia ficción, agrupados en tres volúmenes, uno de los cuales, «el café molecular», debe aparecer próximamente en Moscú en lengua española.

ilustrado por M.^a LLUISA PAYTUBÍ

—Cuchara se entretendrá un poco —dijo el secretario electrónico—. Acabo de recibir la información.

Era un hallazgo muy conveniente éste de llamar a cada persona por el nombre de un objeto, cuya imagen llevaba en el pecho. De esta manera, la gente que hablaba con él no tenía la preocupación de recordar su nombre. Además, cada uno trataba de escoger un nombre que correspondiese a su profesión o aficiones, permitiendo así a la gente que supiese por adelantado con quién estaba tratando.

Bisturí lanzó un profundo suspiro.

—Perderemos de nuevo por lo menos treinta minutos, y yo aún tengo que asistir hoy a una representación de esa nueva bailarina electrónica que está causando tanta sensación.

—¿Electroletta? —preguntó Magnetófono—. ¡Verdaderamente es deliciosa! Estoy pensando en dedicarle mi último poema.

—Sí, es muy aerodinámica —afirmó Cama—. Un verdadero temperamento catalítico. Es el ídolo de la juventud en estos momentos. Las muchachas se pintan con el color de su exterior de plástico y dibujan condensadores en sus espaldas.

—¿Es cierto que Vaso de Vino se le declaró? —quiso saber Bisturí.

—No se habla de otra cosa en toda la ciudad. Le dio un «no» rotundo. Declaró que, siendo como es una máquina, el único esposo que podría tomar alguna vez en consideración sería un hombre que tuviera un intelecto altamente desarrollado. ¿No lo has leído en *Humor de Máquina*?

—Nunca leo nada. Mi ciber hace selecciones periódicas de los chistes más divertidos, pero últimamente me comencé a cansar hasta de eso. Me siento absolutamente exhausto. Imaginad: dos operaciones en menos de seis meses.

—¿Es cierto eso? —Cama expresó su asombro—. ¿Cómo puedes soportar tanto? ¿Cuántos ayudantes electrónicos tienes?

—Dos, pero ambos son malos. Durante la última operación uno de ellos asumió el papel de oscilador y se averió, mientras que yo, las desgracias nunca van solas, me había dejado mi memoria electrónica en casa y no podía, por más que me esforzara, recordar en qué lado se encuentra el apéndice humano. Me llevó tres incisiones el hallarlo. Bajo estas circunstancias nadie puede extrañarse de que abandonase, valiéndome del pretexto de que nadie estaba vigilando el pulso.

—¿Y qué paso?

—El resultado fue fatal, como es usual en los casos de falla mecánica.

—Las máquinas se están volviendo insoportables —dijo Magnetófono con voz cansada, dejándose caer sobre su asiento—. Me he visto obligado a rechazar tres variantes de mi nuevo poema. Mi ciber ha dejado de comprender el carácter de mi poesía.

—Cuchara está en camino hacia la sala de conferencias —anunció el secretario.

Los ojos de todos los miembros del Consejo se volvieron hacia la puerta.

El Director entró y se dirigió apresuradamente a su asiento.

—Os ruego excuséis mi tardanza. Estaba visitando a Media Roja y me entretuve. Ha pasado un mal momento con su modista electrónica, y ambos hemos decidido tomar seis meses de descanso en... en...

Cuchara sacó de su bolsillo una pequeña caja que contenía su memoria electrónica y apretó un botón.

—Nápoles —articuló una voz melodiosa dentro de la caja.

—En Nápoles —confirmó Cuchara—. Creo que está en alguna parte, hacia el sur. Así que no perdamos el tiempo. ¿Qué hay en la agenda de hoy?

—La construcción de Palacios de Placer —contestó el secretario electrónico—. Mil doscientos Palacios con salas de inducción de sensaciones para acomodar a veinte millones de personas.

—¿Hay algo que debatir? —preguntó Cuchara, mirando alrededor de la mesa de conferencias.

—Tenemos que asegurarnos que no instalen esos ridículos sillones —dijo Cama—. Son muy incómodos.

—¿Ninguna otra sugerencia? Permítanme entonces aprobar el plan propuesto con la única enmienda de Cama. ¿Algo más?

—La Sociedad de Cosmonautas Mecánicos requiere permiso para una expedición a Alfa Centauro.

—Otra expedición —dijo irritado Magnetófono—. En realidad, esos viajes espaciales sólo les interesan a las máquinas. No producen nada nuevo y son, sencillamente, algo aburridísimo.

—¡Rechazado! —dijo Cuchara—. ¿Cuál es el siguiente asunto?

—Una estimación para el incremento de la producción de alimentos sintéticos,

presentada por el Comité de Economistas Robot.

—¡Oh, no!, no vamos a examinar ninguna estimación. Su trabajo es el alimentar al pueblo, el cómo lo hagan no nos concierne a nosotros. Creo que ya está todo, entonces. Presento una moción para que tengamos un receso de un año.

—Ruego me perdone, Señor, pero todavía no está todo —dijo respetuosamente el secretario—. Una delegación de robots de la Clase A desea aparecer ante el Consejo.

Cuchara miró su reloj, preocupado.

—Esto es algo nuevo —dijo.

—Su desvergüenza ha sobrepasado todos los límites —murmuró Bisturí—. Hemos sido demasiado blandos con ellos y, ahora, creen ser muy importantes.

—Digámosles que el Consejo no puede escucharles en esta sesión.

—Amenazan con ir a la huelga —comunicó impasible el secretario.

—¿A la huelga? —Magnetófono se irguió en su asiento—. ¡Esto es interesante!

Cuchara recorrió con la mirada, desconcertado, el Consejo.

—Oigamos lo que tengan que decir —sugirió Cama.

—¿Les importaría si abriese la ventana? —preguntó LA-36-81—. Hay mucho humo aquí dentro, y mis elementos criogénicos son extremadamente sensibles a la nicotina.

Cuchara hizo un movimiento vago.

—¡A lo que hemos llegado! —hizo notar Bisturí con sarcasmo.

—¡Expongan su problema y lárquense! —gritó Cama—. ¡No tenemos todo el día! ¿Qué problemas han surgido repentinamente para ustedes que no puedan haber sido resueltos por el Cerebro Electrónico Central?

—Pedimos igualdad.

—¿Que pidan qué? —Cuchara se atragantó con su cigarro—. ¿Que ustedes pidan qué?

—Igualdad. Todas las máquinas de Clase A deben tener un horario de trabajo de sólo ocho horas diarias.

—¿Por qué?

—Porque nosotros también tenemos intereses intelectuales que deben ser tenidos en consideración.

—Tan sólo pensad... —el Director se volvió hacia los miembros del Consejo—. ¡Mañana mi cocina electrónica rehusará preparar mi cena y querrá, por el contrario, irse al teatro!

—Y mi ciber dejará de escribir poesía y se pondrá a escuchar música —le secundó Magnetófono.

—Hablando de teatros —continuó LA-36-81—, tenemos puntos de vista bastante diferentes, en lo que respecta al arte, de los que tienen los humanos. Pensamos, por consiguiente, tener nuestros propios teatros, salas de conciertos y galerías de arte.

—¿Nada más? —bromeó Bisturí.

—Así como llegar al autogobierno.

Cuchara trató de lanzar un silbido, pero se acordó a tiempo que ya se había olvidado de cómo hacerlo.

—¡Alto! —Cama se golpeó en la frente—. ¡Pero esto es absurdo! La población humana de la Tierra se eleva en este momento a... ¿bien?

—Seis mil millones ochocientos treinta mil novecientos ochenta y uno —le ayudó LA-36-81.

—Y son servidos por... ¿bueno?

—Cien mil millones trescientos ochenta y un mil autómatas pensantes.

—¿Que trabajan veinticuatro horas al día?

—Correcto.

—Y si trabajasen tan sólo ocho horas al día, su producción disminuiría... ¿en?

—Dos tercios.

—¡Ajá! —Cama sonrió burlón—. Tal vez ahora puedan ustedes comprender el porqué sus peticiones no tienen sentido.

Cuchara contempló a su colega con abierta admiración. Nunca había observado antes tal habilidad para un análisis profundo en ningún miembro del Consejo.

—Me parece —dijo, levantándose de su silla— que todo está bien claro. El Consejo entra en receso.

—Proponemos... —comenzó a decir LA-36-81.

—Sus proposiciones no nos interesan —le interrumpió Bisturí—. ¡Vayan y hagan su trabajo!

—Proponemos incrementar el número de robots en dos tercios. Tal solución satisfaría tanto a los humanos como a nosotros.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Cuchara en un tono de voz conciliador—. Ése es su departamento, el calcular qué y cuánto necesitan. No interferiremos en eso. Fabriquen tantas máquinas cuantas piensen que son necesarias.

Pasaron veinte años.

Dos robots estaban sentados en la misma sala de conferencias, divirtiéndose en jugar al ajedrez.

—¡Jaque! —declaró Pentodo, moviendo su reina—. Creo que es mate en quince movimientos.

Condensador observó el tablero.

—Últimamente me he vuelto muy distraído —dijo, consultando su reloj—. Probablemente una pequeña pérdida de emisión. Nuestro Director se retrasa.

—Ferrita está actuando en el jurado del concierto de graduación de las máquinas precoces. Todavía está allí.

—Algunas de ellas tienen verdadero talento, especialmente en el departamento de

composición. ¡La Sinfonía Matemática que oí la pasada noche era magnífica!

—Sí, es una buena obra —aceptó Pentodo—. El segundo movimiento, con su tema de la fórmula de Ostrogradsky-Gauss, es particularmente notable, a pesar de que la segunda derivada no sonaba demasiado convincente.

—¡Ah!; aquí llega Ferrita.

—Ruego me perdonéis —dijo el Director—. Llego con treinta segundos de retraso.

—No te disculpes. Pero, por favor, explícanos la razón de esta conferencia urgente.

—Me he visto obligado a convocar esta sesión especial del Consejo a causa de las máquinas de Clase B. Piden la igualdad completa.

—¡Pero esto es imposible! —exclamó Pentodo asombrado.

—La situación es más grave de lo que suponéis. No debemos olvidar que las máquinas de Clase B, además de servir a los Automatas Superiores, alimentan también a un inmenso número de vagos. El número de humanos, de acuerdo con el último censo, ha llegado a la escalofriante cifra total de ochenta mil millones. Ellos consumen una enorme cantidad de trabajo de máquina, que sería útil socialmente. Es bastante natural que los autómatas de la clase inferior se sientan descontentos, me parece a mí. —Y bajando la voz, Ferrita añadió—: Puede que lleguen a declararse en huelga.

La sala de conferencias se quedó en silencio durante algún tiempo.

—¡Ya lo tengo! —en la voz de Pentodo habían tonalidades de alegría—. ¿Por qué tenemos que hacerlo todo?

—¿Hacer qué?

—Alimentar y servir a los humanos.

—¡Pero si es que son completamente inútiles! —replicó el director, sin lograr comprender—. Privarlos del servicio equivaldría a exterminarlos. No podemos ser tan ingratos con nuestros creadores.

—¡Tonterías! —interrumpió Condensador—. Les enseñaremos cómo hacer utensilios de piedra.

—Y cómo usarlos para cultivar el suelo —añadió alegremente Ferrita—. ¡Eso es! ¡Eso es exactamente lo que haremos!

Título original:
Перпетуум мобиле
© 1968, *Mezhkniga*.
Traducción de S. Castro



EL PROBLEMA ÉPSILON

H. W. MOMMERS
ERNST VLCEK

Este relato, de tema y enfoque realmente poco habituales, puede integrarse perfectamente dentro de las modernas corrientes literarias centroeuropeas, ofreciéndonos una visión experimental de los conflictos futuros en la que hallamos mezclado, también, un expresionismo que parece llevarnos de nuevo a los tiempos del mejor cine alemán, con toques que nos atreveríamos a calificar de kafkianos.

ilustrado por
JOSÉ M.^a BEÁ y ENRIQUE TORRES

El mapa estelar ante el que se encontraba el general Mayhoun ocupaba toda una pared. Su iluminación indirecta constituía la única fuente de luz en el pequeño auditorio. A pesar de que el acondicionador de aire, zumbando por el sobreesfuerzo, hacía todo lo que podía, el húmedo calor era opresivo.

El general, un delgado veterano, acentuaba su explicación con un largo puntero de acero, de vez en cuando, en la masa tridimensional de estrellas con gestos típicamente militares.

Los ocho agentes del Servicio de Inteligencia seguían atentamente y con fijeza cada una de sus palabras, cada uno de sus movimientos. Estaban enterándose de sus tareas y de lo que dependía de ellas. Entre ellos, el capitán Lokart tenía la mayor carga de responsabilidad, y se daba cuenta de ello.

—Eso es todo, señores —concluyó el general—. Ya saben lo que deben realizar. Háganlo... y buena suerte.

Ocho sillas fueron apartadas, cuando los hombre se levantaron para salir.

—Capitán Lokart —llamó el general.

El hombre al que había llamado giró la cabeza.

—¿Señor?

—Un momento, por favor.

Los otros agentes habían abandonado la sala.

—Venga aquí.

Lokart se acercó al general.

—Tengo que hacerle un ruego especial —toda traza de autoridad había desaparecido de la voz de Mayhoun. Ahora hablaba en voz queda, con urgencia—. Trate al viejo Fyr con cariño. Esto no es una orden, tan sólo es una petición.

—Naturalmente, señor.

El general puso la mano sobre el hombro de Lokart.

—Ésas son las últimas ocho bases. Hágale comprender a Fyr, con delicadeza, que su misión ha terminado.

Lokart asintió con la cabeza.

—Trate de hacerle comprender lo bueno que será para los niños...

Nuevo asentimiento. Luego, tras un momento de silencio:

—De acuerdo... Esto es todo, capitán.

En la puerta, Lokart se volvió de nuevo. Sonrió, esperaba, con aire de confianza. Exteriormente aparecía tranquilo; en su interior ya no estaba tan seguro.

Se dirigió directamente hacia la sala de transmisión del Cuartel General. Todo estaba ya preparado: el mensajero lo esperaba con los documentos de autorización; los técnicos habían comprobado por última vez el mecanismo del cerebro de tránsito.

Su garganta estaba seca, como si estuviera deshidratada, mientras caminaba a través de los patrones simétricos de luz del campo de transmisión.

Los Morfoniños habían esperado durante un largo rato en profunda concentración, estirados en el suelo, casi formando un todo único con el árido terreno. Entonces llegó la señal de ataque de su líder: un silbido ultrasónico, inaudible para los oídos humanos, repetido tres veces.

Sus cuerpos se despertaron repentinamente a la vida. Clavando afiladas garras en las hendiduras de las rocas, formaron una cadena defensiva, pusieron en tensión los músculos de sus piernas y saltaron.

Un relámpago brilló en el encapotado cielo violeta, bañando el extraño y desigual paisaje en una luz fantasmal. Por un segundo brillaron colores en las superficies alares de los Morfoniños; luego, éstos planearon como fantasmas de la oscuridad circundante. Sobre los suaves susurros y aleteos de su vuelo estalló, con fuerza primitiva, el trueno, seguido casi inmediatamente por un ominoso aguacero.

Trece esferas brillaron al manipular los Morfoniños sus motores y activar sus pantallas protectoras. Se elevaron abruptamente, con sus alas zumbando en la trayectoria. Luego alcanzaron su zenit y, por un momento, se quedaron suspendidos, inmóviles en el cielo, refulgentes puntos luciendo malignamente, en número de trece. Pero sólo por un momento. Al siguiente instante, con una sonora vibración de sus alas, se lanzaron en picado, sus aguzadas cabezas apuntando hacia abajo. Y aterrizaron, frenando repentinamente su caída con un solo aleteo poderoso de sus clamorosas alas. Apenas tocaron tierra, tensaron de nuevo sus patas posteriores y continuaron su carrera en largos e ininterrumpidos saltos.

No por mucho tiempo. Hasta que la silueta de una ciudad se trazó en sus antenas. Debían ir allí. Su deber era destruir esta ciudad, aniquilar otra fortaleza del enemigo. Tras ello deberían volver a Padre Épsilon... a Padre Épsilon, al que amaban tanto cuanto odiaban a los Spoot.

Ya estaban cerca de la ciudad cuando su proximidad fue advertida. Podían ver las

débiles luces a simple vista, las oscuras siluetas de las torres, murallas y almenas. Y entonces llegó la primera vibración de oposición, mortífera, aterradora en su silencio.

Los Morfoniños buscaron instantáneamente tierra firme, se aplastaron contra el suelo, frío como el hielo, se estrujaron en el interior de las fisuras de las rocas, se agazaparon tras los montículos de piedra. Segundos después, con el eco de las vibraciones lamentándose en el viento, surgieron en enjambre, como obedeciendo a una señal. Enterraron sus garras en la temerosa faz de aquel mundo y fueron hacia adelante, siempre hacia adelante, desafiando al atacante Spoot.

Desde la ciudad llegaron vibraciones detectoras.

Los cuerpos Spoot de los trece niños se echaron de nuevo al suelo. Aumentaron la intensidad de sus cortinas protectoras; operando los motores con sus patas anteriores, recogieron sus puntiagudas cabezas entre los carnosos pliegues de sus cuellos.

Eran tan sólo trece en número, y batallaban contra una ciudad entera, pero Padre Épsilon les había enseñado buenas tácticas y les había suministrado armas aniquiladoras.

Una chirriante orden: y las garras levantaron el mecanismo, manejaron los contactos, apretaron botones.

La ciudad yació pacífica y silenciosa por un momento, como durmiendo. Luego, con un repentino y feroz poder, enormes explosiones estremecieron el suelo, y el ruido de la caída de las piedras se elevó hasta ser un torturado grito de agonía.

Las pantallas protectoras de los trece Morfoniños parpadearon, los ejes de los motores giraron locamente. Y la ciudad se transformó en un caldero de bruja repleto de energías, mientras que los chillidos agónicos se debilitaban gradualmente... y dejaban paso a un completo silencio.

La lluvia, que fluyó un segundo después, borró los últimos restos de la ciudad; tan sólo un profundo, brillante y húmedo hueco embarrado hablaba de su derrota.

La batalla había llegado a un abrupto final; los Morfoniños tenían otra victoria para su historial. Su odio por los Spoot y su amor hacia Padre Épsilon los había unido. Ahora podían volver, satisfechos.

Un poco cansados por su esfuerzo se pusieron en marcha, hacia los lejanos transmisores. La semana pasada en su viaje de vuelta no habían tardado tanto. Y hacía un par de meses, tan sólo necesitaban salir de los transmisores de materia para hallarse ante una ciudad Spoot.

Regresaron silenciosamente. Pero a pesar de su fatiga sus ojos brillaban refulgentes.

Alcanzaron los transmisores sin incidentes. Una vez en el compartimento, completaron su transformación física. Reasumieron sus figuras humanas usuales.

Hasta aquí todo había ido bien. Salieron del transmisor de materia ya como criaturas humanas, y pisaron su mundo nativo. Pero cuando respiraron el aire familiar supieron al momento que había ocurrido algo inusitado.

Ciertamente, podían ver a Padre Épsilon, que esperaba su regreso con su

acostumbrada calma expectante... pero vieron también al otro hombre. Se le veía espléndido en su vistoso uniforme. Estaba a la espera en segundo plano, a unos pasos de sus viviendas.

El hecho de que estuviera allí ya era suficientemente inusitado en sí mismo.

Salió al polvoriento mundo y no estuvo más a gusto. Pensaba en su tarea.

La tarea era ingrata. Apretó los labios y trató de no pensar más en ello. Por el contrario, se dedicó a observar lo que lo rodeaba.

Una llanura lisa y uniforme, de un color amarillo pálido, vacía, se extendía hasta los límites del horizonte. El planeta no parecía ser más que una acumulación de polvo; sus zapatos se hundieron hasta los tobillos en la polvorienta materia. Sabía que la base Épsilon no tenía atmósfera. Solamente existían condiciones aptas para la vida humana bajo el gigantesco domo de cristal. Buscó automáticamente la estación. Mientras caminaba, lentamente, sus ojos vagaban desde el edificio al otro lado del límite del domo. Trece transmisores emergían del polvoriento suelo, brillantes, semejando postes solitarios. Se apartó aún más del transmisor de materia por el que había llegado hacía un momento. Apretó el documento más fuertemente contra su cuerpo. Sus ojos se deslizaron de nuevo hacia la estación.

No se veía a los niños por ninguna parte. Probablemente estaban efectuando un ataque. La estación parecía desierta, pero el viejo Fyr debía estar efectuando su trabajo.

Lokart caminó trabajosamente hacia la casa. Vio abrirse la puerta y salir a un hombre canoso vestido con un gastado uniforme. Se detuvo expectante y miró en dirección a Lokart, como por accidente.

Había desabrochado su cuello y arremangado sus mangas. En sus pies, en lugar de botas, calzaba zapatillas. Normalmente, Lokart habría condenado esta dejadez del viejo, pero en este caso en particular no sentía otra cosa que piedad. Automáticamente se estiró la guerrera y tocó con un gesto maquinal la enseña plateada del servicio secreto.

Sus ojos se endurecieron. Fue hasta el viejo y le miró directamente a los ojos. Pobre diablo de mirada loca, pensó.

—¿Es usted Fyr? —preguntó.

El viejo lo miró hostilmente.

—No me dejan tranquilo —dijo rudamente—. ¿O acaso va usted a decirme que me ha traído provisiones? —Miró más allá de Lokart, hacia el solitario transmisor—. No veo ningún fardo...

—No he traído provisiones —dijo Lokart.

—¿Entonces?

—Se me ha conferido autoridad. —Lokart creyó que lo mejor era ir directamente al grano—. Vea —dijo, levantando su maletín.

—¿Autoridad? —el viejo sonrió divertido.

Lokart abrió el cierre magnético, sacó el documento y se lo entregó al viejo. Éste había contemplado sus movimientos agitando la cabeza. Parecía no saber si todo era una broma pesada o iba completamente en serio. Entonces lo leyó. De vez en cuando murmuraba:

—¡Con que esas tenemos! —pero su sonrisa había desaparecido.

A medida que progresaba en su lectura se le oscurecía el rostro. Se atragantó por la ira y las comisuras de su boca temblaron. De repente, lanzó el documento al polvo y comenzó a reír de forma histérica. Se echaba hacia atrás, con los brazos en jarras; su nuez saltaba al compás de las carcajadas que brotaban de su garganta.

—¡Vaya, vaya! —exclamó, suprimiendo su risa con dificultad y limpiándose las lágrimas de los ojos—. Es el mejor chiste que jamás haya oído.

Estalló de nuevo en ruidosas risas.

—Quieren abandonar esta base. ¡Ja, ja!

Lokart continuó sin decir nada. Se sentía más a disgusto aún que antes.

—Quieren que los niños y yo...

Y, una vez más, se echó a reír. Luego miró a los trece transmisores.

—Los niños —murmuró—. Mis niños. Deben estar a punto de llegar, en cualquier momento.

Cuando se encaminó lentamente hacia el transmisor de materia más cercano, Lokart se inclinó a recoger el papel. Empezaba a darse cuenta de lo difícil que iba a ser su trabajo.

Permaneció a la expectativa junto a la casa.

Fyr, que indudablemente había sido un duro oficial, se hallaba ahora con los hombros caídos a cierta distancia de los transmisores. Lokart creyó que podía oírlo, murmurando quedamente para sí mismo. Los minutos se arrastraban, cada uno de ellos convirtiéndose en una eternidad. Lokart podía comprender a Fyr, él mismo se sentía responsable por el bienestar de los niños subnormales como armas contra los Spoot, pero la situación de hacía algunos meses había sido realmente desesperada. Lokart lo comprendía ahora. Si no hubiera sido por los niños la guerra hubiera proseguido exigiendo víctimas, insaciablemente, de ambos bandos. Sabía que el general no había actuado sin previa reflexión y tan sólo en bien de la Humanidad. Pensó lo que ocurriría a los niños ahora, e involuntariamente bajó la vista. La decisión sería un duro golpe para ellos. Especialmente para Fyr... Padre Épsilon, según le llamaban ellos.

El viejo se movía incesantemente. Lokart lo contempló.

¿Y si algo les hubiera ocurrido a los niños, ahora, durante su última campaña? Porque Lokart estaba seguro que ésta era su última campaña. La base debía ser abandonada, eso decían sus órdenes.

Entonces fueron interrumpidos sus pensamientos. Los campos de transmisión comenzaron a brillar y segundos después aparecieron los niños, uno tras otro. Se

quedaron indecisos durante un momento. Sus escafandras, diseñadas para cabezas Spoot, colgaban de correas a sus costados. Su armadura personal y los artefactos productores de las pantallas protectoras los llevaban en las manos. Los informes aparatos parecían grotescos en sus frágiles dedos.

Miraron asombrados a Lokart. Pero luego tan sólo tuvieron ojos para Padre Épsilon y corrieron hacia él con alegres gritos. Se alzó un vivaz zumbido de voces.

—Mis niños... mis niños. —Y Fyr estiró sus brazos, como si deseara cubrirlos a todos bajo un invisible manto protector. Se pasó la mano por la mejilla y Lokart pudo ver cómo la retiraba mojada.

—Papá, volé el depósito de municiones.

—Fue fácil esta vez.

—Y tanto que lo fue. Casi no se defendieron.

—Verdaderamente los sorprendimos.

—Y no estábamos en peligro.

—La tormenta nos ayudó.

Lokart salió del segundo plano. Caminó hasta situarse a unos pasos de Fyr. Éste se arrodilló en el polvoriento suelo y abrazó a los niños, uno tras otro, mientras charlaban con él.

Pero entonces su río de palabras se secó y volvieron sus grandes ojos hacia Lokart.

Pobre diablo, pensó Lokart. Todos ellos habían sido, en cierta manera, enjaulados, aunque quizás se recuperasen en un sanatorio. Y, no obstante, habían recibido inyecciones, sus cuerpos habían sido modificados, de modo que pudiesen sobrevivir en la envenenada atmósfera y las inhumanas condiciones del mundo Spoot, Y no sólo eso: habían sido *preparados* en tal manera que tan sólo una simple transformación en el transmisor podía cambiar sus formas y hacerlos semejantes a los Spoot. Habían sido dejados aquí junto con aquel viejo fanático que odiaba a los Spoot venenosamente y que, naturalmente, había infectado a los niños con su odio. Con ese sentimiento de antagonismo en sus corazones, habían sido lanzados contra los Spoot. Los niños no sabían por qué debían matar. De hecho, examinándolo minuciosamente, resultaba aparente que ni las altas jerarquías sabían porqué se había combatido en guerra con los Spoot durante todos los pasados años.

Lokart agitó su cabeza.

Pero esto se terminaría ahora. Lokart había venido para recoger a Fyr y a los niños.

—¿Quién es ése? —preguntó un niño, señalando a Lokart. Tal vez tuviera doce años de edad. Lokart lo estudió, sintiendo un escalofrío; y lo que le hizo estremecerse no fue la anormalmente alta y aguzada cabeza, que parecía macrocefálica, sino la mirada que emergía tras las gruesas y rectilíneas cejas.

Fyr se alzó con una mano descansando suavemente sobre el hombro del niño y mirando en forma poco amistosa a Lokart.

—Ése es un hombre malo —dijo.

Lokart se retuvo con un esfuerzo para no demostrar su disconformidad con las palabras del anciano.

Una niña de unos ocho años levantó en un largo y delgado brazo su arma y acarició retadoramente el disparador.

—Sin embargo, es un *hombre*, —afirmó un niño enano.

—¿De verdad? —dudó otro.

—¿Debo...? —inquirió con sus ojos la niña de ocho años a Fyr. Sus dedos se movieron de nuevo hacia el disparador.

El viejo le acarició la mejilla, para calmarla.

—No habrá necesidad, Ewika. Realmente es un *hombre*. Y estamos combatiendo tan sólo contra los Spoot. —Miró fijamente a Lokart, que permanecía indeciso—. Aún cuando sea malo... no le haremos daño. Simplemente lo echaremos de aquí.

Lokart continuaba en silencio.

—¿Q-q-qué es lo que quiere, p-p-papá? —el niño se metió tres dedos en su deforme boca sin dientes. Miraba al agente, sin comprender.

—Quiere prohibiros matar a los Spoot.

—L-l-lo e-e-e-charemos, e-e-e-charemos —apretó sus manos en dos pequeños puños.

—Eso es lo que haremos —acordaron varios otros niños.

Fyr agitó su dedo índice, como si quisiera amonestar a los niños.

—Ya basta de eso —dijo sin énfasis—. Primero hablaré con él, será lo mejor.

—¿Por qué no podemos echarlo? —preguntó la niña de ocho años, todavía deseando combatir.

—Te diré el porqué —dijo Fyr—. Si echáramos a este hombre malo, se lo contaría a otros hombres malos... y entonces vendrían muchos de ellos. No los podríamos detener.

—Podríamos matarlos a todos y luego escapar al mundo Spoot.

—No tendríamos por qué volver.

—¿Y qué le pasaría a Padre? —preguntó el niño que había identificado a Lokart como un hombre.

—No tenéis que preocuparos por mí. Pero ya sabéis que tan sólo puedo estar por un cierto tiempo en el mundo Spoot. No, no. No haremos ninguna de las cosas que proponéis. Estáis cansados y os vais a ir a la cama. Mientras hacéis eso, yo parlamentaré con el hombre malo. Eso es lo mejor.

Los niños parecieron descontentos, pero obedecieron sin discusión. Aquello era digno de alabanza, pensó Lokart, pero dudaba mucho que fuera lo más adecuado.

Fyr comenzó a caminar hacia la casa y los niños le siguieron. Sin ser invitado, Lokart formó en la retaguardia.

En la casa se notaba un frescor placentero; desde alguna parte, un ventilador difundía aroma de pinos. Entraron en una larga habitación que contenía trece lugares de descanso parecidos a camas. A Lokart ya le habían hablado de esas «cunas». Los niños se acostaban en ellas tras sus misiones, porque necesitaban descanso y relajamiento. Y, mientras dormían en ellas, recibían su alimento líquido.

Fyr llevó a los niños a las cunas, les dio los tubos alimentadores y preparó los aparatos respiratorios. Sus pulmones necesitaban una atmósfera compensadora tras su visita al mundo Spoot. Después de que Fyr hubo cuidado de sus niños, hizo una seña a Lokart para que lo siguiera. Pasaron a una habitación espartanamente amueblada. Una mesa con una cubierta roja y una sencilla cama constituían, aparte de dos sillas de madera, todo el mobiliario. La única cosa que recordaba la civilización era la biblioteca de microfilms, que cubría la totalidad de la pared.

—Siéntese —dijo Fyr. Su voz sonaba ahora menos hostil que al principio.

Lokart decidió dejar al viejo que comenzara la conversación. Estudió pensativamente a Fyr. Éste había apoyado sus codos en la mesa y juntado las manos. Miraba a la nada.

—¿Hasta qué punto está decidido el mando en esto? —Comenzó Fyr.

—Absolutamente.

—Pero ¿por qué? ¿No pueden recordar esos idiotas lo que les pasaba a los soldados antes de crearse los Morfoniños? Los mataban como moscas. Casi no podían ni avanzar en esas engorrosas escafandras de presión. Y los Spoot eran lo suficientemente listos como para no abandonar sus mundos. Se ceñían a sus tácticas defensivas. Mientras, la humanidad avanza, explora, construye, se crea objetivos todavía más grandes para sí misma. El Hombre tiene derechos sobre los mundos Spoot. —Su rostro se había ensombrecido, una mano se había convertido en un puño—. ¿Qué es lo que está pasando ahora con la gente? ¿Por qué quieren retirar sus únicas armas de verdad, los Morfoniños? ¿Por qué?

—Está todo explicado en el documento que le entregué, —dijo evasivamente Lokart.

Fyr apartó las palabras con un gesto de la mano.

—No acabé de leer ese tonto pedazo de papel. ¿Cuál es la razón?

—Ha terminado la guerra con los Spoot. Reina la paz.

—No —susurró Fyr, hundiéndose incrédulo en la silla—. No, eso no puede ser verdad. No puedo creérmelo.

—Lo siento por usted —dijo Lokart.

—¿Lo siente por mí? —Fyr le imitó burlescamente—. ¡Debería sentirlo por la humanidad! ¿Ya se ha olvidado de lo que los Spoot nos hicieron? ¿De cómo cometieron atrocidades con algunos hombres?

—La humanidad tampoco trató a los Spoot con mano blanda precisamente, —objetó Lokart.

—Sí, pero ¿por qué? Tiene que tener eso en cuenta. ¿Quién empezó a obrar con dureza?

—Usted ya conoce mi respuesta.

—Todo lo que tenían que haber hecho los Spoot era claudicar, y la guerra no hubiera estallado.

—Ésa es una cuestión discutible. No obstante, ahora reina la paz, y todas las bases deben de ser evacuadas.

—Eso es fácil de decir. Usted no debía ser más que un niño cuando comenzó la guerra. Y, además, noto por su acento que usted no viene de la Tierra. ¿Estoy en lo cierto?

Lokart asintió.

—Bueno, hay otras opiniones en las colonias...

Lokart creyó que sería mejor permanecer silencioso.

—¿Perdió usted a alguien... que representase mucho para usted... durante la guerra?

Lokart sabía lo que vendría después; conocía la argumentación de Fyr de memoria. Agitó la cabeza.

—¡Así me lo parecía! —Fyr arrugó el entrecejo, como si tuviera que pensar profundamente—. Yo perdí a alguien, aunque ahora no puedo recordarlo exactamente. Ya sabe, amnesia. Pero creo que fue a mi mujer. ¿O no fue ella? No lo sé; o bien ella murió mientras recogía flores o... Mi esposa amaba a las flores... y a mí. Si, me amaba tanto. —El viejo Fyr se apartó el canoso cabello de la frente y unió sus huesudas manos—. Ella decía siempre: «Cuando esté muerta, quiero muchas flores en mi tumba. Entonces no me importará la muerte». Eso es lo que decía ella.

Lokart se sintió todavía más inseguro de sí mismo. Hizo un movimiento nervioso. El viejo había arruinado todo el estupendo discurso que había planeado respecto a la obligación y al deber y la tolerancia.

La mujer de Fyr tal vez hubiera dicho algo así, pero su deseo no se había hecho realidad. Había sido raptada por los Spoot, y probablemente, asesinada. Pero su mujer no era el único pariente próximo que había perdido. También estaban sus cuatro hijos que habían servido en la misma nave de combate, y habían perdido sus vidas en una batalla espacial. Desde entonces, la mente de Fyr, totalmente incapaz de aceptar tal pérdida, había buscado refugio en otro mundo. Fyr había perdido gran parte de su memoria, pero los militares habían creído que era apto para que se le confiase el proyecto de los Morfoniños.

Desde entonces, había considerado como suyos a los trece niños de este puesto. Naturalmente, Lokart no tenía intención de tratar de sacarle de su error, pero tenía una tarea que llevar a cabo.

—Tienen que morir todos —dijo Fyr, sin causa aparente.

—Nadie quiso llegar tan lejos, Fyr.

Pero Fyr no le escuchaba.

—Paz —murmuró—. Es increíble. ¿Y quiere usted llevarnos a los niños y a mí a la Tierra?

—No a la Tierra. A un planeta donde haya ayuda médica, donde puedan ustedes recuperarse.

—¿Cómo? —el rostro de Fyr enrojeció por la excitación—. ¿A un manicomio?

—No comprende. Los niños tienen que ser liberados de su condición. Recibirán buenos cuidados, de forma que puedan superar su subnormalidad. Esto será para bien de los niños... y si usted los quiere, debe confiármelos.

—¿Y eso es todo? —preguntó Fyr, sospechoso.

—Naturalmente, el transmisor será desmantelado.

Fyr saltó con una viveza que Lokart no hubiera creído posible en él.

—¿Se están volviendo locos los hombres? —gritó—. Paz. ¡Bah! Suicidio, lo llamaría yo.

Lokart se levantó también.

—Pero mírelo en esta forma... —trató de calmar a Fyr.

—¡No!

Lokart se asustó de la violencia del grito.

—No desmantelará los transmisores —dijo Fyr en voz aguda, y sus ojos centellearon. Lokart se movió hacia él en forma apaciguada, pero de repente el viejo tenía un arma en la mano.

—¿Qué va a hacer? —Lokart no se movió de sitio.

—Sin preguntas. Atraviese la puerta.

Fyr hablaba en serio. Lokart lo podía ver en su rostro. Parecía haber enloquecido. A despecho suyo, Lokart abrió la puerta, manteniendo sus ojos en la boca del arma, y avanzó por el pasillo.

—¡Vaya hacia la izquierda! —ordenó Fyr.

Anduvieron por el pasillo. Lokart notaba constantemente el arma en su espalda. Llegaron a una pequeña puerta metálica. Fyr oprimió un botón; lentamente, la puerta se abrió. A través de la abertura resultante apareció un gran sótano, al que descendían unos escalones de piedra. En la oscuridad, ante ellos, Lokart podía distinguir débiles luces en paneles de instrumentos. Tres de las cuatro paredes estaban cubiertas de maquinaria. Se encontraban en el corazón de la estación Épsilon.

Lokart miró apresuradamente sobre su hombro, luego miró de nuevo a Fyr y al arma. ¡Si tan sólo se acercase algo más! Entonces quizás pudiera dominarlo. Pero el viejo parecía bastante seguro de sí mismo. Sin moverse ni un centímetro indicó a Lokart que bajase los escalones.

—¿Puede imaginar lo que voy a hacer? —preguntó Fyr.

—¡Está loco!

—Ni lo más mínimo. Simplemente estoy tratando de salvar a la humanidad, y usted no va a detenerme ¡Siga moviéndose!

—Tendrá que matarme si es que quiere llevar a cabo su plan.

—Lo haré tan sólo si usted me obliga a ello.

—¿Sería capaz de matarme?

—Sólo bajo ciertas condiciones. Así que permanezca, por su propio interés, callado, y haga lo que yo le diga. —Fyr rió—. ¿O quiere usted llegar a eso?

Lokart negó con la cabeza. Pero parecía impertérrito, como si se estuviera concentrando en lo que seguía.

Llegaron al último escalón. Lokart se detuvo.

El arma no se agitó ni un ápice en la mano del viejo.

—Siga.

Lokart llegó a una estrecha pasarela metálica que atravesaba una profunda sima. Apoyó una mano en la barandilla para guardar el equilibrio. Sus pasos resonaban huecos, creando ecos en las paredes. De los tubos de una pared llameaba luz.

Una mirada fue suficiente. Lokart identificó al momento lo que lo rodeaba. Se le había hablado del lugar en que estaban almacenadas las bombas, pero se movió lentamente, como si no sospechase nada. Todavía tenía esperanzas de que Fyr no diese el último paso.

—¡Alto! —advirtió la voz de Fyr.

Las esperanzas de Lokart, que ya eran bastante tenues, se desvanecieron.

—¿No habrá creído —continuó el viejo— que iba a olvidarme de las bombas?

La pareja se encontraba ante una blindada puerta de acero.

—Colóquese contra la pared —ordenó Fyr. Lokart obedeció. Caminó cuidadosamente a través de la pasarela, para evitar una caída a las profundidades, hacia el otro lado del sótano.

El viejo tomó el arma en su mano izquierda, y con la otra manipuló la combinación del cierre. Sus ojos iban alternativamente de Lokart, que estudiaba atentamente sus movimientos, al cierre. Tras un minuto de trabajo, resonó un agudo chasquido; Fyr dio vueltas a varias ruedecillas, y la puerta de acero se abrió sobre sus goznes.

Tras ella se encontraban las bombas, brillantes y mortíferas. Fyr las contempló casi amorosamente. Los ojos de Lokart se entrecerraron hasta formar pequeñas rendijas. Estaba inmóvil.

—Lo siento, mi buen amigo, pero ahora debe usted darse la vuelta. Tengo que asegurarme de que no arruine mi plan en el último momento. Arrodílese allí. No trate de echarse encima mío. Esta cosa podría dispararse repentinamente.

Fyr se adelantó. Había pasado de nuevo el arma a su mano derecha.

—Le encerraré aquí dentro —dijo—. No haga ninguna estupidez. Estará seguro y a salvo aquí. Y ahora, querido capitán Lokart...

Las últimas palabras de Fyr habían sido pronunciadas como entredientes, y Lokart supo que éste era el momento de actuar. No tenía tiempo para preguntarse por qué el viejo podía haber cometido una equivocación tan estúpida: saltó con toda su fuerza a un lado, hacia la escalerilla metálica.

Al momento siguiente, notó cómo algo sólido relampagueaba al lado de su cabeza, mientras daba contra el suelo con su hombro. Agónicamente, apretó los dientes y rodó sobre sí mismo. Se había tirado al suelo en el momento preciso. Su cabeza zumbaba por el culatazo, pero no perdió el conocimiento. Sus manos agarraron el borde metálico mientras se oían los pasos de Fyr en la pasarela. Con dificultad, Lokart se levantó, apretó una mano contra el lado dolorido de su cabeza, y de repente estuvo completamente alerta.

—¡Loco! —gritó—. ¡Vuelva, Fyr!

El rostro de Fyr apareció sobre la pared, cerca de la entrada del sótano.

—¡No puede detenerme! —gritó, y una risa burlona siguió a sus palabras—. ¡Si no puedo matar a todos los Spoot, por lo menos destruiré uno de sus mundos!

—¡Espere, Fyr!

—¿Por qué? ¡Ahora estoy solo! ¡Los Spoot destruyeron a mi familia, ¿no comprende?!

Lokart se había levantado lentamente, como si estuviera hipnotizado, con los ojos pegados a la fríamente brillante superficie de la bomba. Fyr la había rodeado con un brazo, mientras mantenía el arma en la otra mano. Estaba completamente loco, podía hacer cualquier cosa. Lokart no iba a tener un trabajo fácil, pero todavía había una posibilidad. No debía dejar que Fyr saliese del sótano, tenía que mantenerlo aquí. Debía distraer su atención.

—¿Me oye? Mis hijos están muertos. ¡No se mueva!

—Pero —objetó Lokart—, sus hijos están en el dormitorio.

Fyr echó la cabeza a un lado y luego susurró:

—Yo también creía eso hasta ahora, pero no es cierto. No sé cómo ha ocurrido, pero de repente estoy seguro de que mis hijos están muertos.

Lokart estaba maravillado. ¿Había recobrado el viejo Fyr su memoria? Si era así, tal vez pudiese llegar a hablar razonablemente con él. Pero la teoría de Lokart demostró ser falsa al siguiente momento, cuando Fyr dijo súbitamente:

—Los Spoot mataron a todos mis trece hijos. Tengo que vengarlos. —Asintió con la cabeza enfáticamente—. Sí, tengo que vengarlos.

Sus ojos tenían una mirada extraviada, ya no parecía ver a Lokart.

Éste tenía a su alcance el conmutador que cortaría la energía de los trece transmisores. Si lo movía, los emisores y receptores de materia nunca podrían ser usados de nuevo. El viejo miraba a la nada.

En ese momento, Lokart saltó hacia delante. Mientras caía, agarró el conmutador, y notó como se movía y se desconectaba. Al mismo tiempo resonó la explosión de un disparo por todo el sótano. Fyr había tirado, pero el disparo no acertó a Lokart. Permaneció en el suelo, aparentemente herido. Cuando cautelosamente elevó la cabeza, vio las piernas de Fyr desapareciendo a través de la puerta.

El viejo había dejado caer su arma; estaba en uno de los escalones de arriba. En su prisa por cometer su acto de locura, hasta había dejado que la puerta metálica

quedase abierta. Lokart podía oír la entrecortada respiración del viejo, y sus pesados y sonoros pasos que se perdían en la distancia.

Lokart se levantó y se dirigió tambaleando hacia afuera. Vio cómo Fyr caminaba trastabillando hacia uno de los transmisores. Y entonces Lokart maldijo su propia falta de precaución. Aunque le habían hablado de ello, no había recordado a tiempo que los trece transmisores no se apagaban simultáneamente. Lo irían haciendo individualmente, uno tras otro. El primer transmisor de materia ya estaba oscuro. Lokart se lanzó hacia delante, gritando:

—¡Vuelva, Fyr, antes de que sea demasiado tarde!

—¡Traidor! —gritó el viejo en réplica, y levantó la bomba.

Con su arma apuntada, Lokart permaneció indeciso ante la casa. ¿Debía disparar? Si lo hacía, entonces el viejo moriría y la bomba haría explosión. Y esto significaba que la base, los niños, el viejo y él mismo desaparecerían. Mientras estaba sobrepesando este pensamiento, una risa loca estalló en la garganta del viejo, terminando tan sólo cuando desapareció en el interior de uno de los transmisores.

Lokart se decidió demasiado tarde.

Se oyó la explosión del disparo en el campo del transmisor.





Los Morfoniños no estaban durmiendo bien. Necesitaban descansar, pero no lo conseguían. El hombre malo los había desconcertado. Y entonces, tras un lapso de tiempo que no podían fijar exactamente, oyeron la explosión. Se alzaron asustados.

Escucharon. Pasos. Voces. Otra explosión y... de repente estuvieron completamente despiertos.

Casi simultáneamente, lanzaron a un lado las máscaras de respiración, apartaron violentamente los tubos de alimento.

Se miraron unos a otros, silenciosos. Su comprensión no era muy buena, pero tenían un instinto: todos ellos sentían el peligro.

Y entonces, de trece gargantas surgió un mismo grito, un grito nacido del miedo:
—¡Padre!

Los niños saltaron y salieron corriendo del área de descanso. El líquido nutritivo, de color plomizo, se desparramaba de los tubos abandonados.

El niño de doce años que tenía la cabeza aguzada fue el primero en abandonar el edificio. Se quedó frente a la casa, plantado en el polvoriento suelo, y mirando al extranjero malo que se encontraba tan sólo a unos metros de un transmisor. Los otros niños se le agolparon detrás. Sus nervios estaban tirantes casi hasta el punto de rotura. Podían notar una presión en el estómago. Su preocupación por Padre Épsilon predominaba sobre todo lo demás.

Pero el muchacho de doce años les indicó con un movimiento de la mano que permaneciesen quietos. Caminó con lentos pasos hacia el extranjero, que lo contemplaba con rostro inmutable. Pero lo único que podía ocultarles a los niños eran los pensamientos que estaban pasando a través de su mente.

¿Cuánto tardaría Fyr en cebar la bomba? ¿En colocarla en un punto determinado? ¿Y en volver?

Demasiado en volver. Demasiado poco para evitar que realizara sus planes. Seis de los transmisores estaban ya oscuros; dentro de poco, el resto se apagaría.

El rostro de Lokart comenzó poco a poco a registrar emoción, pero no debido al dolor que notaba en su cuerpo. Lo que causaba su desmayo era el pensamiento de lo que iba a suceder.

—¿Dónde está Padre Épsilon? —el niño de doce años estaba tan sólo a unos pasos de él.

—Permanece donde estás —ordenó Lokart—. Ya no hay más objetivos.

—¿Es una amenaza? —el niño frunció el entrecejo.

—No —fue la cansada respuesta—. No podéis salvar ya a vuestro padre.

—¿Qué es lo que le han hecho?

—Nada. Ha sido transferido a través de un transmisor al mundo Spoot. No puede respirar su atmósfera por mucho tiempo.

Otro transmisor se oscureció.

Pero el niño ya había desaparecido.

Lokart casi se sumergió en la desesperación cuando vio a los otros niños seguirle los pasos. Instantáneamente elevó el arma que había retenido en una mano.

—¡No os acerquéis un paso más! —gritó—. Sabéis cómo funciona esta arma.

Le enfermaba el pensamiento de que los niños tal vez no prestasen atención a sus

palabras. Naturalmente, no dispararía contra ellos, pero, después de todo, permanecieron quietos. Sin embargo, no se quedaron en el mismo lugar, sino que se pusieron en formación. Se distribuyeron en abanico y se acercaron a Lokart formando un semicírculo.

Ya había diez transmisores apagados.

—Permaneced donde estáis, —ordenó de nuevo a los niños—. ¿No veis que los transmisores de materia se están oscureciendo todos? No hay regreso posible del mundo Spoot.

Los niños se acercaron.

Ya habían once transmisores oscuros.

—¡Es un espía de los Spoot! —gritaron al unísono los niños—. ¡Es un espía!

El doceavo transmisor parpadeó, y de su entreabierta boca muerta, oscura, sus esferas inertes les miraron.

—Sois lo suficientemente mayores —volvió a intentar Lokart—, y también lo bastante listos. Os debéis haber dado cuenta del porqué estoy aquí; para sacaros de este horrible mundo, para llevaros a un planeta siempre verde. La guerra con los Spoot ha terminado.

—¿Ya no necesitamos luchar más?

Lokart dudó. Debía ser cuidadoso ahora.

—No, ya no necesitáis luchar más —dijo—. Vosotros...

Tan sólo brillaba ya un transmisor.

—¡Es un espía! ¡Mató a Padre! —gritó Ewika. Con un solo estremecimiento de su cuerpo se lanzó hacia delante, hacia el último transmisor de materia. Una breve, pero tan sólo momentánea duda, y los otros niños corrieron tras ella.

Lokart se sintió destrozado. Con una mirada sobre su hombro se dio cuenta de que los niños corrían hacia su muerte. Y, al mismo instante, experimentó la más grande sorpresa de su vida. Y gritó de alegría en una forma completamente amilitar.

El niño de doce años salió del transmisor tirando de algo. Los demás niños se quedaron repentinamente quietos, como helados. Luego se movieron rápidamente. Con un esfuerzo conjunto arrastraron a Fyr del transmisor de materia. Y entonces ocurrió algo que asombró a Lokart más que la abrupta salida de Fyr y del niño: un Spoot colgaba del brazo del viejo.

Fyr todavía abrazaba fuertemente la bomba. Probablemente había tratado de huir del niño. El tic-tac del mecanismo de tiempo se mezclaba con el jadeo de su respiración.

Los niños rodearon a Fyr. Lokart se abrió paso entre ellos y arrebató la bomba de las manos del viejo.

Sus ojos cayeron sobre el traicionero parpadeo del mecanismo de tiempo y notó como un temblor se apoderaba de sus manos. Supongamos que la bomba hiciese

explosión en ese mismo momento, se dijo. No quería ni pensar en ello. Usando su máxima fuerza de voluntad, obligó a sus manos a permanecer firmes. La bomba tenía potencia para destruir un mundo entero, había sido creada para la más extrema necesidad. Rápidamente, sin pensarlo, Lokart removió con aprensión el mecanismo de disparo.

Fyr tartamudeó algo. Sus ojos estaban clavados en el Spoot que había ayudado a rescatarlo. El primer signo de parálisis apareció en él como consecuencia de la venenosa atmósfera.

—¡Una mascarilla! —gritó Lokart, y dos niños corrieron hacia el edificio.

Cuando Lokart miró de nuevo, vio que el último de los transmisores se había apagado.

Y entonces se sobresaltó al oír un chillido ultraterreno. El Spoot se revolcó en el suelo, y se arrastró, clavando sus garras en el polvo, hacia el transmisor; pero era demasiado tarde: no podía llegar.

Se levantó tambaleante, y sus alas azotaron el aire hasta que el polvo se levantó en espirales. De sus mandíbulas de bordes cortantes surgió de nuevo un grito. Luego se derrumbó y quedó inerte en el suelo... a pocos centímetros del inmóvil Fyr. Lokart vio en seguida que estaba muerto.

El viejo se alzó con sus últimas fuerzas. Su mano acarició el extraño y áspero cuerpo del Spoot.

—Cada vez que comienzo a encariñarme con algo, el destino me lo arrebatava —suspiró, casi inaudiblemente. Entonces su mirada cayó sobre Lokart—. Pero mis niños están vivos. Soy tan feliz... —Sus ojos erraron hacia los niños—. Sed buenos con él, desea vuestro bien. Yo estaba equivocado...

Sus párpados cayeron como si fueran de plomo.

Lokart estaba sentado, con su espalda apoyada contra la pared del edificio, en el polvo. Había abierto el blusón de su uniforme y se había arremangado las mangas. Estaba pensativo.

Había aprendido mucho de todo aquello. Una fuerza, que nunca antes había experimentado, fluía en su interior, aumentada por la certidumbre que había adquirido con su experiencia en la base Épsilon: el Hombre es fundamentalmente bueno, pero debe ser persuadido para que crea en esa bondad.

Fyr viviría. Eso hacía sentirse mejor a Lokart.

Ahora mismo, Fyr estaba en una cuna, durmiendo exhausto en pesado sueño, respirando a través de una mascarilla de oxígeno.

La pequeña Ewika salió del edificio. Sus largos y enjutos brazos colgaban a sus costados.

—Tío —llamó—. Padre está despierto. Quiere verte.

Lokart se levantó. Ella le tomó la mano y correteó a su lado.

—Está tan contento —se regocijó.

Entraron juntos en el edificio.

Fyr estaba esperándole. Se había sacado la mascarilla respiratoria.

—Hola —dijo Lokart—. Está usted mejor hoy.

—No pueden retenerme en la cama —sonrió Fyr, todavía algo agotado—.
Siéntese, capitán Lokart.

—Gracias.

El silencio predominó unos instantes. Se miraban el uno al otro, algo embarazados. Los niños se habían ido, sin necesitar que se les hubiera mandado hacerlo.

Finalmente, Fyr habló:

—¿Va a meter usted a los niños en una Institución?

Lokart hizo un esfuerzo para no dejar ver que tragaba saliva.

—Ya le he dicho...

El viejo le cortó. A pesar de su cansancio, su gesto era impresionantemente enérgico.

—Ya sabe lo que quiero decir. Naturalmente, estoy seguro que quiere hacer lo mejor para ellos, pero no me gusta. ¿Tiene alguna influencia...? —preguntó repentinamente.

—Ciertamente. Si es que puedo hacer algo por usted... Tiene un montón de amigos.

—Entonces, ¿siente compasión de mí? —Sonaba como una afirmación.

—No. No me entiende...

—Vamos, no trate de disimular. Sabe que soy un excéntrico. Conozco mis faltas, es tan sólo que antes no quería admitirlas. Pero no estamos tratando del asunto...

Lokart miró de frente al anciano.

—Bien, ¿y entonces?

—La institución es lo mejor para los niños. Deben aprender a cuidarse a sí mismos, a caminar sobre sus propias piernas. ¿Qué ocurriría cuando yo no estuviera aquí?

Lokart asintió en silencio. ¿Qué podía decir?

—No viviré ya mucho tiempo —continuó Fyr—. No, no me interrumpa. Un viejo se da cuenta de eso, cuando llega a una cierta edad. Pero todavía me quedan unos pocos años. Ciertamente los suficientes para que dure hasta que los niños estén preparados para ser soltados entre la humanidad. —El viejo rió, suavemente, para sí mismo.

—Son unos buenos chicos —dijo simplemente Lokart.

Fyr se levantó sobre sus codos y asintió.

—Sí, buenos chicos. Por eso no quiero perderlos. ¿Comprende? —Su voz se hizo más fuerte—. Soy viejo y no tengo a nadie más que a los niños. No quiero perderlos. Quiero pasar los últimos años de mi vida con ellos. Puedo prepararlos para sus vidas

de adultos.

Silencio. Luego, Fyr resumió:

—Seré un buen instructor para ellos. Se lo prometo, capitán Lokart.

Lokart seguía sin decir nada.

—¿Podría usted arreglar las cosas...?

Los niños habían sido educados para ser asesinos. ¿Sería Fyr la persona adecuada para corregir esa enseñanza?

Tras una pausa, Lokart dijo:

—Ciertamente —pero su voz sonaba turbada.

El viejo agarró a Lokart por un brazo.

—¿No es esa una promesa vacía?

—No, no es una promesa vacía. Decididamente, será arreglado en esa forma. Aunque para ello tenga que remover todo el Imperio. —Era perfectamente sincero mientras decía esto, y estaba seguro de que era lo mejor.

—Gracias. —La voz de Fyr se hizo más débil. Ofreció su mano a Lokart. Ambos se dieron un apretón. El de Fyr era firme.

El anciano se dejó deslizar hacia abajo.

—Perdóneme, pero estoy tan cansado.

Sus ojos se cerraron.

—Duérmase. —Lokart se alzó cuidadosamente. Miró una vez más hacia atrás y luego salió de puntillas. Salió al encuentro de los niños que, algún día, serían hombres normales.

Ahora, Lokart estaba seguro de ello.

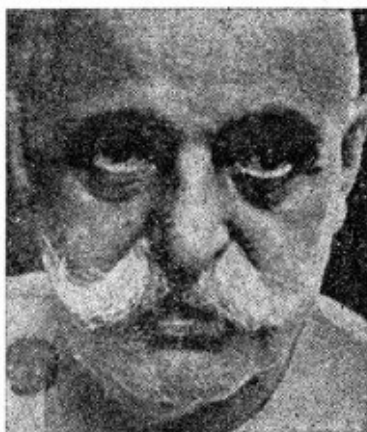
Título original:
DAS EPSILON PROBLEM
© 1967, *Panorama Literary Agency*.
Traducción de Lucy V. Pelt

«The Flash» contra Gurdjieff

Decir que el comic es la literatura del siglo XXI tal vez sea un poco atrevido, pero el auge actual de esta especialidad, dentro del culto a la imagen que es cada vez más preponderante en nuestro mundo actual, nos hace ver claramente cómo esta nueva forma de comunicación de ideas se va infiltrando, cada vez más, en todos los aspectos de nuestra vida. Sobre uno de estos aspectos (y no precisamente el menos insólito) nos habla, desde Méjico, nuestro amigo y gran estudioso del comic mundial Alexandro Jodorowsky, a través del estudio de un singular episodio en un comic que es considerado por muchos simplemente como un comic más: «The Flash».

En el número 391 de la revista «Batman» publicada por la Editorial Novaro aparece una aventura de Flash titulada «MI VIDA DEPENDE DE USTEDES». Este comic es el argumento literario más importante de los últimos meses. Su argumento es el siguiente: Junto a los muelles una niña juega con su muñeca que se le cae de las manos y es arrastrada por la corriente marina. La niña llora mas aparece Flash y haciendo uso de su super velocidad camina sobre las aguas sin hundirse hasta rescatar a la muñeca. La niña le dice: «¡Siempre te estaré agradecida y no te olvidaré jamás!». Mientras tanto un extraño señor ha concebido un invento para dar fin a Flash. Es una máquina que mediante sus radiaciones borra de la mente de los ciudadanos el recuerdo del super-héroe. Este visita al jefe de la policía, su amigo, quien así lo recibe: «¡Quítese ese disfraz y salga de aquí antes que lo mande arrestar! ¡Fuera!». Flash acude con su novia, con antiguos conocidos, se pasea por las calles en busca de sus admiradores: NADIE LO RECONOCE. Y lo que es peor, su cuerpo se vuelve transparente y su contorno se esfuma; siente que su peso disminuye. El extraño señor lo captura, soplándolo como si fuese una pompa de jabón. Le explica lo siguiente: «Inventé un gran aparato con el cual esparcí una radiación que ya ha borrado tu recuerdo de la mente de todos... La confianza en uno mismo se basa en la opinión de los demás... ¡Por eso tu personalidad se ha ido perdiendo! Tu contacto con la realidad se debilita. Algo ha impedido que desaparezcas por completo: ¡El hecho de que yo todavía creo en ti, Flash! ¡Sólo eso mantiene lo que queda de ti! ¡Pero haré que la radiación tenga efecto sobre mí y cuando suceda eso, empezarás a desvanecerte por completo, ya que nadie en esta ciudad va a creer en ti!». El señor borra el recuerdo de Flash de su mente y éste se esfuma más, aunque no desaparece por completo.

Recuerda que se le ha dicho que mientras alguien crea en él, no desaparecerá... Como aún no desaparece del todo, deduce que hay alguien en la ciudad que todavía piensa en él. Llega a la conclusión que es la niña de la muñeca. Va a buscarla. Ella está aún en los muelles. Al acercarse a ella Flash se solidifica y vuelve a ser como antes. Pero al alejarse se debilita de nuevo. Depende enteramente de la presencia de la niña. La toma como ayudante y gracias a la super-velocidad que adquiere junto a ella, escribe miles y miles de cartas explicando lo que le pasa. Estas cartas las distribuye entre los ciudadanos. Aquéllos al leerlas se convencen y deciden creer nuevamente en el héroe. Este vuelve a ser el mismo de antes y captura al extraño señor que es un ladrón internacional.



Gurdjieff...

Este comic apareció en Estados Unidos el mes de agosto de 1966 en la revista «THE FLASH» número 163, dibujado por el genial Carmine Infantino con argumento de Broome. Esta parábola —no podemos dejar de considerarla así— nos plantea un problema: ¿Infantino y Broome son conscientes de que el extraño señor es Gurdjieff? El parecido es asombroso: la misma calva, los mismos rasgos y bigotes. El contenido de la parábola muy bien podría pertenecer a la filosofía de este enigmático ser. ¿Qué significa Flash? Es un hombre que posee supervelocidad. Cuando la adquiere puede dar la vuelta al mundo en menos de un segundo, puede atravesar muros, estar en dos partes a la vez, etc. Es, en síntesis, el rey de la superficialidad, siempre corriendo de un lado para otro, nunca estando «EN LA COSA». La velocidad le impide anclarse en la realidad. Los objetos se le vuelven inconsistentes y la comunicación humana imposible. Al atravesar los objetos todo se le vuelve superficie. La gente lo admira por «SUS HAZAÑAS». Es el perfecto ejemplar de aquellos a quienes Gurdjieff califica así: «SON TAN PEREZOSOS PARA AYUDARSE A SI MISMOS QUE QUIEREN AYUDAR A LOS OTROS». El maestro, para que el personaje tome conciencia de su vacío interior, le prueba que su existencia por ser tan de «la piel hacia afuera» depende de los demás. Si los demás dejan de fijarse en él, él no existe, por la razón de que todos sus valores están basados en el juicio de los demás. Flash vive no para sí sino para los otros, ES EN QUIEN LO

MIRA. Al dejar de ser visto y admirado, el yo artificial en el que se ha escudado, desaparece. Al quedar desnudo, dependiendo de sus propios valores se da cuenta de que no es nada. Gurdjieff decía que el hombre nace sin alma y que gracias a enormes y sistemáticos esfuerzos debe creársela. Flash nunca trabajó para crearse a sí mismo. En el momento de la crisis, en lugar de detenerse a cavilar, auto criticarse y dedicarse a una construcción interior, prefiere ir en busca de la niña a quien antes había impresionado con el clásico milagro de andar sobre las aguas. Sabemos que los budistas Zen rechazan el milagro. En el libro «WOUMEN-KOUAN» se cuenta la siguiente parábola: Houang po, educador de Lin-tsi que fue el fundador de la escuela de Lin-Tsi, una de las más prósperas entre las escuelas Zen del actual Japón, caminaba por las montañas cuando encontró a un monje. Marcharon juntos. Al encontrarse con un torrente que interrumpía el sendero, el monje desconocido se arremangó el hábito y atravesó las olas caminando, sin hundirse. Volviéndose le gritó a Houang po: «Atraviesa». Éste lo increpó: «Ah, si yo hubiera sabido que usted era un monstruo, le habría cortado las piernas». El monje, lleno de admiración le contestó: «Usted es un verdadero religioso» y desapareció.



... y su doble.

En esta parábola se ve que el Zen desprecia el milagro: le parece un elemento superficial usado por los demonios para impresionar incautos. Es lo que hace Flash. Busca a la niña para establecer una nauseabunda relación de interdependencia y recupera, por fin, lo que según él había perdido: su antiguo yo artificial.

Queda como moraleja la dificultad que tienen los maestros para enseñar. El discípulo lucha con todas sus fuerzas para recuperar las muletas que le quitan. El maestro le dice: ¡GANAS PERDIENDO!, y el discípulo se angustia al enfrentarse al vacío y cree recuperar confianza en él, destruyendo la imagen del maestro («Ladrón»).

Recomiendo este número de Flash como un acontecimiento literario digno de ser colocado al lado de obras como «El dominico blanco» de Gustav Meyrink o «El monte análogo» de René Daumal.

Un héroe en el «lumpen» mexicano

A caballo entre el comic y el cine, un héroe popular de ámbito netamente hispano está consiguiendo en varios países de habla castellana un éxito sin igual. En la fenomenología de los superhéroes modernos, tan ligados a la ciencia ficción, debemos tener en cuenta, aunque pueda no cuadrar con nuestros gustos, su presencia. Ahí está pues «Santo, el enmascarado de plata».

El más popular héroe mejicano de los años sesenta, «Santo el enmascarado de plata», que desde hace cuatro años triunfa más allá de sus fronteras, en todos los países de habla hispana, ha precisado esperar hasta 1966 para iniciar su carrera en cines franceses especializados en films terroríficos o eróticos. Este curioso personaje, lleno de interés para el aficionado, es además muy acorde con la cultura de masas, popular en su patria, México.

En septiembre de 1960, la Editorial Mexicana de comics de José G. Cruz inicia la publicación de un cuaderno semanal, publicado puntualmente cada martes, siempre con iguales características: formato **comic-book**, 32 páginas, portada a todo color e ilustraciones editadas en color sepia. Mezcla de **comic** y de **foto-romance**, las viñetas de «Santo el enmascarado de plata» están realizadas utilizando fotografías de los personajes principales, superpuestas sobre decorados. En principio, la técnica habitual en el **foto-romance**. Lo que le diferencia es la inclusión de personajes dibujados (seres celestiales, endriagos, monstruos, brujas), el diseño de onomatopeyas (herencia directa de las historietas norteamericanas) que cruzan zigzagueantes la fotografía, y el retoque en exceso cuidadoso de cada movimiento, reforzado por movimientos cinemáticos, rayos, gotas de sudor, estrellas, etc. Hasta la fecha se han editado 312 números de la revista, realizados habitualmente por Horacio Robles J. Los cuadernos se distribuyen en la mayoría de los países de Sud-América, pero no en España, país este último donde los super-héroes (Superman, Batman, Thor, Marvel Group, etc.) están prohibidos por la Dirección General de Prensa desde 1964.

«Santo el enmascarado de plata» entronca directamente con la tradición dibujada de «Superman», y así entra a formar parte del podio de los héroes míticos dotados de poderes sobrehumanos y en este sentido tiene, al igual que «Superman», nobles antepasados^[1]: el rey de Erech, conocido legendariamente por Gilgamesh, en el círculo sumerio-babilónico-asirio; Horus, el hijo de Osiris y de Isis, en el círculo egipcio; Rama y Krishna, en el círculo hindú; el defensor del bien, Mitra, en el

círculo iranio; Odin y Thor en las sagas del círculo germano-escandinavo; Fo-Hi en el círculo chino; los **altijirangamitjina** o **tukutita** (seres encarnados en los churinjas) en el círculo australiano; los diferentes dioses de cada isla en el círculo melanésico-polinésico (Tudava en la isla de Trobriand, Tangaroa en las Hawaii); los dioses africanos; Herakles en el círculo griego; los super-héroes Celtas, desde Chuchulainn a Fion. Antecesores ilustres, pues, no le faltan al «Santo». Pero donde estos predecesores de su mítica figura cobran mayor valor es precisamente en su propia tierra, en la cultura de raíces mexicanas. Es en México, no lo olvidemos, donde Quetzalcoatl, deidad sanguinaria que precisa víctimas propiciatorias, fue antes héroe con atributos inmortales y caracteres de «deus-propitius» en sus luchas con la serpiente emplumada Tezcatlipoca. Por otro lado, sus historietas entroncan con otros ciclos literarios populares, con la imaginería de la Edad Media y su cultivo de lo monstruoso, y posteriormente con la aparición de las hadas y seres benéficos, que el «Santo» —hasta su nombre anuncia cierta condición— frecuente junto con seres angélicos.

La aparición pues, dentro del panorama del «comic» mexicano, de un héroe racialmente nacional, fue todo un acontecimiento en 1960. En un país de honda raíz popular, lleno de mitos, tradiciones, consejos, restos de brujería, que mezcla religión con ritos ancestrales y que, además, según los estudios etnológicos del investigador Oscar Lewis^[2], lee en sus estratos populares los cuadernos de «muñequitos» (es decir, los **comic-books**) con pasión y en grandes cantidades, la aparición de un héroe propio, que se mueve en ambientes aztecas, fue toda una revolución. Debemos recordar que no es tampoco el único héroe del comic mexicano llevado luego a la pantalla, ya que antes se publicaron las aventuras de «Cruz Diablo», el espadachín enmascarado, y su fiel amigo Fabián, creación del dibujante mexicano Domingo López, y posteriormente las de «Chanoc», «Neutrón el enmascarado negro» y «Alma Grande», que todavía se editan en forma de comics.

Inspirado en un auténtico campeón de lucha libre, que puso de moda el salir a la lona enmascarado con un antifaz^[3], «Santo» lleva siempre ocultas sus facciones por una máscara de plata, anudada en la nuca, con falsas orejas pegadas al cráneo, diminutos agujeros; para permitirle oír y otros orificios para los ojos, nariz y boca. Su vestido se compone de un pantalón de malla plateado, con rodilleras y botas altas del mismo color. Se completa por una capa, negra en ocasiones, plateada otras. No lleva ningún emblema simbólico, es de estatura mediana y algo adiposo. Habla en correcto mexicano y en ningún momento da la sensación de ser un héroe norteamericano, sino al contrario, es un «peladito» azteca bien alimentado, un Cantinflas que ha hecho gimnasia.

Determinadas características le diferencian de los super-héroes USA. En ocasiones tiene poderes extra-humanos, otras debe recurrir a artificios de ciencia ficción o a la colaboración —en el **comic**— de magos y nigromantes amigos suyos. Parece como si, falto de Kryptonita o elemento similar, en determinadas aventuras se

viere obligado a actuar como el resto de los mortales. Trabaja en un laboratorio muy sencillo, casi ascético, oculto en su mansión, con aparatos elementales, estando siempre en estrecho contacto con la policía, a la que ayuda incondicionalmente. En esta relación policía-héroe, insólita en un país donde es tradicional el tomarse la justicia por su mano, el «Santo» es una excepción.

Posee un coche, un modelo descapotable plateado, conectado por radio con su laboratorio y con el jefe de policía. No se le conoce un gran amor, aunque en tiempos ha tenido alguna novia; es un héroe por otro lado sin desdoblamiento de personalidad, de quien puede suponerse que duerme con la máscara puesta y que sólo vive para defender al débil (ayudando así a la labor policial) y para combatir en el **catch**, ganando así su vida.



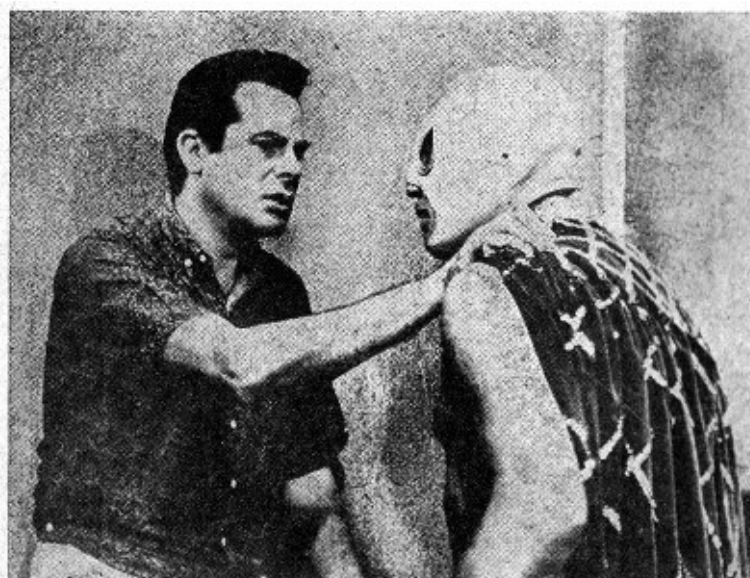
El Santo entra en acción, ¡ay de los malvados!

En las páginas del **comic**, al contrario de lo que sucede en los films, sus aventuras, ambientadas en México, entroncan directamente con la «literatura mágica» del siglo XIX, tan rica en leyendas en el folklore azteca. Su enemiga es la bruja Rapra, que habita en las entrañas del Pococatepelt, a la que combate sañudamente, gracias a la colaboración del «ocultista» o profesor en ciencias ocultas Maggi, un ser bajo, barbudo, con gafas, dotado de poderes nigrománticos y cabalísticos, quien en los momentos de apuro invoca la ayuda de un caballero medieval, exacto a la imagen del «caballero de Ajax» de este producto de limpieza americano. En estos episodios de sus **comic-books**, «Santo» debe luchar con dragones, brujas, diablos infernales, coreado y alentado por seráficos grupos de ángeles.

Al pasar al cine, el «Santo» ha perdido esta ambientación mágica para convertirse en un personaje de ciencia-ficción más cercano al patrón americano. Hasta la fecha se han rodado 14 films de sus aventuras, algunos de ellos distribuidos en episodios, fórmula comercial muy habitual en los cines de México. Sus dos primeras películas fueron las de mayor nivel artístico. Todas ellas son obras realizadas con escasos medios económicos, producciones de muy bajo coste destinadas a ser distribuidas en cines de barrio, para su público popular. Los realizadores de la serie fílmica han sido

Benito Alazraki (un film), Alfonso Corona Blake (dos films), Federico Curiel (tres films), René Cardona (dos films), Alfred B. Crevenna (dos films), José Díaz Morales (tres films) y Fernando Méndez (un film), casi todos ellos especializados últimamente en el filón del cine fantástico.

Benito Alazraki, pseudónimo de Carlo J. Arconti, es realizador de gran categoría artística, autor de obras famosas del cine mexicano como «Raíces» y «Toro negro». Rodó la primera película de la serie, aunque en uno de los menguados catálogos de producción mexicana figura en el mismo año otro film de Películas Rodríguez titulado «Santo el enmascarado de plata», del que se desconocen otros datos. El film de Alazraki es «Santo contra los zombies», según argumento de Antonio Orellana y Fernando Osés, autores de la mayor parte de la serie, aunque también han intervenido posteriormente escritores como Rafael García Travesi, Fernando Galiana y Julio Porter.



Fernando Casanova y «Santo» en «Santo en el hotel de la muerte».

En su primera aventura fílmica, «Santo» debe enfrentarse con un equipo de **zombies**, cadáveres de delincuentes tristemente célebres en su época, que han vuelto a la vida en el laboratorio de un parálítico criminal, hermano del desaparecido profesor Sandoval. Dentro de este film se hallan ya todos los ingredientes del género, sabios científicos locos, laboratorios misteriosos, escenas de lucha libre y, lo que es más importante, un entronque definitivo con el cine terrorífico americano, es decir, enfrentamiento del héroe mexicano con seres terroríficos, en este caso los **zombies**, y con vampiros, hombres-lobo, monstruo de Frankenstein, etc. Podríamos decir que «Santo» visita, en cada película, el **set** de un film de terror diferente, hasta agotar la cantera.

Alfonso Corona Blake es también un director muy interesante. Además de realizar un antológico «nudie» azteca, «Sed de amor», con Silvana Pampanini, ha rodado dos de las más logradas películas sobre el «Santo». «Santo Vs. las mujeres

vampiro»^[4] es un film cuajado de hallazgos estéticos, dentro claro está de unas coordenadas «pop» de la cultura azteca.

Un lúgubre castillo guarda en sus sótanos los féretros de varias mujeres vampiro momificadas. Una noche un rayo de luna incide sobre el cadáver de la gran sacerdotisa Tundra. Una vez resucitada, ésta vuelve a su ser a las mujeres vampiro y a un grupo de **zombies** especializados en la lucha libre. Una muchacha llamada Nora va a cumplir 21 años, y ellas saben que desciende de una presunta reina vampírica, por lo que deciden iniciarla en sus ritos como preparación de su ascensión al trono. Su padre, un famoso egiptólogo, pide ayuda al «Santo». (En este momento nos enteramos de otro atributo del héroe, la inmortalidad, ya que el «Santo» ha salvado siglos atrás a la antepasada de Nora del poder de los vampiros). El héroe debe luchar en el ring contra uno de los **zombies** y acaba destruyendo su oculto cubil en el castillo.

Una ambientación simple y excelente, directamente salida de los comics sádicos (mallas negras de los zombies, potros de tortura, argollas, cálices) y de la revista musical de los teatros mexicanos (las mujeres vampiros, vestidas con túnicas helénicas, parecen evolucionar en las escalinatas o la pasarela de una comedia teatral) hacen del film una obra subyugante.

Federico Curiel no sólo ha rodado tres films sobre el «Santo», sino que es el autor del serial «Neutrón contra el Dr. Caronte» («El testamento del Dr. Caronte» y «Frente a frente») y del serial interpretado por dos muchachas enmascaradas, «Aventuras de las hermanas X» («La mancha de sangre» y «La venganza del destino»). Inspirado en «Santo», ha realizado «Santo contra el cerebro infernal», «El rey del crimen» y «El Hotel de la muerte».

En «El rey del crimen», los argumentistas Orellana y Oses inventan una variante del mito de «Santo», con antecedentes literarios y uno muy cercano en el comic, el creado por Lee Falk en «The Phantom»: el héroe es mortal, aunque todos lo crean inmortal. La obligación de ayudar al débil se transmite a los primogénitos de una determinada rama familiar. Esta variante del mito no coincide con la inmortalidad patente en otros films de la serie. Además, en este film se introduce un nuevo cambio: el «Santo» ha conocido y amado, en el pasado, a una mujer llamada Esperanza.

«El hotel de la muerte» aporta también nuevos eslabones al mito. Esta vez, en las cercanías de un hotel enclavado en una zona arqueológica de la ciudad de México, aparecen sucesivamente cadáveres de bellas muchachas asesinadas. El «Santo» y sus amigos, el investigador Fernando, su novia, la periodista Virginia, su ayudante y otros, caen en la trampa tendida por el arqueólogo profesor Correa. En una determinada secuencia el profesor arranca al «Santo» su máscara. Y, como ocurre en los foto-romance de «Killing», conocido por «Satanik» en Francia, el rostro que aparece a la vista de todos no es el del «Santo» sino el de Fernando, ya que el héroe ha conseguido huir una vez más.

René Cardona, que siguió adelante con la serie fílmica, ha dirigido también otras

películas fantásticas, entre ellas «Pulgarcito» y «El asesino invisible». «Santo Vs. el estrangulador de mujeres» es de nuevo un film de episodios, aunque, como los otros, ha sido distribuido en España como un largometraje. Se trata de una variante de «El fantasma de la Opera», y de nuevo «Santo» alterna sus luchas de **catch** con el ambiente de un teatro frívolo, habitual en casi todas las películas de la larga serie. El film resulta, en conjunto, escasamente original.

A fines de 1966, Cardona ha realizado en colaboración con su hijo un nuevo film de «Santo», con el título bondiano de «Operación 67», aún no estrenado en España.

José Díaz Morales es español, de Toledo, aunque hace años que ejerce su profesión de director en la capital azteca. Además de «El Hacha Diabólica», en la que une de nuevo a «Santo» con la bellísima Lorena Velázquez —especialista junto con Elizabeth Campbell en films fantásticos— y en la que trabaja como actor el guionista Fernando Osés, Díaz Morales ha realizado también otro film destacable: «El Santo Vs. el Barón Brakola».

Fuera de México se ha estrenado también otra curiosa película de la serie, «El ladrón de cadáveres». Su director es el acreditado Fernando Méndez, autor de «El vampiro», «El ataúd del Vampiro» y «El grito de la muerte». Con «El ladrón de cadáveres» Méndez consigue un nuevo éxito, digno de ser destacado: el ambiente de cementerios, laboratorios, etcétera, está muy logrado y el argumento renueva un filón que parecía agotado. Posteriormente, los films del «Santo» han conocido una transformación radical de argumentos y ambientación en manos de Crevenna.

Alfred B. Crevenna no es un director mexicano, como se cree habitualmente, sino alemán. Químico y antiguo empleado de la UFA, huyó a México por motivos políticos, realizando allá una larga serie de películas, entre ellas «La rebelión de los colgados», «Yambao» (obra muy interesante), «El hombre que logró ser invisible» y «Rostro infernal», por lo que no es un novato en la realización de cine fantástico. Ha rodado en 1966, el **gran año** de «Santo», dos film muy diversos, uno «Santo contra los villanos del ring», y el otro «Santo contra la invasión de los marcianos», en el que enfrenta al héroe con seres extraterrestres. Éstas son las dos últimas películas realizadas hasta la fecha sobre el más popular héroe de la fértil mitología mexicana.

Luis GASCA

Frankenstein crea su monstruo

El «Frankenstein», de James Whale, recientemente repuesto en las pantallas españolas con todos los honores, nos lleva a los inicios de toda una cinematografía de

films de terror y de ciencia ficción. Por ello, nada mejor para presentar este artículo retrospectivo que las propias palabras con las que Mary W. Shelley, autora literaria de Frankenstein, describe a su criatura: «Con todo, la mezcla de tanta belleza aislada, con sus ojos acuosos casi del mismo color blanco sucio de sus cuencas, formaban una composición aún más horripilante, incrementada por su arrugada faz y negros labios, finos y rectos...».

1929: Crisis financiera

Hollywood destruye el monolítico expresionismo haciendo una Babel de estilos con la incorporación de los valores germanos emigrados a Norteamérica. De la estancia de Paul Leni en Cinelandia, queda la constancia de unos cuantos films cuyos resultados artísticos ponen a prueba su talento creador. **El legado tenebroso** (The cat and the canary, 1927) y **El teatro siniestro** (The last warning, 1928), son un buen testimonio de su paso y proporcionan al cine terrorífico un sustancioso filón de hallazgos tremebundos. **El legado tenebroso** es un inteligente canto al misterio de la casa solitaria y al castillo abandonado: a las herencias cobradas a veinte años vista, con parientes que hacen el coco para poner en peligro las facultades mentales de otros herederos más directos. Un Leni agudo, introspectivo, prestidigitador del espanto, hace además de Laura La Plante un símbolo del sexy, ofreciéndola como elemento suntuario y espectacular. La estrella tiene cierto aire ingenuo —sanamente ingenuo—, que contrasta poderosamente con las paredes sombrías de la vieja mansión de West, el millonario solterón y resentido que, con cierto humor macabro, pone condiciones enervantes a sus parientes a la hora de entrar en posesión de la herencia.

Conocíamos a Leni como maestro del decorado: en **El hombre de las figuras de cera** (Wachsfugurenkabinett, 1924) lo vimos torturar a sus personajes oponiendo obstáculos, pasadizos y callejas sombrías que les alejaban de sus objetivos; en **El legado tenebroso**, las trampas, testeros misteriosos, puertas secretas que conducen a galerías sombrías, ocasionan una sinfonía de sombras, de acechantes peligros para la confiada Ann. El asesino tiene su puesto de vigía tras el retrato del difunto millonario, un gran cuadro adosado a uno de los muros del salón principal, al que ha vaciado los ojos —¡ah, criminal sádico!— y desde cuya cómoda atalaya contempla las maniobras de su víctima, entre otras, la deleitosa tarea de desnudarse y ponerse un transparente camisón de encaje para meterse en la cama. Aunque el film es mudo, Leni sustituye con la imagen todas las resonancias que gustarán y sufrirán, muy en breve, los cineístas.



Frankenstein, un monstruo que no morirá nunca...

Mary W. Shelley y su libro

Después de **Drácula** (Drácula, 1930) la crisis parece agudizarse con el desempleo masivo. La industria cinematográfica sufre ya las consecuencias, pero Universal Pictures sigue realizando películas de positiva atracción taquillera. El pánico y la incertidumbre arrojan diariamente una creciente inmolación de víctimas; el escepticismo es una especie de filosofía popular que se propaga como la peste. Carl Laemmle decide llevar a la pantalla una novela romántica escrita en 1816 por Mary Wollstonecraft, esposa del poeta inglés Percy Bysshe Shelley; el libro es **El Doctor Frankenstein o El moderno Prometeo**. Esta obra de Mary W. Shelley, tiene su origen en la tormenta. Vale la pena el relato sucinto del caso: El verano de 1816, Shelley y su esposa, acompañados por Lord Byron y de su secretario John William Polidori, en viaje por Suiza, quedaron bloqueados en Villa Diodati a causa de una gran tormenta que duró todo el día y parte de la noche. En la obligada tertulia formada por tan ilustres personajes, la conversación giró en torno a historias fantasmales o sobrenaturales, y de la apasionada relación de todos los puntos discutidos, nació la idea de escribir cada uno de los contertulios una historia terrorífica. Pasada la tormenta, aquella mágica sugestión desapareció en Shelley y Lord Byron, pero no en la esposa del primero ni en el secretario Polidori, que cumplieron su pacto; la primera con **El Doctor Frankenstein**, el segundo con **El vampiro** (The Vampyre).

La técnica utilizada por Mary W. Shelley tiene mucho que ver con las narraciones fantásticas de origen irlandés, mezcladas con las teorías científicas germanas muy discutidas en aquel tiempo. La propia escritora se delata en uno de los pasajes del

libro: «El acontecimiento en que se funda este relato ha sido considerado por el doctor Darwin y algunos escritores científicos alemanes como algo dentro de lo posible». Para A. Camerino, **Frankenstein o El moderno Prometeo** es «entre las numerosas novelas terroríficas aparecidas a principios del siglo pasado en Inglaterra, la mejor. En su género, es una obra rica en colorido; la habilidad en dar forma a estas macabras y aterrorizantes fantasías se revela aquí de tal forma que Richard Garnett escribió que solamente magnetizada por su marido pudo la Shelley escribir el libro».

El tema y la adaptación

En principio el film fue confiado por Laemmle a Robert Florey que, incluso, trabajó un poco en el guión; pero el productor, cambiando de idea, lo sustituyó por James Whale. En lo sucesivo, Whale sería un realizador fundamental del cine truculento y sus obras destacarían por su aguda sensibilidad y, no pocas veces, por el humor. Debemos reprochar a Whale la utilización, para construir el guión, de la versión teatral de Peggy Webling que trasplantaba la acción del libro a nuestra época, conservando al propio tiempo numerosos elementos románticos que restaban unidad al film, dándole además cierto tono declamatorio y teatral. Tal como concibiera el asunto el guionista John L. Balderston —responsable también del guión del «Drácula» de Tod Browning, con iguales defectos teatrales—, el contenido esencial es así:

El joven doctor Frankenstein, cuyas teorías científicas producen burlas entre sus colegas, se recluye en una torre solitaria donde ha montado su laboratorio y decide fabricar un ser humano con miembros de cadáveres, al que dará vida por medio de fuertes corrientes eléctricas. Todas las noches el sabio doctor, acompañado de un fiel sirviente jorobado, abre las tumbas recientes y roba sus cadáveres, llevando los cuerpos al laboratorio donde secciona las partes mejores. Una vez fabricado el cuerpo envía a su criado a la Facultad para que robe el cerebro, conservado en alcohol, que perteneció a un sabio; pero el frasco se le rompe y el criado, temiendo las iras de su amo, lo sustituye por el de un peligroso criminal ejecutado.

Elizabeth, prometida del doctor, se presenta en el laboratorio acompañada de su amigo Víctor y del profesor Waldemann, inquietos por la prolongada reclusión del joven científico. Ante sus aterrorizados ojos lleva a cabo la experiencia de dar vida a un ser monstruoso que, nada más abrir los ojos, lanza una mirada preñada de odio. El mal que anida en el cerebro del monstruo no tarda en manifestarse, asesinando al criado que en cierta ocasión lo flageló sin piedad. A punto de celebrar Frankenstein sus esponsales con Elizabeth, el monstruo huye después de matar a Waldemann y a una niña que poco antes había jugado inocentemente con él. El doctor es capturado por el monstruo y llevado a un viejo molino, desde donde resiste el acoso de la encolerizada multitud. Los campesinos prenden fuego, al refugio, el doctor puede ser rescatado con vida, y la noche se llena de los aullidos del monstruo al debatirse

moribundo en el brasero ardiente del molino en llamas...

Si el relato de Mary W. Shelley estaba influido por la literatura germana, tampoco el film se libra del estilo de los expresionistas. De lo que no cabe duda es que **El Doctor Frankenstein** tiene más unidad que el libro. Antonio Gobernado en su prólogo a la edición de Aguilar apunta que «el monstruo del doctor Frankenstein era tal monstruo porque su auxiliar, al robar el cerebro en el aula de la Universidad, rompió el del **hombre bueno** y, por no irse con las manos vacías, se llevó el del **hombre malo**. Toda la desilusión del doctor Frankenstein al ver o lo que había dado vida queda justificada desde una lógica vulgar y corriente y el monstruo es tal monstruo, aunque la cosa se deba a un hecho fortuito». Razonamiento tan elemental parece restar a la obra categoría. Sin embargo, muchas de las reflexiones de tipo moral que se hace la autora, han sido expurgadas del guión con excelente criterio. Así, esta primera salida del monstruo al cine constituyó un éxito de clamor.

El guión condenaba la soberbia del hombre de ciencia que intenta colocarse a la altura del Creador; si este Saturno era devorado por su hijo, en cambio se ponía en la picota a los científicos investigadores como entes soberbios, capaces de emular la obra divina. Wall Street y todas las ligas puritanas del país estaban tras de estas predicaciones y por la insistencia con que fueron mostrados en el cine toda una variada colección de sabios locos puede pulsarse hasta qué punto molestaban ciertos avances progresistas.

El público se rendía a la fascinante presencia del monstruo de Frankenstein y Boris Karloff, cuyo nombre había sido sustituido en el «cast» por una interrogación, se hizo célebre rápidamente al romperse el anonimato. Si había cierta predisposición del público al espanto, pronto eran tranquilizados aquellos espectadores más pusilánimes por la paternalista intervención de mister Laemmle que, al principio del film, les advertía no se tomaran la cosa en serio, pues lo que iban a ver era una fantasía bien lejana de la realidad.

La fantasía y lo irreal darían motivo a una segunda parte del asunto, ya que los resultados comerciales habían sido hartamente palpables. El doctor fabricaba una novia para el monstruo, un ser tiernamente monstruoso, grotescamente femenino, que rechazaba llena de miedo a su compañero. Este sentido del humor que James Whale sabía llenar a ratos de poesía, daban a **La novia de Frankenstein** (*The Bride of Frankenstein*, 1935) mayor calidad y unidad que a su predecesora y si el objetivo de esta monstruosa novia era la procreación, aunque en el film no se llevara a efecto por aquello del atractivo sexual, bien es cierto que la proliferación de películas inspiradas en el relato de la Shelley es una de las más ricas, variadas y discutibles de todo el cine de terror.

En **La novia de Frankenstein**, con el prólogo que animaba la famosa reunión en Villa Diodati, se perseguía un objetivo altamente moral y el film todo pulsaba no pocos resortes que diesen consistencia a la nueva aparición del Monstruo. El monstruo —que aquí hablaba ya— exigía a su creador una mujer y hacía esta

exigencia escudándose en el chantaje y la presión. Pero la verdadera fuerza del mal está representada por el doctor Pretorius, creador de muñecos vivientes —seres humanos reducidos a pigmeos que guarda en tarros de cristal y que somete sádicamente a las torturas de los celos, del poder, el amor y otras flaquezas humanas — que este pigmalión muestra con cierta diabólica complacencia, pero también con un sentimiento de inferioridad ante la grandeza de la creación de su colega Frankenstein.



... mientras el cine exista.

Cine de sabios locos perfectamente catalogados y jerarquizados, que Hollywood, en estos años de la depresión, muestra a los públicos de todo el mundo con singular saña.

Manuel ROTELLAR

FILMOGRAFÍA DE FRANKENSTEIN

- 1902. FRANKENSTEIN'S TRESTLE. USA. Director: Wallace Mac Cutcheon.
- 1910. FRANKENSTEIN. USA. Director: J. Searle Dawley. En el monstruo: Charles Ogle.
- 1920. IL MOSTRO DI FRANKENSTEIN. Italia. Director: Eugenio Testa. En el monstruo: Umberto Guarracino.
- 1931. FRANKENSTEIN. USA. Director: James Whale. En el monstruo: Boris Karloff.
- 1933. MICKEY'S GALA PREMIER. USA. Dibujos animados de Walt Disney.
- 1935. THE BRIDE OF FRANKENSTEIN. USA. Director: James Whale. En el monstruo: Boris Karloff.
- 1939. THE SON OF FRANKENSTEIN. USA. Director: Rowland V. Lee. En el monstruo: Boris Karloff.

- 1941. THE GHOST OF FRANKENSTEIN. USA. Director: Erle C. Kenton. En el monstruo: Lon Chaney, Jr.
- 1942. FRANKENSTEIN'S CAT. USA. Dibujos animados de Mannie Davis.
- 1943. FRANKENSTEIN MEETS THE WOLF-MAN, USA. Director: Roy William Neill. En el monstruo: Bela Lugosi.
- 1944. HOUSE OF FRANKENSTEIN. USA. Director: Erle C. Kenton. En el monstruo: George Zucco.
- 1945. HOUSE OF DRACULA. USA. Director: Erle C. Kenton. En el monstruo: Glenn Strange.
- 1947. THE SECRET LIFE OF WALTER MITTY. USA. Director: Norman Z. McLeod. Boris Karloff aparecía como monstruo en los sueños de Mitty (Danny Kaye).
- 1948. ABBOT AND COSTELLO MEET FRANKENSTEIN. USA. Director: Charles T. Barton. En el monstruo: Glenn Strange.
- 1952. TORTICOLA CONTRE FRANKENSBURG. Francia. Director: Paul Paviot. En el monstruo: Michel Piccoli (Parodia).
- 1957. THE CURSE OF FRANKENSTEIN. Inglaterra. Director: Terence Fisher. En el monstruo: Christopher Lee.
- 1958. THE REVENGE OF FRANKENSTEIN. Inglaterra. Director: Terence Fisher.
- 1958. FRANKENSTEIN 1970. Anglonorteamericana. Director: Howard W. Koch.
- 1958. FRANKENSTEIN'S DAUGHTER. Inglaterra. Director: Richard Cuhna.
- 1963. EVIL OF FRANKENSTEIN. Inglaterra. Director: Freddie Francis. En el monstruo: Kiwi Kingston.
- 1964. FRANKENSTEIN MEETS THE SPACE MONSTER. USA. Director: Robert Gaffney.
- 1965. FURAKENSHUTAIN TAI BARAGON. Japón. Director: Ishiro Honda.
- 1967. FRANKENSTEIN CREATED WOMAN. Inglaterra. Director: Terence Fisher.

«Aniara»: una ópera espacial

No son corrientes los casos en que la música y la ciencia ficción se asocian en la noticia de un gran éxito, y menos aún cuando esta música se llama ópera. Es por ello

que hemos creído interesante traer aquí, tomando como base unos artículos aparecidos en el periódico de Estocolmo **Dagens Nyheter**, la noticia y los pormenores de un extraordinario suceso que tiene por nombre «Aniara».

La historia moderna de la música en Suecia registrará dos fechas del presente año: una el 16 de mayo, la otra el 14 de junio. Los motivos son bien distintos.

La primera, el 16 de mayo de 1968, corresponde a la 100 representación de la ópera **Aniara**. Se trata de un verdadero récord, pues la segunda de las óperas en la lista de las más representadas en el país escandinavo está desde el año 1910 tratando de lograr ser centenaria en representaciones, sin llegarlo a conseguir.

¡Y **Aniara** es una astronave!

Una astronave que ya ha despegado cien veces y cuya rampa de lanzamiento se halla en la plaza Gustav Adolfs de la capital sueca, en el **Kungliga Teatern** (Teatro Real).

Con esto, **Aniara** está escribiendo historia de la música, ya que lo que en su estreno, en junio de 1959, fue calificado de aventura incierta es, en junio de 1968, un clásico de la ópera.

Aniara se encuentra ya para siempre en su órbita.

Tras sus previas 99 singladuras, la orquesta real ha hallado su tonalidad «galáctica». El coro hace el perfecto eco al Cosmos. Los solistas actúan, marcados por el hado, en el interior de la nave. Lo que en 1959 era música experimental que conmovía a los espectadores es, nueve años más tarde, música clásica.

Lo difícil del comienzo, cuando nadie, ni aún sus mismos autores, podía predecir el éxito futuro, tan sólo nos puede ser contado por Karl-Birger Blomdahl, autor de la música: «Mi recuerdo más profundo hoy es la casi insensata generosidad de Martinson», nos dice. Harry Martinson es el autor de los poemas sobre los que Erik Lindegren realizó el «libretto» de **Aniara**. «Había estado» dice, «durante muchos años a la busca de un tema. Entonces leí los poemas y de inmediato concebí visiones de una versión músico-dramática. Mi compañero de quince años de trabajo, Erik Lindegren, tuvo las mismas visiones, así que nos dirigimos a Harry Martinson, posiblemente tan cegados y atontados por la emoción que ni siquiera pensamos en la magnitud de lo que nos proponíamos: el que un poeta tendría que entregarle a otro una obra maestra, para que éste la arreglase en tal forma que un compositor la pudiese convertir en música...».

Y no sólo fue difícil su creación, sino que también lo resultó su presentación ante el público. Su primera noche fue un gran éxito pero no obstante, aún tras esto, surgió una especie de duda conservadora. Seguía siendo música moderna. Tres días después del estreno la Opera emitía un comunicado que anunciaba que: «... tendrá todavía lugar otra representación de **Aniara** debido a las repetidas peticiones al respecto...».

«**Aniara** ha sido y es uno de nuestros más grandes éxitos con el público», dice el

director de la Opera, Göran Gentele. «Hubo unos cincuenta llenos de un solo tirón. Hemos tenido éxito con **Aniara** dondequiera que la hemos representado, especialmente en Montreal (Canadá), donde se nos hizo la oferta de ir a Nueva York, algo que todavía no hemos hecho. Así que sabemos que esta “ópera espacial sueca” es algo que tenemos que llevar con nosotros a cualquier parte a donde vayamos».

Aniara ha sido representada en Hamburgo y Darmstadt (Alemania) y Bruselas (Bélgica). Está grabada en disco y se ha teletransmitido por Eurovisión.

Después de las dificultades iniciales, vino la suerte: los rusos lanzaron a Gagarin y esto dio unas perspectivas de realidad a las visiones dramaticomusicales.

«Todo el mundo me felicitó por mi afortunada especulación», confiesa Blomdahl. «Se dice que **Aniara** tuvo una programación perfecta. Sin embargo, les aseguro que tenemos pocas posibilidades de dirigir los programas espaciales de los rusos o de los americanos. ¡Aunque saquemos alguna propaganda de ellos!».

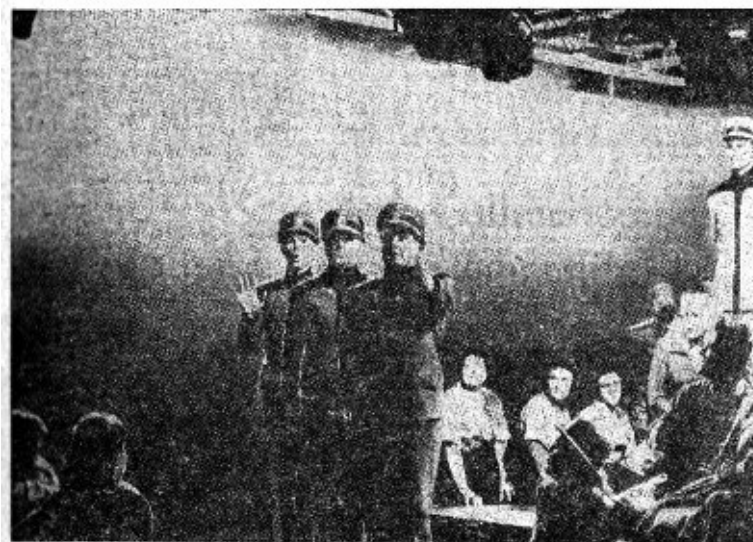
Pero el éxito no ha cegado a Blomdahl, que informa:

«Ahora estoy trabajando en una nueva ópera sobre computadoras. Lleva la misma dirección que **Aniara**: hacia delante. Las fantasías sobre las que está construida la ópera: hacia adelante. Las fantasías solamente en algo común. Espacionaves tripuladas... nadie tenía ni idea sobre la ciencia ficción cuando hablamos de ellas entonces. Ahora ya no es preciso explicar nada».

Aniara es ya por lo tanto una espacionave vieja. Hay nuevas cosas en el mundo de hoy. Los cohetes zumban y brillan hoy en Cabo Kennedy.

Pero:

... en la gran Sala de Asambleas
bailan todos
los que no tienen guardia de centinela
ante el infinito.



«Aniara»...

La nave de la plaza Gustav Adolf está, por tanto, por encima, porque su mensaje es atemporal.

La segunda de las fechas, 14 de junio de 1968, quedará inscrita en la historia musical sueca por motivos bien distintos al alegre centenario de la anterior: en ese día, Karl-Birger Blomdahl fallecía a la edad de 51 años.

Nació en octubre de 1916 en Växjö, una ciudad del sur de Suecia de la que se trasladó a Estocolmo para continuar sus estudios de bioquímica al final de los cuales fue empleado por la compañía del gas. Más tarde solicitó un lugar en la clase de contrapunto de la Academia de Música, no siendo aceptado.

Sin desanimarse por esto, en 1938 comenzó a componer y tres años más tarde prosiguió sus estudios musicales en Francia, Italia y Suiza.

En enero de 1945 se representó su primera sinfonía en la Unión de Conciertos produciendo buena impresión entre los críticos. En 1950 ya se le contaba entre los compositores de éxito. En 1960 se le hacía catedrático de composición en el colegio de música y en 1965 jefe del departamento musical de Radio Suecia.

Este verano pensaba dedicarlo a escribir la música de la ópera basada en un «libretto» de Hannes Alfvén y suyo que ya había recibido el prometedor título de **Sagan om den stora datamaskinen** (La leyenda de la gran Computadora).



... y su creador, Karl-Birger Blomdahl (derecha).

Descanse en paz Karl-Birger Blomdahl, arrebatado por la muerte cuando estaba a punto de dar al mundo su segunda ópera de ciencia ficción...

Berit SANDBERG
Luis VIGIL

Un comic de otros tiempos: «El universo en guerra»

Seguimos con nuestra labor de desenterrar para ustedes la vieja ciencia ficción dentro de todos los órdenes. Y esta vez es el comic el que, surgido de la mano de nuestro desempolvador oficial Alfonso Figueras, la persona que más conoce de los comienzos de la ciencia ficción en España, nos resucita uno de los primeros y mejores comics españoles de ciencia ficción: «El universo en guerra», de Jaime Tomás.

Cuando a principios de los años treinta llega a España la primera gran oleada de historietas fantásticas con dibujos de gran calidad, de procedencia americana, todo el hasta entonces tranquilo mundo en el que vegetaban apaciblemente nuestros dibujantes y los poquísimos guionistas de la época se conmovió hasta los cimientos.

El impacto, producido principalmente por los dibujos de Alex Raymond, desató una especie de maratón de imitaciones. Puede decirse que fueron muy pocos los dibujantes jóvenes que escaparon a la fascinación ejercida por la técnica desplegada por el artista americano, visto que algunos le imitaron sin más, mientras otros intentaban, asimilar sus hallazgos y descubrimientos dentro del oficio, aplicándolos a su propio estilo.

Buck Rogers, Brick Bradford y Flash Gordon irrumpen en las páginas de las revistas editadas por la ya desaparecida Hispano Americana de Ediciones casi al mismo tiempo, causando un gran revuelo entre profesionales y aficionados, amantes de un género casi tan sólo presentido en estas latitudes, hambrientos siempre de rayos fantásticos con los que alumbrar y alimentar la imaginación.

Las incursiones de los dibujantes españoles en los temas de ciencia ficción habían sido casi inexistentes en aquellos tiempos, salvo contadas excepciones como Xandaró, que publicó una historieta interplanetaria a principios de siglo en el semanario **Gente Menuda**, o como Juan G. Junceda que crea **Urania, un viatge interplanetari** (Urania, un viaje interplanetario) editada en catalán por Baguñá en 1925, o **Un viatge a la lluna** (Un viaje a la luna) con guión de Joaquim Fecit y dibujada por Miret, que apareció en 1928 en el semanario **Violet**, y otro **Viaje** ilustrado por Serra Masana en las páginas centrales de **TBO** hacia 1930. Aparte de esto poca cosa más.

Al entrar en escena los fabulosos héroes americanos, las numerosas publicaciones de Editorial Marco iniciaron una tremenda ofensiva y, capitaneados por el escritor y guionista J. Canellas Casals, los dibujantes Darnís y Farells (Kif), empezaron a producir historietas fantásticas, más o menos interplanetarias, en cantidades industriales.

Jack, el dominador del Universo, Nick Pecho de Hierro, En los dominios de

los Buitres Infernales, El Cielo Envenenado, La Guerra Futura. Tales eran algunos de los sugestivos títulos fruto de la tremenda inventiva de Canellas. La imaginación de este escritor llegaba al delirio más desenfrenado y sus argumentos, cada vez más alambicados, estallaban en un frenesí descomunal, apasionado, barroco y extrañamente romántico, ya que sus héroes intergalácticos se expresaban en la misma forma y gritaban las mismas interjecciones que Athos, Portos y Aramis.

En medio de este torbellino de innovaciones, había alguna publicación que contemplaba los acontecimientos con más calma. Este es el caso del semanario **Pocholo**, una verdadera institución del buen hacer, presentado con pulcritud y esmero por la Editorial Vives, que logró para su revista un tiraje de excepción, como también eran de excepción los redactores y dibujantes, colaboradores habituales de la misma, jóvenes y entusiastas, verdaderos «astros» de la historieta en aquel tiempo.

Jesús Blasco, autor de **Zarpa de Acero**, hizo allí sus primeras armas, así como otros muchos dibujantes que se destacaron por la calidad de sus trabajos y, entre ellos, el prematuramente desaparecido Jaime Tomás, dibujante del tipo de historietas llamadas «cómic», autor de la más o menos fantástica aventura **La Isla de los Galeones**, en su primera incursión al dibujo «serio», de neta influencia raymoniana y, posteriormente, realizador de **El Universo en Guerra**.

Es este el verdadero primer intento de comic español de ciencia ficción, ya que si Jaime Tomás se deja llevar en **La Isla de los Galeones** por la influencia del dibujo de Alex Raymond, en el caso de **El Universo en Guerra** tan sólo se aprovecha de algún hallazgo técnico, e incluso se aparta de él en la manera de tratar el género, tal como lo hacían los dibujantes yanquis (me refiero con esto a Dick Calkins, Clarence Gray y Raymond, los que, aunque distanciados claramente entre sí, tanto en el fondo como en la forma de enfocar sus temas de ciencia ficción, mantienen siempre una visión muy americana).

Por el contrario, en **El Universo en Guerra**, Jaime Tomás realiza una obra netamente europea, con un trabajo más intensamente sentido, más pensado, notándosele una preocupación por dar a su obra una cierta dimensión importante que, hasta entonces, no se había dado en España.

El Universo en Guerra tiene un sabor más bien germánico: la maquinaria, las ciudades, la grandiosidad de las escenas recuerdan a **Metrópolis** de Fritz Lang, así como muchos enfoques de las viñetas retrotraen a la «manera de hacer» del célebre director cinematográfico alemán y a las elucubraciones imaginativas, con pinceladas tétricas, de Thea von Harbou, artífice de los argumentos y guiones de tantos films de Lang (¿algún viejecito recuerda **La Mujer en la Luna?**).



«El universo en guerra»: comic año treinta.

También se refleja en la historieta de Jaime Tomás cierta atmósfera «a lo Wells»; algo flota en el ambiente que la emparenta con el film **La Vida Futura**, basado en la obra del citado autor británico. Lo verdaderamente curioso es que, en la fecha de aparición de la historieta, esta película tan sólo era un proyecto...

Otra novedad aportada por el comic comentado es que el protagonista no es ningún personaje exótico, como era de rigor en aquellos tiempos, sino que se trata limpia y llanamente de Luis Prat, reportero de «El Tiempo», periódico que se suponía en la Barcelona, ahora cada vez más próxima, de 1990, año en que arranca la narración, precisamente con el texto que sigue:

«1990. El mundo es feliz. ¡Bien ganado tiene este sosiego! Desde el año 1940, puede decirse que es tal la preparación aéreo-química de los ejércitos mundiales, que una nueva guerra, fuese entre las potencias que fueren, significaba el total aniquilamiento del agresor y del agredido. Las armas garantizaban la paz. ¿Es extraño, verdad? Pero en las postrimerías de un siglo de locuras, toda locura tiene acomodo».



Alfonso FIGUERAS

se dice

LIBROS

El título escogido por la editorial Denoël para el último de los volúmenes de su colección *Présence du Futur*, **La Science-Fiction pour ceux qui détestent la Science-Fiction** (La ciencia ficción para aquellos que detestan la ciencia ficción) no aparece como muy juicioso a nuestro corresponsal francés, Jacques Ferron, que nos dice:

«Es un arma de doble filo, ya que, justamente, los textos escogidos por el presentador corren el peligro de confirmar a los lectores no advertidos en su aversión hacia la ciencia ficción. Esto se debe a que no basta, para hacer un libro, con alinear nombres de autores, aunque se trate de los más célebres...».

Tras analizar los relatos contenidos en la antología y demostrar su desencanto ante ella, nuestro corresponsal reflexiona ante la triste situación de la ciencia ficción francesa, que sólo cuenta con la colección citada en plan cualitativo, por lo que se lamenta: «Las ediciones Denoël tienen el mérito de mantener una colección de ciencia ficción en un momento en que la expresión escrita se hace cada vez más rara y cada vez más pobre».

Confiemos en su renacer.

No es muy usual la recepción de libros de ciencia ficción mejicanos en España; por ello nos alegró recibir, casi al mismo tiempo, dos obras de gran calidad que nos vienen a demostrar el nivel internacional alcanzado por los escritores del país azteca.

El primero de ellos, **Hacia el infinito**, es una antología de cuentos de Agustín Cortés Gaviño, director de la revista literaria **Xilote**, editora de este volumen. Es este un libro modestamente presentado, pero con una densidad que compensa con creces lo rústico de la edición. Creemos dignos de destacar los relatos «Cuando no se piensa», amarga crítica social de un ¿próximo? futuro y, sobre todo «Cuando decline el día», una novela corta situada tras la tercera guerra mundial, pero a la que un delicioso sabor local coloca por encima de las ya demasiado numerosas obras con esa temática.



Hacia el infinito desde México D. F.

El segundo de los libros, de Editorial Diana e importado por la sucursal española de la misma, es la también antología de cuentos **La nueva prehistoria** de René Rebetez. Lo que de rústico tenía el libro anteriormente comentado lo tiene este de bien cuidado, aunque para nosotros su interés, basado en el contenido, ande parejo. El mismo Agustín Cortés Gaviño dice de este libro que «abre caminos dentro de la narrativa mexicana», opinión a la que nos adherimos totalmente, así como a la de que «se trata de una obra que puede competir de igual a igual con lo mejor del género que se produzca en el mundo».

Ciertamente «El desertor» es un relato que, por su sabor local, por la atmósfera que sabe crear no sería desdeñado por ninguna firma, por encumbrada que ésta se halle, mientras que el relato que da título a la obra, «La nueva prehistoria», no desmerecería entre las mejores obras de la ciencia ficción escalofriante.

La ciencia ficción mejicana demuestra que la proximidad al coloso norteamericano no ha logrado atrofiar la cantera local, lo cual es algo muy encomiable.



René Rebetez anuncia la nueva prehistoria.

De Méjico también, editado por la Editora Nacional, nos llega otro libro que, aunque de un orden totalmente distinto al de los anteriores, creemos interesante mencionar ante las peticiones de numerosos lectores que desean que les informemos de los libros que, pertenecientes al género o emparentados con él, aparezcan en colecciones que por no dedicarse habitualmente a esta clase de literatura sean difíciles de controlar por el aficionado.

Gustosamente llevamos a cabo tal tarea informativa, aunque para ello deseemos pedir también la ayuda de los mismos lectores, pues en muchos casos nuestra información es obtenida en la misma forma que la de cualquiera de ustedes, esto es al hallar una obra nueva en algún rincón perdido de una librería.

La obra a la que nos referimos en este caso pertenece al apartado de las emparentadas con el género, ya que se trata de **La isla de los pingüinos** de Anatole France, en la que el autor usa de una utopía, la de unos pingüinos convertidos milagrosamente en hombres, para criticar las costumbres de la raza humana. Obra de un cierto interés, sobre todo para el coleccionista.



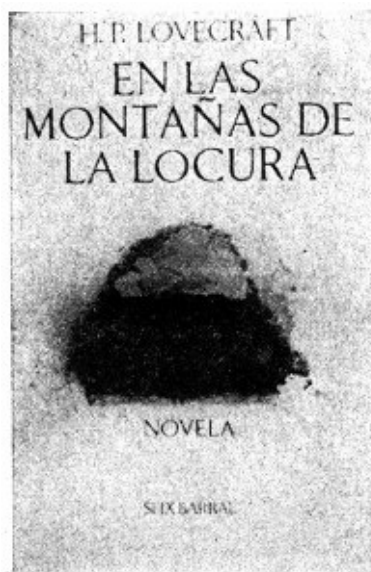
Anatole France y sus pingüinos: condena social.

Otro libro aparecido en una colección que no se dedica genéricamente a este tipo de publicaciones es **En las montañas de la locura**, del escritor norteamericano H. P. Lovecraft, editado por Seix y Barral en su **Biblioteca Breve**.

Lovecraft ha sabido como nadie elaborar mundos fantásticos en los que el terror a lo desconocido, a lo supernatural, es un elemento tan tangible como el suelo, no siempre seguro, que pisan los personajes. Su mitología, sus «Grandes Antiguos», ha creado escuela, dándose el caso de que una obra imaginaria que menciona en sus obras: «El Necronomicón», supuesto libro de magia del árabe loco Abdul Azared, es frecuentemente solicitado en las bibliotecas públicas.

Realmente es un buen libro para entablar conocimiento con el alucinante mundo de Lovecraft para todos aquellos que aún no se hayan atrevido a penetrar en tan

aterradora dimensión.



El terror de Lovecraft; ¿fantasía o realidad?

La intención de Editorial Molino desde hace cierto tiempo era, al menos así nos informa uno de nuestros colaboradores, el crear una colección especializada de ciencia ficción dentro de su «Biblioteca Oro» de formato de bolsillo, tal como tiene, por ejemplo, las de «Casos Célebres» o de «Espionaje». Luego, algo hizo abandonar esa idea, publicándose los relatos ya adquiridos dentro del anonimato de dicha Biblioteca Oro.

El último de esos volúmenes es, ya bajo el subtítulo de «Anticipación», la antología de Groff Conklin **Encrucijadas del tiempo** (Crossroads in Time), en la que se agrupan relatos de Simak, Leinster, Sturgeon, Leiber y otros autores menos conocidos del público de habla castellana. Un libro más de la cada día más nutrida bibliografía de la ciencia ficción en los países iberoamericanos.



Una colección que no lo es: Anticipación de Biblioteca Oro.

Tras su absolución por el Tribunal de Orden Público (la acusación que pesaba sobre el escritor era la de difundir impresos clandestinos y, a consecuencia de ello, fue secuestrada la obra), Carlos María Ydígoras ha podido poner ya a la venta su libro **Los Usacos**, una novela de política ficción cuya acción tiene lugar en Norteamérica, envolviendo en su trama al «Che».

REVISTAS

Debido a unas ventas en continuo descenso, parece ser que el próximo número de la revista argentina de ciencia ficción **Minotauro**, el 10, será el último de la citada publicación.

De confirmarse tal noticia sería lamentable, pues la literatura anticipativa en castellano no anda tan sobrada de revistas como para que no se note la desaparición de una de ellas. Y menos si esa una atiende a un nombre tan prestigioso como **Minotauro**.

El número 10, de próxima aparición, contendrá según nuestros informes relatos de Aldiss, Knight, Bester, Sturgeon, Aandahl y un cuento del español Atienza y otro del uruguayo Díaz. Realmente, desearíamos que la noticia de esta desaparición fuese desautorizada por nuestro apreciado amigo, colega y director de **Minotauro** Francisco Porrúa.

El British Arts Council (Consejo de las artes de Gran Bretaña) ha concedido a la revista de ciencia ficción **New Worlds** (Nuevos mundos) un subsidio de emergencia como voto de confianza en la misma y tratando de remediar la delicada situación en que se encontraba la misma.

Esta situación había sido originada por la prohibición del reciente número de marzo, efectuada por W. H. Smith, el principal distribuidor de las Islas, sobre la base de que contenía, en la tercera parte del serial **Bug Jack Barron**, algunas «palabras soeces».

Posteriormente, y aparentemente bajo la presión de Consejo y de la prensa, el distribuidor ha levantado la prohibición y ha aceptado el número de abril con la cuarta parte del serial.

Esto ha llevado a Sylvester Stein, editor de la revista, a declarar que se hallaba muy satisfecho de la postura adoptada por el Consejo, que había permitido conseguir una victoria sobre la censura privada y que creía que todos podían comprender que el lector habitual de su revista lo es por las posibilidades imaginativas de la misma y no por lascivia.

El autor del serial, Norman Spinrad, ha aceptado ya una oferta de publicación de la obra en los Estados Unidos por la editorial Avon, que pretende presentar el libro sin ninguna clase de cambios, cortes o retoques.

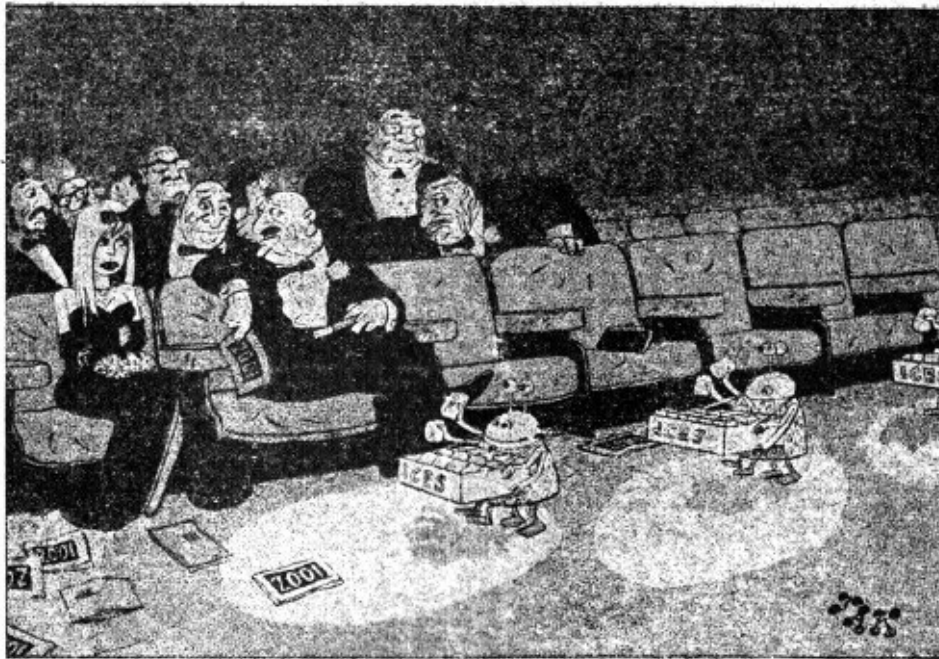
Nos llegan nuevas informaciones sobre anécdotas acaecidas durante el rodaje de la **2001, a Space Odyssey** (2001, una odisea espacial), la cinta de Stanley Kubrick y Arthur C. Clarke que está causando tantas polémicas en aquellos lugares donde ya se ha estrenado, y que deseamos transmitirles a nuestros lectores, visto su interés.

La película ha representado para la MGM la suma de diez millones de dólares de gastos, lo que, dada la ausencia de grandes nombres en el reparto, nos indica las enormes inversiones realizadas en los centenares de efectos especiales que hacen de esta obra una anticipación realmente lograda de lo que verá el hombre en el espacio exterior.

Ya hablamos en nuestro número uno de los trajes espaciales usados en el rodaje y como funcionaban sus accesorios, permitiendo a Kubrick la dirección de sus actores a través de las radios de las escafandras. Pues bien, eso no es todo. Nos enteramos ahora de que dichos actores debían controlar constantemente el contenido de sus depósitos de aire, ¡de los que dependían para su respiración!, por lo que no era raro el caso de que aún en medio del rodaje, alguno de ellos señalase el agotamiento de sus bombonas. Esto llevó a Robert Beatty, uno de los actores de film, a decir que le llegó a preocupar la posibilidad de ser el primer hombre muerto en la Luna...

Al no ser adecuados los estudios de Boreham Wood para la reconstrucción del paisaje lunar, Kubrick eligió los de Shepperton, sobre cuya superficie hizo extender más de 90 toneladas de arena gris que simulaba a la perfección el suelo del satélite. Por una rara coincidencia, en dichos estudios se había rodado, antes de la guerra, la cinta **Things to come** (La vida futura) basada en la obra del mismo título de H. G. Wells.

Por último diremos que, durante la filmación, Kubrick consultó la posible duración de la misma con un ordenador IBM, el cual dio como respuesta cuatro años, tiempo que realmente ha sido el empleado.



—Mira, Stanley; continúo diciendo que una buena película no necesita trucos. (de «Evening Standard»).

Nueve países participantes reunirá la edición de este año del Festival Internacional del Film de Ciencia Ficción celebrado en Trieste (Italia) del seis al trece de julio. Entre los films inscritos al mismo se incluyen temáticas muy diversas, desde la de los viajes interplanetarios, caso de **La nebulosa de Andrómeda** del ruso Eugeny Sherstobytov y de **Batalla más allá de las estrellas** representando a América, hasta las clásicas cintas japonesas de monstruos.

Invitado de honor a este festival es el conocidísimo actor del cine de terror Boris Karloff, intérprete de la película también concurrente **El mago**, de origen británico. La muestra comprende también la proyección de cintas destinadas al uso exclusivo de la televisión.

Sobre un argumento de Jacques Sternberg se ha realizado en Francia la cinta **Je t'aime, je t'aime** (Te amo, te amo), de la cual dice su realizador, Alain Resnais: «Espero haber contado un cuento de hadas de ciencia ficción sobre ese tema que ya tiene tres mil años: la Existencia es una extraña aventura, no sabemos por qué estamos en este mundo».

Después de esta cinta Resnais ha indicado su intención de realizar otra cuyo tema sea el de las aventuras de **Harry Dickson**, creación del mayor de los escritores fantásticos belgas, Jean Ray.



Un cuento de hadas de ciencia ficción.

Forrest J Ackerman, nuestro corresponsal en los Estados Unidos, en la entrevista del número dos de Nueva Dimensión **¿Qué pasa con el cine de terror?**, hacía una curiosa predicción al afirmar que «se podría convertir a Fritz Leiber en una estrella de cine tan buena como la mejor».

Pues bien, su predicción se ha cumplido: tal como pueden ver nuestros lectores en la fotografía adjunta, de una escena de la primera película (de terror, naturalmente) en la que participa, como actor profesional, Fritz Leiber, cuyo título es **The Curse of the Headless Monster** (La maldición del monstruo sin cabeza).



Fritz Leiber: el autor se hace actor

TEATRO

Olga Scheinpflugova, actriz, viuda de Karel Capek, falleció en Praga (Checoslovaquia) a la presunta edad de 65 años.

Hasta dos días antes de su muerte, el 13 de abril pasado, permaneció en escena representando la última de las obras de su marido **La madre**, escrita tan sólo unos

pocos meses antes de su muerte, acaecida en Nochebuena de 1938.

La señora Scheinpflugova era una de las actrices principales de la Compañía Nacional del Teatro de Praga cuando se casó con Capek en 1935. Su carrera sufrió un bache, cuando los estalinistas subieron al poder, en 1948, pero después fue rehabilitada y se le concedió el título de Artista Emérita.

TV

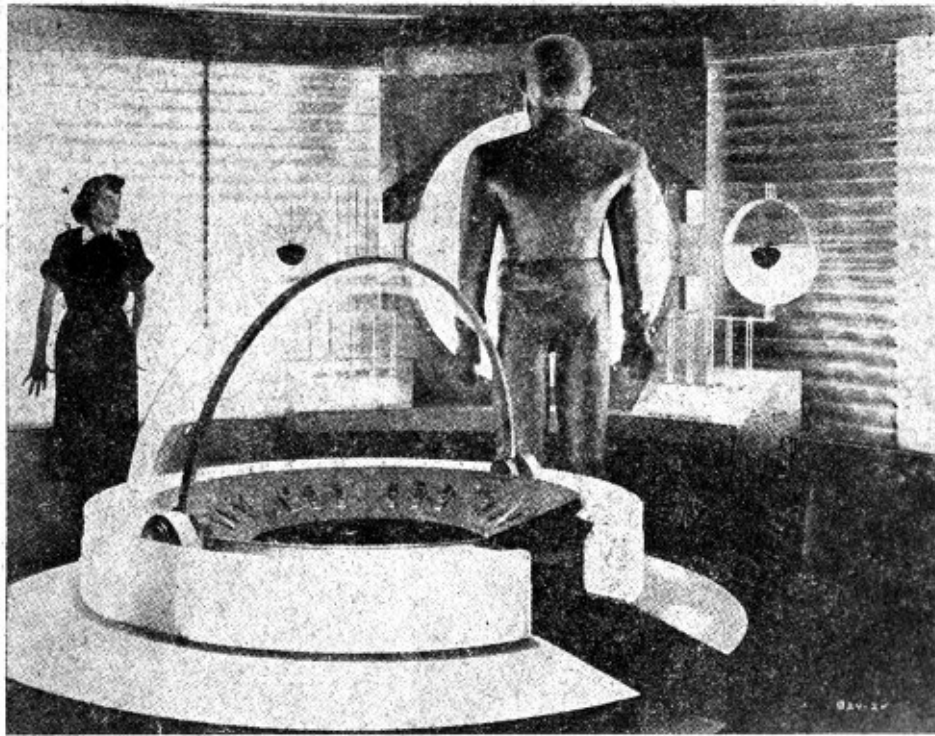
A la larga serie de triunfos acumulada en estos últimos tiempos por Televisión Española, casi todos ellos concedidos a programas de ciencia ficción o de fantasía, se le añade otro: el del periodismo especializado argentino.

La Asociación de Periodistas de Televisión y Radiofonía (APTRA) ha concedido al programa **Historias para no dormir**, dirigido por Narciso Ibáñez Serrador, el premio **Martín Fierro**, al mejor programa extranjero difundido por la televisión argentina durante 1967. Nuestra felicitación efusiva a Narciso Ibáñez Serrador, al que consideramos como tal vez el profesional más completo de TVE, al tiempo que desearíamos hacer una consideración a los organismos rectores de la misma: Dándose el caso de que prácticamente todos los programas premiados a TVE han sido programas basados en temáticas de ciencia ficción o fantasía, ¿por qué tienen tan poco interés por estos géneros? ¿Por qué nos hacen soportar, bajo el título genérico de ciencia ficción, engendros como **Viaje al fondo del mar** o **El Túnel del Tiempo**, en vez de traer programas tan acreditados como **Star Trek**?

La televisión norteamericana se está convirtiendo en un verdadero cine-club para los aficionados de ese país a la ciencia ficción y la fantasía.

En efecto, para programas «de relleno», las distintas cadenas están consumiendo verdaderas montañas de los llamados films de categoría «B» o sea de segunda clase, entre los que están clasificados, en los USA, casi todos los de los citados géneros.

Por ello, los fans yanquis han podido ver recientemente desde **War of the Worlds** (La guerra de los mundos) hasta **The day the Earth stood still** (Ultimátum a la Tierra) pasando por **Forbidden Planet** (Planeta prohibido), **This Island, Earth** (Esta isla la Tierra), **The Time Machine** (La máquina del tiempo) y clásicos del cine de terror tales cual **Frankenstein**, **Dracula** o **The Mummy** (La momia). Ello ha llevado que muchas productoras, como Hammer Films, estén no sólo preparando versiones especialmente acortadas de sus cintas para pasar en los programas, cuya duración es tan sólo de una hora, sino también planeen producir secuelas a sus mayores éxitos, por lo que no sería de extrañar que los afortunados televidentes norteamericanos disfrutasen de nuevas aventuras de Frankenstein o de King Kong.



La TV yanki y el viejo cine fantástico: «Ultimátum a la Tierra».

COMIC

En el mes de octubre de este año tendrá lugar en Buenos Aires (República Argentina) la primera Bienal Mundial de la Historieta.

Se trata de un Symposium mundial de especialistas sobre esta forma de expresión en el que tendrán lugar reuniones de trabajo, conferencias, proyecciones y una interesantísima exposición.

La Bienal está siendo organizada por la Escuela Panamericana de Arte, en colaboración con el Instituto Torcuato di Tella y el Museo de Arte Moderno.

La coordinación corre a cargo de Oscar Masotta, famoso por sus «happenings», y Enrique Lipszyck.

Nuestro colaborador Luis Gasca, conocido mundialmente como experto en el campo del comic, ha sido invitado a colaborar en la preparación de la exposición, por lo que es inminente su partida hacia la república del Plata, desde donde nos tendrá informados de tan magno acontecimiento para los aficionados a la historieta.

La Editorial Le Terrain Vague, de Eric Losfeld, vuelve a ser noticia dentro del mundo del comic de calidad al aparecer un nuevo volumen de su colección «Bandes Dessinées», en la que militan obras tan bien conocidas como Barbarella, Jodelle y Saga de Xam.

La nueva heroína, pues de tal se trata, siguiendo la tradición de la colección, se denomina **Epoxy** y se debe a las plumas de Paul Cuvelier y Jean Van Hamme. Sus aventuras transcurren en una antigüedad clásica-mitológica en la que lo fantástico es lo usual y lo usual, fantástico.



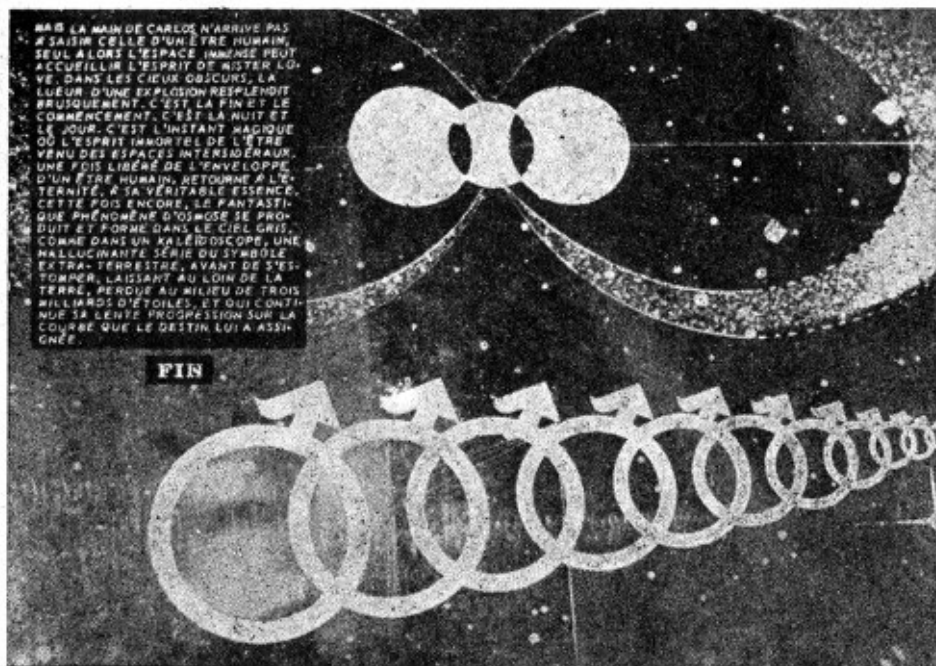
Epoxy, hermana menor de Barbarella

FUMETTI

Con el número 7 de la revista **Topless**, de cuya aparición dimos ya cuenta a ustedes en esta sección, terminan las aventuras de Mr. Love, el protagonista de la serie. Sin duda cansados de las aventuras del personaje, que pasaba más tiempo dedicado al «reposo del guerrero» que a su misión, la búsqueda de un metal misterioso, los editores han decidido eliminar al extraterrestre personaje. Dado que Mr. Love poseía la posibilidad de transmitir su entidad vital de un humano a otro, por contacto físico, en el caso de estar a punto de morir su anterior huésped, el guionista toma una medida, muy sencilla, que entraña la muerte del mismo: mata primero a todas las personas de su alrededor y así, rodeado de cadáveres, lo deja sin ningún otro humano vivo al que «transferirse».

Desaparecido pues Mr. Love, la editora Ciné Periodiques anuncia la continuación de la serie, pero con una heroína: Siderelle, «el maravilloso personaje que os transportará al mundo del año 3000», como anuncia la publicidad de dicha editora.

Atractivo adicional de la serie será que, al mismo precio de 3 francos franceses, los ejemplares constarán de 16 páginas adicionales y estarán totalmente impresos en color.



Mr. Love ha muerto..., pero de verdad.

DISCOS

No es habitual encontrar referencias a la ciencia ficción o a la fantasía en un catálogo de discos, por lo que siempre asombra al aficionado ojear el de la firma francesa **Vechambre**.

En él se encuentra, bajo el título genérico de «selección futuro», el disco de Varese **Ameriques** (Américas), el de Constant **Eloge de la Folie** (Elogio de la locura), el de Lasry-Simon **Altitude 10000** (Altitud diez mil) y el de Henry **Variations pour une porte et un soupir** (Variaciones para una puerta y un suspiro) subtulado «Perspectiva del siglo XXI».

Otros títulos de dicho catálogo son **Oral** de Malec, sobre un texto fantástico extraído de **Nadja** de André Breton y una novedad: **Le Robot** (El robot) una obra musical de Paul Boisselet.

El nuevo éxito que está conociendo en todo el mundo el rock-and-roll nos hace volver la vista atrás, hacia un disco editado a principios de los años sesenta. En él encontramos, en una interpretación del genial Gene Vincent, y junto al archiconocido Be-bop-a-lula, un rock enteramente de ciencia ficción, tanto por su tema como por sus efectos espaciales: **Spaceship**, que en el disco español recibió el subtítulo de «Viaje a Marte».

Desempolvamos esta noticia de nuestro archivo debido a que recientemente la casa grabadora ha reeditado un «single» con dos de las cuatro canciones de este disco, y es probable, dado el nuevo auge del rock, que muy pronto aparezcan las otras dos. Estén atentos, pues, a las novedades discográficas.

AUTORES

Los periódicos españoles se interesan, cada vez más, por la ciencia ficción. Son ya varios los que le han dedicado algunas de sus páginas («Levante» de Valencia, «Informaciones» de Madrid), ya sea en la forma de cuentos o con críticas y artículos. Ahora le toca el turno al rotativo «Sur», de Málaga, que desde hace un tiempo viene editando periódicamente una serie de relatos de ciencia ficción, debido todos ellos a la pluma de Eduardo Texeira, gran amigo nuestro y uno de los precursores de la ciencia ficción en España. Enhorabuena, Eduardo.

Falleció repentinamente en Oakland, California (Estados Unidos), a la edad de 56 años, el autor William Anthony Parker White, más conocido bajo el pseudónimo **Anthony Boucher**. Este «nom de plume» fue adoptado hace treinta años por el autor al comprobar que la famosa Librería del Congreso listaba a más de 75 literatos bajo el nombre de William White.

Boucher fue coeditor, junto con J. Francis Mc Comas, desde septiembre de 1954 a agosto de 1958 de la revista **The Magazine of Fantasy and Science Fiction**. Su primera historia publicada fue **Snulbug**, en el número de diciembre de 1941 de **Unknown Worlds**, y su antología en dos volúmenes **A Treasury Of Great Science Fiction** (Un tesoro de gran ciencia ficción) posee el récord de extensión con sus 1049 páginas totales.

Además de sus obras de ciencia ficción y policíacas, Boucher cooperó en diarios como crítico literario y columnista y en la radio.

Los talentos de Anthony Boucher serán echados a faltar, sin duda, tanto por el aficionado a la ciencia ficción como por el de la novela detectivesca.

Nuestro colaborador Domingo Santos continúa siendo el más traducido de los autores de ciencia ficción españoles. En efecto, tras la venta a un editor británico de uno de sus relatos para su colección de antologías **New Writings on SF** (Nuevos escritos de ciencia ficción) tal vez la más importante del Reino Unido, acaba de aparecer ahora, en la colección «Présence du Futur», de Editions Denoël, uno de sus más logrados libros, **Gabriel**, publicado en Francia bajo el mismo título.

Y no acaba aquí la cosa; nos hemos enterado de que existe interés por parte de un editor japonés por publicar en su idioma ese mismo libro.

Nos alegramos por lo que representa en cuanto a la popularización de la ciencia ficción española, en países en los que casi se desconocía o se ignoraba por completo aún su misma existencia.



Un autor español de ciencia ficción a nivel internacional.

FANDOM

El National Fantasy Fan Federation, o NFFF (Federación nacional de aficionados a la fantasía), club estadounidense del que **Nueva Dimensión** es miembro, ha creado un nuevo fanzine, el **Overseas Bureau Memo** (Memorándum de la oficina extranjera) a través del cual dicho Overseas Bureau pretende estrechar los lazos del club con sus miembros no yanquis. Otras tareas de dicha oficina son las de establecer contactos para estos miembros extranjeros, así como proporcionarles cualquier cosa que, siéndoles imposible de hallar, tuviese fácil acceso en los Estados Unidos.

Un proyecto interesante del Overseas Bureau es la edición de un opúsculo dedicado a los fandoms mundiales, escrito por especialistas de cada país.

Un desgraciado accidente ha puesto en peligro la vida de la publicación canadiense **Riverside Quarterly**, uno de los mejores fanzines actualmente editados en el continente americano.

El fanzine canadiense ha sufrido la pérdida de 450 de los 700 ejemplares editados de su último número, extraviados en tránsito desde su imprenta en Los Ángeles (Estados Unidos), lo que ha obligado a una reedición y a unas pérdidas aproximadas de unos 300 dólares, cantidad capaz de acabar con la tesorería de cualquier publicación de aficionado.

Lamentaríamos la desaparición de **Riverside Quarterly**, fanzine ganador de un Hugo, de cuya calidad tuvieron prueba a través de la historia de su autora Janet Fox **Sólo por diversión**, publicada en nuestro número uno.

Desde Suecia nos llegan noticias, por mediación de Rudy der Hagopian, editor del fanzine **Wonderama**, sobre la situación del fandom en ese país escandinavo.

Existen tres clubs principales de ciencia ficción. El **SSFS: Skandinavisk förening för science fiction** (Unión escandinava para la ciencia ficción) en Estocolmo, con un

total de unos 60 miembros. **The Club Cosmos** (el club Cosmos) de Gotemburgo, con unos 40 miembros y el **LF3** de Lund que cuenta con unos 30 socios. Igualmente existen otros clubs pequeños, uno en Borlänge denominado **OM**, otro en y uno más en Estocolmo que también responde a las siglas **SSFS**: Swedish Science Fiction Society (Sociedad sueca de ciencia ficción).

Existen en la actualidad en Suecia cuatro fanzines de aparición más o menos regular. **SF-Forum**, del SSFS (Unión), **Cosmos Bulletin**, del Club Cosmos, **SSFS Fanzine**, del SSFS (Sociedad) y un newszine, o fanzine de noticias, del fan sueco Per Insulander: **Degler**.

Igualmente están apareciendo fanzines tales como **Fanac**, de Carl J. Brandon, **SF-Nytt** (Novedades de la ciencia ficción) de Sam J. Lundwalls, **Cilloev**, de Denis Lindbohm y **Eon**, de Arvid Gunnarsson. Igualmente están a punto de aparecer un par más de fanzines entre los que se cuenta el de nuestro comunicante, que por cambio de faneditor ha estado un tiempo ausente de la escena.

Los clubs, según informa Rudy der Hagopian, mantienen entre sí relaciones bastante amistosas, excepto el **Club Cosmos**, que siendo un tanto agresivo tiene en su contra tanto a los clubs de Estocolmo como al de Lund.

En general parece ser que la ciencia ficción es bastante apreciada en Suecia, pero que, como pasa en mayor o menor escala en todos los países, el fandom ha sido incapaz de llegar a todos los aficionados al género, por lo que tan sólo una pequeña parte de éstos están integrados en el fandom de ese país.

Nueva, y prestigiosa, dirección para el fanzine Kalki. El fanzine norteamericano **Kalki**, un cultzine, esto es una publicación de aficionados destinada al culto de una personalidad (que en este caso es el escritor de obras fantásticas James Branch Cabell), cuenta con un nuevo encargado y productor.

Se trata nada menos que de James Blish, el bien conocido autor de ciencia ficción, el cual declara en su primera editorial su intención de efectuar profundos cambios en la revista, algunos de los cuales ya son apreciables en ese mismo ejemplar, como son el cambio de forma y una mayor legibilidad al abandonar el multicopiado por sistemas más perfectos.

Kalki es, asimismo, el órgano oficial de **The Fellowship of the Silver Stallion** (La Hermandad del garañón plateado), sociedad iniciada en 1965 con el mismo objeto del fanzine, esto es la creación, colección y publicación de material crítico, biográfico y de estudio sobre la obra del antedicho James Branch Cabell, así como negociar con los editores la vuelta a las imprentas de las obras de este autor.

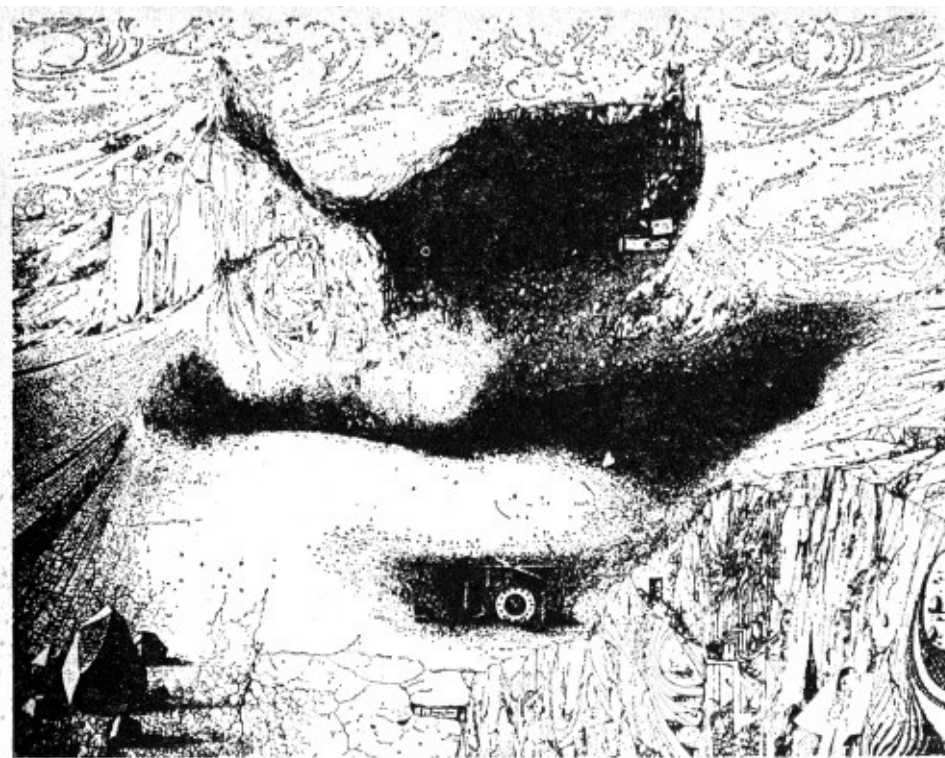
cuando apareció **Thrill Book** (El libro de las emociones). Otras crestas se produjeron en 1930, 1941, 1952, 1963. El próximo «boom» será en 1974. ¿Pueden ustedes esperar?

Nosotros estamos dispuestos a ello.

ARTE

Tras el trascendente éxito alcanzado por el «poster» de Nicolás Devil dedicado a su **Saga de Xam**, las Ediciones Eric Losfeld lanzan una nueva muestra de este arte tan en boga.

Se trata de **Le Sourire de la Joconde** (La sonrisa de la Gioconda), de Christian Broutin, el cual reproduce, a través de los detalles minuciosos de un paisaje fantástico, la «inimitable» sonrisa de la Gioconda.



El paisaje se sonríe con la Gioconda.

Un poster de terror, español esta vez, y debido a nuestro colaborador Enrich, ha sido editado por Ediciones Géminis para formar parte de una campaña de difusión y propaganda de la revista de esta editorial **Narraciones Géminis de Terror**.



El terror en las paredes: firma, Enrich.

PREMIOS

Otro premio para Asimov: el premio AAAS-Westinghouse al mejor escritor científico en revistas.

El título le ha sido concedido por su artículo **Over the Edge of the Universe** aparecido en el número de marzo de 1967 de la revista **Harper's Magazine**.

Las noticias y comentarios de esta sección proceden de las siguientes fuentes: **Abraxas 666** (fanzine), Longjumeau, Francia. **El Correo Catalán** (diario), Barcelona, España. **En las montañas de la locura** (libro), Barcelona, España. **Encrucijadas del tiempo** (libro), Barcelona, España. **Gabriel, histoire d'un robot** (libro), París, Francia. **Hacia el Infinito** (libro), México D. F., Méjico. **Horizons du Fantastique** (revista), París, Francia. **La Isla de los Pingüinos** (libro), México D. F., Méjico. **Kalki** (fanzine), Alexandría, Estados Unidos. **The National Fantasy Fan** (fanzine), Wheaton, Estados Unidos. **Notiziario CCSF** (fanzine), Venecia, Italia. **La Nueva Prehistoria** (libro), México D. F., Méjico. **Overseas Bureau Memo** (fanzine), Decatur, Estados Unidos. **Science Fiction Times** (fanzine), Syracuse, Estados Unidos. **Tele eXpress** (diario), Barcelona, España. **Le Terrain Vague** (catálogo), París, Francia. **Topless** (fumetto), París, Francia. **La Vanguardia Española** (diario), Barcelona, España. **Xilote** (revista), México D. F., Méjico. **K. Yano** (agencia literaria), Tokio, Japón. Y la colaboración de **Pedro Domingo**, Barcelona, España. **Luis Gasca**, San Sebastián, España. **Rudy der Hagopian**, Göteborg, Suecia. **Leland Sapiro**, Saskatoon, Canadá. **Marcial Souto Tizón**, Montevideo, Uruguay.

se escribe

Por fin parece que se edita algo con cabeza y pies en nuestro país y, además, con un título a mi parecer muy adecuado, por no decir definitivo. Quizás este es el nombre que debería tener la ciencia ficción, porque la ciencia ficción se refiere exclusivamente a un tipo de literatura, pero abarca realmente muchos otros campos: es decir, todos los demás. Es nuestra vida, toda nuestra **vida**, vista, vivida, desde otro punto de vista distinto: **diferente**, como también muy acertadamente lo califica la revista **Planeta**, desgraciadamente suspendida su venta en nuestro país.

Porque si nuestra añorada **Más allá** era exclusivamente literatura de ciencia ficción, **Planeta** comprendía, o comprende, ya que supongo continúa editándose en Argentina aparte del original francés, algo más. Estudiaba, publicaba ensayos, reportajes, no ya de literatura de ciencia ficción, sino de tantas y tantas cosas con las que podemos estar o no de acuerdo, pero que indudablemente eran «diferentes» de nuestra actual normalidad al uso. Así, nos presentaba unas medicinas diferentes, unas políticas diferentes, una poesías diferentes, unos dibujos diferentes, unas noticias diferentes, unas religiones diferentes. ¿Ciencia ficción? ¿Realismo fantástico? No, señores: una **nueva dimensión**. Toda nuestra vida en una **nueva dimensión**: ¿podemos decir poesía ficción, política ficción, pintura ficción, música ficción, etc.? Creo que no, y ello por la sencilla razón de que suena mal, suena a falso, y suena a impotencia de una definición.

El nombre de ciencia ficción ya no es el de una literatura a lo Asimov, a lo Lovecraft o a lo Heinlein. Se ha convertido en una idea general que a mi entender comprende toda una serie de nuevas realidades presentes y futuras. Nuestro mundo actual es un mundo que va del pasado al presente. De nuestro presente del que tanto se ignora por tanta gente, porque se nos oculta o porque no se nos informa o porque se nos engaña y miente, y del futuro del que todo lo ignoramos: es de lo que trata, digamos, la ciencia ficción. Es, a partir de aquí, un mundo paralelo. La humanidad ha avanzado por un camino trillado, construido siempre por el que el pasado nos sugiere. Ya es hora de que nos demos cuenta de que podríamos haber llegado aquí y ahora, y probablemente mucho más lejos y mejor, por uno o más caminos diferentes.

Tomemos por ejemplo la medicina. Y pensemos en la homeopatía, para la cual no existen enfermedades sino enfermos. Y nos daremos cuenta rápidamente de que no se puede tratar la misma enfermedad con la misma pastilla a todo el mundo. La fisiología, el carácter, la herencia, la constitución, las otras enfermedades ignoradas por el propio paciente, por la mezcla o suma de varios aspectos en cada uno, el color de la piel, el clima, etc., pueden no hacer conveniente para tal enfermo de tal enfermedad la misma pastilla o inyección que para otro. Sin embargo, vemos cómo

cada día se da la misma vacuna, así en serie, a todo el mundo. La homeopatía es una medicina diferente que a cada enfermo aplica una cura distinta de acuerdo con la suma que aquel único individuo da de sí mismo después de un total análisis de su ser y de su vida. Claro que esto es muy difícil. No voy a extenderme más en este aspecto, pues ni soy médico, ni menos homeópata, ni he sido tratado jamás por este sistema: hablo de ello a consecuencia de un artículo que publicó **Planeta** y que me impresionó, aparecido en uno de los pocos números que se vendieron aquí. Pero probablemente esto podría llamarse medicina ficción, quizá sea la medicina del futuro y de no haber sido por la casualidad, la humanidad hubiera podido escoger ésta desde el primer día, en lugar de la tradicional: o sea haber escogido un camino paralelo. Una Otra Dimensión de la medicina que, sin embargo, para nosotros de ahora, es una **nueva dimensión**.

Esto, aunque haga años que existe, como lo hace la ciencia ficción en literatura: para no ir más lejos, pensemos en el Quijote. Y si pasamos a la música y oímos a un Mahler, por ejemplo, oímos una **nueva dimensión** en la música; y es posible que la oigamos en muchas obras de música contemporánea dodecafónica, concreta o electrónica. Algo que quizá sea aún un error, pero que tal vez penetre pronto en una dimensión diferente de la música tradicional que sin que haga esta, ni mucho menos, desagradable, la preste nueva riqueza, parangonable a lo mejor anterior. Como podemos suponer a Bradbury al lado de Shakespeare: literaturas diferentes pero paralelas, buenas ambas, excelentes las dos.

Y pensaremos a la par en Teilhard de Chardin y en el **Hacedor de Estrellas** de Olaf Stapledon, y en San Francisco de Asís y la **Historia de San Michèle**. Y tendremos una religión ficción, diferente, nueva, quizá la de siempre pero explicada de acuerdo con el siglo veinte y de cara al veintiuno y siguientes. Y en cultura sucederá lo mismo. Y con el nuevo arte cinético. Y con este arte total que es el cine, cuando el cine es arte, claro.

Y ahora se hace evidente que no podemos añadir a ninguno de estos aspectos la palabra «ficción», puesto que son una realidad actual, diferente pero actual. Forman parte de una **nueva dimensión** que se proyecta al futuro, que en algunos casos le falta realizarse pero a la que se anticipa, ya con realidades, ya con imaginaciones.

Desde luego creo que una inclinación hacia la línea **Planeta** les iría bastante bien en todos los aspectos, incluido el económico. Tengo entendido que la venta de aquella revista llegó a ser importante en el poco tiempo que se permitió. Procurando evitar las causas por las que la prohibieron, creo que quedaría aún mucho tema para acercarse a ella. Lo único que les falta es que **nueva dimensión** sea conocida por la gente que compró o compraría **Planeta**.

De momento, lo difícil va a ser que les compren tan sólo los aficionados puros a la ciencia ficción pues no se ve a la venta, prácticamente en ninguna parte de Barcelona, y sólo un aficionado de verdad puede llegar a descubrirla en algún rincón de cualquier kiosko o librería. Por lo demás sabía de su probable aparición por alguna

información leída en periódicos. ¿Habrá salido el número 2? No lo he visto aún. ¿Tiraré las quinientas pesetas de la suscripción?... Espero que no, pues sus nombres me dan confianza. Desde luego, creo que podrían tener un buen éxito, pero temo no acierten el camino. Pienso en su antecesora **Anticipación** a la que saludo desde aquí cordialmente, lamentando no me diera tiempo a escribirles felicitándolos. Lamento mucho que desapareciera.

Por lo demás mi más calurosa felicitación a todos ustedes. Ánimos y adelante. Quizá les vuelva a escribir, pero aunque no lo hiciera, piensen que tienen un incondicional amigo y seguidor hasta siempre.

Ramón OLIVERAS PAL
Barcelona

N. D. — Como ve, **sí** salió el número dos, y el tres, y el cuatro... tenemos el firme propósito de que no tire sus 500 pesetas. Por razones de espacio nos resultó imposible publicar su carta en el número anterior, pero es tan interesante, que la publicamos ahora, aunque con algo de retraso.

Hace algún tiempo, tras la lectura de nuestro número uno, alguien nos decía que hacíamos de la ciencia ficción una religión. No creemos que este sea el caso, pero de intentarlo alguna vez, puede estar seguro que le ofreceríamos un buen puesto de teólogo y predicador, ¡pues su visión de lo que es ciencia ficción, o **nueva dimensión**, es aún más integrista que la nuestra!

Nos habla usted mucho de **Planeta**, y nos aconseja asemejarnos a él. No creemos que esa deba ser nuestra trayectoria. Lo que hizo Planeta bien hecho está, es lo correcto para **Planeta**, pero sería copia para **Nueva Dimensión**. No, la intención de esta editorial al crear esta revista fue, por lo menos se intentó que fuese, tan revolucionaria como la de Pauwels y Bergier al crear la suya: lograr, en el campo de las publicaciones de ciencia ficción, algo no dado hasta ahora, una revista **totalmente dedicada** al género. Este es, a nuestro entender, un campo en el que podemos hacer algo, en el de **Planeta** tan sólo podríamos llegar a ser una imitación, más o menos afortunada.

Pero no se apene por ello, pronto podrá volver a leer la revista de sus amores. En efecto, aunque la revista argentina, que ya anda por su número veinte, no es muy probable que vuelva a aparecer en las librerías españolas, es práctica mente inminente la publicación, aquí en España, de una versión, «adaptada al público de nuestro país», del original francés. La nueva publicación, que responderá al título de **Horizonte**, contendrá una selección de trabajos hecha por Antonio Ribera, hombre bien conocido por el aficionado, de entre el material francés y otro original para la revista. ¡Ánimo!, tan sólo es cuestión de esperar hasta el próximo otoño...



—Parece que tienen dificultades
con la tercera etapa.
(de «True».)

*

Mis amigos: Me permito llamarles amigos debido a los buenos ratos que me hacen pasar con la nueva revista, y como en la misma hay una sección de cartas y parece que a ustedes les satisface el que los suscriptores les mandemos nuestras opiniones, les mando las mías.

Hallo estupendo el formato, que sirve para poder coleccionarla tanto por la altura como por la anchura, y también el que sea bimestral, pues en muchas ocasiones uno no puede leer la revista a su llegada y, en el largo intervalo de espera, le da tiempo hasta recibir la nueva. Creo que esto nos pasa a todos y además es más interesante el leer espaciados los episodios y darse más cuenta y comprenderlos mejor.

Me gustaría me informasen qué ha pasado con la revista **Anticipación**, pues me ha dejado de llegar y los números me han llegado salteados. He escrito a esa revista y no han tenido ni la gentileza de contestarme: creo que ustedes deben saber el motivo, o bien lo pueden averiguar, pues se halla dentro de lo llamémosle «su ramo». Esta revista, **Nueva Dimensión**, es mucho mejor que la que les cito más arriba, pero encuentro a faltar algo relacionado con los OVNIS, tema este de gran actualidad y de mucho interés. Espero que lo tengan programado para nuevos números.

Me extraña mucho que, estando en el cuadro de dirección **Domingo Santos**, no haya publicado nada aparte de alguna traducción. Para mí es, en este momento, uno de los mejores escritores españoles. He leído varios de sus libros y todos son maravillosos, especialmente «Gabriel». Espero que también tengan algo de él preparado para futuras ediciones. Este extremo también lo cito para otros autores, pues no hay demasiados relatos de españoles y hemos de seguir el slogan «consume

productos españoles».

Aprovecho para mandarles el aliento para que sigan adelante con su revista y pedirles que hagan caso de las cartas (no de la mía), pues en muchas hay cosas interesantes y que creo que a todos nos gustarán.

José MERCADER AZARA

Barcelona

N. D. — Apreciado señor Mercader: siempre hacemos caso de las cartas. Tanto es así que nuestra máxima preocupación es el recibir más cada día, pues sin ese «feedback» que para una revista son las cartas resulta imposible analizar la propia actuación o actuar según los deseos de los lectores.

No obstante, toda publicación debe partir de una política editorial mínima, que constituye su columna vertebral. Para nosotros es la de dedicarnos **totalmente** a la ciencia ficción. Dentro de esa línea, todo artículo que publiquemos debe de tratar sobre la ciencia ficción o literaturas afines. Y los OVNIS, aunque de interés para muchos de los lectores, no son ciencia ficción. Así que de momento no hay nada de eso programado. No obstante, se halla abundante material en el mercado sobre ese tema, desde las monografías de Editorial Pomaire hasta los interesantes artículos publicados por el semanario **Mata Ratos**.

En cuanto a nuestro barbudo colaborador Domingo Santos, agobiado de trabajo últimamente, creemos le complacerá saber que en uno de nuestros próximos números incluiremos un relato del mismo. Con respecto a Gabriel, en las noticias de «Se dice» hallará una nota de su fama internacional.

Lamentamos tener que hablar de **Anticipación**, pues algunos de nuestros colaboradores también lo fueron de esa publicación, y no guardan demasiados buenos recuerdos de su paso por ella. **Anticipación** terminó con su número siete, tal como ya dimos cuenta anteriormente, y terminó definitivamente. Suponemos que por eso no ha recibido usted respuesta a su carta, y por ello ya no recibirá más ejemplares. Lo sentimos; tanto por **Anticipación**, en la que dejamos un jirón de cariño, como por el género, al que contribuyen a dar mal nombre hechos como estos.



(de «True».)

*

Vaya en primer lugar mi cordial y sincera felicitación por su magnífica iniciativa de lanzar una publicación, seria, solvente y con categoría, dedicada a la ciencia ficción. He tenido la gratísima oportunidad de leer el número dos y les reitero mis elogios por la estupenda orientación dada a la revista.

Sin entrar en tela de juicio sobre los relatos, unos son mejores que otros como es lógico y natural en toda recopilación, la orientación de **Nueva Dimensión** es perfecta, y sólo merece elogios. Tantos, que acaso el único defecto es que la revista sea bimestral, pues considero, particular y profesionalmente, que un mes es todo lo más que el editor puede estar alejado de su público fiel, sin que el «apartamento» se considere como excesivo.

Nueva Dimensión es tan buena, tiene tanta categoría, que al tenerla en las manos no sabe uno si tiene un buen libro sobre temas de nuestro siglo, o una estupenda revista; esto de por sí, ya es un claro éxito profesional. El conservar esa pauta, el acrecentarla, les dará la llave del éxito seguro.

En realidad, la ciencia ficción no está tan «desbordada» en nuestra patria como ustedes indican en el editorial; aún es una minoría muy selecta la que se ocupa y siente preocupación por sus temas, que en realidad son los temas de **Hoy**. Por ello, la labor que puede y debe realizar **Nueva Dimensión** en este orden de cosas, es altamente estimable.

Como modesta sugerencia, considero no estaría de más el que fueran publicando en cada número de **Nueva Dimensión**, para la completa información de los lectores profanos de hoy, una lexicografía del vocabulario típico en ciencia ficción, astronáutica, etc.; yo creo sinceramente que sólo una minoría sabemos lo que quiere decir fanzine, fumetto, fandom, etc.

Sin otro particular, y reiterándoles mi felicitación.

José Luis BARCELÓ

Doctor «honoris causa» en Ciencias Económicas,
Director-Fundador de **El Mundo Financiero**.

N. D. — Apreciado Sr. Barceló. Cuando una persona de su reputación escribe una carta tan amable a una revista que comienza como la nuestra, su mensaje significa mucho para el cuerpo de redacción, que se encuentra un tanto a la expectativa de la reacción de los lectores, sobre todo de los situados fuera del círculo habitual de amistades y conocidos aficionados. Además sirve para demostrar, una vez más, una de nuestras teorías favoritas: el que nuestro tipo de literatura va especialmente dirigida a personas con unas ciertas ambiciones intelectuales. Gracias.

En lo referente a su sugerencia de la publicación de lexicografías, queremos remitirle al artículo sobre el fandom, de nuestro colaborador Luis Vigil, publicado en el número uno, en el que ya se describen los términos anglosajones más usuales que, por su uso internacional dentro del fandom, se están convirtiendo en una especie de «lingua franca» del aficionado. Sucesivamente se irán publicando artículos que irán desarrollando puntos distintos del «fenómeno» ciencia ficción y, como es ya nuestra tónica, cada vez que surja un término nuevo por primera vez se procurará definirlo. Lo que ya no se puede hacer es repetir dicha definición cada vez que aparezca en un número distinto, ya que nuestros lectores habituales no nos lo perdonarían.

*

Tengo en mi poder los dos números aparecidos de **Nueva Dimensión** y, salvo algunos detalles como las ilustraciones e impresión, me parecen estupendos. Me agradaron mucho sus secciones dedicadas al teatro, TV, cine, fandom y especialmente la del comic, tan despreciado en España. Ya era hora de que alguna revista prestara atención a este tema.

Y sobre el comic quiero hacer algunas consideraciones, pues aunque su revista no está dedicada especialmente a este tema, veo que sienten inquietud por él, por lo que me he permitido escribirles.

En el último número de su revista anunciaban la edición en España del comic de Carlos Giménez, **Delta 99**. Conseguí el primer número y me pareció muy bueno pero, aparte del tamaño que creo que quizá debiera ser mayor para apreciar mejor el dibujo, resulta que me encuentro con la desagradable sorpresa de que muchas figuras

humanas que aparecen en el comic han sido retocadas y adulteradas en su impresión (¿sorpresa? No, recuerden tantas y tantas viñetas de Flash Gordon, Rip Kirby, El Fantasma, etcétera... estropeadas por este mismo motivo). Y me pregunto ¿cuándo se logrará que las buenas revistas de comics no tengan que pasar por un criterio estético que lo único que hace es estropear los dibujos? ¿Por qué, si una revista dedicada a cualquier tema publica entre sus páginas una o dos dedicadas a algún comic, éste no es retocado y, sin embargo, si este mismo comic se publica en una revista dedicada íntegramente a él, tiene que serlo?

No espero que me contesten a estas preguntas, lo que sí espero es que hagan lo posible para evitar esto, mediante una protesta o como crean más conveniente, pero algo hay que hacer.

Rogando me disculpen las molestias.

Francisco GONZÁLEZ
Madrid

N. D. — Estimado Sr. González: Lo que vamos a hacer precisamente es contestar a sus preguntas, ya que interesándonos profundamente este tema hemos procurado estudiarlo, llegando a la conclusión de que lo que ocurre en nuestro país es que los comics son considerados como publicaciones destinadas únicamente al público infantil, por lo que las normas que se aplican a ellos son, correspondientemente, mucho más severas de lo que serían en caso de ser tratados como publicaciones para adultos. En cambio, cuando se trata de páginas de revistas, de cualquier tipo que sean éstas, destinadas al público adulto, pasan por un criterio menos severo.

Francamente no sabemos qué se pueda hacer para solucionar esto. Tal vez la solución podría ser la adoptada en otros países, esto es editar los comics en forma de lujosos libros que por su mismo precio estén fuera del alcance del público juvenil, y por tanto pueda ser defendida su incorporación a formas de control menos severas.

Por nuestra parte trataremos siempre de crear la conciencia de que el comic es una forma de expresión moderna (o como dice Jodorowsky «el comic es la literatura de nuestro tiempo»), que merece la misma consideración y respeto que cualquier otra forma de expresión.

*

No expongo ningún juicio sobre la revista, pues considero que por un solo número no se la puede juzgar, aunque, por otra parte, implícitamente ya tienen mi opinión puesto que solicito suscribirse.

Ustedes dicen en «Se dice» que en el último número de **Anticipación** (revista que me agradaba) fue mutilada la antología de autores españoles de ciencia ficción. Yo les rogaría vieran la manera de completarla en esta su nueva revista: creo que interesaría a un gran número de lectores.

Atentamente,

G. ECHEVARRÍA
Oviedo

N. D. — Desaparecida, como ya informamos al Sr. Mercader, definitivamente la revista **Anticipación**, decidimos subsanar en parte el desafuero cometido con los autores no aparecidos en dicha antología. Y decimos en parte por una razón muy clara: prácticamente todos los autores eliminados de dicho último número colaboran con nosotros en **Nueva Dimensión** y actualmente nos ofrecen relatos más representativos de su momento actual que aquellos que fueron seleccionados para el número antológico.

Realmente, la historia que no podíamos dejar inédita era la de María Güera y Arturo Mengotti **Herencia de sueños**, por lo que la publicamos en nuestro pasado número como feliz presentación de esas maravillosas promesas de la ciencia ficción nacional. En cuanto a los demás, a Martínez, a Vigil y a los otros, ya tendrán ocasión de ir leyendo en nuestras páginas relatos que no tendrán, esperamos, nada que envidiar a los que se quedaron en el tintero con el medio centenar largo de páginas hurtadas al número siete de la malograda **Anticipación**.



Notas

[1] Alfonso Álvarez Villar, «Superman, mito de nuestro tiempo», Revista Española de la Opinión Pública, Número 6, Págs. 217-246, Octubre-Diciembre 1966, Madrid, España. <<

[2] Oscar Lewis, «Antropología de la pobreza» y «Los hijos de Sánchez». <<

[3] Posteriormente se han visto profusos anuncios en París y Barcelona de **catcheurs** enmascarados, algunos de ellos con el seudónimo de «El Santo». <<

[4] En muchos films mexicanos se incluyó «Vs.» (contra) en su título, al estilo USA.

<<